

YANIRA GARCÍA

Shíncame el diente



Líncame el diente

YANIRA GARCÍA

Híncame el diente

Primera edición: septiembre 2024

© Yanira García, 2024

© Diseño de portada: Mireya Murillo @wristofink

© Maquetación: Yanira García

© Corrección: Raquel Antúnez

Prohibida la reproducción total o parcial sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por la ley.

[ADVERTENCIA DE LA AUTORA](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[CAPÍTULO 44](#)

[CAPÍTULO 45](#)

[CAPÍTULO 46](#)

[CAPÍTULO 47](#)

[CAPÍTULO 48](#)

[CAPÍTULO 49](#)

[EPÍLOGO](#)

[AGRADECIMIENTOS](#)

[BIOGRAFÍA](#)

[ENCUENTRA MIS OTRAS NOVELAS](#)

«Y así es como el león se enamoró de la oveja».
Crepúsculo, Stephenie Meyer.

ADVERTENCIA DE LA AUTORA

Lea atentamente las instrucciones de este libro. En caso de duda, consulte con la autora.

- No es un romance paranormal. No he creado ningún *worldbuilding* especial, solo personajes divertidos, con sus idas de olla (algunas muy *heavys*) y utilizando eso para echarnos unas risas. Lo que convierte esta novela en una comedia romántica intensita (palabrita de la autora).

- Hay algún que otro robo. Nada del otro mundo y ha sido por el bien de la supervivencia de Zoe y eso. Poneos en su lugar...

- También hay intentos de asesinatos.

- E intentos de asesinatos fallidos.

- Persecuciones que acaban en besos.

- Ningún pavo ha sido dañado en esta historia.

- Tampoco ha sido dañado ningún candelabro.

- Ni ningún crucifijo.

- Y no se ha perdido ningún diente, a pesar de que bien podría haber sucedido en varias ocasiones.

- No me hago responsable si no vuelves a ver las fresas de la misma forma (*sorry not sorry*).

- Las risas están aseguradas (si te gusta mi humor, claro, si no, es obvio que odies la historia). Yo que tú probaba porque la terapia de la risa es mejor que la terapia de choque a la que han sometido a Zoe.

- No bebáis orujo a las once de la mañana.

- Y hasta aquí mis yaniconsejos. Lo que suceda de ahora en adelante... me encantará saber lo que suceda de aquí en adelante, jajajaja.

NOTA DE LA AUTORA

Me parece importante ponerlos en antecedentes sobre lo que os vais a encontrar una vez la palabra «Prólogo» aparezca frente a tus ojos.

No sé si tienes algún tipo de expectativas con esta historia, aunque creo que lo mejor es que te adentres sin más, ir a ciegas a veces mola (A Zoe no le mola tanto, no).

Esta no es una novela romántica al uso. Ni siquiera es una comedia romántica al uso, es más comedia que romántica porque otra cosa no, pero las risas no faltan en este libro.

No hay dramas (salvo los que se monta Zoe en su cabeza), no hay un romanticismo empalagoso (a ver, que amor hay, pero esta novela va de reír hasta que te duela la barriga o te mees encima, lo que suceda antes) y hay muchas escenas surrealistas (porque la trama las necesitaba o porque no ando muy bien de la azotea, eso está por determinar).

Sabéis que me encanta escribir comedia romántica y que el nivel de intensidad va variando. Hay novelas con protagonistas la mar de excéntricas y alocadas, y otras que son divertidas, pero que tienden a ser algo más tiernas. La historia de Zoe es *too much*. No es un personaje al uso, de hecho, esta historia no es una novela al uso por muchos motivos que debéis descubrir a lo largo de sus páginas, simplemente surgió así. La idea rondaba mi cabeza desde hace mucho tiempo y cuando me senté a escribir dejé que ellos marcasen el ritmo y el humor.

Tal vez deba contarte que esta historia la he escrito en un momento personal de mierda y escribir comedia cuando lo que quieres es meterte en la cama y que todo pase, pues no es plato de buen gusto, sobre todo, porque yo soy muy emocional escribiendo y si estoy mal... Pues eso, que no ha sido nada fácil buscar la risa a cada chorrada cuando por dentro no me apetecía reír en absoluto.

Dudé, borré, tardé, quité y puse. Hubo días en los que no escribí y otros en los que me gustaba lo que tecleaba. No voy a volveros locas (ya de eso se va a encargar Zoe & company), solo os diré que, si te apetece echarte unas risas, de eso encontrarás entre estas páginas a raudales. Si te gustan las idas de olla, pues este es tu libro y, si odias mi humor a muerte, mejor déjalo ahora, que luego me van a caer reseñas de una estrella como churros y eso hará que me acucille en una esquina y llore, y no te gustará hacerme llorar. Desde luego, a mí tampoco me va a gustar.

En fin... Pásalo bien, con este libro o con el que decidas empezar. Ya sabéis, cada uno tiene sus gustos.

Una última cosa, si has llegado a mí en esta novela y no has leído nada de lo que he escrito con anterioridad, solo te diré algo: si superas esta historia, ya lo tienes todo hecho, nada puede asustarte, jajajaja.

Venga, ¡a reír, que son dos días!

Os quiero mil (mucho más si me lees, obvio).

PRÓLOGO

Unos pocos años antes, cuando era fantasiosa, pero no me cagaba de miedo encima.

—Sentaos.

Mi abuela abrió los brazos y los extendió frente a nosotras, que la miramos entre obnubiladas y aterradas por lo que estaba a punto de ocurrir o, mejor dicho, de sucedernos a nosotras.

—¡Yo primero! —gritó Débora, que no se puso ni roja al empujarnos y abrirse hueco hasta tomar asiento justo delante de Esperanza, mi abuela y nuestra pitonisa—. Lo siento, necesito saber si mi futuro marido será Leonardo Dicaprio. Ayer vi *Titanic* y...

—¿Otra vez? Esa película es vieja —protestó mi prima Lucy—. Leonardo está pasado de moda, ahora se lleva Brad Pitt.

—Pfffff —soltó Rita—. Ninguno de esos está de moda, ¿no habéis escuchado hablar de Justin Bieber? Acaba de sacar una canción que...

—Ni de coña —la interrumpió Débora—. Y siento cortar tu discurso, Rita, porque sabemos que eso es justo lo que vas a hacer, soltarnos un rollo sobre ese tío que ni me va ni me viene.

Se giró y clavó la vista en mí, que todavía seguía de pie por un motivo bastante sencillo: no sabía si salir corriendo o quedarme y ver el espectáculo, porque ahí mis amigas querían saber con quién se iban a casar y cuántos hijos iban a tener, en cambio, yo..., ¡yo!, prefería vivir en la ignorancia. Que sí, que era joven y que sí, que esa que tenía en sus manos una bola de cristal llamada Nina era mi abuela, sin embargo, eso no quitaba que me pudiese traumatizar con su verdad. Y la verdad podía doler.

¿No era mejor dejar que la vida siguiera su curso y esas cosas?, ¿que me sorprendiese y tal? Parecía que, de las allí presentes, era la única que pensaba de esa forma, porque ellas estaban emocionadas, y yo, todo lo contrario.

En fin, que si esperaba algo por mi parte, algo que no fuese un «huyamos mientras podamos», la llevaba clara.

—¿Zoe? —Permanecí impasible. «Nada me afecta. Nada me afecta. Nada me afecta...». Débora chasqueó la lengua—. ¿Alguien, además de mí y de esa que ahora es muda —añadió. «Sí soy»— cree que el bigote está pasado de moda? ¿Un bigote? ¡Si hasta mi padre se lo ha afeitado! —comentó dándole más énfasis al asunto.

Como argumento tenía bastante peso, que conste.

—¿Perdona? Justin es tendencia y su bigote también —lo defendió Rita. La pobre, ella sí que se veía casada y con hijos con ese chico multimillonario que no sabía ni siquiera de su existencia. Recé para que mi abuela no fuese del todo cruel cuando le explicase que era inalcanzable y todo eso—. Y podría darte muchas razones de peso.

Débora se cruzó de brazos. Lucy se situó a mi lado y me propinó un codazo en el costado.

—Esto se pone de lo más interesante. Una pelea de actores y cantantes icónicos. Uhhhh. —Otro codazo más, como si el primero no hubiese sido suficiente.

—Ajá.

¿Por qué estaban tan tranquilas con el tema? ¿Es que no les daba miedo que les tirasen abajo sus sueños? ¿Y si resultaba que no todo era tan bonito como parecía? ¿Y si el amor no llamaba a nuestra puerta? ¿Y si esos malditos granos que de vez en cuando nos salían —porque, digan lo

que digan, la adolescencia no fue tan guay como se cuenta por ahí— no dejaban de aparecer nunca? ¿Y si tenía razón mi madre, y teníamos que dejar de soñar a lo grande y conformarnos con lo pequeño? ¿Se había conformado ella con mi padre porque mi abuela le había vaticinado que era eso o su futuro pasaría por estar rodeada de comida precocinada, muchos pantalones de campana y viviendo en casa de sus padres mientras hacía ganchillo frente al televisor viendo *Cuéntame*?

¡Dios! ¿Lo sentís? Son los escalofríos que me recorrieron solo de pensar que algo así me esperase.

Mi cuerpo se sacudió de forma involuntaria, porque la imaginación siempre ha sido mi fuerte. Mi abuela me aseguraba que era herencia materna y que todas las mujeres de la familia siempre habíamos sido tan fantasiosas como intuitivas, y tal vez ese fuese uno de los motivos de que Nina y ella hubiesen hecho un tándem de lo más extraño para ganarse la vida. Mi madre había seguido sus pasos y en ese entonces tenían una especie de imperio de la clarividencia o como se llamase, ahh, y no atendían sin cita previa, ¿qué os pensabais? Estaban en otra liga, como Leonardo Di Caprio para Débora o Justin Bieber para Rita. Lucy era más de fijarse en los chicos de nuestra edad, esos que son listillos y de fácil acceso si sabías aprovechar tus recursos y cubrirte los granos con maquillaje.

Todavía las escuchaba discutir cuando comencé a dar un par de pasos disimulados hacia la puerta de la salida. Si era algo hereditario, podría escabullirme sin que se diesen cuenta. Quizá eso de ser clarividente no fuese conmigo y tuviese algún otro talento oculto, como el escapismo o la invisibilidad.

Lo que fuese con tal de salir de allí.

Alcé la vista solo para percatarme de que nadie se hubiese dado cuenta de mi perfecta técnica de abandono de la sala, hasta que me encontré la mirada perspicaz de mi abuela acompañada de su media sonrisa. Si hasta juraría que Nina se estaba partiendo a mi costa.

—¡Chicas! ¡Chicas! —Mi abuela colocó a Nina en su lugar, que no era otro que el centro de la mesa. El mantel de satén rojo se reflejaba de tal forma en ella que parecía estar en medio del infierno—. Creo que es momento de que dejemos este tipo de diatribas. —Bruja, pero bien hablada, oye—. Y que empecemos. —Propinó un par de palmadas, yo seguía dando pasos atrás. Se me erizó el vello de la nuca y eso era cosa mala. Mala mala—. Ven, Zoe, toma asiento frente a tu abuela. —Otra sonrisa, esta un poco más malvada, ¿eso también se heredaba? Porque, desde luego, la malicia se la había quedado mi hermana Mica, porque yo..., yo, de buena, boba—. Empezaremos contigo.

Me estremecí solo de pensarlo.

—¿Por qué? —preguntó Débora, a la que parecía que de golpe y porrazo su futuro con Leonardo Di Caprio ya no le resultaba tan interesante. Clavó los ojos en mí, ladeó la cabeza, y solo pensé en que podría perfectamente ser la reencarnación de Lucifer—. Estaba yo primero.

—¡Eso! ¿Por qué? ¡Estaba ella primero! —repetí como una autómatas.

Bien, si centraban toda la atención en ella, quizá y con suerte, pudiese escapar de mi destino, ¿verdad? Aunque... ¿A dónde iría?, ¿al piso superior? Claro, por supuesto, sería como traspasar un portal mágico en el que nadie te iba a encontrar nunca.

Sería la nueva Doraemon.

¿Os he explicado ya que las malvadas eran ellas y la fantasiosa era yo?, ¿no?, ¿seguro?

—Por una razón muy sencilla. —Mi abuela bajó el tono de voz, lo suavizó, no os creáis nada de lo que salía de esa boca cuando utilizaba esa modulación tan sumamente dulce y afable, era otra de sus artimañas de pitonisa—. Estaba intentando huir.

Me señaló. Y lo hizo como el que acusa a un reo de haber cometido un homicidio, no tentativa, tampoco presunción, había culpabilidad en su tono, que lo sepáis.

Si hubiese sido una bruja, si mi abuela de veras hubiese descendido de ellas, en ese instante yo habría estado encadenada a un palo enorme de madera con los brazos y piernas atados con soga. Y, para rematar, un nudo imposible de deshacer, porque en las películas esas cosas sucedían, ¿vale? Al menos en las que yo veía.

—Eso es mentira —me defendí con una patraña, obvio, ya puestos—. No intentaba escapar. —No poco. Ya te digo yo que sí.

Débora alzó la vista y analizó mi postura. Estaba cerca de la puerta, lo que me delataba. Me sudaban las manos, eso tampoco ayudaba, y mi mirada evitaba la de todas ellas. Vale, llevaba la palabra «culpable» escrita en la frente.

Se acercó, seguida de Rita, que guardaba silencio, para una vez en la vida que me venía bien que hablase, resulta que no lo hizo. Lucy, por el contrario, se hizo a un lado, se aproximó a la silla en cuestión y la abrió sin perder la sonrisa. Era mi prima, lo que quiere decir que ella también llevaba la maldad en las venas.

En resumidas cuentas: estaba bien jodida.

Me dejé arrastrar hasta el asiento, incluso permití que me empujasen hacia abajo para que mi culo se posase sobre el cojín, a ver, cómodo era, ¿qué menos cuando te iban a romper los sueños?

Ya sabía lo que se sentía cuando un preso estaba en el corredor de la muerte. Sí, exagerada también era un rato, ¿qué le íbamos a hacer? Tenía el *pack* completo.

Yo ver no veía nada en esa bola que parecía mirarme desde el centro de la mesa, ahora bien, era consciente de que mi futuro se hacía trizas por momentos.

—Bien. —«No, de bien nada, abuela, todo mal. Mal de narices»—. Veamos qué piensa Nina de ti. —Claro, ¿el sueño de mi vida? Que una bola transparente me contase sus impresiones sobre mi persona, como si no fuese suficiente con que mi hermana pequeña, la que medía un metro y poco, lo hiciera—. ¿Hay algo que quieras saber?

Todas mis amigas contuvieron la respiración, ansiosas por saber mi respuesta.

Negué.

—No, no quiero saber nada, de hecho... ¿Lo oyes? Es mamá, me está llamando.

Me incorporé con la intención de salir por piernas de allí. Intención, eso es, porque se quedó en eso cuando me incorporé e intenté largarme. Lucy con su mano derecha sobre mi hombro izquierdo, y Débora con su mano izquierda sobre mi hombro derecho, me empujaron de nuevo hacia abajo. No tenía escapatoria.

¿Hubiese quedado muy mal que lloriquease? Es que... no me gustaban estas cosas, ¿vale? Sí, lo admito. Tenía miedo. Y el miedo en una persona que no dejaba de imaginar que todo a su alrededor era extraño, que tenía ojos, boca y que te podía matar con un chasqueo de dedos, pues era muy chungo.

Todo aquello era culpa de las películas de miedo. «Oh, venga, veamos una, no pasa nada».

Alerta *spoiler*: sí que pasa.

Tampoco ayudaban los disfraces macabros, los libros de miedo y de asesinatos ni la profesión de tu abuela y de tu madre. Esas situaciones marcaban de por vida, y mi infancia estuvo rodeada de cosas paranormales.

«¿Por qué me dejé arrastrar hasta esta sesión de predicción de futuro? ¿Por qué le hice caso a mis amigas? ¿Por qué, señor, por qué?».

—Bueno, como veo que no hay nada que quieras saber, dejaré que Nina decida. —Una bola,

era una bola la que iba a condenarme, ¿había algo más triste que eso? Además de yo, claro.

Mi abuela se tomó su tiempo. Si antes me sudaban las manos, en ese momento me sudaban hasta las plantas de los pies.

«Nada me afecta. Nada me afecta. Nada me afecta...».

—Ay, Dios, qué nervios. —Ni siquiera sabía cuál de las tres amigas era la que hablaba, me sentía... ¿Mareada?

«Nada me afecta».

—No estoy bien —agrego.

«Todo me afecta. Todo me afecta».

—Oh, venga, no es nada nuevo, tú nunca estás bien —sentenció Débora. Sí, creo que fue ella, porque era la más mordaz de todas.

—Me falta el aire —insistí.

«Todo me afecta cantidad».

—Es la emoción —añadió alguien. ¿Quién? ¿Nina? Ay, no sabía.

—Veamos. —Esa fue mi abuela, la había visto mover los labios.

La cabeza comenzó a darme vueltas, alcé la mano y señalé la cortina del fondo. ¿Se movía también? ¿Estábamos dentro de una lavadora? ¿Qué sucedía?

—Tu futuro, querida nieta, tu futuro es... —¿Penoso? ¿Solitario? ¿Triste a más no poder? ¿Leería las cartas? ¿Heredaría a Nina?

Ay, no lo sabía.

—Creo, yo creo que voy a...

Y *voilà*... Mi futuro no sé cómo sería, porque las siguientes palabras no las escuché, eso sí, mi presente era negro. Negro como la parca, negro como el alma de mis amigas. Negro como el morado que me iba a salir en la cabeza cuando me despertase.

Al menos estando inconsciente no podría asustarme, ¿no?

CAPÍTULO 1

Presenteision, plis
Zoe

En la actualidad. Cuando por fin te vas de vacaciones al lugar soñado, aunque sea con tu familia.

—Bien, todo listo. Bañadores de diversos colores y formas, en su sitio. Bikinis para que no se me quede la barriga blanca como una alubia, preparados. ¿Protector solar? No, mi *ciela*, porque lo que quiero es turrarme, no regresar pálida como una muerta...

—El protector solar no sirve para eso, Zoe, eres una petarda.

Me giro e intento acribillar a mi hermana con una mirada asesina y llena de crueldad absoluta. No sirve para nada, es inmune.

—Shhh —la chisto—, las palabrotas, Mica, las palabrotas no son bien recibidas en esta casa.

Le tiendo el bote para que sepa lo que sucede cuando por su boca y por la mía salen esas lindezas de mucho cuidado y que han pagado parte de nuestro viaje. Porque otra cosa no; pero, en esta casa, de filtro vamos bastante regular. Tirando a mal de cojones. ¿Veis? Ese sería otro euro para el tarro si no fuese un pensamiento no verbalizado. ¿Quién dijo que no existen trucos para salir indemne de las culpas y posteriores consecuencias? Y sabéis lo que se rumorea por ahí: el que hizo la ley hizo la trampa.

—Está bien que me reprendas cuando tú eres única en soltar lo primero que se te pasa por la cabeza —me recrimina.

Chasqueo la lengua. ¿Cómo de mal está cargarte a tu hermana?, ¿y hacerlo en defensa verbal propia? Es para una amiga.

—Sí —asiento, porque una cosa es que yo sea de mecha corta y lengua larga, y otra bien distinta es que las mentiras bailen a mi alrededor. No, de eso nada, lo que es es, y se me conoce por muchas cosas y una de ellas no es ser una embustera. —Te recuerdo que tú tienes doce años, renacuaja, y yo tengo unos cuantos más que tú.

—¿Este es el momento en el que me das ese discurso sobre que fui un preservativo roto? —inquire con osadía.

No nos precipitemos, que os veo venir, a ver, esto tiene una explicación. No he sido yo la que le he soltado esa perla estando enfadada. Bueno, sí, sí que he sido yo, que ya os prometí que no mentiría, pero tengo mis motivos. En mi defensa diré que mi hermana es medio demonio, lo que convierte mis contrataques en algo justificado porque perder la paciencia es el pan de cada día y debo protegerme de sus ataques. Porque tiene doce años, no obstante, es como si en realidad tuviese unos dos mil.

—Ni siquiera sé si tienes edad para saber lo que son los preservativos, joder —protesto. Es inevitable sentirme algo incómoda con esta conversación, porque es mi hermana y eso. Se supone que tengo que mantenerla alejada de todo el tema sexual al menos hasta los dieciocho, ¿no? O los treinta. Casi que mejor hasta los treinta, sí, eso es—. Y no fuiste un condón roto, te recogimos del contenedor de basura.

Una sonrisilla pérfida adorna mi cara. Estoy cantando victoria cuando ella se incorpora con toda su parsimonia, se acerca a mí y me devuelve el gesto.

Me estremezco.

—¿Sabes, Zoe? Hoy te daré una lección que puede servirte para toda tu triste y patética existencia. —Auchhhh, eso ha dolido—. Y es que el que ríe el último ríe mejor.

Abandona mi habitación dejándome con muchas réplicas mordaces que dirigirla, solo que, bueno, que me he quedado sin habla. Doce años, ¿os he facilitado este dato ya? Doce años tiene, no quiero imaginar lo que sucederá cuando cumpla unos cuantos más. Tendré que esconderme, huir o empezar a hacerle la pelota. No descartemos planificar mi funeral, visto lo visto...

En fin, termino de preparar mi maleta. Reviso que esté todo lo necesario para el aseo y mucha ropa de verano. No os hacéis a la idea de las tremendas ganas que tengo de estas vacaciones, es más, tengo tantas ganas que me da absolutamente igual que mi familia también vaya. Incluida la *demonia* de mi hermana, los románticos —y pegajosos— de mis padres y la excéntrica de mi abuela, a la que, si me preguntas, no, no le he perdonado lo que me hizo hace unos años y no solo por el evidente trauma al que me sometió, sino porque ahora esa historia sale a la palestra cada vez que hay una reunión familiar.

«¿Te acuerdas de aquella vez que Zoe se desmayó y almorzó alfombra?».

«¿Y esa vez en la que aprovechamos que estaba inconsciente para pintarle lápidas en los antebrazos?».

Vosotras no lo sabéis, pero esas dos veces fueron las mismas. Y fue mi primer desmayo oficial. Todavía estoy recuperándome de la lástima que sentí por mí misma.

Volviendo al tema en cuestión y dejando a un lado mi patética y sórdida existencia, me temo que es hora de que os aventure que en esta familia no hay nadie del todo cuerdo —oh, qué sorpresa—. No es que estemos para ocupar un psiquiátrico, que también, sino que todos tenemos nuestras peculiaridades. De hecho, me atrevo a afirmar que el pueblo en general es un poco extraño. Mi abuela afirma que es el agua que bebemos, que tiene algunos residuos que han conseguido que nos volvamos todos cucú. Mi padre, por el contrario y solo porque le encanta fastidiar e ir en nuestra contra, asegura que no podemos culpar al agua de las taras que traemos de fábrica. Y que querernos tal y como somos es lo único que podemos hacer.

No le falta razón. Esto es lo que hay.

Arrastro el *trolley* escaleras abajo dejando que rebote en cada escalón con su consecutivo estrépito y, cuando llego al salón, los encuentro a todos ya reunidos. Mi maleta es enorme y da la sensación de que, en vez de ropa, zapatos y accesorios, he metido un cuerpo dentro para deshacerme de él en otro estado —no te lo había dicho, pero nos vamos a Cancún, de ahí lo del otro país y tal—. En cambio, mi familia ha preparado unas mochilas sencillas y una bolsa llena de comida porque aseguran que es mejor ir desnudos que morir de hambre.

—¿Qué has metido ahí dentro? —pregunta mi madre sin entender por qué cargo algo tan grande.

—La ha llenado de mil mierdas, que la he visto yo.

Mi padre extiende la mano y sujeta el tarro de las monedas, lo bate frente a Mica, y ella rueda los ojos. Sí, hay un tarro en cada habitación porque lo de soltar perlas no está programado. Mica es como una metralleta. Pum, pum, pum, pum por cualquier lado.

—Esa boca, Mica —la reprende mi madre sabiendo que no va a conseguir mucho con esa regañina.

Porque mi madre es el decoro hecho mujer, sí, lo que escucháis. No tiene ningún parecido con mi abuela aquí presente, esa que en este instante le saca brillo a su bola mágica. Porque es bruja, una bruja de esas de mentira, no os vayáis a creer que desciende de las Brujas de Salem, mi abuela está más cerca de ser de la familia de las brujas bigotudas y larguiruchas o las brujas

lenguas largas, si es que eso existe como tal, porque no lo sé.

Debo dejar claro que todo el tema paranormal me produce urticaria —oh, qué sorpresa (otra vez)—. O no, esa no es una buena forma de definirlo, cagarme encima se aproxima mucho más. ¿Sabéis esa fiesta que se celebra el treinta y uno de octubre en la que los niños se disfrazan y se pasean por las calles pidiendo chuches? ¿Sí? Pues yo huyo y me escondo en el sótano iluminado hasta que ha pasado. Odio los disfraces y los disfraces de payaso mucho más. También me dan pánico las películas de terror, es más, ni confirmo ni desmiento que he sufrido algún que otro desmayo con la musiquita de los cojo... —las narices, de las narices— de *Psicosis*.

¿Un pasillo sin luz? Por ahí no paso.

¿Una luz que parpadea en alguna habitación? Pies, ¿para qué os quiero?

¿Unos aparcamientos subterráneos? Por favor, prefiero caminar cinco kilómetros y dejar el coche bien lejos y a la luz del día. Ni de coña, que ya he visto los vídeos esos en los que sale el niño de la bicicleta con esa máscara blanca que tiene unos mofletes rojos.

Os lo aviso, jamás de los jamases os fieis de alguien que tiene los mofletes rojos. Ni siquiera de Heidi. Tiene cara de inocente, pero sabe usar un hacha, ahí os dejo ese dato.

Y tampoco de los vampiros guapos. Lo siento, los vampiros nunca son guapos y siempre siempre van a querer chuparte la sangre. ¡La sangre! No el toto. Alguien tenía que decirlo.

En fin, que dentro de una familia tan dispar y anormal, en la que tu madre lee las cartas; tu abuela, la bola; tu padre es mecánico; tu hermana desciende de Lucifer —mamá, no preguntaré qué has hecho por respeto—; tus amigas todas están peor de lo que esperas, y el pueblo, en líneas generales, no es muy normal; ¿pensabais que yo iba a ser la excepción? Pues no, porque soy una cagana —no literal— de mucho cuidado. Y busco el peligro en cada paso que doy. De hecho, por buscar el peligro a muchas de esas cosas, me he llevado varios sustos de muerte. De muerte no literal, como lo de ser cagana y eso, sigo viva, creo. No me tengo por un ente extracorpóreo de esos que te persiguen mientras te duchas, comes, duermes o haces pis detrás de una caravana de mala muerte tras beberte quince cervezas sin casi coger aire.

Aunque estoy convencida de que, si te bebes quince cervezas del tirón, estarás más cerca tú de la muerte que yo con esta familia que tengo.

—Bien —intercede mi madre—, ¿todo listo? —pregunta alternando la mirada entre unos y otros.

—Sí —asiente mi abuela, que sigue sacándole brillo a su bola mágica.

—¿Se puede saber para qué necesitas eso? —cuestiono.

—Nina y yo no podemos estar mucho tiempo lejos la una de la otra, perdemos la conexión tan sumamente especial que hemos establecido a lo largo de los años. Donde voy yo, va ella —sentencia.

Si no conociese como conozco a mi abuela, me tragaría su discurso.

—Lo que tu abuela quiere es sacar provecho del viaje y ampliar el mercado —apunta mi abuelo.

Ah, sí, mi abuelo, es que a veces es tan silencioso que me olvido de él.

Sancho, ese es. Diría que es la única cabeza centrada que existe en esta familia, en el vecindario y, si me apuras, en la comunidad autónoma. Es racional y para él todo tiene que tener una explicación que se demuestre con hechos y bases científicas. ¿Por qué se casó con una bruja? Pues eso quisiera saberlo yo también. Imagino que lo único que en esta vida carece de explicación es nuestro amigo el amor. Y supongo que tampoco nos esforzamos por buscarle una, perderíamos el tiempo porque nos nubla la razón y nos hace actuar por impulso.

O, lo que es lo mismo, nos vuelve ciegos, sordos y mudos.

Y tan felices, vaya.

—Nina y yo tenemos una conexión, aunque tampoco somos estúpidas y sabemos que en ese..., esa... —titubea mientras observa a todos los presentes, y no sé por qué esos mismos alzan las cejas o por qué mi abuelo bate las manos como si de pronto una mosca estuviese a punto de colarse en su boca—. En esa playa —finaliza ella, y todos respiran de nuevo— hay personas que no conocen los poderes de la pitonisa Esperanza.

—Pitonisa —balbuce mi padre, que pone los ojos en blanco. Ya sabemos que mi hermana es hija del demonio, pero ese gesto lo ha aprendido de mi padre fijo—. Ahora inventarse un par de frases y no acertar ni una es ser pitonisa.

—La sangre de las antiguas brujas corre por mis venas. —Extiende el brazo como si fuésemos a ver..., no sé, cuatro escobas y un par de sombreros negros de punta danzando por ahí—. No te he echado una maldición porque eres mi yerno, y mi hija, para sorpresa de todos, te quiere.

Mi madre le sonríe de forma cándida mientras entrelazan los dedos con cariño y ternura. Sí, se quieren de veras, es más, mi madre continúa con el negocio familiar, ya me entendéis, y mi padre no se mete con ella en absoluto.

Si alguna vez pensé que mi madre se había conformado con mi padre, os adelanto desde ya que no es así. Y a los hechos me remito.

—No me echas una maldición porque lo único que conseguirías es demostrarte a ti misma que todo eso que sale por tu boca no es más que una sarta de mentiras.

Mi abuelo carraspea tras su periódico, porque ya sabe hacia dónde nos lleva esto, y no es a otro lugar que hacia una discusión sobre lo paranormal, los fantasmas, las brujas y el legado de las mismas.

—Y ahora es cuando la abuela saca la barita e invoca un *expecto patronum* —agrega mi hermana, que parece ser la única que se divierte con todo esto.

—En todo caso, Mica, debería ser un *avada kedavra* —la corrige mi abuela.

Mi hermana asiente agradecida por la corrección. Mi padre frunce el ceño, mi abuelo sigue escondido detrás del periódico, y mi madre parece haber encontrado algo mucho más interesante que los conjuros de *Harry Potter* bajo sus uñas.

Yo resoplo frustrada. Empiezo a pensar que estas vacaciones en familia son la peor idea que se nos podía haber ocurrido jamás.

Y no os hacéis una idea de hasta qué punto tengo razón.

CAPÍTULO 2

Ya me la habéis liado, cabronas

Zoe

El vuelo ha sido una auténtica locura y no una locura en plan: «Ay, mirad qué guay, nos han dado chocolatinas y frutos secos gratis», ha sido algo más cercano a: «Abrid las puertas de emergencia, que me tiro, aunque esto esté en marcha y sepa que voy a convertirme en la papilla de la papilla».

Mi abuela ha sacado a Nina en pleno vuelo, sí, tal y como leéis, y no se ha conformado solo con enseñarla, ¡qué va!, ha ido un paso más allá y le ha leído el futuro a una de las azafatas, que, con tanta amabilidad, le indicó al principio que no estaba interesada, y mi abuela, que los retos son como su gasolina, sacó a la palestra su arma más destructora para una mujer soltera y desesperada —palabras de ella, ojo— y le mencionó a cierto hombre trajeado con cierto culo que merecía estar expuesto en un museo, y la susodicha cayó rendida a sus pies. Una puñetera hora aguantando cómo le preguntaba sobre dónde se conocerían, cómo sería su boda y cuántos hijos tendrían. Joder, si hasta le explicó que tendría una casa con valla blanca y un perro al que llamarían Caramelo, porque sería tan dulce como la relación que mantendrían. Sin hablar de lo apasionado que sería en la cama y la de orgasmos que iba a proporcionarle con la lengua.

Tuve que taparle los oídos a Mica cuando soltó un: «Hostia puta» que supondría un incremento de cinco euros en el tarro de los tacos. A este paso, y por cómo crecía el ahorro de dicho tarro, volveríamos a irnos de vacaciones muy muy pronto.

Sobre nuestras próximas vacaciones no tenía pega alguna, por supuesto, sin embargo, sobre el asunto del sexo desenfrenado que mi abuela describía con pelos y señales, la cara de mi hermana, que parecía estar intentando asimilar lo que se podía hacer con la lengua en ciertas zonas, y mis padres, que tenían pinta de querer escaparse al baño para hacer todo eso que mi abuela explicaba... Con todo eso sí que tenía algún problema. Un puñado de ellos, para ser mucho más específicos.

Prácticamente aguardo a que todos descendan del avión para hacerlo la última, con suerte, se largarán sin darse cuenta de que existo y podré fantasear con un par de vigilantes de la playa haciéndome el boca a boca en mi hotel sin que mi familia esté todo el rato persiguiéndome.

—No dejes que ninguno de ellos te fastidie el viaje que tanto has deseado y con el que has fantaseado, Zoe. Ninguno de ellos —me repito.

—¿Vuelves a hablar sola, Zoe?

Me temo que me adelanté a la hora de barajar qué o quiénes podían fastidiar mi estancia en «Villa Vacaciones Que Te Cagas de Molonas», porque sí, además de mi familia, mis amigas y sus padres..., la maldita mitad del pueblo ha subido a este avión.

Una oferta irresistible, esa fue la explicación que nos dieron. Porque esa panda de cotillas metomentodo se enteraron de nuestras intenciones y siguieron nuestros pasos de cerca. Tan de cerca que aquí están.

Independientemente de ello, tengo tanta positividad en el cuerpo que no pienso permitir que nublen mis días ni lo mucho que pega con mi cuerpo el sol que va a tostar mi piel. Lo siento, pero no.

—Estoy intentando infundirme ánimos, Lucy.

Lucinda, más conocida como Lucy, mi prima, hija del hermano de mi padre, que también se

ha apuntado al viaje y que también es mecánico, se ha colocado a mi lado con la intención de vete a saber qué porque Lucy es imprevisible. En fin, que lo de este pueblo es de órdago, o todos o ninguno, no sé si me explico. No sabemos hacer las cosas de la forma convencional. ¿Que se monta una fiesta de cumpleaños? Pues todo el vecindario invitado, hasta el pueblo de al lado si hace falta. ¿Que se casa una de las niñas de la calle? Vamos, ni una boda gitana. ¿Que nos vamos de viaje? El Imsero aprende de nosotros.

Así que sí, aquí estamos. La familia al completo, incluidos tíos y primos, el aquelarre de las brujas de mi abuela, mis amigas y sus padres, los vecinos más cercanos y hasta Romualdo se ha traído a su pavo llamado Ladillas —Lad para los colegas—. Un pavo que tiene el cuello torcido porque al pobre de pequeño se lo pisaron, cosas que pasan por dormir en el suelo de la habitación y levantarte con un ojo mirando para Cuenca y una pierna mirando para Canadá. Sobrevivió y con el cuello que parece una soga de saltar a la comba sigue vivito y coleando, ahh, y persiguiendo a Romualdo por las calles, porque le habrá pisado el cuello y se lo habrá deformado, pero Ladillas es fiel como él solo.

—Pues los vas a necesitar y mucho. —Mi prima me da un par de palmaditas en el hombro antes de correr en dirección a Rita y Débora, que están recogiendo su equipaje y gritando como posesas, presas de la euforia.

Sí, creo que son de esas que no saben mantener la compostura y que llaman la atención allá por donde van. La discreción nunca ha sido lo de ellas y tampoco es que estén del todo interesadas en pasar inadvertidas. Yo las quiero igual, pase lo que pase y sean como sean. Porque son unas escandalosas, ahora bien, siempre han estado a mi lado, de hecho, tan a mi lado que fueron ellas las que me recogieron del piso cuando mi abuela, hace unos años, me leyó la bola en contra de mi voluntad y terminé besando el suelo —literalmente y bastante triste, por cierto—. Nunca supe lo que me depararía el futuro y, aunque a veces pienso en ello, casi que no quiero saberlo. No es que me sienta feliz con esa caída y con las posteriores historietas y risitas a mi costa, para nada, eso sí, supe escapar de aquella encerrona, a pesar de que la forma de hacerlo me dejase una bonita marca en la frente durante algunos días.

No asimilo las palabras de mi amiga hasta que salimos del aeropuerto en busca del pequeño transporte que la agencia de viajes insistió en contratar, por eso de que somos un grupo grande y que lo ideal es permanecer todos unidos. Si ella supiese las ganas que tengo yo de dejarlos a todos atrás y tirarme al sol para cumplir mi fantasía.

Me veo y me gusta, me gusta todo lo que se pasa por mi cabeza sin excepción alguna.

—Hello... —saludo al conductor, que está subiendo todas las maletas que le entregamos.

Saco el móvil y traduzco una frase más en inglés. No tengo ni idea de si me entiende, pero supongo que, siendo un lugar turístico de esos que está a rebosar de extranjeros cualquier día del año, el inglés tendrá que ser para él como el lenguaje de pavo para Romualdo.

Aguardo su respuesta y no llega nunca. Al contrario, me mira raro. Raro tipo: «Vade retro».

—Vaya maleducado —farfullo mientras subo los cuatro escalones del autobús.

Paso por el lado de Romualdo y me fijo en que le ha dejado el lado de la ventana a Ladillas, que, con su cuello todo torcido, mira por ella como si estuviese disfrutando de las vistas. Me pregunto cómo verá la vida un pavo, ¿en blanco y negro?, ¿a todo color? ¿Para ellos los raritos seremos nosotros? En fin...

Las vistas de las que disfruta Lad, tan ocioso él, han sido las mismas que yo no me he parado a admirar. La emoción, joder, la emoción.

Rita, al fondo del autobús, alza la mano y me señala un asiento vacío a su lado y hasta allí que me voy sin dudar. Es eso o sentarme con Epifanía, Fifi para las amigas, una buena mujer y

también muy chismosa, en menos que canta un gallo, estará interrogándome sobre mis últimas citas para luego inventarse algo que nada tendrá que ver con lo que yo le hubiese contado. Porque, además de un pueblo de cotillas, es un pueblo con ganas de magnificar hechos. Funcionan como la técnica del teléfono, tú empiezas diciendo que te has comido una galleta con pepitas de chocolate, y el resultado final es que te han comido la pepita con chocolate.

Haceos a la idea.

Me dejo caer en el asiento de cuero marrón que hay a su lado, y Rita me observa expectante.

—¿Qué sucede?

No, no es nada aconsejable hacer esa clase de preguntas a Rita. A ella es mejor darle algo mucho más concreto y específico porque de esa forma es imposible que termine soltándote el discurso del siglo.

—Me he dejado en casa el cargador del teléfono. No entiendo cómo he podido hacer eso cuando tenía una lista con las cosas que debía meter en la maleta. Tal vez haya tenido la culpa Tony, porque mira qué guapo está. —Lo señala, pero no hace pausa alguna para que yo pueda intervenir y contradecir o afirmar su comentario—. No sabía que el caqui le sentaba tan bien a alguien, no la fruta, claro, porque la fruta le tiene que sentar bien a todo el mundo salvo que seas alérgico. —Ni un maldito segundo para coger aire—. Hablo del color. Del color de sus pantalones, que combinan a la perfección con ese polo blanco y su pelo moreno. Que no caqui, moreno. ¿Crees que tendrá todo moreno? Joder, porque ya te digo yo que sí, seguro, es más... —Se acerca y me susurra sin dejarme intervenir, para variar—. Pienso seducirlo en este viaje. Débora afirma que las vacaciones nos vuelen locos y que una copichuela por aquí y otra por allá... —¿Una copa para Tony o para ella? Para ella casi que mejor que no porque ya va sobrada con lo que quiera que coma cada día. Alpiste, estoy casi convencida que lo que ingiere mi amiga es alpiste—. Pues eso, que hará que pueda triscármelo. Joder, ¿podré hablar mientras me la mete?

Toso. Por el impacto de sus palabras y por pura empatía, porque tengo la garganta seca y no he sido yo la que lleva unos minutos hablando sin parar. A eso me refería con el discurso del siglo, ¿a que ahora me entendéis?

—¿Estás bien? ¿Es por el caqui? ¿Eres alérgica?

Le tapo la boca con la mano derecha, y mi amiga sigue hablando, a pesar de mi gesto. No, no lo ha interpretado bien. No sé si hubiese preferido sentarme con Ladillas.

—Débora, cielo —corto su conversación. Lucy y ella se han sentado juntas o, lo que es lo mismo, me han hecho la trece catorce estas dos cabronas—, ¿por qué no cambiamos el sitio un momentito? Tengo que hablar con Lucy.

Ellas intercambian unas miradas y entonces ambas niegan con la cabeza. Si hasta se han sincronizado.

—Malditas pécoras, espero que mi abuela os lance una de sus maldiciones y se os caigan las tetas a las dos.

Ellas, por si las moscas, se las tocan, porque creen en todo. Hasta en el Ratoncito Pérez.

Rita, por el contrario, es escéptica a más no poder, y hablando de Rita...

—Porque con las alergias hay que tener mucho cuidado. A veces se te duerme la lengua, otras veces salen sarpullidos en el cuello... —Lo que está claro es que a mi amiga la lengua, lo que se dice la lengua, no se le duerme nunca.

—Yo te presto mi cargador del móvil, sí le sienta bien el color, me encantaría ver cómo te cierra la boca a base de... —Mi hermana está lo bastante lejos como para poder soltar una palabra malsonante—. De embestidas y no soy alérgica al caqui.

Rita parece complacida, imagino que lo de las embestidas tiene algo que ver en el asunto.

—Pienso ligármelo y cuando volvamos al pueblo ese chico será mío y solo mío. Nos casaremos; yo, de blanco, y él, de caqui, si es eso lo que quiere...

—Cariño... —Se acerca Débora, ahh, ahora sí te interesa la conversación, ¿no?—. A ver si te piensas que tu vagina lanza polvos mágicos.

¿Por qué todo tiene que ser mágico en esta jodida familia disfuncional?

—Te contaré por qué se va a quedar loco con todas las cosas que he estado investigando. Resulta que puedes apretar el miembro masculino mientras tus paredes vagin...

Y sí, el resto del camino es tan entretenido como parece. Al menos para vosotras. Yo esta noche soñaré con una vagina constrictora, como las serpientes esas que hay en el Amazonas.

Playa, sol, arena fina, buen tiempo, caipiriña... Visualiza, Zoe, visualiza.

CAPÍTULO 3

Tierra, trágame y escúpeme en Punta Cana

Zoe

Que yo no me haya fijado en el cielo plomizo que nos ha acompañado durante el trayecto tiene nombre de persona: Rita. Y si queréis que añadamos apellidos, como aquel que sube la apuesta porque sabe que la partida es suya, Débora y Lucy acompañan y completan al séquito de las hijas de Belcebú.

—¿Perdona? —Parpadeo confusa ante el tono opaco que se refleja en mi piel y que nada tiene que ver con el que había imaginado, si hasta mi estado de ánimo se está tornando oscuro. Y no, no me sientan bien en absoluto los colores tierra, grises, negros y púrpuras, tienden a nutrir mi piel de un reflejo oliváceo que no combina con mi cutis ni mis pecas. Con mi melena puede que sí porque es azabache como los ojos de las brujas que mi abuela tanto disfruta mentar—. ¿Y el sol? ¿La arena? ¿La playa? ¿El rumor de las olas? ¿Las caipiriñas hasta horas intempestivas mirando pechos esculpidos y fantaseando con cómo se acoplan al mío? ¿Qué hay de todo eso?

Porque digamos que la escena que tengo frente a mis ojos nada tiene que ver con el panfleto que me han entregado y en el que rezaba: «Vacaciones idílicas en Punta Cana», esto más bien es «La casa del horror en Punta Tomarporculocoño».

—Os advertí que las mentiras tenían las patitas muy cortas —sentencia mi abuelo, que me mira con pena, joder, con pena de verdad.

—Para lo poco que hablas, Sancho —dice mi abuela. Exabuela por motivos razonables—, tenías que abrir la boca justo en este instante, ¿no?

Me coloco las manos en torno a la cintura.

—Tenemos que poner una reclamación porque nos han engañado —discurro.

Porque eso es lo que ha tenido que suceder, ¿no? Es decir, queríamos unas vacaciones en un sitio paradisiaco y resulta que estamos en vete a saber dónde, pero os aventuro desde ya que no hay playa, sol ni alcohol, y, si lo hay, mis sentidos están atrofiados porque a simple vista lo que veo es un castillo que se cae a pedazos, un grupo de personas en la puerta que están más cerca de la muerte que de la vida —cuestiones de edad y del enfado que tengo y que nadie puede reprocharme— y a mi hermana con la sonrisilla petulante de: «Te has comido la mentira entera y yo sabía que llegaría el momento en el que iría un paso por delante de ti».

Mi hermana también estará más cerca de la muerte que de la vida en cuanto la pille.

—Esperad... —Me adelanto. El chico del autobús se acerca y deja la maleta al lado de mis piernas—. *Oh, Thank you, sir.*

Me mira de hito en hito. ¿Habré pronunciado mal algo? No sé, estoy enfadada, aunque sigo siendo educada, al menos eso que no se pierda.

—¿Y a esta qué le pasa en la boca? —Debe de ser de la escuela de Rita porque os prometo que se ha escuchado la frase sin comas ni espacios, ha sonado como si todas las palabras hubiesen estado concatenadas en una sola.

—¿Hablas español? —inquiero.

La vergüenza empieza a tocar el cielo con sus dedos invisibles y eso.

—Claro, pero, tranquila, lo has hecho bien porque no he entendido una mierda de lo que has dicho, eso es buena señal. Yo, por si acaso, siempre respondía para mis adentros «y la tuya». —Me sonrío con suficiencia—. ¿Es buen momento para pedirte el número de teléfono?

Ni siquiera me molesto en observarlo, porque estoy tan enfadada con todos los aquí presentes que no tengo tiempo para pensar en esas citas que tanto me gustan y de las que disfruto poco porque mi familia y los vecinos se empeñan en aguármelas.

—Pírate —casi le rujo.

Bate las manos y se da la vuelta. Le susurra algo a Débora, que lo manda a paseo; Rita le gira la cara y le sonríe a Tony. Sí, maja, olvídate de eso porque también te mataré.

—Escucha, Zoe. —Esa es mi madre, que con su voz dulce espera calmarme, a ver si se cree que es una sirena o algo. Sí, sigo mosqueada y a veces cuando me enfado tiendo a ser cruel. Como mi padre, herencia paterna y esas cosas—. Es una terapia de choque —susurra—. Hemos pensado que este destino te vendría bien para esos miedos que tienes y que están todos en tu cabeza.

Ah, mirad qué bien todo, no es solo que soy una miedica, sino que también estoy loca de remate porque se supone que todo son imaginaciones mías.

No, nada es invención mía. Mi abuela cree que es una bruja, mi madre lee las cartas, mi hermana es una *demonia* que flipas, y mi padre es mecánico. Bueno, este último se salva del saco de lo paranormal. Salvo que arregle las naves de los ovnis o los coches a los demonios con mucha pasta que coleccionan vehículos viejos y de alta gama, que entonces volverá al saco de lo paranormal... En fin, que no son cosas mías, es que mi entorno se ha encargado de que me vuelva una desconfiada de la vida que no se ve, y con «no se ve» me refiero a todo lo que no tiene que existir y que ellos se empeñan en asegurarme que sí.

—¿Habéis pensado —rumio y contengo la respiración porque estoy que trino— que lo mejor era traerme a «Villa Crepúsculo» como terapia de choque en vez de aceptarme tal y como soy?

A favor de todos los presentes, incluido Ladillas, diré que me observan como si se arrepintiesen. O no, Ladillas creo que ni siquiera me mira a mí, porque su cuello doblado en ese ángulo tan extraño hace que parezca que está de frente, pero me temo que está de espaldas. Sí, eso de ahí es su culo de pavo.

—No me seas dramática —intercede Lucy.

Uy, esas palabras son justo las que me van a tranquilizar. Anda, mira, ya no estoy furiosa, estoy tranquila. Tranquila planeando muertes.

—Ya no eres mi prima —imaginaos si soy dramática.

Dramática es mi segundo nombre.

—Lo vamos a pasar en grande. —Esa es Débora, que a partir de ahora tiene un alma negra, negra como su corazón, por no haberme contado lo que se traían entre manos.

—Dudo que lo vayamos a pasar en grande —contrataco.

—Pues yo he venido porque el viaje me ha salido gratis —dice Fifi, que no pierde detalle de lo que aquí se cuece para luego largarlo todo desvirtuando la mitad de las cosas, por supuesto.

No quiero ni imaginar la de bromas que se harán a mi costa. Mis hijos y los hijos de mis hijos sufrirán las consecuencias de lo que sucede y cargarán con el estigma de una madre loca y asesina, claro.

Observo mi maleta y solo pienso en qué momento podré ponerme todos esos bañadores, no sé, tal vez cuando me secuestre la niña del pozo y nos demos un baño juntas a la luz de la muerte, no te jode.

—Tenemos un montón de excursiones preparadas. Y noche de zombis. —Abro la boca. Ah, mirad qué bien, qué guay todo. No sé por qué no se me había ocurrido antes, si lo que más deseo en el mundo, después de que me arranquen el corazón mientras todavía late dentro de mi pecho, es que me coman unos zombis a los que les atrae la carne fresca. Fresca como la mía.

Porque, en una pirámide de alimentos ricos, mi cuerpo está en la cumbre, ¿vale? Y ahora no es el momento para llevarme la contraria con el percal que tengo encima.

—Tú tranquila —me consuela mi madre—, lo tenemos todo preparado. Verás que, después de este viaje, vas a pensar que no debes temer a nada que no se puede ver, pero sí sentir.

—Como los pedos —apunta Fifi. Sí, esta mujer sabe en qué circunstancia intervenir—. No los ves, sin embargo, se sienten.

—Sobre todo los tuyos —alega Romualdo.

Ladillas permanece en silencio, menos mal que hay alguien cuerdo, aunque tenga cara de pavo.

Mi madre y mi padre se acercan con cautela. Mi madre es la primera en tocarme, sujetándose las manos entre las suyas.

—Danos una oportunidad. Tu abuela está convencida de que te lo vas a pasar genial. —Ya, claro que sí—. Y, ¿quién sabe?, lo mismo vas a querer quedarte. Las cartas auguran que hallarás tu destino en este lugar.

—¿Las cartas, mamá? Espero que hables de las cartas del póker o algo así.

Me sonrío con ternura, a pesar de la mordacidad de mi comentario.

—Lo que tu madre quiere decir —interviene mi padre— es que no hay nada que pueda salir mal siempre que estemos unidos.

A ver, ¿mecánico o filósofo? ¿En qué quedamos, papá?

Una no puede ser cruel de por vida, porque los quiero y porque sé que, en el fondo, aunque a mí todo esto me produzca repelús, lo han hecho con buena intención. Es un viaje en familia —o en comuna, según se mire—, y pienso disfrutar de todo siempre y cuando haya caipiríñas y macizos. Y no hablo de la corteza terrestre.

—Vale —claudico.

Y no me preguntéis por qué, pero, conforme salen esas palabras de mi boca, ya me estoy arrepintiendo de ello.

—¿Veis? Os dije que sería fácil convencerla. Todo va a salir de lujo. —Mi abuela aplaude y se gira para encaminarse al interior de «Villa Quiero Salir de Aquí por Patas», y no solo eso, sino que encabeza el séquito que la siguen como si la hubiesen nombrado la reina del mambo.

Spoiler: mi abuela siempre es la reina del mambo.

Unos brazos me envuelven de inmediato y giro la cabeza para encontrarme con Rita.

—Tienes que ver los conjuntos de lencería que he traído. Muchos, aunque, pensándolo bien, ni uno es de color caqui. ¿Y si resulta que a Tony le gusta ese color?, ¿y si no le gustan los rojos?, ¿azules?, ¿verdes?, ¿púrpuras?, ¿o los rosas? Joder, que hasta he traído las pinturas de uña a juego para la ocasión.

—Rita —la corta Débora, que se coloca a mi lado, flanqueando mi costado derecho por si resulta que me da un parraque y me caigo al suelo.

No lo descartemos. O mejor, si me da, tal vez eso ayude a que me despierte de esta pesadilla pronto y de veras esté en Cancún y no en este lugar.

—¿Por qué no me percaté de que el vuelo era tan corto? ¿Hemos salido siquiera de España?

Mis amigas niegan.

—Creo que tu abuela quería usar estupefacientes —sentencia Débora.

—De hecho, no descartes que los haya traído —apunta Lucy.

Omito el tema de las drogas porque está claro que, cuanto menos sepa, mejor.

—¿Dónde coño estamos?

Todas alzan los hombros.

—Yo he venido porque me ha salido gratis.

Clavamos la vista en Fifi, que nos ha dejado claro que a ella esto le ha salido gratis. Por segunda vez. Y que está tomando apuntes también.

Mañana seré la drogadicta del castillo, lo veo venir.

Rita se acerca a nuestra vecina y le da la mano para acompañarla al interior del lugar ese.

—Solo le falta un cartel que ponga: «Pasad, niños, no estáis en peligro, eso sí, yo que vosotros no me quedaría sola en una habitación ni en ningún otro lugar».

—Bah, no es para tanto —me consuela Lucy.

Mi hermana corre hacia nosotras con una sonrisa en los labios. Ella sí que está encantada, si se tiene que sentir como en casa, ¿no? El infierno, Mica... ¿Me seguís?

—Joder, joder, joder... ¡No te lo vas a creer! —exclama.

—¿Qué? ¿Nos vamos? —pregunto, porque eso sí que sería una noticia cojonuda.

—¡Qué va! Algo mucho mejor —perdonadme que lo ponga en entredicho—. Mira...

Me tiende un panfleto, uno de verdad, y comienzo a verlo todo negro cuando leo: «Este lugar está construido sobre un antiguo cementerio. Se rumorea que sus almas...».

No, no es que vea negro, es que me he desmayado. Para variar.

Cómo me gusta besar suelos, joder.

CAPÍTULO 4

He subido al cielo de los machos portentosos

Zoe

Noto unas manos suaves sobre mi cuerpo. Unas manos suaves y frías que se pasean por mis mejillas y por mi cuello, o quizá no sean unas manos y son los tentáculos de un *kraken* que me quiere arrastrar a las profundidades del océano. Si está Aquaman allí, me voy por voluntad propia.

—Abrid hueco, necesita que le dé el aire, por favor. —Escucho.

Eso, necesito que me dé el aire y que... ¿Qué? ¿Por qué necesito que me dé el aire? ¿Qué ha pasado aquí?

Abro los ojos y lo primero que siento es que la luz es suave y tenue, casi como si no hubiese electricidad y estuviésemos utilizando velas.

—¿Qué...? —apenas consigo balbucear mientras abro los ojos.

Los cierro de nuevo, es como si mis párpados de pronto hubiesen decidido tomarse las vacaciones que la dueña de los mismos quería disfrutar y no pudo.

—Eso es, con cuidado, abre los ojos con cuidado. —No reconozco a la persona que habla, tal vez sea Ladillas, que se ha colado en mi sueño para contarme un secreto.

Intento seguir la orden que me da el dueño de dicha voz. Cuando consigo que mi vista se enfoque en lo que me rodea, unos ojos grises como el cielo que nos ha acompañado desde que llegamos, o desde que fui consciente de él, están clavados en los míos.

—¿Qué coño ha pasado? —suelto.

Mi hermana se coloca a mi lado, extiende la mano y mueve los dedos.

—Un euraco para el tarro de las palabras malsonantes.

Alzo la mano y le regalo una peineta.

—Eso vale, como poco, diez euros. ¿A que sí, papá?

Mi padre asiente y anota la deuda en su libreta de deudas mentales. Si me acompañase mi habitual raciocinio y coherencia, es probable que le recordase que, antes de que todo se volviese negro, pronunció la palabra «joder» tres veces y seguidas.

—¿Te encuentras bien? —insiste el desconocido, que tiene las manos frías como el hielo.

Asiento y me fijo con mucho más detalle en su rostro.

Ángulos marcados, me gusta. Pelo oscuro y revuelto de aquella manera desenfadada que parece no haber sido peinado, pero me temo que tras eso hay un poco de secador de pelo y algo de laca, acepto. Ojos grises, bueno, no le hago ascos. Cuerpo esculpido, no necesito más. ¿Dientes? Por favor, que tenga los dientes bien, eso es indispensable para ser un ligue de viaje al país de los Viajes de Mierda que organizan los demás y que te engañan.

Le sonrío como una lela.

No llega a ser una sonrisa, sino más bien un amago de la misma. Suficiente para obtener información.

Dientes blancos y... ¿colmillos afilados? Espera. Enfoco mejor la vista. No, joder, pensaba que eso que había visto eran unos colmillos como los de... Me estremezco solo de pensarlo.

Sí, mi mente me está jugando muy malas pasadas. Chico guapo pasa el filtro.

—Sí, gracias, me encuentro mejor. ¿Y tú?

¿Y tú qué?, ¿si se encuentra bien? Qué ingeniosa eres, Zoe, sí, muy muy ingeniosa.

—Yo me encuentro perfectamente.

—Vaya, si no hay más que verlo para darse cuenta de eso. —La que faltaba.

—Juro que no la conozco de nada.

—Soy su abuela.

—Eso asegura ella. No le hagas caso —susurro—, también afirma haber visto mi futuro y, a pesar de que no quiero saberlo..., está empeñada en querer contármelo. —Porque lleva insistiendo un par de años, y yo, negándome otros tantos. Que la vida me sorprenda, aunque, claro, si las sorpresas que me depara son de este estilo... No, gracias.

—Eso no ha sido solo cosa mía, Nina ha tenido mucho que ver... —declara la susodicha. Mucho que ver..., vaya juego de palabras.

—No preguntes quién es Nina —le susurro al desconocido.

—¿Quién es Nina?

—Te he dicho...

Mi abuela, que con poco ya le basta para sentirse la reina de la fiesta, saca a Nina a paseo. Mi abuelo se acerca, porque es como su guardaespaldas particular y porque ser sobreprotector va en sus genes.

—Contigo hablaré luego —le recrimino recordando su mentira. De él no me lo esperaba.

—Te ayudo a incorporarte —sentencia el chico que no conozco y al que me gustaría tener el inmenso placer de conocer, por supuesto.

Con toda la gentileza del mundo, y con las manos tan frías como carámbanos de hielo, me ayuda a ponerme en pie.

Se acerca de más para observar mis pupilas o eso es lo que creo que está haciendo, porque es eso, ¿no? Yo me dejo, claro, porque es guapo y el traje le sienta de lujo. Un chico tan guapo vestido con traje en un castillo infernal que se ha construido sobre un cementerio... Ah, vale, ya lo recuerdo.

—Creo que quiero regresar a casa —expongo.

Y no es una de esas quejas que utilizas para que los que te acompañan te hagan la pelota y te demuestren que quieren que te quedes porque tu compañía los nutre, no, lo digo de veras. ¿Un cementerio? Veamos, ¿qué clase de terapia de choque es esta?

Choque el que le está dando a mi cerebro mientras intenta asimilar todo este asunto.

Os aventuro desde ya que, si la cosa sigue desarrollándose de esta forma, pienso estar todo el día inconsciente y no por culpa del alcohol, sino porque los sustos son malos para mi pobre corazón humano.

—¡Nos lo vamos a pasar genial! —insiste mi abuela, que todavía lleva a Nina en las manos, como si ella también tuviese que darle el visto bueno al espacio.

—Necesito alcohol.

El desconocido suelta una risilla nasal, intenta que no se le note, pero lo hace o al menos yo lo pillo.

—En eso sí que puedo ayudarte.

Y, bueno, no descartes que en alguna que otra cosa también, solo que él todavía no lo sabe. «Cuando tengas las manos calientes, hablamos, chato».

—Yo he venido porque el viaje me ha salido gratis —insiste Fifi.

El desconocido, sin apenas inmutarse, permanece impasible a nuestro lado. Debo reconocer que, si no ha salido huyendo tras esto, ya nada le sorprenderá. Ni siquiera Ladillas.

—Ella es Zoe —me presenta Rita, como si yo no supiese hacerlo sola—. Es nuestra amiga, bueno, la mía y la de Débora. Lucy es su prima, la hija del hermano de su padre, que es

mecánico. Ella no es mecánica, y nosotras tampoco, aunque nunca digas nunca jamás porque no se saben las vueltas que da la vida y en qué puedes acabar convirtiéndote. Mírate, ibas para modelo de Versace y has acabado en este hotel perdido de la mano de Dios. Lo siento por ti...

El chico en cuestión tiene los ojos abiertos como platos, está claro que Rita no pasa desapercibida o, quizá, lo que no pasa desapercibida es la labia que tiene la jovencita.

—Debes saber que no respeta las pausas entre letras, las comas, los puntos ni el espacio personal. Es muy buena chica, pero habla hasta en sueños. Y doy fe de ello, así que, si te apenas de mi pobre alma mortal —le cuento. Un intento de sonrisa por parte de este chico tan guapo. No entiendo por qué no lo hace y ya, regálame una de esas, chato, que tengo ganas de ver qué tal te sienta en la cara—, tendré una habitación para mí sola lejos de todas esas lápidas y de cualquier cosa que pueda darme un susto de muerte, hincarme el diente o hacer que me desmaye.

—Tu desmayo tampoco ha estado tan mal.

Ohhh, qué mono. ¿Es una técnica de ligue? Lo siento, mis técnicas de ligue están bastante atrofiadas, no por nada, sino porque en el pueblo no hay nadie que me mole.

—Gracias, intentaré que se repita siempre y cuando estés cerca.

Otra sonrisilla y... ¿tiene colmillos? De veras, no sé si es que me he dado un golpe en la cabeza y tengo alucinaciones.

Me acerco y me marco un Rita con toda mi cara dura.

—¿También se te da bien invadir el espacio personal? —me pregunta alejándose unos centímetros.

—Chato, a mí se me dan bien muchas cosas —lo digo de veras, solo que en esta ocasión el comentario ha tenido doble intención porque lo que quiero es que sonría de tal forma que vuelva a enseñarme esos preciosos incisivos en punta y saber a qué atenerme.

Se incorpora en todo su esplendor —y es espléndido un rato largo— y se aparta sin más. Sin enseñarme nada y sin permitir que vuelva a tocarle.

Lástima. Porque no me habría importado tocarle en exceso.

—¡Bien! —Da un par de palmadas y atrae la atención de todos los presentes. Débora se coloca a mi lado cuando un chico igual de alto que el que me ha recogido del suelo se planta a su lado —. Bienvenidos al Hotel Royals.

—Anda, mira, qué original —recita Lucy, que se ha acercado a nosotras.

Somos cuatro mujeres analizando todo a nuestro alrededor. O tres, porque Rita sigue con la mirada a Tony.

—Mi nombre es Gabriel. —¿Por qué me observa de esa forma ahora que ha pronunciado su nombre?—. Y este es Frank, mi hermano y socio. Lo primero que haremos será pasar por recepción para asignarles una habitación que sea de vuestro agrado. —Allá va, otra de esas miraditas, y yo solo asiento.

—Espero que vuestra estancia sea cómoda y terroríficamente divertida —suelta el hermano y socio.

—Oh, sí, seguro que sí —ironizo. Justo cuando dejaba de pensar en el asunto, llega este chico para recordármelo—. Tengo en mente pasármelo de muerte.

Esto sí que es coña, ¿vale? Entended mi humor negro y ácido como el corazón de Débora&compañía al esconderme lo del viaje.

—Id haciendo una cola y os atenderemos lo más rápido posible —comentan a nadie en particular.

Frank y él se colocan cada uno frente a un ordenador y ¿a que no sabéis quién encabeza la fila? Sí, Nina y mi abuela.

—Me quiero ir ya —me quejo.

Débora me palmea la espalda y se sitúa en la fila de ese tal Frank, Lucy la acompaña tras guiñarme un ojo, y Rita..., Rita me abraza con fuerza antes de perseguir a Tony una vez más.

Bien no sé si nos lo pasaremos, ahora, si mi amiga no acaba con una orden de alejamiento, es que algo no marcha como debe.

CAPÍTULO 5

¿Quieres que te acompañe?

Gabriel

Es la primera vez en mucho tiempo que tenemos el hotel lleno. No es que la cosa no marche bien, porque la realidad es que, cuando las palabras «sucesos extraños» acompañan a las reseñas que dejan los huéspedes en distintas plataformas y redes sociales, la mayor parte del trabajo está hecho.

No, no creo que nada de eso sea real, lo que sí que pienso es que, si palabras como esas hacen que nuestro negocio crezca como la espuma, ¿por qué no fomentar los rumores y diseñar una estrategia de mercado que acompañe e incremente dichas habladurías? Sería ridículo no hacerlo, y a esa conclusión llegamos mi hermano y yo hace tiempo.

Luces tenues por aquí, zonas un poco menos limpias y cuidadas por allá, mazmorras que hemos adecentado en los sótanos, jardines llenos de enredaderas, un laberinto que nos ha costado lo nuestro, actividades relacionadas con lo paranormal, disfraces y noches temáticas, en fin, lo que sea porque esto salga bien.

Nos costó empezar y que despegase, todavía nos resulta de lo más raro que nuestros abuelos nos dejaran este hotel en herencia. Se caía a pedazos y no exagero. Frank y yo hemos trabajado mucho para poder hacer de este lugar un sitio de referencia, aunque sea de una forma de lo más peculiar. David, nuestro otro hermano, por el contrario, prefirió quedarse en la ciudad. Tiene un trabajo que le hace feliz, una mujer que no quiere moverse a ninguna zona rural y un hijo que ha comenzado este año en la escuela. Argumentos de peso, como veis, para que nos cediese su parte del negocio y solo venga de visita.

No os hacéis a la idea de lo mucho que le gusta a la gente sentir esa adrenalina que provoca el miedo, la excitación de no saber lo que hay o de imaginar, porque, hasta el momento, no me he encontrado con ningún muerto, por mucho cementerio que haya bajo nuestros pies. Tenle miedo a los vivos, que son los que de verdad pueden hacerte daño.

—Siguiente.

Un señor con un pavo con el cuello torcido se planta frente a mí.

—Te doy veinte euros de más si me pones al lado de la mujer que va vestida de negro. —Me echo hacia un lado para saber a qué mujer se refiere—. En cuanto se acerque, te dirá que ha venido gratis, al lado de esa —sentencia aportándome más datos.

—¿Es tu exmujer o algo así? —pregunto frunciendo el ceño.

—Es mi amor de la infancia. Pienso ligármela en este viaje como sea. Ladillas y yo estamos decididos a ello.

—¿Ladillas? —inquiero.

Por favor, Gabriel, no hagas preguntas de ese estilo.

—Mi pavo se llama Ladillas, es muy majo y considerado. No te cagará por los pasillos porque está bien educado, aunque es probable que sí que se coma algo que no deba. Es muy juguetón. —Lo acaricia como el que acaricia a un lindo perrito o un gatito lactante.

—La pondré en la habitación contigua gratis.

Romualdo, que así es como se llama el dueño de Ladillas, me sonrío agradecido y aguarda a que haga el *check in* sin abrir la boca, dedicándose a lanzarle miradas furtivas a la señora que va un par de personas por detrás.

—Bien, primera planta, con vistas al jardín.

—Estupendo. Presiento que van a ser unas vacaciones increíbles.

Asiento, porque eso es justo lo que espero.

Hemos preparado muchas actividades para este grupo tan variopinto. Cuando contactó con nosotros la agencia de viajes, no pensamos que fuesen a venir tantas personas, ha resultado ser un lleno total, cosa para la que Frank y yo no tenemos queja alguna.

—Yo he venido porque el viaje me ha salido gratis.

Sonrío y esta vez me permito hacerlo con total amplitud cuando la señora a la que Romualdo hizo referencia hace nada se sitúa frente a mí. Le tiendo la mano y alzo la vista lo suficiente como para encontrarme con unos ojos negros y una melena a juego que me observa con atención unos pasos por detrás. Se balancea sobre los pies, como si estuviese debatiéndose entre salir corriendo por donde ha venido o pedir que la protejan del mal.

No tiene pinta de querer estar aquí, no.

Decido no apartar la vista de ella, cosa que, por cierto, no me supone esfuerzo alguno porque es preciosa.

Cuando nos avisaron de que alguien se había desmayado en la entrada, no esperaba toparme a esa chica allí tirada. Una adolescente que se encontraba a su lado se partía de risa a su costa. Yo, por el contrario, me puse tenso, porque no entendía qué podía haber pasado y la palabra «problemas» seguida de «seguro de responsabilidad civil» acudieron a mi mente de inmediato. No puedo evitarlo, ¿vale? Alguno de los dos hermanos a cargo de esto tiene que pensar en esas cosas y en otras muchas más.

Y ese papel me ha tocado a mí.

«No te preocupes, mi hermana le tiene miedo a cualquier cosa, hasta una mosca, es una cagana. No le cuentes que he hablado sobre esto o sacaré el puto tarro de las monedas para que meta cinco pavos. No pienso meter dinero en ese tarro, de él solo extraigo».

No entendí qué era lo que me quería decir hasta que su abuela y sus padres se acercaron y me explicaron que todo esto había sido una encerrona para demostrarle a Zoe, que así es como se llama la chica, que lo paranormal no existe.

La verdad es que no tengo del todo claro que hayan tomado una decisión acertada y menos viniendo a este lugar, ahora bien, ¿quién soy yo para cuestionar lo que hagan o dejen de hacer cuando a mí me reporta beneficio? En fin, que no aparto la vista de la chica, que sigue sonriéndome sin cesar. Yo, por el contrario, intento ocultar mi diversión. No tarda mucho en esconderse de nuevo entre el resto de las personas que hay en la fila y gracias a ello vuelvo a concentrarme en mi trabajo.

Un chico bastante joven me tiende su DNI y procedo a buscar una habitación. La chica de antes, una que hablaba sin parar, me hace señas desde detrás. El joven percibe que sucede algo y se gira. Ella deja de mover las manos y comienza a silbar. Vale, creo que sé lo que pasa aquí.

—Tercera planta. Puerta trescientos cuatro. —Le tiendo sus documentos, y él solo asiente satisfecho.

—Te doy veinte euros si me pones a su lado. Cuarenta, si su habitación tiene alguna puerta secreta o laberinto extraño que conecte con la mía.

Intento no reírme, porque digamos que este es el grupo más extraño al que hemos tenido el placer de hospedar. Van a ser unos días de lo más divertidos, sí. La chica en cuestión ni me mira, simplemente guarda silencio mientras persigue con la mirada al susodicho.

—Tercera planta, habitación trescientos cinco. Siento que no haya una puerta secreta.

—¿Un tapiz que esconda una librería que se mueva sola? —Niego—. ¿Algo que haga que

pueda colarme en su habitación y justificarlo como un suceso extraño? —insiste.

Niego una vez más.

—Pero, oye, quizá, si tocas a la puerta y le indicas que te has equivocado de habitación y te desmayas justo cuando vaya a responder, sirva de gran ayuda.

Baraja mi consejo en silencio, y Zoe abre la boca permitiendo que la sorpresa se refleje en su rostro. Cuando se percata de que la estoy observando con fijeza, gira la cabeza y centra la atención en la documentación que tiene entre las manos.

—Me vale. —Rita, que así es como se llama, se echa a correr tras él dejando su DNI sobre el mostrador.

—Bienvenida al Hotel Royals —susurro cuando la chica del desmayo se sitúa frente a mí.

—Gracias y yo le entregaré su DNI. No sé qué has hecho, pero Rita nunca se calla y tú lo has conseguido —entrecierra los ojos analizándome—. Nadie la deja sin palabras y, créeme, lo he intentado muchas veces —sentencia la susodicha—. Por cierto, ¿Royals? ¿Qué clase de nombre es ese? —Me tiende su identificación, y parpadeo obnubilado.

Es preciosa, eso ya os lo he dicho, con esos ojos enormes y negros, con ese pelo azabache y la piel blanca y tersa.

—El nombre ha sido cosa de mi hermano. —Lo señalo sentado a mi derecha.

—¿A que es original? —responde el susodicho cuando lo menciono.

—La verdad es que no mucho... Eso sí, suena bien. —Le sonrío con suficiencia, yo, por si no lo intuís, sigo observándola con detenimiento.

—¿Te encuentras bien? —le pregunto recordando su anterior tropiezo, ya me entendéis.

—Perfectamente. Solo quiero irme a casa.

Introduzco en el ordenador la información y aguardo a que me pida que la ponga cerca de la habitación de alguien porque eso es lo que parece querer todo el mundo. Esto es como un viaje de fin de curso, solo que con una media de sesenta años de edad.

—¿Alguna petición especial?

—Lejos del cementerio, de mis amigas, de mis padres, de mis abuelos y de Ladillas, porque no me fío de que un pavo poseído me quiera comer en mitad de la noche. Mi carne fresca está en la cima de la mejor carne fresca que existe —recita como si hubiese traído el discurso preparado.

Contengo la sonrisilla una vez más.

—Bien, hecho. —Le tiendo su identificación y, cuando observo para saber cuántas personas quedan, me percató de que mi hermano está atendiendo a una de sus amigas y que es la última—. Te acompaño hasta tu habitación. Está lejos del resto.

Frank alza la vista, y yo le guiño un ojo con descaro.

La chica en cuestión nos observa y entrecierra de nuevo los ojos.

—¿Cómo de lejos? ¿Solos? No te conozco, a saber lo que pretendes —sentencia convencida.

Bueno, digamos que a nadie le amarga un dulce, no obstante, soy un tío profesional y no me suelo enrollar con mis huéspedes. Eso se deja para mi hermano, que aprovecha cualquier circunstancia, como esta en la que nos encontramos, para tirarle la caña a toda tía que se le ponga a tiro. Justo lo que está haciendo ahora mientras le regala sonrisas, cumplidos y halagos a la chica que está con él.

—Es Débora. —La señala Zoe siguiendo mi mirada—. Tu hermano debería tener cuidado con ella —me advierte—. Se los come con patatas —agrega.

No pienso abrir la boca y contarle esto a mi hermano, por una vez en la vida, le vendrá bien alguien que le dé de su propia medicina, ¿no?

Sí, por supuesto que sí.

A todas estas...

—No me conoces, ahora bien, soy el que te ha ayudado a incorporarte, te he dado una de las mejores habitaciones, soy un caballero y...

Dudo si seguir con lo que iba a añadir o mejor guardo silencio.

—¿Y...?

Decido soltarlo sin más.

—Y no suelo morder...

CAPÍTULO 6

¿Qué ha querido decir con eso?

Zoe

¿No suele morder? ¿Qué ha querido decir con eso? ¿Por qué tendría que morder? ¿Por qué siquiera querría hacerlo? Aquí hay algo que no me cuadra y pienso averiguar de qué se trata. O bien esa es su forma de ligar conmigo, ¿acaso está ligando conmigo?

Observo cómo espera a que la puerta del ascensor se abra y me recreo en su cuerpo. Veamos, que no me fíe de él y que haya algo que me huela a chamusquina no es indicativo de que sea ciega, sé distinguir a un hombre guapo cuando lo veo. Y este chico, vestido con pantalón y chaqueta a medida y de punta en blanco, está para hacerle un traje de saliva —también a medida—.

Apuesto a que «Gabriel, don Culo Perfecto» es tan consciente como yo de ello, no hay más que ver cómo las señoras lo observan como si fuese el postre que todas quieren tomar y no me extrañaría en absoluto que mi abuela le hubiese preguntado si él se hospeda aquí también con intenciones obscenas y para nada decentes, claro.

—Y vosotros, ¿os quedáis aquí por las noches u os marcháis? —Sí, actúo como mi abuela y no me escondo. Es mera curiosidad o una conversación sin importancia alguna para matar el silencio que me incomoda. Nunca me ha molestado el silencio salvo que esté en una mansión terrorífica. Anda, mira, justo donde estoy.

—¿Sabes? Tu abuela me ha preguntado lo mismo.

Os lo advertí, y que sepa que es mi abuela es una evidencia de lo más clara de que no fue lo único que le preguntó.

—Ahmmm. —Silencio incómodo donde los haya, aunque a él no parece desagradarle.

—Frank y yo nos quedamos en el hotel. Es nuestro hogar, al menos, desde que nuestros abuelos nos lo dejaron en herencia.

Vale, sus abuelos la han palmado y les han dejado un hotel construido sobre un cementerio. Las almas vagan por aquí, y yo, que pensaba que mi abuela no me quería mucho, esto, ¡esto!, es no querer mucho.

No tengo más argumentos, señorita.

—¿Y os gusta?

Se gira y me observa unos segundos. Os prometo que no son imaginaciones mías, lo juro, ¿vale? Pero tengo la sensación de que, cuando me mira de esta manera, es como si estuviese viendo todo y, cuando me refiero a todo, quiero decir que no me sorprendería que percibiese el temblor de mis piernas, el latir acelerado de mi corazón y el tic nervioso que tengo y que hace que mi pie palmeé contra las baldosas del suelo como si estuviese subida a un maldito escenario bailando una canción de *country* con botas de montar a caballo.

Alza los hombros a modo de respuesta.

—Supongo que nos gusta, sí. Nos hemos volcado en este lugar, es nuestra forma de vida.

¿Un hotel a medio destruir una forma de vida? ¡Venga ya! Esto tampoco me lo creo.

—Apuesto a que preferirías estar en una playa tumbado al sol tomando una caipiriña mientras te churrasas. —Justo lo que yo elegiría y tal.

Las puertas del ascensor se abren, y me permite entrar primero. Vale, es caballeroso y no solo porque me haya recogido medio muerta del suelo y porque no haya hecho broma alguna sobre

ello, son los pequeños detalles.

—Siento confesarte que no soy muy fan de las playas y del sol. Prefiero la noche y la tranquilidad.

O lo que es lo mismo... ¡Aburrido!!!!

—Vale —es todo lo que me limito a añadir.

Gabriel asiente y permanece mirándome unos segundos de más. No se mueve, es más, se queda tan tan quieto que me acojona.

—Planta cinco —finaliza cuando estoy barajando como opción la posesión de su cuerpo por algún alma errante de esas que no han sabido seguir la luz y cruzar al otro lado.

Es mi turno para cabecear afirmando.

No tardamos mucho en llegar a dicha planta y una vez más, tal y como hizo antes, me permite el paso, sujetando la maleta.

El pasillo tiene una de esas alfombras rojas que cubren el suelo de punta a punta y no huele a cerrado, tal y como pensaba, huele a una mezcla de flores extravagantes y que no identifico porque las flores no son lo mío y nunca lo han sido. Ya sabéis, soy más de comer y beber que de ir al campo de paseo.

—Quinientos cinco —añade él cuando se planta frente a la puerta de la que será mi habitación.

—El pasillo es inmenso —sentencio acobardada. Una imagen fugaz del niño de la bicicleta con los mofletes colorados pasa por delante de mis ojos. O de las niñas de *El resplandor* esas—. Creo que prefiero dormir en recepción —admito.

Y no es coña, me vale un sofá cualquiera, no soy tiquismiquis.

La comisura del labio se le alza, e invado una vez más su espacio personal con la firme intención de verle los dientes. Antes, en la recepción, no pude mirarlo bien, aunque me dio la sensación de que estaba todo en su lugar.

Es más, casi toco su cuerpo y diría que sí, que todo está en su lugar.

Vaya con el hombrecillo trajeado de cuerpo duro y fibroso.

—¿Tienes miedo de los pasillos largos?

Un miedo que te cagas por las patas para abajo.

—No. —La voz me sale tan estrangulada que sé de antemano que no me cree. Normal, no me creo ni yo.

—Bien, pues te encantará. Además... —Recorta un poco la distancia, y me planteo hasta qué punto es necesario hacerlo. Es un poco hipócrita por mi parte cuando, en cuestiones de invadir espacios personales, la menda se lleva la palma. Gabriel se limita a pasar por mi lado y extender la llave hasta que encaja en la cerradura y se escucha el clic que indica que la puerta se ha abierto. Vale, chavala, baja de la nube, la cercanía no era por mí, era para abrir la puerta—. Esta habitación es una de las mejores.

—Ohh, ¿debería sentirme halagada? —Porque no es el efecto que ha provocado todo esto en mí.

—Puede.

No sé si espera algún tipo de respuesta por mi parte, solo sé que permanezco observándole unos segundos de más, como si estuviese hechizada con sus ojos oscuros e impenetrables. Me pregunto qué se le estará pasando por la cabeza en este instante. Me obligo a apartar la vista cuando empiezo a entender que podría denunciarme por acoso.

Joder, si es que no se puede ser tan guapo. Es un argumento pésimo, pero, de veras, entendedme, tiene un aura misteriosa que hace que tenga ganas de saber qué es lo que esconde.

Porque estoy segura de que oculta algo y me encargaré de saber qué. Digamos que tengo mucho tiempo libre en unas vacaciones que no eran como planeaba. A grandes males, grandes remedios.

Me retiro y por un momento percibo su respiración cerca. No quiero empezar a ver cosas donde no las hay, ahora bien, entre tú y yo, ¿me acaba de oler el pelo? Tienen que ser imaginaciones mías, así que continúo y me adentro en el espacio. La maleta queda por fuera, en el pasillo, al lado de «Gabriel, don Chico de Revista». *A priori*, me parece una auténtica pasada. Es antigua, de eso no me cabe duda, solo que de una forma elegante y mágica. La cama es de esas que tienen cuatro postes, el suelo está todo enmoquetado, las paredes tienen un precioso papel floreado en tonos lilas y violetas y hay varios muebles más a juego que hacen que parezca una estancia más propia del siglo XV y de la realeza que del «Hotel Me Quiero Pirar y No Volver».

—Es preciosa. —Me giro para que quede constancia de ello.

Gabriel ya no está allí, ha desaparecido sin apenas darme cuenta de ello y una de dos, o ha sido excesivamente sigiloso, o empieza a fallarme el sentido del oído. Me siento como una tonta por no haberme siquiera despedido o, peor aún, poco especial para que él se haya largado sin siquiera cruzar una palabra conmigo. Retiro lo de «Gabriel, don Chico de Revista» y lo sustituyo por «Gabriel, don Chico Antipático Que Te Cagas».

En fin, él se lo pierde. Lucy, Débora y Rita van a alucinar. Quizá Rita no, porque sé que está al lado de Tony, y eso es justo lo que ella quería. La que va a flipar más de todas es mi hermana, que, por cierto, no se me ha olvidado la jugarreta que me hizo y que por su culpa acabé en el suelo.

No sé qué me duele más si la cabeza o el orgullo.

Regreso sobre mis pasos y me asomo al pasillo, no se escucha nada, es como si estuviese en el mismo lugar y a la vez estuviese sola en otra parte. Me pregunto si el resto de habitaciones de esta planta estarán ocupadas o solo estaré yo.

Cierro la puerta de golpe cuando escucho un sonido al final del mismo, cerca de una de las puertas que hay cerradas a cal y canto, ni siquiera me paro a buscarle una explicación racional porque lo primero que pienso es en algún fantasma o una de esas almas perdidas del cementerio que campan a sus anchas buscando un cuerpo que poseer para volver a sentirse vivos. Porque, digan lo que digan por ahí, los fantasmas no molan, ¿vale? Dejad de ver películas en las que os engañan y os explican que son todos muy divertidos, graciosos y hasta cariñosos, los fantasmas jamás de los jamases serán cariñosos. Si lo fuesen, todos tendríamos uno y no los tenemos, por algo será, ahí lo dejo.

Todavía con el corazón latiéndome acelerado dentro del pecho —síntoma de que no he sido poseída, así que todo bien—, arrastro la maleta y comienzo a sacar toda mi ropa de verano. Muy bien, es bastante probable que no pueda utilizar nada de esto y que tenga que comprarme unas cuantas piezas de ropa en vete a saber dónde o bien robárselas a mis amigas, que, en parte, son las culpables de que nada de esto saliese como esperaba.

Me sobresalto cuando escucho un par de golpes en la puerta seguidos de un «uuuhhhhhh» que me resulta aterrador. Cojo lo primero que pillo, ¿un candelabro viejo? Me vale. Es un arma cojonuda y apuesto a que antes se quitaban muchas vidas con él. No descarto que algún que otro cuerpo de esos que yacen bajo nosotros haya muerto a causa de uno.

Doy suaves y lentos pasos en dirección a la puerta y me arrepiento de no haberle pedido a Gabriel que me buscara una que tuviese mirilla. Aunque, puestos a recibir la visita de un fantasma, dudo que vaya a verlo a través de ella. Es más, si recibiese ese tipo de visitas, ¿crees

que tocaría a la puerta? Te garantizo que no.

Abro, porque de pronto me siento ridícula.

Mi hermana me empuja para que me haga a un lado, y el candelabro se me cae al suelo.

—Mamá me ha pedido que te traiga esta mochila. La preparó sin que te enterases, porque sabía que esa maleta llena de ropa sería imposible de ponérsela —explica de carrerilla antes de mirarme y caer en la cuenta de lo que estaba haciendo—. ¿Ibas a defenderte con eso? —Señala el candelabro—. Por favor, Zoe, a veces siento vergüenza de ser tu hermana.

Está bien que sea solo a veces, a mí me pasa con ella de forma constante.

Tira la mochila sobre mi cama, y yo frunzo el ceño.

—Estoy enfadada contigo —le explico.

—Ah, ¿sí? —Cabeceo afirmando—. Pues ponte a la cola. —Y se señala la espalda con el dedo pulgar.

Omito la mordacidad de su comentario.

—¿Por qué no me lo contaste?

Mica sonríe porque sabe a lo que me refiero.

—¿Qué gracia hubiese tenido eso? —ironiza mostrándome una de sus sonrisas más insidiosas. Me quedo con la boca abierta—. Me largo, tengo que colocar mis cosas antes de cenar. Por cierto. —Frena sus pasos antes de llegar a la puerta—. La cena se sirve a las siete en el comedor principal.

—La cena se sirve a las siete en el comedor principal —la remedo.

Me regala una peineta.

Se la devuelvo.

Nos sonreímos.

¿Para qué quiero un fantasma cuando ya tengo a una *demonia*?

CAPÍTULO 7

El aura de chico peligroso

Zoe

Me niego a subirme en el ascensor sola porque puede pasar cualquier cosa y con «cualquier cosa» me refiero a que pulses el bajo y resulte que atraviere la corteza terrestre y acabes en algún lugar lleno de lava candente o, peor aún, en una de esas tumbas que se supone que están bajo nuestros pies y... ¡No, gracias!

Con toda la calma del mundo, desciendo las escaleras con el cargador del teléfono en la mano y me dirijo a la habitación de Rita. Observo el pasillo y la poca iluminación que hay, y me anoto mentalmente preguntarle a Gabriel por qué no poner leds y fluorescentes por todos lados, sino esas bombillas que encima la luz que emiten no solo es tenue, sino amarilla. Desde luego que tampoco combina con mi piel, joder.

Otro euro para el tarro de las palabrotas.

No, no hay nadie presente y nadie me lee los pensamientos. Aguardo. Nada de euros ni de tarros. Tampoco creo que mi padre se lo haya traído oculto en la maleta, ¿no? No, a eso no podemos haber llegado.

Corro sin que nadie me vea hasta la puerta de la habitación de Rita, me ha contado que es la trescientos cinco, y cuando me planto frente a ella toco sin dudar.

Mi amiga abre a medio vestir y se asoma al pasillo.

—¿Has visto a Tony salir? —Niego.

—Acabo de llegar. —O lo que es lo mismo... ¿Cómo voy a verlo?

—He intentado hacer el mínimo ruido posible por si lo escuchaba abandonar la habitación salir detrás de él, pero nada, no se escucha nada.

Cierra y corre hacia la pared que hay tras el cabecero de su cama y pega la oreja a la misma. Me llama con la mano y me invita a imitar su gesto.

Sí que tiene que estar interesada porque nunca había estado tanto tiempo callada.

—¿Ves? —pregunta—. Nada.

Se aparta y se acerca hasta el armario para comenzar a vestirse. Me tumbo en su cama. La habitación es bien distinta a la mía, no tiene ese enorme camastro con postes ni tampoco cuelgan de ellos cortinas semitransparentes ni hay moqueta en el suelo. Tiene parqué y parece bastante moderna. Aunque la iluminación sigue siendo igual que en el resto del hotel: tétrica y oscura.

—¿Has visto a Débora? —pregunto.

Rita niega mientras se coloca una sudadera llena de corazones negros. Tras eso, saca su larga melena y la coloca a su alrededor.

—No he visto a Tony, que es cien veces más importante, ¿y esperas que haga de perrito faldero de Débora? Es mayorcita, ya sabe cuidarse sola y, si no, que aprenda. Aunque es bastante obvio que, en el arte de salvarse el culo, Débora es la que encabeza la lista. Lo siento por ti, Zoe, y sin ánimo de ofender, tú vas la última.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Lo pregunta la chica que se desmaya al soltar la palabra «cementerio» —ironiza—. Y no te juzgo, ¿vale? Ya sabemos que siempre has sido una miedica, de ahí que todas hayamos confabulado en tu contra para traerte a este lugar.

No me he olvidado de las temidas palabras «terapia de choque» y dudo que lo haga en mucho

tiempo.

—Esto más que una terapia es un castigo. Es como si yo te aconsejo que para lograr tirarte a Tony te cueles en su habitación de noche, le vendes los ojos, lo amordaces y le quites la ropa con los labios.

Rita abre la boca y saborea mis palabras, que la veo, ¿ehh?, la veo.

—¿Crees que eso funcionará? —Ay, madre.

—Claro —admito—. Funcionará si quieres acabar en una prisión por acoso y violación.

Y no es coña.

—No quiero acabar en ningún lado porque estoy pillada por él y cansada de pasar desapercibida. Ahora... —medita en voz alta— puedo conseguir liarlo mucho para que él también acabe en la cárcel conmigo —confabula para sí misma—. Compañeros de celda y esas cosas. —Alza las cejas en repetidas ocasiones, y empiezo a temer que lo está valorando de veras—. No podrá escapar. A veces me sorprende mi astucia.

Su astucia, dice...

—No pienso ser cómplice de eso. Pídele ayuda a los fantasmas que pululan por este hotel.

—Estoy convencida de que son más divertidos que tú.

—Estoy convencida de que son más divertidos que tú —la remedo.

Rita me sonríe con suficiencia y entonces se lanza a mis brazos.

—Todo lo arreglas de esta forma. —Apenas me sale la voz porque me estruja.

—Pocos abrazos se dan en esta vida con lo baratos que son y lo mucho que reconfortan. —Se separa de mí y comienza a ponerse las zapatillas—. No sé si a Tony le gustarán los abrazos, aunque rezo para que así sea porque, una vez lo haya engatusado con mi sexapil y mis técnicas de constricción vaginal, pienso estar todo el día pegada a él como una lapa.

—Seguro que le encantará —ironizo.

—¿Verdad? Yo también lo sé. —Sé de una que no ha pillado el tono.

Mi amiga termina de vestirse mientras sigue soltando un discurso, que, entre tú y yo, no escucho porque la quiero mucho y esas cosas, pero habla demasiado y llega un punto en el que es muy intensa.

Un poco hipócrita por mi parte, porque de intensidad no es que yo vaya escasa, ya sabéis, imagino que a estas alturas ya tienes que conocerme y saber de qué pata cojea y no es otra pata que la cabeza.

Salimos al pasillo y me siento bastante más tranquila al recorrerlo acompañada, aunque, si lo que Rita dice es cierto, la mejor defensora para hoteles encantados es Débora. Tenía que haber sido más lista y pedir una habitación cerca de la suya. O, mejor, haberme pillado un vuelo de vuelta así me gaste los ahorros en ello.

Nos dirigimos hacia la habitación de Lucy, y abre ya preparada.

—Vamos a por Débora —afirma mi prima.

Asiento. Rita comienza a poner al día a Lucy sobre sus avances con Tony, unos avances que son nulos y de los que no diré nada por educación. Me temo que, cuando lleguemos a la habitación de Débora, la historia se va a repetir. Como si viviésemos en un bucle constante en el que siempre sucede lo mismo, minuto tras minuto y segundo tras segundo.

Para ahorrarnos el tema, cuando Débora abre la puerta, me adelanto.

—Rita no se ha zumbado a Tony, ni siquiera lo ha escuchado y eso que ha pegado la oreja a la pared durante cuarenta y cinco minutos.

—¡Oye! —protesta la susodicha.

—¿Qué? —inquiero.

A ver si es que me he dejado algo y yo sin saberlo.

—Han sido cincuenta y cinco minutos —aclara.

Abro las manos y las extiendo.

—De nada —sentencio.

Débora se acerca y pasa la mano por mi cadera y caminamos de esa forma, mientras que Lucy y Rita trazan algún plan sobre seducir hombres sin acabar en la cárcel o vete a saber qué. En ocasiones, vivir en la ignorancia me ayuda, lo he aprendido a base de compartir techo con mi abuela y eso.

—¿Has visto al chico de la recepción? —susurra mi amiga.

—¿A cuál de los dos?, ¿el que me recogió como si fuese un saco de patatas o el otro?

—El otro. Aunque es cierto que no le haría ascos a ninguno de los dos. Ni siquiera si quisiesen montárselo a la vez conmigo.

Abro la boca con el fin de protestar, sin embargo, en última instancia decido cerrarla, porque mi amiga no es boba. Ya te digo yo que no.

—Te vi poniéndole ojitos —agrego.

—¿A quién le pones ojitos? —investiga Lucy, que se ha acercado a nosotras—. Joder, cómo casca Rita.

—¡Te he oído! —protesta la susodicha. Nos giramos esperando su reacción y rezando para que no sea otro discurso sobre la amistad incondicional y esas cosas que ya sabemos sobre querernos tal y como somos. En silencio también podemos querernos bonito y eso—. Tenéis razón, a veces no soy capaz de cerrar el pico y me da pánico que Tony huya de mí por culpa de mi verborrea incesante, aunque ciertamente rezo para que se le olvide todo cuando vea la lencería fina que he traído o, mejor aún —apunta con desenfado—, cuando me vea sin ella. Voy a dejarlo loco y sin habla.

—Al menos uno de los dos se quedará sin ella —ironiza Débora.

—¿Y los ojitos? —retoma el tema Lucy.

—Al de la recepción —acota Débora.

—¿El que la recogió del suelo o el otro?

—El otro.

Mucho me temo que a partir de ahora la forma de definirla va a ser esa. Los hemos bautizado sin ellos saberlo.

—Es tu tipo —añade Rita.

—Cariño, todos son mi tipo —la corrige, y en eso no le falta razón.

—¿Tiene las manos tan frías como el que me recogió? —Me estremezco solo de pensarlo.

—La verdad es que no lo toqué. Error, me has adelantado por la derecha, Zoe —me amonesta Débora.

—Era fácil, solo tenías que desmayarte.

—Puedo fingir un desmayo.

—Y babear sobre él cuando despiertes.

—No me hace falta fingir eso, ese chico está para babear sobre él todo lo que quiera. El traje le sienta de muerte.

—Vaya que sí —añado. ¿Qué? Es un hecho constatado—. ¿Habéis notado algo raro? —investigo un poco.

Porque sí, a paranoica no me gana nadie y esas cosas que todas sabemos, pero es que Gabriel tiene un aura extraña, ya os lo he explicado, un halo como..., como de chico malo y peligroso que sabe lo que quiere y que no duda en ir a por ello. Como el cazador que observa a su presa y

aguarda el momento oportuno para comérsela. Como el que observa un escaparate lleno de donuts recién hechos y se pregunta quién hizo el reparto de calorías en esta vida para que unos puedan comer cien y otros solo dos, ¿me sigues?

Todavía se me sacuden las entrañas al recordar la intensidad con la que me miraba o la manera en la que desapareció sin que yo me diese cuenta, como si se hubiese evaporado sin más. Pufff y hasta *luegui*.

—¿Raro como qué? —interroga Lucy.

—¿Raro como tú? —pregunta a su vez Débora.

Mi boca forma una mueca.

—¿Raro como no escuchar a Tony a través de la pared, aunque tuviese cincuenta y cinco minutos la oreja pegada? —La que faltaba.

—Sí, raro como todo eso.

Y no nos da tiempo de continuar con nuestras suposiciones porque, si el chico en cuestión me resultaba extraño, no queráis saber lo que me resulta en este instante que está frente a mí.

Ya os garantizo yo que raro no, ahora, sexi..., sexi a rabiar, sí.

CAPÍTULO 8

¿Buena noche o Nochebuena?

Zoe

Anda, fíjate, este traje también le sienta de lujo a «Gabriel, don No Oculto Nada Extraño», empiezo a pensar en la enorme colección de ropa hecha a medida que tiene que tener el susodicho y en dónde debe guardar tanto modelito. Tal vez una de las plantas de este hotel sea un vestidor o sea de esos típicos hombres que no repiten ropa y que una vez la usan la donan o la destruyen.

Intento moverme hacia un lado con la intención de pasar desapercibida.

—Buenas noches, señoritas. Las estábamos esperando.

¿Está mal que suene sumamente pecaminoso? Es para otra amiga, una que no sea Rita, porque ella hará de esa pregunta un monólogo de lo más interesante. Interesante e infinito.

—Buenas noches, Gabriel —lo tutea Débora adelantándose por la derecha. Aquí, así, entre tú y yo, me temo que sé lo que pediría mi amiga para cenar y va vestido de traje.

Intercambia una mirada de soslayo conmigo, y ya sé lo que quiere insinuarme con ella. Todo tuyo, maja, que sí, que es guapo y esas cosas, pero he venido aquí engañada para disfrutar y no para meterme en líos con tíos que vete a saber si son descendientes de psicópatas o de Jeffrey Dammer, que es mucho peor porque ese se los comía. Empiezo a perder el apetito.

—Buenas noches, Débora. —Mi amiga parece mucho más que satisfecha porque recuerde su nombre. Aunque es cierto que la mirada de Gabriel sigue posada en mí. ¿Me halaga ese hecho? Mmmm, déjame pensar, sí, puede—. ¿Todo bien? —pregunta en general.

Rita asiente poniéndose de puntillas y observando el enorme comedor. Lucy cabecea afirmando, solo que ella prefiere no mirar a nadie en particular, y Débora..., mi amiga está pensando en la forma en la que puede quitar esa ropa y si batirá su propio récord al desvestir a un tío.

Es rápida, no es que yo dé fe porque no suelo estar presente en ese tipo de situaciones, por lo obvio, cosas de la intimidad y del repelús que me daría ver a mi amiga en esos menesteres, sin embargo, por todos es sabido que tarda más en plancharse el pelo que en ligarse a un tío. Todavía no entiendo cómo Gabriel no está besando el suelo por el que pisa.

Ya quisiera ser yo así de segura conmigo misma y no solo eso, sino que me importe una mierda lo que piensen los demás de mí.

—Podéis pasar —nos anima Gabriel.

Hacemos caso. Rita casi corre buscando un hueco cerca de Tony, que está enfrascado en algún podcast o en vete a saber qué. Tenéis que saber que ha venido para acompañar a sus abuelos, porque estoy bastante segura de que ganas lo que se dice ganas no tiene ningunas de estar en este lugar. Mirad, si al final Tony y yo tenemos algo en común...

Que se una al club o se ponga a la cola de «los que queremos salir pitando de aquí».

Yo también camino siguiendo los pasos de mis amigas justo cuando unas manos frías frenan en seco mis pasos. Me estremezco de forma involuntaria.

—¿Todo bien, Zoe? —Vaya, me gusta que me tutee.

Y no solo eso, que recuerde mi nombre también. A lo mejor es de ese tipo de directores de hotel que hacen que sus clientes se sientan importantes con pequeños detalles, como recordar su nombre o cómo les gusta el zumo de naranja. A mí con pulpa. De nada.

—Todo bien.

Llevo la vista hacia donde su mano sigue rozando mi piel. Está fría que te cagas y temblaría si no fuese porque me distrae cuando habla de nuevo.

—¿La habitación es de tu gusto? —Alzo la vista, y sus ojos grises y oscuros me evalúan.

Me siento un tanto intimidada, ¿en qué estará pensando? ¿Por qué quiero saber lo que está pensando?

—Es muy... ¿silenciosa? —pregunto a su vez.

Suelta una risilla nasal, sus labios apenas se mueven y, si lo hacen, estoy tan hipnotizada con su mirada que no puedo coordinar el resto de mis sentidos para que vuelvan al ruedo y hagan lo que se les pide. Lo mínimo, aunque sea.

—Eso es bueno, así nadie te molestará mientras descansas —finaliza.

¿Nadie me molestará? ¿Qué clase de respuesta retórica es esa? ¿Acaso hay alguien que quiera molestarme?, ¿un fantasma quizá?, ¿un alma errante y perdida que necesita un hombro mortal sobre el que llorar las penas?, ¿un zombi con hambre?, ¿un cuerpo sin cabeza con sed de venganza por su terrible e inesperado asesinato?

Desde luego, casi que prefiero estar al lado de Rita y, si me apuras, hasta de mi abuela.

—Te agradezco la molestia.

—Oh, créeme, no es ninguna molestia, lo he hecho encantado. Al fin y al cabo, es mi trabajo.

—Se encoge de hombros y esta vez sí que me muestra su sonrisa.

No quiero que se me note, ¿vale? No quiero que se percate de cómo me fijo en sus dientes, que, a todas estas, debéis saber que son perfectos. Blancos y alineados.

—¿Cenas con nosotros? —¿Por qué he hecho esa clase de pregunta? ¿Y por qué no cierro ya el pico? ¿Por qué parece que mientras está cerca pierdo la poca cordura que tengo? ¿Acaso tengo algo de cordura? Bah, no me respondas a eso.

Niega.

—Os acompañaré, pero yo cenaré luego, con mi hermano. Ahora estamos trabajando. Los negocios y el placer no van unidos de la mano en este lugar.

Vaya, pues Débora se va a llevar un tremendo chasco cuando se entere.

—Claro, por supuesto —sentencio.

—Disfruta de la cena, Zoe.

Paladea mi nombre, y se me eriza el vello de la nuca por la forma en la que lo pronuncia. Suena..., suena a una mezcla entre pecado capital y luz celestial.

Me suelta la mano, y avanzo como si estuviese hipnotizada por el dueño tío bueno del hotel. Y, en cierto modo, es así como me siento.

¿Habré bebido algo extraño?

—¿Y bien? ¿Qué te ha dicho? —Lucy mueve la cabeza en dirección a donde se encuentra Gabriel, todavía de pie, con las manos en los bolsillos y su media sonrisa de no haber roto un plato, pero sabiendo que se ha cargado la vajilla entera.

Nuestras miradas se cruzan, y estoy bastante segura de que sabe que estamos hablando de él. Tal vez incluso sepa leer los labios.

Me giro y enfoco la vista en mi prima, que está partiendo un trozo de pan de semillas.

—Me ha preguntado si todo está de nuestro agrado. —Débora también me observa unos segundos. No pienso entrar en detalles sobre eso de confraternizar ni nada, que lo descubra por ella misma.

Rita se acerca a nosotras con un plato enorme lleno de distintas cosas: arroz, carne, verdura, pasta, tortilla y una rodaja de tomate con atún que tiene una pinta deliciosa.

Sí, el apetito ha regresado en tromba.

—Este hotel es cojonudo. No hay caquis o al menos no los he visto, aunque sí me he cruzado con Tony, que me ha sonreído. Le he preguntado qué tal todo, y me ha respondido que bien. Nunca había conocido a nadie que fuese tan parco en palabras —lloriquea.

—Tranquila, cielo, tú hablarás por los dos —la consuela Débora—. O, mejor aún, para lo que tienes en mente, casi que no tienes ni que abrir la boca.

Ella asiente satisfecha sin entender la malicia con la que nuestra amiga ha soltado su frase.

—No seas mala —la reprendo.

Me incorporo y me giro en busca de Gabriel, ni siquiera sé por qué lo he hecho, cuando me doy la vuelta, de nuevo ha desaparecido. Tampoco hay rastro de su hermano.

¿No te resulta extraño que ellos no estén por aquí? Porque, perdona, deberían estar presentes siempre.

Mi amiga se levanta de su asiento y se sitúa a mi lado, caminamos en dirección a los platos y sujetamos uno. Nos ponemos en la cola del bufet y recorremos con la mirada todos los cuencos que hay expuestos y las carnes o pescados que están haciendo en la plancha. Varios camareros reponen bebidas y comidas, también la bandeja del pan. Mi abuela pasa por nuestro lado con un plato lleno de anillas de calamar con alioli y se relame cuando nos adelanta.

—Espero que no queráis de esto. —Baja la vista. Niego.

Débora chasquea la lengua cuando nos quedamos a solas.

—No soy mala, es que Rita es muy inocente, alguien tiene que explicarle unas cuantas cosas. No puede pensar que en esta vida todo es bueno porque no lo es —me expone llena de convicción—. Sus padres la tienen demasiado protegida, algún día tendrá que volar del nido ella sola.

—¿Y qué tiene de malo que se dé cuenta de lo que le espera afuera cuando ya haya puesto un pie ahí? —la increpo.

A ver, que Débora es una de mis mejores amigas y sé que hay momentos en los que no lo ha pasado bien, y que esa máscara de indiferencia que lleva sumado a su humor ácido es solo una fachada para que nadie pueda hacerle daño. Porque tenéis que saber que la gente te cuelga cartelitos a la mínima de cambio en vez de meterse en sus asuntos.

No la culpo. No la juzgo y no me meto en su vida salvo que me pregunte directamente porque entonces sí que soy sincera. Hemos establecido una especie de hermandad de esas en las que no solo nos apoyamos, sino que no hacemos juicios de valor sobre ninguna de las decisiones, a pesar de que sepamos que la hostia puede ser inminente y considerable.

—Que no quiero que nadie le haga daño —sentencia Débora, trayéndome de vuelta al presente. O lo que es lo mismo, no quiere que sufra como ella también lo ha hecho.

Lleno mi plato de ensalada, tomates, atún, y aguardo frente a la plancha a que el chico termine de preparar un par de filetes de ternera que tienen una pinta de lo más apetecible.

—Muy hechos —sentencio señalándolos—. Odio la sangre, que no sangren —casi suplico—. Corro el riesgo de desmayarme. —Otra vez. Mi amiga confirma mis palabras con un leve suspiro seguido de un cabeceo y nos centramos de nuevo en la conversación—. Tienes que dejar que se dé la hostia si es que se la tiene que dar. Rita es un alma pura y lamentablemente no podemos mantenerla así de por vida. Sabemos todas que aprendemos a base de porrazos.

—¿Y si Tony...? —empieza y no termina.

Débora puede comerse a cualquier tipo con patatas, ahora bien, nadie puede cuestionar su lealtad hacia nosotras y nuestros sentimientos. Sí, ella es la más guerrera de todas y sí, si tienes un plan, será la primera en ayudarte a llevarlo a cabo, sea de la índole que sea, y, a pesar de ello,

también tiene que dejar de comportarse como si fuese nuestra madre porque no puede protegernos de todo siempre.

—¿Y si sale bien? Está decidida, y yo la apoyo —finalizo—. Cuando pase lo que tenga que pasar, tendremos tiempo de buscar soluciones.

Mi amiga rumia mis palabras en silencio y de nuevo chasquea la lengua.

—Esos dos serían una pareja de lo más variopinta. Ella tan dicharachera, y él tan callado y tímido.

Alzo los hombros, despreocupada.

—Los polos opuestos se atraen, ¿no?

Mi amiga sonrío un pelín, solo un pelín.

—Eso dicen por ahí. Al final, tendré que creérmelo.

CAPÍTULO 9

¿Quién me pone la pierna encima para que no levante cabeza?

Zoe

Regreso a mi habitación —por las escaleras— tras haber dado buena cuenta de la cena. A ver, no hay playa, ni siquiera hay sol y ahí fuera está cayendo la del pulpo, sin embargo y sin que sirva de precedente, esta noche me lo he pasado bien.

Ninguna de mis amigas quiso acompañarme. Débora, porque estaba más preocupada por averiguar cuál era la habitación del hermano que no me había recogido del suelo que de mi bienestar; Rita, porque necesitaba seguir a Tony para que el susodicho se diese cuenta de que eran vecinos, y Lucy..., Lucy no tengo ni pajolera idea de dónde se metió. Se fue con mi abuela, estoy casi segura de que querían campar a sus anchas por el castillo sin ser descubiertas. ¿Yo? Yo casi que paso de eso, la verdad, a ver si me voy a encontrar con algo que no me mole y no voy a poder pegar ojo el resto de mi vida.

Compruebo, antes de cerrar la puerta, que no haya nada insólito. La iluminación sigue sin ayudar mucho en esta tarea, sin embargo, me conformo con que no haya ninguna rata alienígena danzando o una puerta secreta que me lleve a una realidad paralela.

Comienzo a desvestirme con la intención de darme una ducha. Observo por una de las ventanas cómo la lluvia arrecia con fuerza afuera y sonrío, porque, bueno, digamos que esto tampoco está del todo mal, ¿no?

Corro de nuevo la cortina, tras comprobar que las ventanas están cerradas y que es imposible que nada se cuele desde fuera, y no hablo de la lluvia o del viento, hablo de murciélagos y vampiros chupasangre, tú ya me entiendes. Recorro con los dedos varias de las superficies, maravillándome con la suavidad de la madera. La cama enorme y antigua; la cómoda anticuada, pero con un toque elegante; el pequeño escritorio, y la chimenea. No me había dado cuenta de que la habitación tenía siquiera una. Sería genial poder encenderla.

Me acuclillo frente a ella y la estudio como el que tiene frente a sí un cuerpo abierto y no tienes ni idea de cuál es el intestino delgado o dónde se encuentra la pituitaria. Y antes de que preguntéis, no, no sé qué es eso ni para qué sirve.

Está limpia y no tiene restos de ceniza que me den muestras de que ha sido utilizada recientemente. Al lado, hay una cesta con varios troncos.

Bien, no tengo ni idea de cómo se enciende porque en mi casa nunca ha habido nada de esto. Y no nos ha hecho falta. Tampoco es que tenga frío, es que... llamémoslo curiosidad porque, cuando te vas de vacaciones, quieres hacer uso de todas las instalaciones y de los botitos plásticos llenos de jabón que no deja un olor agradable en tu cuerpo, ahora bien, qué narices, ¡son gratis! Y has pagado una pasta, vamos, que no me llevo las toallas y el albornoz porque tal vez tengan un inventario hecho y no quiero sorpresas en la tarjeta de crédito.

De conmociones ya voy sobrada, por si no os habéis dado cuenta.

Muevo los labios, me propino un par de golpes en la barbilla con los dedos y decido que lo más lógico es salir en busca de ayuda.

Con cuidado, regreso sobre mis pasos y salgo al pasillo. La ventana que está al final es enorme y puedo ver cómo un árbol gigante se balancea ante ella. Es como si el árbol tuviese vida propia y me estuviese aconsejando que me pire, que huya o que regrese a la habitación sin mirar atrás. No hago caso a nada de eso. No puedo dejar que mi cabeza me controle, es una terapia de

choque, ¿no? Estamos en un hotel seguro —y construido sobre un antiguo cementerio—, sin embargo, si empiezo a ponerme paranoica..., más paranoica de lo que ya de por sí soy, estoy bien jodida.

«Vamos, Zoe, tú puedes, mañana te sentirás muy orgullosa de haber salido al pasillo sin pensar ni una sola vez en que las niñas de *El resplandor* te van a matar y nadie te va a escuchar gritar pidiendo auxilio».

Vale, ya he pensado en las jodidas niñas psicópatas de nuevo.

Estoy a medio camino y dudo entre avanzar o retroceder cuando una de las puertas al fondo se abre.

Lo primero que pienso es en las niñas, obvio, ¿cómo no! Lo segundo es en que me va a poseer algún alma perdida que vive al final de este corredor y lo tercero..., lo tercero es que morir en un hotel sin haber cumplido las metas que me he propuesto en esta vida es una mierda que te cagas.

Tampoco os vayáis a pensar que son metas inalcanzables, salvo que le preguntemos a Nina, que ella dirá que sí.

Me apoyo contra la pared e intento mimetizarme con el papel pintado. Oscuro también, aquí los tonos brillantes y los neones como que no, ¿ehh?

Se me acelera la respiración y el corazón me late tan deprisa dentro del pecho que, si no me secuestra un fantasma, moriré infartada y me convertiré en uno.

Escucho pasos acercándose y me arrepiento de inmediato por haber querido encender una chimenea. ¿Una chimenea? De verdad, ahora podría estar viviendo en la ignorancia mientras deslizo mi cuerpo en esa tina de dos por dos que pude ver en el baño, con patas y todo, y no, si es que meterme en berenjenales yo solita es lo mejor que se me da en esta vida.

—¿Hola? —pregunta una voz. Una voz susurrante y apacible. La voz de un muerto, joder.

¿Los fantasmas hablan? No, ¿verdad?

¿O sí?

Ya está. Moriré en un pasillo oscuro, con la piel pálida y triste, y cuando lean mi esquelera seré el hazmerreír del pueblo.

«Muerte por chimenea». No hay nada más patético que eso.

Solo rezo para que sea rápido e indoloro, ya puestos a pedir... Algo me tendrá que salir bien en esta vida, ¿verdad?

La sombra se aproxima cada vez más y estoy bastante convencida, de hecho casi al cien por cien, de que, en cuanto se acerque un poco más, me verá. Porque la carne de burro no es transparente.

Cierro los ojos, inspiro con fuerza y doy un paso hacia adelante armándome de valor.

«Aquí estoy, niñas. Empezad por los pies, la cara para el final, al menos para que me reconozcan».

—¡Hola! —los saludos educados no se convierten en una vía de escape, eso es de primero de la carrera de médica.

Dichos pasos se frenan de pronto o se vuelven más sigilosos. No consigo ver a nadie... Claro, ¿cómo voy a conseguir ver a alguien si tengo los ojos cerrados?

Los abro, por supuesto, y entonces me encuentro con la media sonrisa de Frank, el recepcionista cañón hermano del recepcionista cañón que me recogió como un saco de patatas.

Respiro con calma. No, no respiro con calma porque me he cagado encima y casi de forma literal. Os lo contaré luego, cuando me quite la ropa y la vergüenza que tengo.

—¿Estás bien? ¿Pasa algo? ¿Te has perdido?

El chico observa el pasillo y los alrededores, y frunce el ceño cuando se da cuenta de que me

he quedado tan quieta que no sabe si llamar al enterrador o a emergencias.

Se acerca un poco más. El corazón me late con tanta fuerza que escucho cómo me retumba en los oídos.

—Perdona. —Me doblo sobre mí misma e inspiro con fuerza.

Ni siquiera me había percatado de que contenía la respiración. Ya no solo estoy avergonzada por dejar que mi mente tome el control y me adelante más rápido que Débora cuando ve a un tío bueno, encima tendré que explicar por qué apenas puedo respirar y casi que toco la ansiedad con los dedos.

Vale, la terapia de choque no está funcionando. Es más, la terapia de choque va a hacer que acabe siendo comida para gusanos, me entiendes, ¿no?

—¿Estás bien? —pregunta una vez más e imita mi gesto hasta que nuestros cuerpos quedan lo bastante cerca para que pueda verme la cara.

Lo odio de inmediato, porque él respira suave y sosegado, y yo tengo los pulmones trabajando como los motores del Titanic antes de estrellarse contra el iceberg.

—Estoy bien. —Mentirosa—. O eso creo. Es que escuché ruido y, bueno..., ¿ha corrido ya el rumor de que soy una asustadiza de primera? —pregunto.

Me regala una sonrisa deslumbrante en la que no hay colmillos afilados por ningún lado, cosa que no sé a ti, pero a mí me tranquiliza cantidad.

¿Qué? Estamos sobre un cementerio, joder, aquí puede haber cualquier cosa.

—Algo se rumorea por ahí. Sobre todo, después de tu entrada triunfal —bromea—. Ah, no, espera, que te la perdiste porque estabas en el séptimo sueño.

Me incorporo y valoro como opción darle un puñetazo. Es una broma a mi costa. No puedes hacer una broma a mi costa. No con mi miedo.

—Te crees muy gracioso, ¿no? —lo interrumpo seria.

Ni siquiera mi tono de perdonavidas parece borrarle el gesto de superioridad.

—Mi hermano tiende a ser cargante. —Una voz potente retumba en el pasillo. Ni los truenos de fuera tienen tanta intensidad. Me estremezco, vaya que sí.

Me giro y me encuentro a Gabriel, con las manos de nuevo metidas en los bolsillos y con el traje sin una puñetera arruga. ¿Este chico duerme así o qué? ¿Cuánto tardará en vestirse? Mínimo tres horas.

—Perdona, mi hermano tiende a ser un aguafiestas —ironiza el otro.

Oh, mirad, estoy ante una diatriba de hermanos. ¡Me divertiría si mi corazón no estuviese a punto de hacer las maletas y esperarme en el cuarto oscuro, joder! Y con cuarto oscuro me refiero al que está bajo nosotros.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta «Gabriel, don Tardo Tres Horas en Arreglarme».

Me siento avergonzada por mi respuesta, aun así, la doy.

—Mi habitación tiene una chimenea. —Sí, cuanto más hablo, peor me siento—. Y quería... Esperaba...

—¿Quieres encenderla? —finaliza por mí.

Los hermanos Calvin Klein cruzan una mirada entre ellos. El que no me recogió como un saco de patatas sonrío de medio lado. El otro asiente sin más.

—Yo me encargo —finaliza Gabriel y extiende una mano cediéndome el paso.

Sí, caballeroso es un rato o bien tiene segundas intenciones cochinas y perversas como las que tengo yo cuando lo miro desde atrás. Por si acaso, muevo las caderas de forma obscena. A ver, tampoco tengo mucho que perder y eso. Total, me ha asegurado que no mezcla trabajo con placer. Pues él se lo pierde, oye.

Extraigo la llave de mi habitación y accedo primero. Gabriel me sigue y sus pisadas son tan suaves y sutiles que por un momento pienso en si se habrá esfumado de nuevo.

Cuando me doy la vuelta para comprobarlo, sigue ahí. Y sí, sigue ahí mirando mi culo.

Minipunto para la medica.

Sonrío satisfecha, y entonces aparta la vista de mí como si jamás hubiese reparado siquiera en mi presencia. Eso me resta medio punto como poco. Vaya capacidad tiene el hombre de hielo.

Se acerca hasta la chimenea y se arrodilla. Los pantalones se le suben un poco y deja entrever unos calcetines negros. Vaya, qué sorpresa. Cuánto color. Ya sabemos de dónde viene todo.

—¿Cuál es tu color favorito? —suelto por la boca.

Gabriel alza la vista y me observa. No, no me he comido a un recién nacido ni he robado un gatito lactante.

Sí, esa es la forma en la que me mira.

¿Y sabéis cuál es su respuesta?

CAPÍTULO 10

Negro como mi alma

Gabriel

Parpadeo unos segundos asimilando su pregunta o el motivo de la misma. Sigo su mirada y me percató de que la tiene clavada en mis calcetines. Vaya, esto no me había ocurrido nunca. ¿En mis ojos? Bueno, sí. ¿En mi pelo revuelto? Muchas veces. ¿En mis calcetines? Primera vez que me sucede.

Esta chica es de lo más extraña y que sea yo el que diga eso cuando estamos en un hotel que puede ser cualquier cosa menos normal... tiene delito.

—El negro —finalizo. Como sus ojos y su pelo, me gustaría añadir.

Dulcifica el gesto como si no le sorprendiese en absoluto.

—Vaya, qué colorido —apunta ella tirando de ironía—. ¿Y por qué? Es un color triste y apagado. Un color que da miedo. ¿No te da miedo el color negro? No pega con mi piel.

No estoy de acuerdo, es más, estoy a punto de darle unos cuantos motivos de peso para hacerla cambiar de opinión. El primero de ellos es que su piel destaca con ese tono de pelo que tiene, con ese color de ojos e incluso con sus pestañas. Y es preciosa. Ni siquiera debería estar pensando en esto, en nada de esto. Sacudo la cabeza con desinterés y de nuevo me coloco la máscara de «no me importa en absoluto».

—Lo colorido no me va mucho.

Zoe abre las manos y su gesto la delata. No le ha gustado mi respuesta y tampoco le asombra.

—No sé por qué no me extraña —agrega para sorpresa de nadie.

Gira la cabeza y analiza la estancia, buscando indicios de que lo que nos rodea es muestra de ello, solo que esta habitación no es oscura, al contrario.

No respondo a su provocación y no es por falta de ganas, es porque lo de confraternizar con los clientes le va a mi hermano y a su polla, que parece estar más visitada que el Museo del Prado.

—Bien. Tienes que abrir los tiros y los respiraderos, ¿vale? —Los señalo y le muestro cómo hacerlo. Mejor esta conversación que entrar en terreno pantanoso—. Lo ideal es colocar una base de madera blanda, esta de aquí. —Le indico una caja que hay a un lado con unos trozos de pino—. Pones sobre ellos unos leños y la enciendes. —Le muestro un encendedor de gas para que lo tenga en cuenta.

Ella asiente como si hubiese tomado nota mental de todo el procedimiento, sin embargo, tengo la ligera sospecha de que no se ha enterado de nada y no descarto que, o bien no la prenda después de hoy, o le pida ayuda a mi hermano, que estará más que dispuesto a echarle una mano a su precioso cuerpo. Lo de la chimenea ya se verá después.

—¿Lo has entendido? —pregunto.

—Todo todito —contesta demasiado rápido.

Dejo el fuego encendido y me encamino hacia la puerta, con el pomo en la mano, Zoe me frena colocando la suya sobre la mía.

Baja la vista al percatarse del contacto tan cercano y contengo una sonrisa. Mantengo el semblante serio y sin muestra de turbación alguna.

—¿Cómo llegaste a la planta si no fue por el ascensor? —pregunta.

¿Es un buen momento para explicarle que yo duermo en la habitación contigua a la suya? No,

no lo es.

Alzo los hombros con desinterés.

—Estaba por aquí —respondo con una evasiva.

Chasquea la lengua, poco convencida, y me estudia de arriba abajo. Permanecemos con la vista clavada el uno en el otro y me encantaría saber qué es lo que se le pasa por la cabeza. Ella, desde luego, no sabe que la estoy desnudando con la mirada, si no, huiría o me echaría de aquí a patadas.

—Vale. —Se cruza de brazos no sin antes mirar mis zapatos de nuevo—. Gracias por eso. —Señala con la cabeza en dirección a la chimenea—. La tormenta de hoy es de las buenas, sí que van a ser unas vacaciones idílicas —ironiza.

Pillo el tono a la primera y la imagen de su cuerpo sobre esa misma cama sujeto por el peso del mío se esfuma de un plumazo.

«Mejor céntrate, Gabriel. Confraternizar no es lo tuyo. Ni siquiera las mujeres son lo tuyo. Trabajar es lo tuyo. Las responsabilidades son lo tuyo».

Haría una excepción con ella.

Su pelo sujeto entre mis dedos. Su mirada lasciva recorriendo mi cuerpo. Su boca entreabierta dispuesta a acogirme...

—Por aquí llueve bastante —le explico y carraspeo borrando todas esas imágenes obscenas y para nada adecuadas de la mente.

«Joder, adecuadas son un rato».

—Odio la lluvia —añade ella.

Y, cuando alza la mirada, se da cuenta de que lo ha expresado en voz alta y que la he escuchado.

Recorto la distancia un poco, no me acerco tanto como me gustaría hacerlo. Me contengo. Por educación, por respeto y porque no me tengo por un maldito cromañón que pierde los papeles cuando ve una mujer preciosa con un cuerpo de escándalo.

—¿Por qué? ¿Hay algo mejor que eso? —Señalo en dirección a la ventana. Ella suelta una risilla.

—Oh, ya te digo yo que sí. Arena blanca, caipiriña, sol, tostar mi piel pálida, observar pechos esculpidos con poca tela encima. —Se tapa la boca tras estas últimas palabras—. No es que por aquí no haya pechos esculpidos, es más... —Acerca un pelín su cuerpo y pone morritos. Deliciosa—. Diría que sí que hay, solo que el tiempo hace que estén escondidos bajo capas y capas de ropa, cosa que no me agrada en absoluto.

Alzo una de las cejas e imito su gesto, acercándome, sin poner morritos, por ahí no paso.

—¿Dónde está la gracia de desenvolver el regalo y llevarte la sorpresa? —agrego con cierta provocación.

Salgo de la habitación sin dudar, porque he hablado de más y he dado a entender ciertas cosas que no están bien.

Camino en dirección al ascensor, con la intención de bajar a la biblioteca, servirme una copa de algo y observar la lluvia caer sin cesar. Tal vez prender la chimenea yo también y disfrutar de una noche de tormenta y el crepitar de la madera cuando se quema. No, no hay nada mejor que eso. Y hablo en serio.

La puerta de la habitación de mi hermano se abre y me doy la vuelta unos segundos para saber si Zoe ha salido de su habitación. La puerta está cerrada, así que camino hasta colarme en la de mi hermano.

—Vaya, veo que sí que eres un brillante caballero que ayuda a damiselas en apuros —ironiza

el susodicho.

Chasqueo la lengua con desaprobación y lo empujó. Casi no se mueve del sitio.

—Eres peor que David —le recrimino.

—Oh, vamos, Gabriel, sabes que siempre he sido la oveja negra de la familia, el que ha ido en contra de las normas sociales. Tú eres el tipo serio y recto que jamás pierde los papeles, y David es un hombre de familia. Cada uno es lo que es —sentencia, y percibo en su tono un deje amargo que no me gusta nada.

—Ni David ni yo tenemos ese concepto de ti y lo sabes.

Cierro la puerta tras entrar y me dirijo hacia el armario en el que sé que mi hermano guarda una botella de wiski, extraigo dos copas y lleno cada una con dos dedos de bebida. Le tiendo uno que acepte de buen grado.

—Hay cosas que no se dicen con palabras y ciertamente tampoco me importa mucho.

Suelto un largo suspiro y, sin apartar la vista de él, lo miro con fijeza. Mi hermano se revuelve un tanto incómodo. No puedo creer que siga pensando de esa forma.

—¿Has logrado encender la chimenea? —me pregunta desviando la atención.

Me acerco a la ventana y abro la cortina. La fina lluvia que comenzó a caer esta tarde ha dado paso a una tormenta considerable. Voy a dejarlo pasar por esta vez.

—Es solo una chimenea.

—Una que podía haber encendido yo —lo suelta sin más. Ambos sabemos el desafío que va implícito en el tono.

—También podía hacerlo yo, ¿no crees?

Frank asiente y no indaga en el tema por el momento, cosa que agradezco.

—¿Has visto a la chica que ha llegado al hotel? —Y tanto que la he visto. La he visto mucho, además—. La amiga de doña Miedica.

Alzo una ceja, inquisitivo.

—¿Doña Miedica? —Me carcajeo.

Frank siempre consigue hacerme reír.

—Débora —apunta, a mí no me la cuela, intenta fingir que no recordaba su nombre cuando todos sabemos que es consciente de él y de la habitación que le ha dado, del tiempo que tardaría en bajar y de las ganas que tiene de arrancarle la ropa.

—No quiero saber nada de lo que hagas con ninguna clienta, ahora bien, tampoco quiero que haya escenitas al terminar la estancia porque se encuentren con un tío que huye del compromiso como alma que lleva el diablo —le advierto. Aunque ya sabemos que Frank y los sermones no se llevan precisamente bien.

—No puedo evitar que se cuelen por mí. Soy el sexapil hecho persona. Siento que tengas envidia y por eso nadie se te acerque —bromea y me empuja con suavidad cuando pasa por mi lado para rellenar la copa de nuevo. Tiende la botella y rellena de paso la mía—. Esos trajes que llevas tampoco ayudan mucho. Llevas escrito en la frente: «Soy un tipo de difícil acceso».

¿En serio?

—¿No me digas? Y yo que pensaba que llevaba un cartel que rezaba: «La ropa no hace al hombre, es el hombre el que hace a la ropa».

Alzo la copa y brindo por la mordacidad de mis palabras.

—Bajo esa ropa sigue habiendo sentido del humor, Gabriel.

—Es lo único que nos queda, ¿no?

Mi hermano asiente, porque sabe que sí, que el sentido del humor es de lo poco que no nos han arrebatado. Mis padres, mis abuelos... Todo lo demás no está y se esfumó con tanta rapidez

y en tan poco tiempo que apenas pudimos hacernos a la idea.

De un último trago me bebo lo que queda y me dirijo hacia la puerta.

—Es guapa —agrega con desenfado, cuando estoy a punto de abandonar su habitación e irme a la biblioteca—. La chica de la chimenea es guapa —puntualiza.

Trago con fuerza y cierro los ojos. Sí, ya me había dado cuenta, maldita sea.

Observo a mi hermano por encima del hombro, una sonrisa bravucona baila en su rostro.

—No me interesa.

Cierro la puerta al salir y me quedo quieto en el pasillo, valorando si bajar a la biblioteca y tomarme esa copa o si regresar sobre mis pasos e ir a mi habitación.

Comienzo a caminar dejándome llevar y, cuando mis pasos están justo en su puerta, freno.

Sonrío. Sonrío con amplitud y me miro los calcetines. Avanzo.

Me meto en mi habitación y enciendo mi chimenea, ¿qué estará haciendo Zoe?

CAPÍTULO 11

Que le den a Nina la aspirina

Zoe

—¿Y bien? —me pregunta mi abuela cuando me dejo caer en la silla que hay a su lado.

No hay rastro de Gabriel, no lo he visto en la recepción ni tampoco me lo he cruzado por los pasillos. No es que haya estado deambulando por ellos, aprovechando que es de día y la iluminación, aunque escasa, es bastante mejor que lo que teníamos anoche, no, no es eso.

Sí, sí es eso.

—¿Y bien qué? —cuestiono a su vez.

Mi abuela saca a Nina y la coloca sobre la mesa. Es como su arma de destrucción masiva, y lo peor de todo es que surte efecto. Y lo sabe.

—Lo que me faltaba, una bola que come —ironizo.

Mi abuela se ríe y da un par de golpes sobre la mesa con sus finos dedos de bruja piruja.

—Esa sí que es buena. —Yo sonrío a su vez.

—He dormido bien. O eso creo. Escuchaba ruidos extraños, así que decidí taparme con una manta y no salir hasta esta mañana.

Mi abuela me observa con los ojos entrecerrados y una expresión de aburrimiento máximo en su semblante.

—Muy bien, claro que sí, es bastante probable que ningún monstruo te ataque si te escondes bajo capas de ropa, si no sacas las manos, los pies o la cabeza. Ya sabemos de dónde viene tu falta de raciocinio, está ligado a la falta de oxígeno —zanja ella.

Vamos, sin acritud ni nada, que se nota el amor que desprende.

Romualdo quiere más a su pavo que mi abuela a mí, ese es el nivel.

—Me da igual, si no lo veo, no existe. Y, si no existe, no me mata. Y, si no me mata, estoy aquí aguantando la monserga de mi abuela, que desde ya te digo que has dejado de serlo porque eres una bruja y no de esas que leen las cartas —apunto—, sino de las que tienen el alma negra, la empatía en la punta del pie y verrugas peludas en la nariz.

Sí, lo ha pillado, y sí, se la sopla mucho muchísimo.

Nina se queda allí conmigo mientras mi abuela se levanta y se dirige hacia el bufet. Como podéis comprobar, le ha dado bastante igual lo que le acabo de soltar, a veces dudo que me escuche cuando hablo.

La veo coger un plato y esperar a que repongan los churros. ¿Que por qué lo sé? Porque yo estoy esperando lo mismo.

Sujeto a Nina entre los dedos y me fijo en ella con atención. Intento buscar detalles, detalles de que de verdad esconde un enorme poder. La agito, como las bolas negras esas a las que les haces preguntas y te responden mamarrachadas, pues igual, solo que Nina no me responde nada. Si lo hiciese, me cagaría encima, y es demasiado pronto para eso.

—¿Cómo se llama mi futuro marido? —Agito y nada—. ¿Lo de los gatos que cuenta mi abuela es cierto o es una de sus coñas para meterme el miedo en el cuerpo? —Agito una vez más y la misma respuesta, *nasti de plasti*—. ¿Por qué tienen que meterme miedo y no otras cosas que me gusten más? —Me río, de verdad, mi ingenio está desaprovechado.

—Buenos días —murmura una voz a mi lado—. O tal vez deba decirte *good morning* —bromea la misma voz.

Alzo la vista y me encuentro al tipo del autobús con un plato lleno de tortillas, pan tostado y una mermelada o sirope de algo extraño.

—Ja, ja. Deberías saber que los chistes a primera hora sientan mal —le recrimino.

Si él supiese que yo misma hasta hace nada estaba bromeando conmigo misma.

—¿Puedo? —consulta señalando una de las sillas que hay a mi lado.

Asiento, y él no se lo piensa dos veces. Se lleva un trozo de tortilla enorme a la boca y mastica sin apartar los ojos de mí.

—¿Tú también estás de vacaciones? —le pregunto, ya que estamos, mejor hablar con él que con un trozo de vidrio mudo.

Sigue masticando, bebe y luego responde.

—Algo así. He decidido quedarme. Gabriel me avisó ayer de que había previsión de tormenta durante unos días y que, si no tenía otro trabajo por la zona, mejor me quedaba. Es un tío guay.

Guay, guapísimo, trajeado y con negocio propio.

Partidazo a la vista, señoritas. Empiezo a ver solo ventajas, lo del cementerio lo comentamos en otro momento.

Ahhh, ya sé dónde está, seguro que todavía no puede salir de su habitación porque no ha decidido con qué modelito nos sorprenderá hoy: si con el negro ultratumba, el marrón tierra de ultratumba o el azul profundidades marinas habitadas por krakens. No sé cómo no había caído yo en eso.

—¿Sueles traer a mucha gente aquí de vacaciones?

—Te sorprendería la cantidad de gente que quiere vivir una experiencia paranormal —me asegura—, de hecho, he estado mirando un par de cárceles abandonadas, unas cuantas reformitas por aquí, otras por allá, una silla de esas que te electrocutan y, *voilà*, negocio a la vista. Eso sí, no se lo cuentes a Gabriel. —Se acerca y me susurra—: No quiero que piense que le voy a hacer la competencia y me quite el curro. O algo mucho peor y acabe conmigo.

Abro la boca, perpleja, ¿acabe conmigo? ¿Qué clase de comentario es ese?

—¿Por qué querría acabar contigo? —indago.

A ver... Insisto, ¿está todo bien? ¿Son imaginaciones mías? ¿Estoy peor de lo que pensaba? ¿Es culpa de Nina?

La dejo hacer sobre la mesa y cuando rueda hasta el centro temo por mi vida, porque mi abuela podría convertirme en una oca si se enterase de que no he tratado precisamente con cariño a su amiga del alma. Si le preguntáis, sí, es su amiga del alma. En su escala de estima, primero está Nina, después Sancho y las sobras para el resto.

—Pues porque...

—¡Buenos días! —Vaya, Rita, ¿no tienes un momento mejor que este para llegar?, ¿no?, ¿no de veras?

El conductor del autobús, al que ni siquiera le he preguntado su nombre, se limpia la boca con una servilleta y se levanta con una sonrisa en los labios. Pongo los ojos en blanco.

—Buenos días —responde con un tono desenfadado—. Me presento, soy Jerónimo, aunque todos me llaman Jero, a su servicio, preciosura. —Le tiende la mano a mi amiga, que la observa durante unos segundos, dudo de que vaya a responder, porque no sé si tocar a otro hombre que no sea Tony para ella es símbolo de infidelidad o algo.

—Yo soy Rita. No es el diminutivo de nada ni es un nombre especial, Rita de Rita, y puedes llamarme Rita. —Me llevo la mano a la frente, porque nuestro nuevo amigo Jero va a dejar de ser amigo y va a decidir pirarse del hotel bajo la lluvia y todo—. Por cierto, no te lo dije, pero tengo que felicitarte porque conducías muy bien, muchas curvas hasta llegar aquí y apenas me

mareé por el camino, y yo siempre me mareo cuando cogemos curvas porque soy de estómago sensible —apunta ella.

No sé si irme con Jero bajo la lluvia o qué.

—Vaya, pues te agradezco el cumplido. Me encanta conducir, imagino que algo tiene que ver que mi padre me haya subido a un coche antes que enseñarme a caminar. Ya sabes lo que se rumorea: si llega a los pedales tiene edad para el resto.

No, pues no tenía ni idea de que se decía eso. Espera, ¿se lo está inventando? ¿Es un chascarrillo? ¿Le está tirando la caña a mi amiga?

Total, que os lo resumo: aquí mi amiga se enfrasca en una conversación sobre vete a saber qué porque no quiero saberlo, y yo me levanto en busca de un plato de churros con chocolate, porque, a falta de caipiriñas, mejor hidratos y azúcar, y a tomar por el culo todo.

Dejo a Nina allí con ellos y le hago una seña a mi amiga para que no la pierda de vista, ella asiente; aunque me temo que, con la conversación, tal vez ni siquiera se haya enterado de a lo que me refiero. Me pongo en la cola, y mi prima Lucy no tarda mucho en llegar, avanzar un par de puestos con la excusa de que le estaba guardando el sitio y saludarme sin más.

—Oye, pues he dormido como un lirón.

—¿Has visto a Débora? —inquiero observando la estancia.

—No, desde anoche no. No tengo ni idea de dónde puede estar.

Comienzo a sentir una preocupación de las chungas, ¿y si la ha secuestrado un zombi? ¿Y si se ha perdido por el laberinto ese? ¿Y si ha salido, se la ha llevado la lluvia y ahora está encerrada en una tumba sin poder escaparse de ella?

—¿Vosotras no estáis en la misma planta? —Suen a recriminación, sí, señor.

—¿Y eso qué más da? No tengo por qué esperarla.

Ya no me apetece comer churros ni nada por el estilo.

—Seguro que se ha caído en alguna tumba.

Lucy abre la boca al escuchar lo que sale por la mía. A ver, no es nada descabellado, pensadlo, estamos encima de un puto cementerio —otro euro para el tarro— lo que más hay son tumbas, no te jode.

—Voy a buscarla, espérame aquí.

Aguardo a que reaccione y se ofrezca a ir conmigo, a ver, que, cuando le dices a tu prima que tu amiga puede haberse caído dentro de una tumba y que te espere, lo lógico es que no quiera que vayas sola porque puede que tú también desaparezcas.

Nada, ella simplemente asiente, extiende el plato, le ponen varios churros y avanza como si yo le importase menos que una piedra en el zapato.

Sí, mi abuela no me tiene mucha estima, ahora bien, lo que es mi prima tampoco.

Decido ir con paso de plomo, subir las escaleras y acercarme a la habitación, al menos, la lógica —si es que de eso me queda algo— me pide que comience por ahí, y es lo que hago.

Avanzo con paso lento, la lluvia sigue arreciando con fuerza y me pregunto si habrá suficientes velas para iluminar este hotel si se fuese la luz. O un motor, ¿no? Un motor que arranque o algo de eso.

Estas cosas en Punta Cana no pasan, te lo garantizo.

Total, que escucho ruidos, para variar, y respiro antes de tocar en su puerta.

¿Y sabéis qué?

Pues eso.

CAPÍTULO 12

Muy bien de lo tuyo no estás, no

Zoe

Yo, que soy de mente ágil y de imaginación dinámica, esperaba algo extraño, un suceso que marcara un antes y un después en este viaje, algo del tipo: mi amiga está luchando con un hombre lobo, que, por razones del destino, sigue en su forma no humana, a pesar de que ya es de día, y va ganando ella, porque yo apostaría por Débora siempre, así estuviese enfrentándose a cualquier bicho extraño con ocho patas, cincuenta dientes o veinticinco tentáculos.

Lo que sea, pero Débora —hombres— siempre saldría victoriosa de ello.

—¿Qué bien que has venido! Te hubiese ido a buscar si no fuese por esto.

No, no hay rastro de ningún ser insólito ni de nada paranormal, salvo que ese montón de ropa desorganizada que tiene repartida por la cama esconda algo que nadie quiera ver, yo, desde luego, no pienso ayudarla a colocar nada de eso.

—¿Se puede saber qué haces? —Mi amiga sigue sacando prendas y prendas del armario y desperdigándolas por todos lados. Algunas, incluso, comienzan a caer al suelo—. ¿Me puedes explicar cómo es que yo he traído una maleta enorme llena de cosas que no me sirven para nada y a ti te cabe todo eso en una minimochila de los Pinypon? —Porque, bueno, digamos que eso sí que me interesa saberlo.

Y no, en esta ocasión, no es para una amiga.

—Solo tienes que saber doblar la ropa para que ocupe menos espacio. Me he chupado todos los capítulos de la serie de Marie Kondo, esa chica, ¡esa chica!, sí que sabe lo que es tener todo ordenado. Lo nuestro es una basurilla a su lado.

Señalo su montón de ropa, por lo obvio, que no es otra cosa que ese desorden.

—Menos mal que no está por aquí, porque le daría un jamacuco en menos que canta un gallo. ¿Lo bueno? —ironizo—. Que le queda cerca el cementerio. —Y señalo a nuestros pies.

Mi amiga sonríe porque ha sido un chiste bueno y esas cosas.

—Necesito tu ayuda.

Asiento.

—¿Para qué? Te aviso desde ya que, si lo que pretendes es que recoja todo lo que has tirado o si esto es algún examen sorpresa sobre el orden, debes saber que no sé ni quién es esa Marie Kondo. Ya sabes el nivel de organización que me corre por las venas.

Ninguno. Ese es el resumen.

Débora chasquea la lengua como si estuviese llegando a su límite de paciencia conmigo.

No la culpo, porque suelo tender a ser cargante de una forma extraña. ¿Qué le voy a hacer? Soy de esas personas a las que hay que quererlas tal y como son.

—Necesito un modelito que haga que «el otro chico» se fije en mí. —El que no me recogió del suelo, vaya—. Tengo un nuevo objetivo, nena.

Alza las cejas en repetidas ocasiones y se relame los labios de una forma que para ella es sensual y a mí me provoca arcadas. Parece que estuviese quitándose los restos de Nutella o algo.

¿Creéis que es un buen momento para explicarle lo del tema de la confraternización y esas cosas o mejor sigo fingiendo que no sé nada del asunto y alentándola a que se lo zumbe sin contemplaciones? Bah, no, paso, que lo descubra por ella misma. ¿Quién soy yo para cortarle las alas a una amiga?

Y, bueno..., quizá si ella lo consigue pueda yo tener cierto acercamiento con «Gabriel, don Manos Frías, pero Corazón Ardiente»; aunque lo de ardiente... Eso son todo hipótesis porque hasta ahora no me ha dado indicios siquiera de tener nada caliente en su cuerpo. Sigo sin entender por qué cada vez que nos hemos tocado, sea de forma intencionada o por pura casualidad, siempre siempre ha tenido las manos congeladas.

—¿Estás aquí o te has ido al mundo de tus pensamientos raros y estrafalarios?

Sí, me he ido a ese mundo justamente.

—Bien. —Avanzo con resolución dejando atrás ciertos pensamientos que poco tienen que ver con ropa y mucho con unos ojos grises y penetrantes. Yo de diva de la moda tengo nada y menos, de colores y combinaciones no es que sepa mucho, y de telas y texturas tampoco. Sé lo que me gusta y listo. Me dejo llevar, como en todo en esta vida—. Yo me pondría unos vaqueros, unas botas altas negras. —Esas que están tiradas en una esquina que señalo—. Y una camiseta que enseñe pechote. Porque, amiga, tú de eso vas sobrada —puntualizo.

No sé si mi combinación ha logrado convencerla, eso sí, lo de las lolas os garantizo ya que sí.

—Sabía yo que tenía que contar contigo para estas cosas. Ahhh... —Tenle miedo a ese «ahhh», porque sí, suena casual y fortuito... Te aviso desde ya que no lo es. Débora tiene todo planeado. To. Do—. También voy a necesitar que me acompañes, haremos un recorrido por este lugar. —¿Notáis eso? Son los escalofríos que me acaban de entrar solo de pensar en tener que recorrer este lugar sin saber con lo que me voy a encontrar en él—. Averiguaremos cuál es su habitación y, de esa forma, podré perderme esta noche y aparecer allí como si fuese una damisela en apuros.

Chasqueo la lengua. Débora —hombres— tiene pinta de cualquier cosa menos de damisela en apuros. ¿*Dominatrix*? Sí. ¿Muchachita pura e inocente? Ni de risa.

—Yo a ese plan le veo aguas —sentencio.

Débora me ignora, para variar. Me sentiría mal, pero sería bastante hipócrita por mi parte, teniendo en cuenta que yo actúo de la misma forma con Rita cuando se marca uno de sus discursos de presidenta del club de fans de Tony.

—Me pondré la camiseta más sexi que tenga, una que no necesite siquiera ropa interior. El pantalón vaquero más ajustado y los tacones más altos que he traído.

Abro la boca.

—¿Has traído tacones? ¿Y en qué momento piensas utilizarlos? —Le miro los pies. Tal vez a ella también la hayan engañado, a saber.

—Los tacones marcan tendencia, maja, ¿es que no ves series de moda? ¿No sigues a *influencers* en Instagram? ¿Qué haces en tu tiempo libre, Zoe?

—Mmmm, déjame pensar... —Me tomo unos segundos cuando la respuesta la tengo bastante clara desde el principio, sin embargo, estas cosas hacen que una resulte más interesante, ¿no?—. Comer, beber, huir de Nina, trabajar, planificar mi futuro y no ver ni un solo gato en él, pensar respuestas mordaces que darle a Mica y gastar todo mi sueldo en todos los putos tarros de las palabrotas que mi padre tiene repartidos por la casa. Ahh... —Mi «ahh» tampoco es casual ni nada por el estilo—. Y escuchar las diatribas de Rita, eso me ocupa el setenta por ciento del día, teniendo en cuenta la cantidad de palabras por segundo que es capaz de soltar, y que me adora y pasa más tiempo en mi casa que en la suya.

Si no la he convencido con esto, no sé con qué voy a lograrlo.

—Así te va. —Es todo lo que responde.

Y sí, aunque penséis que no tengo sentimientos porque hablo mucho y soy un tanto intensa y excéntrica, me ha dolido su comentario y la mordacidad con el que lo ha soltado.

—¿A que no te acompaño de visita por el «Hotel Corre Que Me las Piro»?

La técnica de los ojitos siempre le ha funcionado, a ella y a todas, hasta a Mica, si es que soy una chica fácil. Joder, me miras de esa forma y te entrego mi primer vástago —porque en mi futuro hay muchos hijos, me encantan las familias numerosas— o mi primer gato, porque teniendo en cuenta las predicciones que hace Nina y de las que no quiero saber nada... Pues eso.

—Porfa, porfa, porfa, porfa. Esto es importante para mí.

Y, si es importante para ella, lo es para mí. Hoy por ti y mañana por mí, la vida y esas cosas.

—Vale —cedo—. Eso sí, que quede claro que me debes un favor enorme, porque recorrer casas del terror no se me da bien y encima la iluminación es una basura. ¿Cuándo empezamos?

—¿Ahora? —Es una afirmación en forma de pregunta.

—¿Ahora, ya de ya?

Asiente.

¿Cómo no?, si hasta esto me sale mal.

—¿No crees que es mejor esperar unos días? —indago.

—Veamos... —Parece meditar y las esperanzas porque su respuesta sea afirmativa hacen que me sienta positiva que no veas—. No, joder, por supuesto que no. No sé si te has dado cuenta de que estamos de viaje y que lo menos que tenemos es tiempo, esto tiene un plazo y regresaremos a casa, es la realidad de un viaje. Si te lo tengo que explicar, no tiene gracia alguna, Zoe.

Ya, lo mire por donde lo mire, no tiene gracia alguna. Y yo de otra cosa no, pero de risas sé mucho. Sobre todo si son a mi costa.

«Hoy por ti y mañana por mí».

—Vale —cedo—. ¿Quién dijo miedo? —No necesito una respuesta, es una de esas preguntas retóricas, porque de miedo voy sobrada.

Débora sonrío satisfecha, porque es consciente de que se ha salido con la suya y solo ha necesitado mirarme como un gatito abandonado al que le falta el pelo y cojea.

Comienza a desvestirse mientras yo barajo planes sobre cómo salir indemne de esta tarea.

Cuando está lista, repaso su atuendo.

—¿Tú no ibas a vestirte sexi y picantona?

—¿Insinúas que este chándal no me hace atractiva?

Niego, porque no es eso.

—Algo de unas botas de tacón escuché.

Débora mueve las manos como si no hubiese entendido el plan. Ciertamente empiezo a pensar que no lo he hecho.

—La ropa sexi es para cuando hayamos averiguado cuál es su habitación. —Se toma la molestia de acercarse y darme un par de palmaditas en el centro de la frente—. ¿Cómo piensas que voy a recorrer este maldito lugar con unos tacones de aguja sin ser escuchada? Es una misión secreta, Zoe, secreta de que no puede enterarse nadie, no secreta de: «Ahh, venga, vayamos todas en grupo y ya, si eso, encendemos bengalas y cantamos a pleno pulmón la *Macarena*».

—¿Es un mal momento para afirmar que ese plan que acabas de pronunciar me gusta más que el inicial? Porque es lo que acaba de suceder.

La mirada de Débora me asusta cantidad.

—Terapia de choque —finaliza—. En eso consiste esto: en enfrentarte a tus miedos.

—Ya, claro. —Chasqueo la lengua, nada convencida—. Tampoco tiene por qué ser hoy, así, de golpe.

Mi amiga sonrío pérfida, y no descarto que sepa algo que yo no sé. Es más, estoy segura de que ella sabe muchas cosas que yo no sé. No me da tiempo de preguntar porque tira de mi mano

en dirección a la salida.

Rezo para desmayarme, con un peso muerto es imposible que cargue. Lástima que eso no suceda.

Una verdadera lástima.

CAPÍTULO 13

A mí, quejas ninguna, ¿ehh?

Zoe

—Deja de apretarme la mano, empiezan a hormiguearme los dedos —susurra mi amiga.

No, esta vez tampoco hemos tomado el ascensor porque es de primero de paranormal que las cosas que quieres ocultar de los ojos de la gente se encuentren de verdad bien escondidas. Aunque, pensad una cosa, ¿no sería mejor que estuviesen bastante a la vista? La gente tiende a esconder los objetos para que nadie los halle, pero, si estuviesen al alcance de todos, pasarían más inadvertidas. Yo debería ser la profesora de ocultismo, de veras, tengo una mente prodigiosa con este tema. Me siento desaprovechada.

—Lo siento —me disculpo, claro, porque soy educada, sin embargo, no le suelto la mano porque ha sido ella la que me ha arrastrado hasta aquí y la que tiene que sufrir las consecuencias y no quejarse por ello.

—Sí, desde luego veo que lo sientes y mucho.

Con la otra mano aparta la mía y la bate con fuerza. Se le estaba poniendo morada de verdad.

—No sé por qué hemos tenido que bajar al sótano.

Y no solo eso, lo hemos hecho pegando la espalda a las paredes, mimetizándonos con ellas, como si fuésemos unas ladronas de poca monta o unas acosadoras de primera. Anda, pues resulta que esto último sí que lo somos.

En mi lápida pondrá: «No estaba muerta, estaba de parranda». Aunque nadie sabrá que divertirme, lo que se dice divertirme, no es precisamente lo que estaba haciendo.

Cierro los ojos y respiro con fuerza. El olor no es nauseabundo, lo que me indica de primeras que aquí no puede haber cadáveres en descomposición. Eso sí, huele a cerrado, a humedad y a viejo. No me mola este olor, es más, por si no lo he repetido unos cuatro millones de veces, no me mola nada de esto.

—Abre los ojos, Zoe, tenemos que analizar el espacio.

Débora saca del bolsillo de su chándal una pequeña linterna. Abro la boca, sin embargo, antes de que pueda preguntar cómo coño se le ha ocurrido meter una linterna en la maleta, porque yo me he acordado de los calcetines de pura chiripa, Débora me interrumpe.

—La ha traído Rita, se la he robado sin que se diese cuenta.

—¿Me puedes explicar para qué quiere Rita una linterna?

—¿Para seguir las huellas de Tony en la oscuridad de la noche si se adentra en el bosque? —Suenan insólito, pero, viniendo de Rita, ese podría ser un buen argumento a tener en cuenta.

—No quiero saber más. Cuanto antes empecemos, antes acabaremos —resuelvo.

Inspiro con fuerza y me llevo las manos a la cara antes de avanzar unos pasos. Me choco contra algo duro. Estoy convencida de que es un zombi que tiene hambre y nos ha olido desde lejos, porque están muertos, pero no son estúpidos.

—¿Podrías, por favor, quitarte las manos de la cara y dejar de empujarme? —Vaya, pues no era un zombi, no.

Mi amiga me retira las manos, y yo sigo con los ojos cerrados.

—Ojos que no ven...

—Amiga a la que pisas y empujas —finaliza por mí.

Me saca una sonrisilla, a ver, que tengo un miedo que flipas, me tiemblan las piernas y estoy

al borde de un infarto, no obstante, ese chiste ha sido gracioso, no hay que quitarle mérito.

Débora tira de mí y, pegadas a la pared, comenzamos a recorrer el pasillo de nuevo. Está llenas de cuadros con personas pintadas en él, y yo me las imagino a todas observando nuestros pasos y riendo porque saben que vamos de camino a una muerte garantizada.

Es el fin.

—Huele raro —aclaro.

Débora sigue tirándome de la mano, y yo me dejo llevar por ella, es lo único que puedo hacer.

—Huele raro porque te estás cagando encima. —Tiene razón, es la realidad, ¿para qué esconderla?—. Debería haberle pedido a Mica que viniese conmigo, con solo doce años tiene más entereza que tú. —No me ofende porque eso también es cierto.

—¿De verdad crees que van a dormir en el sótano, Débora?

Ella alza los hombros, aunque sigue con la mirada clavada al frente.

—No lo sé. Lo que está claro es que hay que empezar por el principio.

—El principio quizá debería haber sido la primera planta. —Mi amiga gira la cabeza y me acribilla con la mirada—. Es un consejo solo.

—Calla y continúa.

Se mete la linterna en la boca y abre la primera puerta que encuentra.

—*Hafemos un farrido de fuerfas, ¿fale? Ef mejor que fu figas for esfe lado y yo ifé al de enfrenfe* —La entiendo de milagro.

—¿Separarnos? —cuestiono estupefacta—. ¿Es que no ves las películas de miedo? ¡Eso también es de primero de paranormal! —protesto—. Los personajes cuando se separan comienzan a caer como moscas. Y, con caer, no hablo de tropiezos ni desmayos, hablo de cliccccc. —Acompaño el sonido con un corte de cuello ficticio, sí—. La cascan, la palman, la espichan, se van para el cuarto de las patatas, duermen con los pies en el cementerio... —Y no sigo porque el semblante de mi amiga es el que va a provocar que todo eso me suceda en menos de un minuto.

Vamos, que es de conocimiento mundial que eso sucede así, no se me está yendo la cabeza.

—Esto es la vida real, no una película.

Ya, claro, por eso estamos en este lugar donde se supone que no pasa de nada, y yo me temo que pasa de todo.

—¿Por qué entonces me trajeron hasta aquí como terapia de choque?

Débora comienza a dar pasos hacia la pared de enfrente, que también tiene muchas puertas.

—Porque eres una cagona y porque a todos nos gustan los viajes llenos de adrenalina.

Recuerdo las palabras de Jero en el desayuno. Esto vende, esto es un buen negocio, a la gente le encanta sentir la adrenalina.

—A Fifi le salió gratis.

—Eso también influye, estaba de oferta. Nos hicieron *pack* de grupo. —Sonríe pérfida.

Yo me limito a tragar saliva cuando abre una de las puertas y la cierra tras de sí.

Ni siquiera me ha dado tiempo de despedirme de mi mejor amiga, confesarle que la quiero mucho y que la envidio porque no solo es una persona valiente y lúcida, sino que es guapa a rabiar e inteligente y la echaré de menos cuando encuentre su cuerpo atado a alguna cruz de esas en la que la hayan torturado hasta que exhale su último aliento.

Escucho un ruido al final del pasillo y temo por mi vida. Fue bonito mientras duró. «*Arrivederci, Zoe*».

Llevo la mano al picaporte de la puerta y abro. Para variar, chirría y, con cada pequeño sonido que se incrementa mientras abro, contengo el aliento un poco más.

Entro y cierro. Arranco la tirita de una vez. Por favor, recordadme como la chica que no quería venir a este lugar y que adoraba beber caipiriñas y meterse con su hermana.

No veo nada. Nada de nada. Claro, tampoco ayuda tener los ojos cerrados.

Los abro y no sé qué era mejor. Sigue todo oscuro a mi alrededor, no hay ventanas, aunque sí que se escucha la lluvia repiquetear, no sé si contra las paredes o contra el techo. Intento acostumbrarme a la negrura que me envuelve. Ya os lo he explicado en varias ocasiones, este color no me sienta nada bien.

Me pego a la pared y el mismo sonido de antes se intensifica... Son ¿pasos?

Da igual, no quiero saber nada de lo que hay ahí fuera y solo rezo para que mi amiga esté a salvo en la habitación de enfrente. ¿A quién se le ocurrió la brillante idea de bajar a un sótano y no traerse el móvil? Pues a Zoe, la que está sembrada. «Murió de ingenua», no culparía al que esculpiese eso en mi lápida.

Intentando que el corazón no se me salga por la boca, oteo el espacio, al menos, todo lo que puedo.

Pegada a una de las paredes y, al final de la estancia, hay una cama. Una cama que no tiene colchón ni nada, es una especie de viejo somier de muelles y apuesto lo que sea a que está lleno de óxido. También hay varias sillas y un escritorio. Este debe de ser el cuarto de los trastos, porque otra explicación —racional— no le encuentro. Si queréis que enumere algunas que carezcan de lógica, tengo varias. Pueden ser unas mazmorras modernas. Un cuarto de interrogatorios o de torturas porque, acomodarse en esa cama, seguro que provoca cualquier cosa menos alivio y descanso.

Ha llegado la hora de salir de aquí por patas. Dudo que Frank duerma en este lugar.

Coloco la mano en el picaporte cuando la puerta se abre y tiran de mi cuerpo hacia afuera.

Grito, joder, a ver si te piensas que la terapia de choque ha hecho efecto en tan poco tiempo y que de golpe y porrazo me he vuelto Superwoman. No, mi *ciela*, te has equivocado de historia.

Supercawoman, sí soy.

Unas manos me tapan la boca. Unas manos reales, con carne, quiero decir, nada de un zombi y eso. Una luz centelleante apunta directa a mis ojos. Protesto.

—Shhh —me chista. Es mi amiga, respiro con calma y le pido a mi corazón que regrese a su sitio y deshaga la maleta—. He escuchado ruido y pensé que te había pasado algo.

—Si con pasar algo te refieres a que me lo he hecho encima, sí, me ha pasado algo.

Mi amiga da un par de pasos atrás y su gesto de asco la delata.

—Estarás de coña, ¿no?

Se tapa la nariz con la camiseta y guarda la linterna.

—No mucho.

—Tenía que haber traído a cualquiera menos a ti —protesta.

—Cierto, ahora, vámonos —le pido, agarrarse a un clavo ardiendo como forma de salir de esta está más que justificado.

—No. —Me chista de nuevo y pega su cuerpo al mío—. Escucha.

Perdonad que mi corazón no me permita oír nada que sea cómo late acelerado, me retumba en los oídos y todo.

Intento que no me afecte, intento mantener la calma, intento ser racional y cuerda, tirar de lógica, pero cuando algo se me pone sobre las piernas... Sí, ya sabéis lo que sucede, ¿no?

Qué bonita la alfombra, sobre todo cuando impacto contra ella.

CAPÍTULO 14

¿Otra vez?

Gabriel

Llevo toda la mañana rodeado de facturas, pagos a proveedores y algo de contabilidad, que odio, pero hay que llevar al día. Cuando Frank aseguró que soy un tipo responsable, no iba del todo desencaminado.

Mi hermano, por el contrario, tiene una libreta apoyada en el tobillo, ese mismo que descansa sobre su muslo de forma despreocupada.

—Bien, he anotado varias actividades que creo que pueden encajar con el grupo.

—¿Con todo el grupo? —pregunto escéptico.

Perdonadme porque mi hermano es de esos que cree que un *strip poker* es una actividad para todos los públicos, y no, no es de esa forma.

—Que sí, hazme caso, échales un vistazo. Te va a sorprender.

Sorpresa es la que me produce cada vez que mi hermano abre la boca. Decido darle un voto de confianza, es más, tengo que darle ese voto de confianza, ya que he sido yo el que le ha pedido que diseñe el programa que empezaremos a desarrollar con el grupo a partir de hoy, sin contarle, por supuesto, que, mientras él dormía a pierna suelta anoche, yo preparaba en mi habitación una lista de las mismas, porque mi amigo, el insomnio, decidió hacerme una visita bastante larga y porque odio dejar las cosas para último momento, a diferencia de Frank. A veces me pregunto cómo podemos ser tres hermanos y no tener nada en común unos y otros.

Tampoco está de más admitir que no solo fue culpa de mis pocas ganas de dormir, sino que la chica que ocupaba la habitación de al lado me tenía distraído. No tengo ni la más remota idea de por qué me tiene tan fascinado cuando por todos es sabido que el enamoradizo de los tres es David. Por el contrario, mi hermano, el más canalla, lleva por bandera su lema de «solo una noche», odia el compromiso y huye de él como alma que lleva el diablo, y luego estoy yo, que ni tanto ni tan calvo. Ni enamoradizo ni ligón.

Dejo todos esos pensamientos a un lado y decido seguir al pie de la letra esa decisión que tomé esta mañana antes de elegir el traje que me pondría hoy. Haré todo lo posible para no cruzarme con ella y mantener la cabeza apartada de la cantidad de cosas que quiero hacerle a su cuerpo.

Me invita al pecado y nunca he sido un hombre devoto buscando salvación alguna.

Sujeto la pequeña libreta y leo cada uno de los puntos que Frank ha anotado en ella. De hecho, hay muchos más de los que esperaba. Alzo la vista y sé que se siente satisfecho por mi respuesta no verbal.

—Venga, puedes soltarlo, soy todo oídos —ironiza.

Espera un cumplido por mi parte.

Chasqueo la lengua, alargando el instante y poniéndolo de los nervios.

—Está mejor de lo que pensaba —finalizo de forma sincera.

Frank palmea las piernas antes de incorporarse de un salto.

—¡Te lo dije! Estoy mejorando.

Esbozo un intento de sonrisa, porque ya os lo he advertido en algunas ocasiones, mi hermano pequeño siempre ha sido capaz de cambiar mi estado de ánimo.

—La previsión meteorológica asegura que esta noche seguirá lloviendo. —Cabeceo afirmando

porque yo también he estado pendiente del aviso por tormentas que hemos recibido esta misma mañana—. Es más, Jero me ha preguntado si puede quedarse unos días más. —Confirmo de nuevo su petición porque yo le he dicho que podía—. Se lo comentaré luego. Tal vez podamos dejar las actividades al aire libre para dentro de unos días y centrarnos en la sesión de *ouija*, estoy seguro de que Esperanza podrá ayudarnos con eso.

Alzo una ceja, joder, que mi hermano ya ha confraternizado con el grupo cuando yo el único nombre que conozco es el de Zoe, y nada tiene que ver con que sea sumamente guapa, carezca de filtro o haya tocado su piel. No, nada de eso, no empecemos a levantar falsos testimonios al respecto. Tengo una reputación sombría que mantener.

—¿Esperanza? —inquiero, a pesar de que mi hermano ha seguido hablando esto me parece un tema a retomar.

—¿Qué? —agrega—. Ah... —Cae en la cuenta de pronto—. Es la abuela de la chica que se cayó al suelo, ya sabes, la miedica, esa a la que le encendiste la chimenea. —No pienso caer en su jueguito bajo ningún concepto.

Chasqueo la lengua con desaprobación.

—Le han hecho una encerrona. —¿Acaso la estoy defendiendo? Por favor.

—Ya veo...

—¿Qué? —contrataco.

Porque Fran es único para hacerme reír, sí, y para sacarme de mis casillas también.

—Nada. —Me dedica una mirada cómplice y aguarda unos segundos, a ver si espera que le confiese amor eterno y, mejor aún, que le explique cómo anoche estuve pensando en las mil formas en las que podía cruzarme con ella de manera casual. No, no pienso hacer eso—. Esa mujer es de lo más rara. Le va todo lo paranormal, es más, me ha pedido que le haga un hueco en la plantilla haciendo de pitonisa. Ha ofrecido un dos por uno con su hija, que lee las cartas. No me ha parecido tan mala idea —apunta él.

Se me eriza el vello de la nuca solo de pensarlo.

—No creo en esas cosas —admito.

Mi hermano alza los hombros.

—Lo sé, pero esto son negocios y, si para ganar pasta por un tubo tengo que desnudarme y hacer *pole dance* en una barra con tacones de veinte centímetros, lo haré. —La sola imagen de mi hermano haciendo esa clase de cosas provoca que se me revuelva el estómago—. Y, puestos a ello, tú también. Aunque dudo que te quites ese traje que llevas. ¿Duermes con él o qué?

Le regalo una peineta. Doble.

—Tu sentido del humor te desborda por todos los poros de la piel. Ya sabemos por qué estás soltero.

—Claro, y tú, casado, no te fastidia —le recrimino.

—Yo lo hago por decisión propia. Tengo mucho amor que regalar —puntualiza con sorna.

Ya sabemos a qué clase de amor se refiere. No pienso entrar en detalles sobre él y sus actividades amorosas.

—Ya sabes que...

—Que sí —me corta como si supiese lo que voy a soltar por la boca—. Nada de reclamaciones cuando se marchen porque nos baja la media en Google.

Asiento satisfecho. Con la cantidad de dinero que debemos al banco, porque el castillo se estará cayendo a pedazos, pero antes era mucho peor, ahora al menos tiene ese airé tétrico y macabro intencional. Que una puñetera bombilla que crea ambiente sale un ojo de la cara...

—Te dejaré decidir por dónde comenzamos —retomo el tema en cuestión, uno de los dos

tiene que centrarse.

—Bien, avisaré a Esperanza para que nos ayude con «La noche del más allá». Si es que suena hasta bien. ¿Sabes en qué habitación se hospeda? —Aparto de nuevo la vista de los papeles que tengo frente a mí.

—¿Cómo esperas que sepa en qué habitación se hospeda? —cuestiono a su vez.

—Ah. —Sonríe malicioso—. Como ahora te dedicas a encender chimeneas de huéspedes... —Lo deja en el aire y, mientras averigua cuáles son mis intenciones, sale de la habitación.

El tarro de lápices y bolígrafos impacta contra la madera, rebota y se esparcen por el suelo de parqué.

A pesar de ello, sonrío, porque Frank es mucho Frank y esto no sería lo mismo sin él. Es más, por favor y guardadme el secreto, nada sería igual sin él.

Me tomo unos segundos para levantarme y recoger el tarro y colocarlo sobre la mesa, justo cuando la rodeo para tomar asiento de nuevo y marcar con un *check* verde «La noche de las invocaciones», escucho un golpe contundente en la puerta, a continuación, se abre, y Gloria aparece con la respiración entrecortada, como si le faltase el aire por haber corrido cinco kilómetros a *sprint* o hubiese visto un fantasma.

Rezo para que no sea esto último, porque ya sabemos lo que se rumorea sobre este lugar. Mi abuela siempre aseguraba que todas esas historias eran ciertas.

Niego en repetidas ocasiones antes de centrarme de nuevo en Gloria y su gesto contrito.

—Gabriel... —Coge aire una vez más—. La chica... —balbucea, y yo me incorporo—, la misma chica de ayer —añade intentando recuperar el aliento. No me jodas— ha vuelto a desmayarse.

Sí, esta es una buena forma de mantenerme alejado de ella. La mejor de las formas.

—¿Dónde? ¿Qué le han dicho? ¿Ha sido su hermana? —Gloria niega.

—No tengo ni idea, solo sé que están en el sótano.

¿En el sótano?

Ni siquiera pregunto nada más, solo me dirijo a la escalera, me encuentro con Frank y con Esperanza.

—¿Qué ocurre? —pregunta mi hermano cuando paso por su lado a toda velocidad.

En otras circunstancias, tal vez ni me hubiese parado o incluso hubiese enviado a otra persona a hacerse cargo del asunto, pero es Zoe, e inexplicablemente me siento atraído por ella.

Solo quiero comprobar que está bien y me marcharé. Si vuelve a suceder, dejaré que sea Gloria la que se ocupe, Frank o Jero, me da igual quién.

«Sí, claro, por supuesto que lo harás».

«Sí, lo haré».

Sin frenar mis pasos, les doy una breve explicación que incluye las palabras: desmayo, nieta, sótano, Gloria.

Lo suficiente para que escuche que me siguen a toda prisa.

Cuando llego abajo me maldigo por haber puesto esta iluminación tan siniestra y poco práctica en estos casos y no haber aceptado el presupuesto de aumento de luz según la necesidad del momento.

Observo un par de figuras frente a una de las puertas. Gritos y un sonido estrangulado.

—¡Esto es culpa tuya, joder! —vocifera la amiga de Zoe, esa que nombra mi hermano—. No podías esperar en tu habitación, ¿no? Tenías que ponerte sobre ella, de las dos, la elegiste a ella, a la más valiente... —sigue soltando un discurso de lo más elocuente.

Ya queda poco para llegar y entonces me percató de que el discurso como tal se lo está dando

a un animal. Al pavo del señor que me prometió veinte euros si lo ponía cerca de la señora vestida de negro.

Escondo una sonrisilla. Al final no va a ser Frank el único con la capacidad de hacerme reír. Eso sí, guardadme el secreto.

CAPÍTULO 15

Te odiamos, Ladillas

Zoe

Anda, mirad qué bonito es ese unicornio. Para que luego digan que no existen, mirad, mirad cómo salta por esas montañas verdes llenas de ¿dragones?, ¿dragones escupefuego? ¿Qué clase de sueño es este? ¿Es que ni en él puedo estar a salvo? ¿Tenéis que perseguirme hasta aquí dentro? No os conformáis con la vida real, no, hasta mis espacios dedicados a imaginar cosas fantásticas que no pueden hacerte daño tenéis que invadirlos.

Os odio. Que lo sepáis.

Mmm, esperad, ya no hay dragones. Ay, ahora está Gabriel, ese traje le sienta de lujo. Oh, ¡y qué culo! No es que se lo haya mirado. Sí, sí se lo he mirado, es más, confieso que me gustaría hacer algo más que eso, quizá..., quizá morderlo. Tiene pinta de ser tan suave y esponjoso como una magdalena recién horneada.

Mmmm, le sienta de lujo. El culo y el traje, las dos cosas. En una subasta, todos ofrecerían una buena suma por llevárselo a casa.

Sí, se acerca. Oh, tiene las manos frías, ¿por qué no me sorprende? Y me toca, babeo, porque es guapo y es mi sueño, y en él no hace más que lanzarme cumplidos, mirarme de forma lasciva y pedirme que lo acompañe para que le encienda el cuerpo y no la chimenea. ¿Quién coño quiere una chimenea con ese cuerpazo de macizo infernal?

No pienso dar ni una sola moneda por ese taco, la frase no sonaría igual sin él. *Sorry not sorry.*

—Zoe... —Uhhh, esa no es su voz, aunque también me suena—. ¡Zoe! —Ah, no, es la de Débora. No sabéis lo guapa que es mi amiga. Y también es inteligente. Y valiente. A veces parece que nada le importa en absoluto, pero ahora, aquí, entre tú y yo, aprovechando que no nos escucha, sí que le duelen los comentarios, sobre todo, esos que le hacen con inquina y maldad, porque parece que nada le importa, sin embargo, todo lo hace y mucho—. ¡Zoe! ¡Maldita sea! Abre los ojos de una vez. Joder, cómo pesa. ¿Ha comido piedras o qué?

—Yo la vi servirse un plato de churros. —Esa voz es la de mi abuela, *jurao*.

—Apartaos y dejad que le llegue el aire. —Mmmm. *Mamma mia*, cómo habla «Gabriel, don Tengo Una Voz Que Caldearía hasta el Mismísimo Polo Norte». Buah, a mí me susurra al oído y os prometo que pierdo el conocimiento sin sentirme ridícula. Porque digamos que estar todo el rato cayéndome al suelo no es nada agradable.

Y sí, siempre me ha pasado, desde pequeña. Moriré de un infarto en algún momento porque está claro que tanto susto que va y que viene... no hay corazón humano que lo resista.

—Gabriel... —Alzo la mano, esto de soñar es genial, porque puedes hacer lo que te salga del culo sin que nadie ponga pegas ni te tilden de esto o de aquello—. Qué guapísimo eres, aunque tengas las manos siempre frías. No me importa, yo te las caliento —me ofrezco.

No sonrío y eso que es mi sueño y quiero que me regale uno de esos gestos en los que enseña muela y lo que no es muela. ¿A quién pretendo engañar? «Gabriel, don Chico Enigmático y Misterioso» podría regalarme lo que quisiera, porque yo soy feliz con poco, ese es el nivel.

—¿Ha soltado lo que creo que ha soltado? —Esa es mi amiga, sí. Me gusta que en mi sueño aparezca ella, porque mola y lo convierte en divertido.

—Sí, hija, ha dicho lo que crees que ha dicho y lo hemos escuchado todas. —Mi abuela al

ataque, aunque su tono no es de risa ni de cachondeo, más bien parece avergonzada. En mis sueños no se puede sentir vergüenza, no, no, no, prohibido.

—Zoe, ¿me escuchas? —Unas manos frías se posan sobre mis mejillas, mi nuca, mi frente, debajo de mi oreja, la curva de mi cuello y parte de mi hombro.

Me estremezco, porque es un frío agradable, es un frío necesario, es un frío que me gusta y no me hace sentir inquieta como el estar hospedándome encima de un montón de tumbas. Es otra clase de temblor. Uno que da gustirrinín.

—Te escucho —musito. O eso creo.

Me acerco más en busca de esa fricción que resulta cualquier cosa menos fastidiosa y percibo un leve suspiro cerca. Y algo duro, joder, algo duro también.

Abro los ojos. Me encantan mis sueños marranos, oye, que una hace que no pilla cacho desde... No sé, ¿mi hermana tendría dientes? Sí, porque los demonios ya nacen con ellos, seguro.

—Eso es, muy bien. —Otra dosis de manos frías y otro estremecimiento involuntario por mi parte. Si desmayarme me produce esto... Puedo vivir en el suelo de forma constante—. Así, despacio, abre los ojos, Zoe.

Qué bien suena mi nombre en sus labios.

Alargo la mano de nuevo y toco su piel. Es suave y pincha. Me gusta que pinche, es agradable.

Poco a poco, dejo atrás ese sueño maravilloso en el que el chico de la chimenea, el de la recepción, el sigiloso, el de la entrada, el trajeado y guapo hasta decir basta me quita el aliento y me permito abrir los ojos. Parpadeo en un par de ocasiones y comienzo a recordar todo lo sucedido.

Un ruido extraño. Una habitación peor que el propio ruido. Algo que me rozó los pies y el suelo. Un sueño. Gabriel estaba en él. Y había dragones escupecfuego.

Abro los ojos del todo y entonces me doy cuenta de que sí que he estado soñando, pero no todo lo inconsciente que suponía estar.

—¿Cómo te encuentras?

¿Avergonzada es una buena respuesta en estos casos?, ¿y excitada? Esta seguro que no.

Desvío la mirada en busca de la de mi amiga, que niega con la cabeza en repetidas ocasiones. Eso, al igual que sus «ahhhh», es cosa mala.

Mi abuela, a su lado, sonrío astuta. Sí, es vieja, y sí, sabe más que todos nosotros, por lo que no preguntaré nada al respecto. Ya sabemos que lo mejor es vivir en la ignorancia, sobre todo, en cuanto a los pensamientos de mi abuela se refiere.

—¿Qué pasa aquí?

Como éramos pocos, parió la burra.

—Mica... —Mi madre corre tras ella para sujetarla por el brazo antes de que haga algo de lo que todos nos arrepintamos. Como tirarme de las orejas por haberme caído de nuevo. O, peor aún, empujarme para que siga revolcándose en el suelo.

La veo capaz.

—¿Se ha vuelto a desmayar? —Me señala—. No hace falta que busquéis a nadie para que os limpie el suelo, de eso se puede encargar ella.

Miradla, qué chistosa la muy...

—Dejad que se recupere. Frank, por favor, acompaña a todas arriba. Hay mucho que hacer para esta noche.

—Venga, vamos, subamos y dejemos que se recupere.

El «otro chico» se acerca y le da un par de palmaditas en el hombro a su hermano antes de marcharse con...

—¿Ese es Ladillas? —Gabriel arquea una ceja—. Ladillas —afirmo—, el pavo de Raimundo —explico para que lo entienda.

—Parece ser que tu querido amigo Ladillas ha sido el responsable de tu caída.

Muerte por pavo. Lo nunca visto. Para que luego digáis que no me pasa de todo. Tengo más vidas que un gato.

Gabriel, que es todo amabilidad y misterio, me ayuda a sentarme. No sé si se ha dado cuenta o no, pero no ha dejado de acariciarme la mano y la espalda desde que he abierto los ojos. ¿Quién soy yo para mencionar dicho detalle y que deje de hacerlo si ha sido un acto reflejo? Ya os aviso yo de que por esta boquita pueden salir mil cosas, eso sí, una queja sobre ese tema desde luego que no.

—He escuchado un ruido raro y pensé que... Ya sabes, este hotel da miedo que te cagas.

Gabriel asiente sin sonreír ni un ápice. ¿Es que este chico es de cemento o qué?

—Y gracias a ello nosotros tenemos negocio —reafirma.

—Bueno, podríais haberos planteado un *spa* en una montaña. Mucha más iluminación y caipiriñas. A la gente le gustan las saunas, ya sabes, el calor y esas cosas.

Tuerce el gesto. Ya veo, me estoy metiendo donde no me llaman.

—A mí me gusta más el frío.

No me sorprende en absoluto. Es la segunda vez que hace alusión al asunto.

—Ya... —Chasqueo la lengua—. ¿Siempre? ¿En todas las circunstancias? —Permitidme que pregunte este tipo de cosas, es solo un estudio de mercado, si este hombre es frío como el hielo en todos los aspectos de su vida, desde luego que lo tacho de la lista de posibles candidatos a marido y me centro en Jero, que no habla inglés, pero al menos parece un buen tío.

Gabriel ladea la cabeza.

—¿A qué te refieres?

O no pillas las cosas o no le interesa pillarlas.

Lo dejaré pasar en esta ocasión, aunque parezca que el golpe en la cabeza se lo ha dado él en vez de una servidora.

—Nada, nada —zanjo.

Gabriel se acerca un poco más y no sé hasta qué punto eso es bueno o malo. Es decir, bueno es y mucho, pero... ¿si lo acorralo en esa habitación que hay detrás de nosotros se considerará acoso o pasará por un terrible malentendido?

Esto sí que es para una amiga, ya sabes.

—Venga. —Se incorpora en todo su esplendor. Visto desde aquí, es más alto de lo que esperaba y hasta un tanto intimidante. ¿Por qué me tienen que atraer los tíos que ocultan cosas? Con lo fácil que es ser transparente y poder ver en los ojos del otro todos sus pensamientos, y yo, venga, en contra de las normas convencionales y en busca de esas cosas que deberían darme pánico y no atraerme en absoluto. No hay nada peor que un hombre que te pone cantidad y también te da miedo—. Te acompaño a tu habitación —interrumpe mis pensamientos—. ¿Crees que puedes andar? —¿La otra opción es que me lleve en brazos? Es solo para pensármelo y tal.

—Puedo andar —aseguro—. Solo ha sido un pequeño susto.

Alza una ceja, nada convencido.

—¿Tiendes a desmayarte mucho?

—¿Eso que percibo es preocupación? —Porque a mí con poco me basta, ¿ehh?, ya lo sabéis.

—Por supuesto. Necesito comprobar las coberturas de nuestro seguro de responsabilidad civil.

No, no hay rastro de sonrisa, aunque a mí me ha sonado a broma.

—Ya te vale. —Lo empujo.

Esa es una buena respuesta en cualquiera de los dos casos, tanto si estaba de guasa como si no.

Y lo que no es coña es que no he logrado que se mueva ni un ápice del sitio.

Sí que está fuerte, sí. ¿Entrenará? ¿Será un *ninja* consagrado y por eso es rápido, escurridizo y experto en huir sin que nadie se percate de ello?

—¿Y bien? No me has respondido.

Ladeo la cabeza y me acerco hasta las escaleras, gana un punto cuando no hace amago alguno de subirnos al ascensor. Tal vez sea uno de esos chicos a los que les dan cierto repelús los espacios cerrados, y entonces estaremos un poco más cerca de ser almas gemelas.

—Solo cuando algo me asusta mucho —respondo.

—Pues estás justo en el sitio indicado —sentencia.

Vaya, miradlo, qué humor más fino tiene el chico.

«Gabriel, don Soy el Alma de la Fiesta», ese es él.

CAPÍTULO 16

Eso, tú descojónate

Zoe

—Por si no te has enterado, cosa que dudo, ya que mi vida parece ser de dominio público, me han traído aquí en contra de mi vol... —Una leve, muy, pero que muy leve sonrisilla se forma en su semblante, y entonces caigo en la cuenta de que eso también era una broma—. ¡No me lo puedo creer! ¿Te estás quedando conmigo?, ¿en serio?

Se aleja unos pasos y marca un poco de distancia, aprieta los puños a ambos lados y es cuando creo que he metido la pata y he hablado de más. Algo que tampoco nos pilla de nuevas, ¿no?

Si ya me lo dice mi abuela: «El silencio es el mejor compañero de toda persona a la que no conoces». O, lo que es lo mismo, «Cierra el pico, Zoe, porque hablas de más y no le gustas a todo el mundo».

Tampoco pretendo caerle bien a toda la humanidad, obvio. Ya sabemos que es imposible y tal, solo que, con lo maja que soy y la cantidad de pena que doy, supongo que serían más los que me adoptarían que los que me dejarían en el contenedor de la basura, ¿verdad?

En fin, que teniendo en cuenta las circunstancias y los precedentes, que «Gabriel, don el Humor Se Lleva Por Dentro» haga alarde de un mínimo de sonrisa tiene que sumar como veinte puntos en la escala de caerle bien, y eso ya es un paso. Es de lo más extraño, fijaos, a él resulta que le caigo bien y sin darle pena ni nada, ya veis, esto sí que es un asunto de lo más paranormal.

—Es bastante fácil que muerdas el anzuelo.

¿Me está llamando chica fácil? Porque desde luego que lo soy, sobre todo en temas que impliquen llevar poca ropa y eso.

—Ya veo... Y tú, ¿qué hay de ti? No te desmayas, no tienes miedo, te escabulles de forma silenciosa y vistes de traje, ¿estás seguro de que no eres una de esas almas errantes que cuentan que vagan por este castillo?

Alza una ceja. Eso le suma puntos a su sexapil.

—¿Has leído el panfleto? —No, ni pienso.

—Claro, soy una chica aplicada. —Aplicada depende de para qué y con quién. «Contigo, por ejemplo, sería de lo más aplicada», no sé si me explico.

Si mi abuela estuviese presente, estaría llamándome chica fácil. Si mi hermana estuviese presente, se estaría riendo de mí y de la pena que doy porque ligar se me da un poco tirando a mal.

En definitiva, que nunca he sido de esas que se compadecen de sí misma, así que... ¿Pena?, ¿yo? ¿Nadie os ha explicado que la pena es la novia del pene? Pues eso, no tengo más argumentos, su señoría.

—Esa es una cualidad que siempre me ha gustado.

Lo que se traduce en: «Me gustas, Zoe, y me casaré contigo si estás dispuesta a ello». A ver si eso es lo que mi abuela y Nina querían contarme aquel día en el que acabé besando el suelo sin previo aviso.

Tal vez... Tal vez mi amor platónico sea la alfombra y no ningún chico guapo y serio como este que tengo frente a mí. A saber. En cuestión de amores, no hay nada escrito.

—Uy, si yo te contase la de cualidades dispuestas a cautivar que tengo. —Lo que para ti puede ser prepotencia y arrogancia, para mí es quererme mucho.

Porque te voy a explicar algo y esto no es que sea de primero de paranormal y no es una de esas cosas que se enseñan en el colegio, aunque deberían, pero quererse a una misma debe ser el pilar fundamental en el que basar nuestra existencia.

Imagínate la situación: siempre buscando la aprobación de los demás; siempre intentando agradar, conectar o encajar, encontrar el amor verdadero en otra persona y a alguien que te complementa cuando esa persona eres tú. ¿Acaso no vives contigo misma veinticuatro horas al día durante toda tu existencia? ¿Con quién pasas más tiempo? Te lo digo yo: contigo misma, así que... ¿por qué buscar que los demás nos quieran cuando lo que tenemos que hacer es querernos a nosotras mismas por encima de todo? ¿Por qué cambiar por los demás cuando lo que tienes que hacer es cambiar aquello que a ti no te haga feliz? Y una vez tengamos eso, una vez seamos plenas y sintamos que estamos bien, que nos encontramos bien, entonces podremos permitir a los demás que formen parte de ello.

No es egoísmo, no, no lo es, es cuestión de preferencias. Yo soy mi prioridad, y los demás solo están para complementar aquello que soy por naturaleza.

—No me cabe la menor duda —afirma.

Es un cumplido. Lo mires por donde lo mires, lo es. Y no solo eso, sino que su mano en la parte baja de mi espalda muestra que tiene cierto... digamos... ¿interés?

Dejémoslo ahí, porque tengo mucho en lo que pensar.

Atisbo la puerta de mi estancia al final del pasillo. El cielo vuelve a lucir un tono plomizo nada favorable para mi anatomía y sin ser meteoróloga sé que se avecina tormenta. Suspiro, con lo bien que podría estar yo tumbada en una hamaca en Punta Cana...

Y, miradme, en el «Hotel No Sale el Sol ni aunque le Pagen» desmayándome por culpa de un pavo llamado Ladillas y fijándome, de forma de lo más indecente, en uno de los directores del mismo y no solo eso, sino intentando averiguar lo que esconde tras ese semblante contrito, esas manos frías, ese culo pecador —de la frontera— y esa pose de «intento ser invisible, pero soy rematadamente guapo como para pasar inadvertido, así que lo suplo escabulléndome sin ser visto ni sentido».

Mi vida es de lo más divertida desde que he llegado aquí. O de lo más penosa, lo mires por donde lo mires.

—Ya estamos —me informa cuando nos hallamos frente a mi puerta.

Me pongo en guardia, porque la última vez salió sin apenas darme cuenta. A ver si va a ser cierto eso de que hay puertas secretas en este castillo y no solo son locuras de Rita, que busca cualquier clavo ardiendo que la acerque a su inalcanzable Tony.

Me dispongo a hacer la pregunta cuando Gabriel se adelanta y abre la puerta de mi habitación. ¿Con qué llave? Pues eso me gustaría saberlo a mí también.

Esa pregunta es mucho más importante que la otra. O no, ambas lo son, eso sí, hay que priorizar antes de que se volatilice de nuevo.

—¿Cómo? ¿Qué? —Bajo la vista y me muestra una llave.

—Se te cayó en el sótano. —Se adelanta—. La recogí antes de que subiésemos.

Vale. Me ha convencido ese argumento porque empezaba a preocuparme que tuviese una llave maestra y que de pronto se colase en mi habitación a horas intempestivas y, no sé..., ¿me comiese? A besos, quiero decir.

Eso tampoco suena tan mal...

Cuando la puerta se abre del todo, me tiende la llave y me hace una leve reverencia.

Lo veo recorrer el pasillo, obnubilada por su porte. ¿Sabéis lo que creo?, que en uno de esos golpes que me he dado, no os voy a especificar fecha porque tengo la ligera sospecha de que ha

ido empeorando con el tiempo, me he ido volviendo cada vez más tonta. Y os explico el motivo de ello.

Que es un chico guapo os lo he contado, que es amable también, que tiene un aura extraña e indescifrable no es nada nuevo y que me tiene un poco desconcertada por todo ello es de dominio público. Bueno, y que me van los retos... Eso es de primero de conocer a Zoe.

A pesar de todo eso, soy incapaz de dejar de boquear como una boba cuando lo veo. Vamos, que, si no me desmayo por el miedo, lo haría por la excitación o por la deshidratación, tú ya me entiendes...

«Muerte por *cochinota*», eso en mi lápida no, ¿ehh?, que luego en vez de flores me pondrán bragas y botes de lubricante.

—¡Oye, Gabriel! —grito para que me escuche. Mi voz resuena alta, clara y firme, todo un logro—. Gracias por recogerme del suelo. —Sonrío—. Otra vez. —Y por no hacer comentario alguno sobre mi exceso de información sobre lo guapo que me resulta y lo mucho que me gustaría calentar su cuerpo.

¿Sueno tan desesperada como me siento? Empiezo a entender a Rita y su actitud de «ahora o nunca». Tal vez sea algo que hemos comido las dos. O la empatía. A ver, que a nadie le amarga un dulce, y yo siempre he querido tener un ligue de vacaciones. Si no puede ser en Punta Cana, tendrá que ser aquí.

Lo que hay.

Solo cabecea afirmando y se gira de nuevo. Bajo la vista, miro la llave y la alzo para deleitarme una última vez con las vistas antes de que desaparezca.

No hay rastro de él. Nada.

Alzo los hombros, lo de este chico no es normal. Aunque..., ¿quién soy yo para hablar de cosas ordinarias cuando soy cualquier cosa menos eso?

Con la firme intención de darme una ducha y descansar un rato me encuentro cuando la puerta de mi habitación suena todavía sin siquiera haberme quitado la camiseta.

Me acerco con cautela. El candelabro está ahí, a un lado, y ya sé que Mica se rio de mí por haberlo utilizado como arma defensiva, pero eso es porque ella no es consciente de muchas cosas, sobre todo, del daño que te puede hacer una herida que se infecta con óxido. Que tengo que enseñároslo todo y no os voy a durar toda la vida. Sobre todo, teniendo en cuenta la cantidad de sustos que me estoy llevando. A ver si esto en vez de una terapia de choque es una terapia de muerte, y resulta que ese era el plan desde un principio: deshacerse de mí más pronto que tarde.

Escucho de nuevo que tocan y esta vez con más fuerza. Coloco la mano derecha en el picaporte y con la izquierda sujeto el candelabro, abro con cuidado porque me da miedo, ¿vale? Miedo que detrás se encuentre el hombre del saco o Ladillas con una peluca a lo Madonna.

Ese pavo cabrón me las va a pagar. Le voy a dejar el cuello recto cuando lo vea.

No, no es Ladillas. Aunque, siendo honesta, casi que hubiese preferido que lo fuese.

CAPÍTULO 17

¿Guapo? ¿Sexi? ¿Vampiro?

Zoe

—«¿Qué guapísimo eres, aunque tengas las manos siempre frías, no me importa, yo te las caliente?». «¿Qué guapísimo eres, aunque tengas las manos siempre frías, no me importa, yo te las caliente?» —repite Débora mientras me empuja sin que apenas me percate de ello porque sigo en *shock* por sus palabras, es decir, las mías, pero en su boca. Pensaba... Pensaba que nadie se había dado cuenta, que estaba soñando de veras—. Aparta, he traído a la caballería para que este ridículo, uno más en tu larga lista de ridículos, no haga mella en ti.

—En ella nada hace mella, parece mentira que no te hayas dado cuenta aún. —Sí, mi prima, que es de lengua fina y ágil.

Rita, por el contrario, cuando pasa por mi lado me da una palmadita compasiva en el hombro y me quita el candelabro de la mano porque de todos es sabido que sin ese instrumento entre los dedos el ridículo es menor.

Nótese la ironía.

—Estaba medio cucú en el suelo, ¿vale? No recuerdo bien lo que dije, nadie me escuchó —me defiendiendo cerrando la puerta tras de mí.

—Cariño... —Débora frena sus pasos justo cuando iba a lanzarse en mi cama con dosel. Mía, ¿vale?—. Todos los presentes te escuchamos, era imposible no hacerlo porque no dejabas de repetirlo en voz alta. ¡Alta! —insiste.

Me ha quedado claro.

—¿Incluido Gabriel?

—Incluida Fifi, que no sé en qué planta se hospeda y ya debe de estar al tanto. Es bastante probable que tenga algo que añadir al respecto. Porque es una cotilla.

Estoy bien jodida si Gabriel lo escuchó, aunque...

—Gabriel no hizo comentario alguno sobre eso. Puede que estuviese tan obnubilado con mi belleza que no oyese ni una sola palabra de lo que salió por mi boca.

Oye, que de sueños también se vive.

—Eso es porque es un caballero —agrega Rita.

—Y porque no le interesa una pirada como tú —añade Lucy.

Voy a tener que hacer una lista de las personas que van a dejar de formar parte de mi familia y de mi círculo cercano, porque lo que está claro es que rodearse de gente así no es bueno para mi salud mental.

Tampoco lo es que te lleven de vacaciones engañada a un sitio.

Si empiezo a tachar gente, esto va a ser un no parar.

—No le digáis eso —las reprende Rita. Mi pobre chica habladora tiene la lengua tan larga como de enorme el corazón. Como alguien le haga daño, me lo cargo, que lo sepáis—. Tú insiste, sé perseverante y ve a por ello. ¿Que ese chico te gusta? No tengas dudas de que lo vas a conseguir.

—Esperad, esperad, esperad... —corta Lucy la conversación—. ¿Cómo que ese chico te gusta? —inquieta estupefacta.

A ver, ¿me gusta? Me gusta por las razones obvias que hacen que una persona pueda atraerte y es que su físico es deslumbrante y su aura misteriosa me pone cantidad. Tengo que averiguar

qué es lo que esconde, es eso, es el morbo de lo desconocido, la adrenalina que ellas sienten por visitar una cárcel abandonada o un hotel construido sobre un cementerio es la misma que yo siento ante alguien que es difícil de leer para mí.

—¿No notáis nada extraño en él? —pregunto yendo directa al grano.

Ahora que estamos todas es un buen momento para hacerlo. Ya sabéis, cuatro cabezas piensan más que dos.

—¿Algo extraño como tú? —Ya estoy un poco cansada de que todas piensen eso de mí.

Me coloco ambas manos en la cintura, y ellas sonríen dubitativas.

—Lo decimos en el buen sentido —indica Lucy.

Débora asiente, porque ella ha sido la que ha empezado a llamarme rarita.

—Resulta que las personas pueden ser extrañas en el buen sentido —arguyo.

—Yo también soy peculiar y me siento orgullosa de ello. No tenemos por qué avergonzarnos de ser como somos —insiste Rita—. ¿Por qué? ¿Por qué tenemos que ser como todo el mundo espera que seamos?, ¿vestir de la misma forma?, ¿comer como los demás comen?, ¿trabajar en lo mismo?, ¿seguir unas pautas conductuales? ¿Quién afirma que lo extraño e insólito es una mierda? Porque ya te digo yo que lo que de verdad me aburre es lo de siempre, terminaríamos siendo monitos de feria que van tras un mismo plátano. Bah, a la mierda con las directrices de la sociedad y con lo que digan los demás. Yo siempre haré lo que me pida el cuerpo y punto. Y al que no le guste... —Señala la puerta por la que han entrado todas hace unos minutos—. Ya sabe por dónde pueden marcharse. No necesitan invitación para ello.

Y guarda silencio tras esas palabras. Las demás no sabemos siquiera cómo actuar porque no puede haber sido más acertado su discurso.

—Jo. Der. Con la niñata —pronuncia Débora.

Rita no parece tomarse ese comentario a mal por varios motivos: el principal es que todo le suda el papo y olé por ella. El segundo, es que ya conoce a Débora y sabe de qué pata cojea. En realidad, todas sabemos cuáles son nuestras virtudes y nuestros defectos. Y ninguna ha cogido la puerta para largarse, cosa que agradezco.

—Ven aquí —me pide Rita abrazándome de nuevo. Lo que tiene de charlatana lo tiene de cariñosa, eso sin duda.

Me dejo hacer, porque a veces no sabes lo mucho que necesitas un abrazo hasta que te lo dan.

—Quiero dejar claro que Gabriel me atrae físicamente, dejad de planear una boda. Yo también sé ser un poco devorahombres —matizo señalando a la dueña del nombre y del apelativo.

Porque no necesita mucha explicación el asunto. Débora se los come con patatas y verduras y le dura un ligue lo mismo que beberse un café. Nada y menos.

Pues eso, ¿acaso no puedo yo también disfrutar de mis vacaciones de la forma en la que me dé la real gana?

Aunque eso de que no confraterniza con los huéspedes supone un grave problema en ese fin que empiezo a valorar. Bah, da igual. Otra cosa no, pero persistente soy un rato largo.

—¿Tú? —Me señala Lucy—. ¿La reina de «quiero tener veinte hijos y cincuenta perros»? ¡Por favor! —bufa.

—¿Qué? No hay nada malo en que me gusten las familias numerosas.

—Las familias numerosas vale —insiste mi prima—. Ahora bien, cinco o seis hijos son muchos hasta para mí.

—Para ti son muchos hasta medio humano —apunta Rita.

Vale, está de mi parte y eso mola.

—Dejemos el tema de los vástagos a un lado y de las familias numerosas. ¿Qué es lo que te

hace pensar que «el otro chico» esconde algo raro? —insiste Débora.

Menos mal que hay una que está centrada de veras.

—Es... todo —apunto—. Tiene siempre las manos frías, no sonríe, desaparece por arte de magia, siempre viste de traje, es caballeroso, nunca pierde los papeles, prefiere la noche y la lluvia —enumero mientras comienzo a caminar de un lado al otro por la habitación, como cuando te preparabas un examen y memorizabas un texto que sabías que una vez vomitado ibas a olvidar.

Mis amigas rumian mis palabras.

—Pues a mí todas esas cualidades me recuerdan a las de un vampiro —suelta Rita, que también se tumba en la cama con fingida despreocupación, colocando las manos tras la nuca y observando la madera del techo de mi preciosa, antigua y comodísima cama.

¡Espera! Rebobinemos. ¿Cómo?

Abro la boca con la firme intención de tildarla de chalada, sin embargo...

Insisto: ¡espera! Rebobinemos. ¿Cómo?

Jo. Der.

Joder.

Joder.

Joder. Joder. Joder.

—¿Cómo no me he dado cuenta? —suelto a bocajarro.

Rita se incorpora sobre los codos y me observa sin entender nada. No la culpo.

Débora frunce el ceño y abre la boca. La cierra. La abre y vuelve a cerrarla. Tampoco la culpo.

Lucy, por el contrario, mira al techo. Bueno, a ella debería culparla porque tiene una lengua un tanto larga, solo que no es el momento para ello.

—No puedes estar pensando que es cierto, ¿no? —contrataca Lucy. No estáis escuchando su tonito, pero, vamos, que está cargado de retintín es un hecho constatado. Tan constatado como que Gabriel es un vampiro macizo.

Porque lo es.

Camino, de nuevo, con paso presuroso por la habitación.

—¿Es que no lo veis? Todo encaja. Rita, eres una genio —musito sonriendo.

—Espera... —Débora se planta frente a mí con actitud de matona—. Es coña, ¿verdad?

La hago a un lado de la misma forma en la que ella lo hizo antes para entrar a mi habitación y sigo caminando sin dejar de pensar. Mi cabeza en este instante es como una puñetera lavadora que centrifuga, estoy intentando ensamblar todas las piezas y lo peor, ¡lo peor!, es que encajan sin necesidad de ahondar demasiado o de forzar la situación.

—¿No os dais cuenta? Estamos en un hotel construido sobre un cementerio, ¡es la trampa perfecta! Atraen a las personas con la idea de divertirse y la fiesta se la montan ellos a nuestra costa. —Yo lo veo claro, ¿por qué les cuesta tanto?

Terapia de choque dicen...

—¿Ellos? —aduce Rita.

Fue la que tuvo la idea y es una lástima que le falten todos los pedazos para que conecte. Para eso estoy yo, maja.

—¿Frank? ¿En serio? —Yo sigo a lo mío—. ¿Es que ni siquiera fueron muy cuidadosos buscando el nombre? No saben esconderse. ¿A qué te recuerda? —pregunto mirando a Rita. Vamos, amiga, que tú puedes.

Ella piensa unos segundos.

—Frankenstein —sentencia llegando a la misma conclusión que he llegado yo con anterioridad.

—¡Exacto! —grito presa de la euforia—. ¡Joder, Rita, eres la mejor! Estás loquísima, pero eres inteligente que te cagas —resuelvo. Porque lo es, de hecho, es la mejor de todas.

—Por favor, que alguien me diga que es una coña —insiste Lucy.

La entiendo, ¿vale? Comprendo que le cueste ver la realidad detrás de esta conclusión tan acertada a la que hemos llegado, solo que esto es real. Muy muy real.

Sorry not sorry.

—Gabriel es un chupasangre. Su hermano también lo es y, si no, es otra cosa extraña ligada al mundo paranormal. Tal vez sus cuerpos estén enterrados bajo nuestros pies y necesiten algo que los ayude a cruzar al otro lado —les explico llena de convencimiento.

—Por favor —murmura Lucy, que no sé si está a punto de desmayarse del miedo o de la impresión—. Esto se nos está yendo de las manos. ¡No! —Alza la voz—. Se os está yendo de las manos a vosotras —aclara.

—Ayer me olió, se acercó a olerme... Estaba... —resuelvo—, estaba intentando saber si mi sangre le gustaría o no. ¡Soy su víctima! Necesita alimentarse y ha puesto los ojos en mí porque soy arrebatadora y deliciosa. Si ya lo sabía yo, en la pirámide de alimentos, estoy en la cumbre, junto a las chocolatinas y a las patatas fritas al punto de sal. ¡Lo sabía!

¿Cómo es posible que no me diese cuenta antes? Si su halo enigmático ya me mandaba señales, solo tenía que interpretarlas.

¡Y yo quería zumbármelo! ¡Siendo un vampiro! ¿Qué coño pensaba? Esto no es *Crepúsculo*.

—¿Sabéis qué? —intercede Lucy—. No quiero saber nada de este tema. Estás muy loca, Zoe. Muy muy loca.

Chasqueo la lengua.

—Eso, tú vete. —Se dirige hacia la salida ignorándome—. Cuando te encuentre medio muerta en una zanja ahí fuera no pienso hacer nada por salvarte de una conversión a murciélago. Ahí te dejaré y no me pondré ni roja, que lo sepas —la aviso.

Lucy, cómo no, ella todo bondad y decoro, me hace una peineta antes de largarse por donde ha venido.

Sí, será una vampira cojonuda porque la mala hostia ya la tiene.

Me tomo unos segundos antes de girarme y observar a mis amigas, a las que quedan en la habitación, quiero decir.

—¿Vosotras me creéis? —pregunto dudosa.

Rita asiente sin parar; Débora, por el contrario, no parece muy convencida.

—Está claro —intercede Rita.

—Lo que está claro es que estáis zumbadas —apunta Débora.

Hace un amago de seguir los pasos de mi queridísima prima —nótese la ironía— y me interpongo entre su cuerpo y su vía de escape.

Ella se lo ha buscado.

Bato las pestañas, me muerdo los labios, retuerzo las manos y mi pie derecho se mueve como si estuviese calentando el tobillo antes de correr una media maratón. Cosa que no me vendría mal porque tiene pinta de que en este lugar voy a tener que huir y mucho.

—No hagas eso.

Insisto, añadiendo una mirada de corderito degollado —sí, esos corderitos degollados de los que se alimentan monstruos como «Gabriel, don Vampiro Chupasangre Te He Puesto los Ojos Encima y en Breve los Colmillos»—.

—¿El qué?

—No hagas que quiera salvarte. Esa mirada no —insiste ella.

Es que siempre me funciona, que a ella también, es recíproco.

—Yo bajé contigo a esas mazmorras, me desmayé, estuve en sus brazos, nos quedamos a solas, podría ser su cena esta misma noche...

Chasquea la lengua. La tengo en el bote.

—Vale. Vale. —Se aparta de la puerta, y Rita aplaude por mí—. ¿Y ahora qué? —pregunta.

Ahora... viene lo mejor.

CAPÍTULO 18

La noche me trastorna

Gabriel

Lo de encerrarme en mi despacho empieza a ser preocupante. Sí, escuché todo lo que salió por su boca y sí, me ardió cada centímetro de piel cuando la suya rozaba de forma accidental la mía.

Y no, no tuve ni un ápice de cordura para preguntarle qué hacía en el sótano o por qué me resultaba tan sensual ver cómo sus labios se movían mientras ella hacía preguntas o comentarios, y yo bromeaba a su costa.

Es bastante adorable cuando la saco de sus casillas.

Chasqueo la lengua sintiéndome un completo imbécil por pensar siquiera en ella y en lo que me hace sentir, y me reprendo mentalmente por no poder concentrarme cuando es justo eso lo que tendría que estar haciendo. Las facturas, los proveedores, los pedidos y la contabilidad no se ponen al día solas. Lo he intentado, creedme, nunca he conseguido que desapareciesen todas las responsabilidades, al contrario, parecen aumentar y hacer fila una tras otra esperando su turno para sacarte de tus casillas y ponerte de malhumor.

—¿Ya estás otra vez enfadado? —me pregunta Frank, que se ha sentado frente a mi mesa con esa pose de chulo de tres al cuarto que tan bien le sienta y que tan poco me gusta.

Ni siquiera me he percatado del momento exacto en el que se ha colado en el despacho.

—No estoy enfadado —respondo enfadado.

Mi hermano parece sopesar mi mentira. La comisura de sus labios se alza y me regala una sonrisa burlona.

—Es por la miedica, ¿cierto? Te tiene un tanto... —Lo deja en el aire.

—¿Un tanto...? —indago a sabiendas de que no es lo que debería hacer.

—Distraído. —Pongo los ojos en blanco—. Y para un hombre como tú, controlador y responsable, que no sabe vivir la vida y disfrutar de ella, sino pensar en que todo salga bien y en las malditas reseñas de Google... —Se toma su tiempo para terminar la frase—. Es, como poco..., revelador.

Es cualquier cosa menos eso.

—No hay nada revelador en ella. —Mentira—. Ni me interesa en absoluto. —Mentira, mentira—. Ni tengo intención de acercarme a ella. —Mentira, mentira, mentira.

Frank, que es un poco menos astuto que yo —no se lo tengáis en cuenta—, chasquea la lengua antes de mirarse las uñas, como si el secreto para la eterna juventud se encontrase ahí y no cualquier mierda que se le haya podido pegar a ellas. Ni siquiera quiero saber dónde ha metido las manos con anterioridad.

—Pues suerte con eso —susurra al final.

Agradezco que no haya soltado ninguna otra perla porque, siendo honesto, he estado a punto de preguntarle qué coño me ocurre y por qué me siento tan fascinado por una chica que se pasa mucho más tiempo besando el suelo que mirando al cielo. Y bueno, dicho sea de paso; yo, aprovechando dicha coyuntura para acercarme a ella.

Cosa que hasta hace nada me repetí que no pasaría.

Me temo que soy una contradicción andante y que, si lo expusiese en voz alta, sería el hazmerreír de mis hermanos durante semanas. Qué digo semanas, meses incluso.

Apuesto a que David pagaría por esto, ya que he sido de esos —sí, sí, de esos— que se ha

reído de él por caer en manos del amor con tanta facilidad. Ya sabéis, primer amor y para toda la vida. Algo utópico para cualquier mortal menos para mi hermano, que se entrega sin reparos. Aunque es cierto que Ana, su mujer y el amor de su vida, es la mejor persona que conozco, y no podría sentirme más feliz por ellos, por haberse encontrado entre tantas personas, por haber tenido la suerte de haberlo hecho.

—¿Has bajado aquí a sacarme de mis casillas o tienes algo verdaderamente importante que contarme?

Una ceja alzada, otra pequeña sonrisa, de nuevo su mirada sobre sus dedos, y Frank haciendo de Frank, sin más.

—He hablado con Esperanza, ya sabes, la abuela de tu querida miedica. —Ojos en blanco aquí, por favor—. Y se ha ofrecido a ayudarnos sin problema con la temática de esta noche. Es más, afirma que domina el tema a la perfección y que una noche de invocaciones será genial para todos los presentes.

Os aseguro que para todos no. Hay una chica morena de mirada suspicaz y sonrisa que eclipsa todo a su paso que dudo mucho que esté a favor de la actividad nocturna.

Ni confirmo ni desmiento que pienso disfrutar de ello sobremanera.

Ya lo de alejarme para otro día, sí, eso es.

—Me parece perfecto. Lo he dejado en tus manos, así que puedes encargarte de eso sin mí.

—Por supuesto, no querría ocupar tu tiempo ni reducir el mismo. Tienes mucho en lo que pensar, como, por ejemplo, en la forma de que no se note que te sientes atraído por esa chica y en cómo no permitir que tu hermano te advierta y disfrute de ello, por una vez en la vida, que confraternizar con los huéspedes está mal.

Yo disfrutaría de pegarle un puñetazo al bocazas de mi hermano.

—¿Sabes lo que de veras está mal?

—¿Asesinar a ese hermano que siempre está a tu lado? Porque tus ojos muestran un alto índice de ganas de cometer dicho delito contra mi persona.

—Porque su persona se lo busca con sus comentarios llenos de provocación.

Ese hermano, sí, justo ese, se incorpora y se abotona la chaqueta sin perder el buen humor que lo caracteriza. Lo odio y envidia por ello a partes iguales.

Guarda silencio mientras se aleja en dirección a la puerta y, justo como sucedió antes, cuando tiene el pomo entre los dedos y se dispone a abandonar la habitación, abre la boca.

—No supondría provocación alguna si no tuviese razón en mis palabras, ¿no crees, hermanito?

El mismo tarro lleno de bolígrafos que hace nada recogí vuelve a estar esparcido por el suelo en diferentes direcciones.

La próxima vez acertaré, lo prometo.

Me sumerjo de nuevo en el ajetreo que tengo pendiente y esta vez sí que consigo concentrarme en las tareas y dejar de pensar en Zoe, en lo que estará haciendo y en las formas en las que podría cruzarme con ella de manera fortuita, aunque no lo sea para nada.

La puerta de mi despacho no tarda mucho en volver a sonar y, sujetando el tarro de los bolígrafos una vez más, solo por si las moscas, aguardo a que pasen.

Es Gloria.

—Tu hermano me ha pedido que venga a buscarte. —Esa ha sido una buena decisión por su parte, desde luego—. La cena está a punto de servirse y, aunque vosotros soléis comer en este despacho o en vuestras habitaciones, me ha pedido que te explique que es mejor hacerlo todos en el comedor esta noche.

Alzo una ceja, ¿desde cuándo Frank cree que es mejor relacionarnos de esa manera con el grupo? Ni siquiera cuando tiene cierto interés carnal por alguna chica se ha comportado de esa forma.

—Iré en unos minutos —cedo.

Mi hermano trama algo y no sé si quiero saberlo.

Me dispongo a guardar todos los documentos que he estado revisando y a dejarlos de tal manera que mañana, cuando continúe con ellos, me sea sencillo volver a cogerle el hilo. Me incorporo, me abotono la chaqueta y salgo del despacho.

Subo las escaleras que me llevan hasta la planta principal y hago un barrido por la estancia hasta que la encuentro. Está sentada con su abuela, su hermana y varias de las chicas que la acompañan. Frank camina en dirección a ellas con resolución en sus pasos mientras yo me limito a observar desde la distancia.

Se hace el silencio en la mesa cuando Frank las saluda con cortesía. Miradlo, si hasta hace una leve inclinación de cabeza. Me reiré de esto, os lo juro, lo haré, cuando estemos a solas no tendré piedad con él.

Como si se sintiese observado, alza la vista y cruzamos la mirada, me sonrío ladino. Yo no le devuelvo el gesto. Desvío la vista lo suficiente como para darme cuenta de que Zoe se ha girado y también me observa. Un calor embriagador me invade en ese instante. Me repasa de arriba abajo con la mirada perdida, buscando algo, no sé el qué, pero sí que soy perfectamente consciente de cuándo alguien te mira de esa manera, porque yo también lo hago.

Doy un par de pasos en su dirección, arrepintiéndome de ello y siendo consciente de que soy incapaz de mantenerme alejado por más que quiera.

Ya entiendo a Frank, comprendo cuando le advierto que deje en paz a las huéspedes y no me hace maldito caso. Empiezo a actuar de esa misma forma y eso me enfurece un poco más. Ya sabes... Consejos vendo y para mí no tengo.

Pues eso.

Todavía me quedan unos metros para llegar a su mesa cuando Zoe se incorpora, seguida de una de sus amigas, Rita, si no me equivoco, y ambas se encaminan a paso apresurado hacia el bufet. No lo admitiré jamás, sin embargo, esa huida ha provocado un sentimiento nada halagüeño en mí.

Sigo recorriendo la distancia que nos separa y me coloco al lado de mi hermano con actitud despreocupada. Eso se me da bien, siempre se me ha dado realmente bien.

—Buenas noches —saludo.

Guardo las manos en los bolsillos a la vez que varios ojos se posan sobre mí. Algunas miradas indescifrables, pero escrutadoras, y la sonrisa perenne de la abuela de Zoe.

—Buenas noches —responde ella.

Un par de saludos más que apenas se distinguen bien.

—¿Preparadas para la actividad? —indago.

Aparto la vista de la mesa y voy en busca de Zoe, está cuchicheando con una de sus amigas. Me observan y apartan la vista cuando las pillo *infraganti*.

—No le hemos contado nada a mi hermana —apunta la misma jovencita que se reía de Zoe cuando se desmayó por fuera del hotel y que ahora mismo está sentada con Esperanza—, podría morirse del susto. Pienso disfrutar de ese momento. —Sonríe con malicia.

—¡Mica! —la reprende su abuela.

Frank se carcajea.

—Tu hermana es bastante... —añade y se toma unos segundos y sé que está pensando en la

mejor forma de definirla— miedica —finaliza alzando los hombros y utilizando el adjetivo que ya me ha nombrado varias veces cuando la menciona.

—Bastante, dice. —Mica lo señala con el dedo índice y se ríe de él en su cara. Esto no tiene desperdicio alguno—. Mi hermana es el miedo hecho persona. Cualquier cosa la asusta.

—No seáis así con Zoe, cada uno es como es —apunta su otra amiga.

—Oh, por supuesto. —Frank, el ligón, ha salido de paseo.

—Soy Débora —se presenta la susodicha, como si no lo hubiese hecho ya unas cuantas veces—. Estaré encantada de que me hagas un recorrido privado por el hotel. —Le tiende la mano, y mi hermano ni siquiera se molesta en disimular el interés que siente por ella.

—Oh, por supuesto. ¿Qué lugares te gustaría que te mostrase?

—¿Lugares? ¿Quién ha hablado de lugares?

Me giro y me largo de ahí cuando la chica en cuestión se relame. Y mi hermano está encantado con ello, por supuesto.

Bien, ahora dejará de meterse conmigo porque tendrá ganas de meterse bajo sus bragas. Un problema menos.

Mis pasos me llevan en dirección al bufet porque soy un hombre con poca voluntad, como podéis ver, y, cuando me acerco a Zoe y a su amiga, ellas guardan súbito silencio.

La acompañante baja la vista y se gira, como si de esa forma se convirtiese en invisible. Zoe, por el contrario, alza el mentón y me repasa de nuevo.

—¿Estás bien? —le pregunto.

A ver, que rara es un rato lo hemos podido atisbar todos, incluido yo. Sobre todo yo, que no dejo de buscarla, pero esto ya es pasarse.

Doy un paso más con ganas de recortar la distancia y acariciarle la mejilla.

Guardo de nuevo la mano en el bolsillo y reprimo mis impulsos.

—Claro, ¿por qué no tendría que estarlo? Todo está perfecto. Llueve sin parar, hace frío, tengo hambre y he descubierto algo de lo más interesante.

Alzo una ceja, inquisitivo, ¿a qué se refiere con eso?

—Lo que Zoe quiere decir —apunta su acompañante— es que estamos genial y que todo va sobre ruedas. Aunque no, sobre ruedas literal no, porque el hotel tiene cimientos, que los cimientos son cuestionables porque bajo nosotros hay un cementerio y la verdad es que prefería el hormigón a los huesos, sin embargo, ¿quién soy yo para elegir lugar sobre el que edificar?

—Rita, cariño —la corta Zoe—, mira, allí está Tony.

Y, con esas simples palabras, Zoe y yo volvemos a quedarnos a solas.

Gracias a Dios.

CAPÍTULO 19

O sea, ¿qué?

Zoe

No estaba preparada para esto.

No estaba preparada para esto.

Desde luego, no estaba preparada para esto.

Se supone que he tenido horas para desencapricharme de este chico que tengo frente a mí por motivos obvios y es que querer follarte a un vampiro supone el fin de tus días.

Y yo quiero una vida larga y plena llena de hijos, nietos y, si me apuras, bisnietos a los que malcriar a diestro y siniestro.

Pero, oye, nada, ya ves, lo tengo frente a mí, tras haberme dado charlas y charlas motivacionales, argumentando los miles de motivos —en realidad, ha sido solo uno y ese uno es cosa de vida o muerte— por los que tengo que mantenerme alejada de él, no cruzar palabra y no permitir que mi toto sea el que piense —porque a veces parece que tiene vida propia—, y todo eso se esfuma en cuestión de segundos porque «Gabriel, don Soy Un Murciélago Sexi y Enigmático» se ha acercado y me está mirando de esa forma que hace que todo se me olvide.

Sí, lo de entregarle mi primer hijo se me está pasando por la cabeza y todo, ese es el nivel.

Soy una humana inconsciente. Por cosas como estas nos consideran la raza débil.

O no, a ver si resulta que los vampiros también tienen el poder de hipnotizar a los humanos y hacernos creer cosas que no existen. Leer nuestros pensamientos y teletransportarse, y yo sin saberlo, porque perdonadme que no me haya estudiado el Libro Gordo de Vampetete, que lo habrá...

Os pongo un ejemplo: todo me da miedo, entro en pánico a la mínima de cambio y los desmayos en mi día a día son como el azúcar para las palmeras de chocolate —inevitables—, y este chico que tengo frente a mí y que ahora mismo me mira como si yo fuese lo más apetecible que ha visto nunca —cosa lógica y normal, claro, porque lo soy— es capaz de conseguir que todo eso se esfume y que me convierta en «Superwoman Valiente que te Cagas» y las niñas de *El resplandor* o el mofletudo de la bicicleta pasen a ser parte de mis mejores amigos y salgamos de paseo, no sé, a cualquier casa encantada o decidamos irnos de viaje a la Isla de las Muñecas esa que está en México.

No, no puedo permitir que me embruje y me hechice. Tengo que mantenerme alejada de «Gabriel, don Vampirín por Ti Me Dejaba Chupar hasta los Huesos».

—¿Me estás escuchando?

Céntrate, Zoe, no puedes estar pensando en las musarañas, necesitas tener todos los sentidos alerta porque, si no, tendrá ventaja y el camino hacia la muerte será mucho más fácil.

—No —sentencio.

Ladea la cabeza y me escruta con su mirada perturbadoramente sexi.

A ver, que sea un chupasangre no significa que haya dejado de ser guapo. Quizá por eso me resulta tan arrollador, porque es una característica que poseen para que los humanos simplones como yo nos sintamos irremediabilmente atraídos por ellos y luego seamos sangre fácil.

Cuando más analizo la situación, mejor la entiendo.

—Te preguntaba si de veras te encuentras bien. ¿Es por la actividad de esta noche? —Ni siquiera sé de qué actividad habla.

—¿A qué te refieres? —El chico de la plancha se gira y me ofrece un filete bien hecho. Porque, desde siempre, nada que sangre me gusta. No iba a cambiar ahora por muy guapo que sea este ser sobrenatural.

En otras circunstancias menos paranormales, su preocupación me resultaría genuina y en este instante lo que creo es que quiere preservar su cena.

Me hago a un lado y observo a Débora hablando con Frankenstein. Se lo advertí, que tuviese cuidado, y ella, venga, en busca del peligro. Es que... ¡Es que...!

Continúo caminando por el bufet y cojo todo lo que sea grasiento y poco saludable. Si este vampiro pretende mordirme tiene que saber que le va a dar un subidón de colesterol que se le van a reventar las arterias de pura grasa.

Esa es una de mis mejores ideas, entre otras, claro. Estos días pienso comer tan mal que le darán arcadas solo de mirarme. Ya pensaré cómo ponerme *fit* cuando regrese viva y coleando. Primero tengo que salvarme el culo.

Gabriel sigue mis pasos por fuera del cordón del bufet bajando la vista hacia mi plato cada vez que añado algo más grasiento que lo anterior que he cogido.

No dice nada y menos mal, no tengo ganas de pedirle que se meta en sus asuntos. Asuntos que no impliquen comerme y tal.

No puedo ser tan deliciosa, señor, ¿por qué me hiciste tan sabrosa? No tenías suficiente con darme esta gracia y esta chispa que deja huella allá por donde pasa, no, encima tenías que hacerme apetecible.

Que yo agradecida, pero repartir es de buena persona, ¿me escuchas?

No, seguro que Dios tiene cosas mejores en las que pensar, por ejemplo, cómo cerrar las puertas del infierno para que no se escapen demonios o cómo matar a los vampiros que caminan entre nosotros vestidos de traje y actuando como chicos guapos, caballerosos y siniestramente arrolladores.

—Esta es la noche de las invocaciones.

Me giro con rapidez, tanta que casi se me cae el plato. Y tengo hambre, porque yo sí que como comida de veras.

—¿Qué? —La voz me sale estrangulada. Porque no, su embrujo no ha tenido efecto alguno en mí y sigo sintiendo miedo.

—Estamos en un hotel con temática espeluznante, Zoe, pensaba que lo sabías.

—Ya, claro...

Y seguro que tú piensas que no he descubierto tu pequeño secretito. Y el de tu hermano.

—Puedes quedarte en la habitación —me propone.

Sí, vengaaaa, ¿sabéis por qué quiere que me quede en la habitación?

Para comerte mejorrr, ¿os suena?

—Es una terapia de choque —me recuerdo y le aclaro. Que esté usando esto como vía de escape se las trae, ojito—. Tengo que estar presente. —«Y ni de coña pienso quedarme sola para que me acorrale y hagas conmigo lo que quieras en contra de mi voluntad porque si fuese algo molón y calenturiento..., sin sangre de por medio ni colmillos ni esas cosas, pues ea, que me lo pensaba».

Todavía con el plato en la mano, Gabriel se acerca un poco más a mí. Tiemblo un pelín y no sé si es por el miedo que me consume las entrañas o porque empiezo a sentir ese cosquilleo que es cosa mala, ya sabéis, ese que se percibe cuando alguien te pone cantidad y quieres que te pida de primer plato, de segundo y hasta de postre.

Estoy bien jodida.

—Estaré cerca, por si necesitas algo —me susurra a pocos centímetros de mi oreja. La distancia que nos separa es tan mínima..., tanto que percibo la respiración en mi pecho, en mi piel, en el vello erizado.

¿Qué? No tengo culpa de que mi cuerpo tenga vida propia, de hecho, no tengo culpa de que mi cuerpo tenga tanta vida que pueda alimentar al suyo.

Trago y asiento, y de inmediato sé que eso sí que tiene que ver con el embrujo que genera sobre mí.

Temblorosa, recorro los pasos que me separan de la mesa y tomo asiento. Inspiro con fuerza, cierro los ojos unos segundos y rezo para que, al abrirlos, todo sea un malentendido y esté en Punta Cana, con una caipiriña y «Gabriel, don en Este Lugar Sí que Soy Humano» se haya fijado en mí y quiera meterme de todo menos miedo.

Porque de *canguela* ya voy sobrada.

—Esta noche te vas a cagar encima. —Mica, cómo no, siempre tan buena persona.

—Deja en paz a tu hermana —le advierte mi madre, que está sentada a su lado.

—Eso, Mica, deja en paz a tu hermana. —Ese es mi padre. Tan lindo él.

Mi madre le dedica una mirada llena de amor y de promesas sexuales que ninguna hija en su sano juicio quisiera saber. Ellos siempre han sido así, son incapaces de apartar las manos el uno del otro. En vez de tener *taitantos*, parece que son unos jovencitos salidorros.

Carraspeo, ellos ni se inmutan mientras se acercan a darse besos.

—Es asqueroso —murmura mi hermana.

Y yo jamás suelo darle la razón, pero es que la tiene.

—Idos a una habitación, joder —refunfuña mi abuela.

Mi madre nos mira, mira a Débora, a Lucy, y alza los hombros antes de levantarse y tirar de la mano de mi padre.

—Qué asco —susurra mi prima a mi lado.

No, esperad, que ya no es mi prima. La he borrado de la lista de personas gratas con las que compartir momentos especiales.

A ella solo la llamaré cuando necesite... No, no la llamaré para nada.

—Si no tengo eso en mi vida, no quiero nada —masculla Débora en voz alta mientras señala a mis progenitores, que se largan a toda leche. Mi padre hasta le propina palmadas en el culo a mi madre de camino.

Si no me mata el vampiro, lo hará eso. Garantizado.

—Y yo, que pensaba que el romanticismo no iba contigo —sentencia Lucinda. Sí, como ya no le tengo mucho cariño, nada de apelativos.

Débora mueve los hombros con despreocupación a la vez que se lleva un tomate *cherry* a la boca.

—Si algún día encuentro a mi medio limón amargo —ironiza—, quiero que sea así, que no pueda apartar las manos de mi cuerpo, aunque mi piel ya no esté tersa y firme.

A ver, no me digas que no todas queremos un poco de eso, porque, desde luego..., yo también quiero un amor infinito de esos que hagan que no te importe nada de la otra persona, ni sus locuras ni sus taras, sino que las aceptes de buen grado y te rías de ellas cuando sea necesario.

—Yo también —sentencio mostrando mi convicción ante ello.

—Yo solo quiero a Tony —afirma Rita a nuestro lado—. Y él no me hace maldito caso. —La miramos a la vez que ella lo busca con los ojos. Otra vez sentado con su familia sin abrir la boca y con los cascos puestos.

Seguro que está escuchando ópera o algo así.

—A lo mejor... —comienza Lucinda.

—No acabes esa frase —la interrumpe Rita—. No quiero escucharla.

—Buenas noches —sentencia Jero, que se ha acercado a nosotras—. ¿Puedo sentarme? —Y señala la silla que hay al lado de Rita.

Débora y yo cruzamos una mirada cómplice.

Bueno, para un roto siempre hay un descosido, ¿no?

CAPÍTULO 20

No estaba muerto, estaba de parranda

Zoe

La cena me está sentando fatal.

No creo que sea el exceso de grasa, es lo espeluznante y acojonante que resulta la escena que se desarrolla frente a mis ojos. Ya lo entenderéis ya.

Ambiente lúgubre —menuda sorpresa—. Silencio absoluto —esto sí es una novedad—. Nina al lado de mi abuela. Mi madre, que todavía tiene el pelo hecho un asco por lo que habrán hecho en su habitación y que prefiero desconocer. Mica frotándose las manos como si en vez de una invocación fuésemos a jugar al bingo. Débora masticando chicle. Rita mirando con fijeza a Tony —la invocación parece que la va a hacer ella—. Jero mirando a Rita —pobrecito—. Lucy pintándose las uñas —quiero saber cómo lo hace sin apenas luz—. Frankenstein apostado al lado de Draculín, es decir, de Gabriel. Y yo temblando de pies a cabeza.

De veras, quiero no creer en nada de esto, solo que... me lo ponen muy difícil. Muy muy difícil.

—Vale. Yo puedo con esto y con más —me recuerdo—. Soy invencible. Soy una Tortuga Ninja con vagina. Soy letal. Soy acojonantemente mortífera.

No, no lo soy. Mortífero es Draculín.

Ese sí que es para tenerle miedo.

Doy un único paso hacia atrás con la firme intención de echarle un vistacito de nada. Antes de que tenga que matarlo. Obvio, ¿qué pensabais? No puedo permitir que se salga con la suya y que siga engañando a chicas sexis y mortales como yo atrayéndolas a este antro para devorarlas. No, mi *ciela*. Este hombre no sabe quién es Zoe Millán.

Los autógrafos los firmo al final. De nada.

«Gabriel, don Tengo Este Culito porque Llevo Miles de Años Entrenando para ello» también me está observando, por lo que nuestras miradas se cruzan y otra vez ese hechizo de mierda me sacude. Es como si metiese el dedo mojado en un enchufe y me diera un calambre que me agita de pies a cabeza.

No puede ser, no puedo permitir que sucedan estas cosas. Me atrae de una forma inexplicable, o no, explicación sí que tiene y es que lleva años de ventaja en eso de saber cómo jugar sus cartas para seducir a damiselas desesperadas por un poco de buen sexo y un mucho de amor. Y esa soy yo. La candidata ideal. Lo llevo escrito en la frente y lo supo desde que me recogió en el suelo de la entrada del hotel.

Muevo los dedos para saludarlo y sonrío ufana. Mueve los dedos a su vez y me devuelve el saludo, pero sin sonrisa alguna, claro, cómo no, no quiere que vea sus colmillos afilados.

Ya lo entiendo todo...

¿Se los limará? Es una buena idea. Tendrá muchos años para ser maquiavélico, ahora bien, le falta un poco de chispa para terminar de pulir su disfraz y pasar desapercibido.

Ya os conté que, cuando quieres esconder algo, lo mejor es ponerlo a la vista, de esa manera pasa más inadvertido. Pues este vampiro en cuestión debería haber pensado que vestir traje, escabullirse sin que nadie lo escuche, tocar a las personas dejando patente que tiene la piel mortalmente fría y oler a las chicas que por lazos del destino acaban en sus brazos, como técnica, deja mucho que desear.

Y eso también es de primero de paranormal.

Que tenga que enseñárselo yo tiene delito.

Lo haré antes de clavarle una estaca en el pecho. Lo prometo.

Por si va al infierno de los murciélagos, y se ponen a contar anécdotas, saldrá mi nombre y seré el orgullo de mi familia mortal.

Mis hijos van a flipar cuando les narre esta historia porque sí, tengo intención de vivir para contarla. Gabriel no podrá decir lo mismo.

Guiño, guiño. Codazo, codazo. Estacazo, estacazo.

—Nos hemos reunido todos en este salón porque vamos a tocar a las puertas del otro lado. — A mi abuela le gusta darle un poco de dramatismo a la situación, como si el otro lado tuviese puertas y timbre, no te jode—. ¿Hay alguien de los aquí presentes que quiera hablar con un antepasado suyo? ¿Algo que haya quedado por decir? ¿Un asunto pendiente?

Doy otro paso atrás. Los chupasangres tienen que tener mogollón de ellos, ¿no? Con la cantidad de peña que matan, algunas disculpas deberían dar. Pienso, no sé.

—A lo mejor Gabriel —verbalizo.

A ver, que pensaba largarlo en un tono suave y sutil, de esos que solo los escuchen mis amigas, para reírte un rato de tu propia broma. Solo que a Zoe no le salen bien las cosas nunca, ya sabéis, y tengo algunos que otros motivos que apoyan mi tesis, que conste.

El caso es que comienzo a ver cómo las personas se apartan poco a poco de él hasta que queda casi en el centro de la pista. Me daría un poco de pena si no fuese un asesino con cientos de años a sus espaldas.

Lo siento, majo, haberlo pensado antes de meterte conmigo.

El susodicho no parece ofendido, claro, también ha tenido siglos para perfeccionar esa técnica y que no se le note lo que piensa o siente.

—¿Gabriel? —mi abuela formula su nombre aprovechando que he sido yo la que ha lanzado la piedra.

El director del hotel cruza una mirada conmigo y, si supiese leerlas, diría que en la de él reza una venganza que dejará para más tarde.

En la oscuridad de su ataúd y de su mazmorra.

Lo siento, vampirín, no pienso quedarme a solas contigo nunca más y rezo para no desmayarme jamás.

Frank lo empuja y da un paso hacia adelante, un tanto perturbado. Yo sonrío y, cuando me mira, muevo las manos de nuevo en un saludo que parece cordial y no es más que una burla en toda regla.

La comisura del labio se le alza, y me acojono. Porque... imaginaos que se le ven los colmillos. Me desmayo, ¿vale? Hay cosas contra las que no puedo luchar. Él, contra su sed de sangre fresca, y yo, contra todo lo que implique un acercamiento a la muerte por razones para nada normales.

En un visto y no visto, se sitúa frente a mi abuela y ya no hay rastro de esa sonrisa que tantas ganas tengo de ver. De ver de lejos, que todo hay que especificarlo.

Toma asiento, y mi madre retira de la mesa a Nina con sumo cuidado. Mi abuela extrae de la parte baja de la misma una tabla. Se me eriza el vello de la nuca al ver las letras talladas en ella.

—Joder —mascullo.

—Esto se pone interesante —murmura mi prima.

Estoy tan impactada que ya la he vuelto a meter en la familia. Imaginaos el nivel.

—No estés nervioso. —Mi abuela le tiende la mano, y él se deja hacer.

No parece que a ella le resulte nada extraño que las tenga tan frías como las patas de un muerto. ¡Anda! Si resulta que está muerto. Bromas aparte, mi abuela no nota nada extraño porque ella le sonríe y, para sorpresa de todos o para mi sorpresa, él le devuelve el gesto.

Empujo a Lucy y a Rita y me abro paso porque esto tengo que presenciarlo. Necesito verle los lindos colmillitos, esos que quiere clavar en mi precioso y esculpido cuello.

Llego tarde, para variar.

—Mira, mi nieta quiere darte apoyo moral —susurra mi abuela.

Ya. No. Ha sido un error de cálculo, de apoyo moral nada. Es más bien un estudio de mercado.

—Muy amable por su parte. —¿Cómo de feo está que ahora que lo miro y aun sabiendo lo que es casi que me guste más que cuando pensaba que era humano?

Sí, para una amiga también.

Maldito vampiro sexi, elegante y guaperas.

—Yo solo he venido a mirar —respondo apresurada.

No vaya a ser que acabe sentada en esa mesa invocando a la madre de Ladillas.

—Pues ponte cómoda —murmura Gabriel. Me guiña un ojo. Soy un charco de deseo.

Es el embrujo vampírico. Poco se habla en los libros de esto. Mucho *Crepúsculo* y mucho romanticismo al respecto, pero nadie te explica con detalle cómo te vas a sentir cuando un vampiro embaucador entra en tu vida y cómo cambia todo. Hasta tú misma, que te debates entre correr que te las piras y lanzarte a sus brazos y ponerle tu cuello en bandeja.

—Comencemos.

La luminosidad, por si no fuera suficiente, se hace mucho más tenue, tanto que si miro hacia la mesa me cuesta horrores ver la ouija y el puntero, que mi abuela ya sujeta con firmeza. Ella se lo está tomando en serio.

A ver, mi abuela siempre ha sido muy mística y, cuando os he explicado que es una bruja, no es que lleve gorro y esas cosas, aunque poco le falta. Lo que os quiero decir es que ella sí que está en su salsa. Para mi abuela haber venido de vacaciones a este castillo es como mi deseo de estar en Punta Cana bebiendo caipiriñas hasta no saber en qué día vivo.

—Gabriel, ¿hay alguien con quién quieras comunicarte?

Gracias a que estoy a su lado puedo distinguir la mandíbula apretada y el brillo en sus ojos. Me fastidia pensar de esta manera, sin embargo, parece más humano que nunca.

Cosa rara en un ser muerto. Muerto de que la ha espichado y esas cosas.

—Yo... —titubea. Dudo. Me lo creo. ¿Por qué me lo creo? Es un maldito chupasangre. Me mira. Me derrito—. Me gustaría hablar con mis padres —sentencia en última instancia, cuando ya ha apartado la vista de mí—. No me pude despedir de ellos.

El escalofrío que me barre el cuerpo es proporcionalmente acojonante al latido de mi corazón al escuchar sus palabras y la tristeza implícita en ellas.

¿Sus padres?

Giro la cabeza en busca de los míos. No están lejos el uno del otro porque siempre han sido así, nada nuevo, vaya, y solo de pensar en lo mucho que los echaría de menos yo también... Pues eso, que empatizo con Gabriel, aunque toda la racionalidad que tengo en el cuerpo me pida que no lo haga por motivos que ya sabemos —está muerto, no de parranda—.

Cruzamos una leve mirada y por un instante pienso en mandar a tomar viento fresco el plan de cargármelo y adoptarlo.

Un vampirito en casa. Qué monada.

Hasta que me mate.

CAPÍTULO 21

Cordelia, ¿me escuchas?

Zoe

—Bien, ¿cómo se llaman tus padres?

No sé por qué estoy tan nerviosa cuando es evidente que el que va a contactar con sus seres queridos —y sin vida— es él.

No es bueno ser tan empático en esta vida, me pregunto si un ser como él, un muerto, vaya, es capaz de empatizar con los sentimientos ajenos.

La respuesta es evidente, Zoe, si se pusiese en el lugar del otro, se lo pensaría antes de hincarle el diente, ¿no? Pues eso.

—Claudia y Francisco.

Nombres de personas normales y nada rebuscados. Bueno, a ver, él, en algún momento de su eterna y larga vida, también sería humano. Ojalá me explicase quién y en qué instante lo convirtieron.

Tengo que investigar sobre ello.

No, no tengo que investigar nada, lo que tengo es que encontrar su ataúd y matarlo para librar a los futuros huéspedes de convertirse en un batido de proteínas andante.

Desvío la vista y busco a Débora entre el gentío que se ha arremolinado cerca porque como son tan cotillas, pues no quieren perderse el chisme.

Verás mañana a Fifi, esto en vez de ser una sesión de espiritismo, será una orgía en la que la tabla que veis en la mesa será con la que nuestro amo nos ponga el culo calentito.

Me río.

Es que no se puede tener esta clase de ocurrencias ahora, no se puede.

—¿Qué? —me defiendo con una pregunta cuando Gabriel y mi abuela me observan con atención—. Estaba pensando en mis cosas.

Y en que me pongan el culo rojo y calentito con una tabla, en eso también.

En el fondo soy un poco masoca, a ver si me va a gustar que me muerdan y todo. Nunca he probado...

¿Qué coño estoy pensando?

Muerte. Muerte y destrucción. Muerte al vampiro. La caza del vampiro.

Esas son mis metas. Inamovibles, firmes, inflexibles e inapelables.

Lo que hay.

Gabriel me mira circunspecto y mi abuela, burlona. Si supiesen ambos lo que se me estaba pasando por la cabeza me echarían de aquí. Bien pensado, tal vez sería buena idea contarle, ¿no? Esa sí que sería una terapia de choque cojonuda.

—Seguid, seguid. —Muevo las manos y los aliento a que continúen con su invocación.

Mi abuela asiente, y Gabriel aparta la vista de mí. Es una auténtica mierda, porque la verdad es que me gusta cómo me mira.

«Como si fueses su cena».

Mirad qué simpática mi conciencia.

—Este tipo de cosas no se pueden tomar a la ligera —nos advierte mi abuela—. Si decidimos participar en esto, hay que hacerlo de forma seria y honesta, sincera, creyendo en la realidad espiritual sin tomarla a broma ni buscando jugar con estos asuntos. Con el tablero y el puntero,

cualquier entidad invisible y no perceptible podrá comunicarse con los aquí presentes moviendo dicho puntero sobre el tablero para formar palabras y luego, quizá y con suerte, frases. De este modo, hasta donde el ser que nos acompañe quiera, podrá transmitirnos a todos los presentes lo que desea o sencillamente hablar.

Hablar... Hablar... No sé por qué no explica que puede que nos caguemos encima. Sobre todo yo. Bajo la vista y hay una alfombra preciosa bajo mis pies, eso es genial, aunque no tanto la pata de la mesa o de las sillas, eso os garantizo que duele. De veras. Y no es ningún cuento chino. Doy fe de ello.

—¿Entendido? —Yo asiento, por la empatía a la que hice referencia antes, porque ya te digo que no pienso ocupar esa silla ni muerta.

Vaya jueguito de palabras esto de la muerte, ¿no crees?

—Entendido —arguye Gabriel.

Aparto la vista y la fijo en la tabla y en las letras que la forman. No sé a vosotras, pero a mí me da mala espina. ¿Y si resulta que no contacta con los padres porque hay un ser mucho más macabro, del tipo de Mica, aguardando a que alguien ingenuo abra esas puertas para escaparse al mundo de los vivos?

Impulsado, además, por un ente extracorpóreo como lo es «Gabriel, don Morí Hace Tantos Años Que No Estabas ni en el Huevo de Tu Padre». Vamos, que los muertos entre ellos se apoyan fijo, no como los humanos, que esperamos a la mínima para lanzar pullas a los demás porque lo de meternos en nuestros asuntos como que nos aburre. Ahh —y no ese tipo de «ahh», como el que suelta Débora—, y, cuanto más daño hagamos por el camino, mejor.

Eso es.

Me enfurruño sin necesidad alguna. Si yo tuviese un aura como la que tiene Gabriel, es probable que ahora fuese negra y oscura como la muerte misma.

A veces creo que las personas somos egoístas por naturaleza. E idiotas, eso también.

Mi abuela cierra los ojos, y yo, sin motivo alguno, también. Doy un paso hacia adelante impulsada por la curiosidad —luego me quejo de que acabo muerta y esas cosas— hasta colocarme al lado de Gabriel.

Si todos los muertos huelen como él, válgame Dios.

—¿Hay alguien ahí?

No puedo evitarlo. Os lo prometo. Juro que es superior a mí. Como cuando te comes un cruasán de Nutella y sabes que no ha sido suficiente y vas a por el segundo, y luego ese tampoco es suficiente y vas a por el tercero, y termina siendo un no parar de azúcares y grasas nada saludables, pero, oye, qué bien se vive en el mar del chocolate con avellanas.

Pues comerte el quinto cruasán supone el mismo esfuerzo que reírme a mandíbula batiente por las palabras de mi abuela. Esfuerzo cero.

Que alguien le explique que se olvidó de decir toc-toc o, mejor aún, de enviar la invitación a la fiesta privada a «Villa si Llego a Saber Esto No Vengo». Leído al estilo Rita, sin comas ni espacio para coger una pizca de aire.

—Por favor, Zoe —me regaña mi abuela.

Y merecido, que conste.

—Yo mejor me marcho —propongo.

Porque dudo que pueda verle los colmillos a Gabriel y porque, pensándolo con cabeza, si sale alguien de esa tabla se comerá primero a los que estén más cerca. Y no, quiero muchos hijos. Muchísimos.

—No... —me pide Gabriel. Su tono es dulce, delicado y sumamente sensual. Y mi cuerpo me

pide, me exige, que lleve a cabo su orden.

Es un asco esto de estar bajo el hechizo de un vampiro, porque al final consiguen lo que quieren sin sudar siquiera.

—¿Tienes miedo? —le pregunto acercándome.

Suena justo como pensáis, a provocación.

Que, vamos, yo si estuviese en este lado de la vida lo consolaba a base de besitos, ya me entiendes. Que soy una miedica, pero no estúpida.

—Un poco solo —susurra guiñándome un ojo.

Parpadeo perpleja. ¿Me ha guiñado un ojo?, ¿a mí?, ¿a su cena? Pues sí que se lo está tomando en serio. Solo por eso me lo cargaré despacio.

No, ni de coña, despacio no, que se gira y te empala él a ti en menos que canta un gallo.

«Lo siento, Gabriel, eres carne de cementerio, eso sí, mira la parte buena, lo tienes a tus pies».

Sonrío de nuevo. Soy un mar de ocurrencias, una tras otra. Mi agilidad mental está desaprovechada.

—Va... Me quedo solo porque me lo pides con esa cara de niño asustado y empatizo con ella por razones obvias.

La comisura de su labio se alza y, cuando creo que por fin voy a ver sus colmillitos, mi abuela vuelve a interrumpirme.

—¿Hay alguien ahí? —inquire.

—Seguro que el hombre del saco —suelta mi hermana unos pasos por detrás de mí.

—A ver si resulta que viene a buscarte para llevarte al lugar del que nunca debiste haber salido —le responde Débora.

Recordadme que nunca jamás tache a mi amiga de la lista, es más, recordadme que robe el dinero que hayamos recaudado en el tarro de las palabrotas y me la lleve de vacaciones a..., no sé, ¿Punta Cana?

Un destino al que no me gustaría para nada ir, no, no, claro que no. Obvio que sí.

—Ja, ja, mira qué chistosa me salió la arpía.

Uy, lo que le ha dicho.

Débora le tira de la oreja sin contemplaciones, y mi hermana protesta.

Mi abuela alza la vista y, si las miradas matasen, ellas también acabarían en el cementerio, con una manta hecha de tierra fría. Total, a los muertos eso ni les va ni les viene, ¿no?

Pues eso.

No me da tiempo a reírme de nuevo a causa de mi ingenio cuando el puntero de madera que hay sobre la tabla, y que es sujetado a su vez por las manos de mi abuela y de Gabriel, se mueve y rueda hacia un lado.

Yo..., yo estoy a punto del desmayo. O del colapso mental. Porque flipa, colega, con esto.

—Hola —susurra mi abuela.

Fifi ahoga una exclamación y miro hacia atrás para encontrar a Raimundo a su lado, reconfortándola. Vaya, a ver si resulta que este viaje es el último cartucho para muchos de los aquí presentes, el «ahora o nunca» de los vecinos del pueblo.

Rita, al ver cómo Raimundo pilla cacho como quien no quiere la cosa, ahoga una exclamación que no viene a cuento. Busco a Tony entre los presentes y lo encuentro apoyado en la pared del fondo, con el mismo pantalón caqui del otro día y los cascos puestos. Ese tío duerme con ellos fijo.

Rita baja la cabeza hasta que Jero se coloca a su lado y le pasa el brazo por encima. Aguardo a que llegue el sopapo por confianzado y, cuando veo que mi amiga solo le sonrío agradecida, alzo

los hombros y me centro de nuevo en lo que pasa sobre la mesa.

Sus dedos vuelan por el tablero a una velocidad vertiginosa. Estoy al otro lado —no al otro lado literal, es decir, estoy de cuerpo presente—, sino que veo las letras al revés por lo que no soy capaz de leer lo que quiera que las almas errantes estén explicándole a mi abuela. Su último deseo o algo de eso.

A ver si le está pidiendo un Big Mac o un plato de jamón ibérico, entonces será un fantasma más listo que los aquí presentes.

—Cordelia —menciona mi abuela—. ¿Qué deseas?

Gabriel aparta los ojos del puntero y frunce el ceño mientras observa a mi abuela. Ella tampoco va a ser tu cena, chato.

—¿Alguien de los presentes conoce a Cordelia? —insiste mi abuela.

Yo sigo con la mirada clavada en Gabriel, porque hasta con el ceño fruncido me pone cantidad.

¿Qué le vamos a hacer?, es la desesperación la que habla por mí. Él ni siquiera me mira, así que aprovecho la coyuntura para olvidarme de Cordelia y centrarme en el vampiro.

Mirad qué bonito, de muerto en muerto y tiro porque me toca.

Otro barrido por la sala y todo lo que encuentro son cabezas negando. No sé si sentirme tranquila o acojonarme de veras porque alguien a quien no conozcamos se haya presentado aquí.

Y, cuando haya varias opciones, siempre quédate con la que más miedo te dé. De nada.

CAPÍTULO 22

Esto es de lo más extraño

Gabriel

Zoe parece una estatua a mi lado. Y no una cualquiera, ha perdido color en el rostro y está balbuceando algo sobre salir pitando de aquí sin mirar atrás porque se la han liado muy gorda.

Sonrío con suficiencia, porque no puedo negar que tiene razón. Su familia le ha hecho una encerrona y de las buenas, yo no se lo perdonaría.

—Tranquila —murmuro tomándole la mano.

Ella baja la vista como si mi contacto la hubiese traído de vuelta al presente.

«Vaya, muy bien, Gabriel, lo tuyo es tener las manos lejos de ella, claro que sí».

Te mereces todas esas bromas que Frank hace a tu costa y las que hará David cuando se lo cuenten. Porque otra cosa no, pero sé que mi hermano no perderá la oportunidad de llamarlo y ponerlo al día de lo acontecido. Si no lo ha hecho ya. Y de exagerarlo también. Y, claro, yo me empeño en darle motivos para estar en boca de los dos cotillas del tres al cuarto que son.

—Ah, claro, muy bien, tranquilo, con esas palabras ya me siento mejor. —Frunce el ceño y tuerce el gesto. Sí, es fácil sacarla de sus casillas—. Eso es todo lo que necesitaba para sentirme plena, Gabriel.

Asiento, porque, aunque he percibido la ironía en su tono, sé de antemano que eso la enfurecerá aún más y no me preguntéis el motivo, sin embargo, poner a Zoe nerviosa se está convirtiendo en uno de mis pasatiempos favoritos.

—De nada, Zoe —musito.

No responde, pero tampoco se aleja de mí y de mi contacto.

—¡Cordelia! Más despacio —pide Esperanza.

No es que no crea en que el puntero se está moviendo solo. Una de mis manos, de hecho, está sobre él y sé que se mueve. Sin embargo, soy un hombre de hechos y nadie puede negarme que sea la abuela de Zoe la que lo empuja o que haya algún tipo de imán en la parte baja del tablero o algún sistema extraño. En fin, que afirmé que me comprometería con la causa sabiendo que era una gran mentira lo que soltaba por la boca.

Como esa de permanecer alejado de la chica que tengo a mi lado.

Tal que así.

—Bueno, yo prefiero irme —apunta Zoe.

Le aprieto con más fuerza la mano para que permanezca aquí y no se marche.

Ella cruza una mirada conmigo y me llama miedica.

Me río y abre los ojos. ¿Por qué?

—Hazlo de nuevo —me pide.

Niego.

—No regalo sonrisas así como así —la provoco.

—Bueno, pues regálame una más, por favor —me pide—, esta iluminación es una mierda y no soy capaz de...

—¡Cordelia! —grita la abuela—. No hay ningún pollo sin cabeza en este lugar. Solo un pavo, Ladillas, y no va a ir contigo a ninguna parte.

Creo que es un buen momento para levantarme y dejar que estas dos mujeres y Ladillas, si quiere, charlen sobre lo que la trae hasta aquí, ciertamente, son temas privados que no me

incumben.

—Ni se te ocurra —me advierte cuando intuye mis intenciones—. No se puede romper una conexión de esa manera.

—Siempre puedo despedirme. —Zoe se carcajea, y yo me quedo embobado mirándola mientras lo hace.

Mi hermano se coloca a mi lado y se agacha.

—Sí, es oficial. Das pena —me susurra.

—Ja, ja. Te mataré —le suelto.

Se carcajea mientras retrocede un par de pasos y se coloca de nuevo al lado de Débora, la amiga de Zoe.

La abuela de Zoe comienza a hablar con el famoso fantasma, que no sabemos lo que quiere.

—Ladillas tiene cara de querer marcharse —apunta Zoe mirando hacia atrás—. O no, espera, no, esa es su nuca. Siempre me confundo, un pavo con el cuello torcido es como un examen de acceso a la universidad, jodido de interpretar —ironiza.

—Siendo honesto, yo también tengo bastantes ganas de marcharme —sentencio.

—¿Por qué? —pregunta ella condescendiente—. ¿Tienes algún plan mejor que entablar una nueva amistad con los del otro lado? ¿No te sientes como en casa?

—¿Como en casa? —pregunto sin entender bien a qué viene esa alusión.

Ella traga con fuerza y cierra los ojos unos segundos, cuando los abre, hay resolución en su tono.

—Ya sabes, este castillo y su historial delictivo. —Alzo una ceja—. Construido sobre un nicho de tumbas con almas errantes vagando por él. Tienes que estar acostumbrado. Apuesto a que nunca te sientes solo —ironiza sonriendo con malicia una vez más.

Vale, sé lo que está haciendo, pretende devolvérmela. Yo inventé este juego y soy el ganador invicto de él. No tengo intención alguna de permitir que me roben el puesto.

—Después de tanto tiempo, sí, me siento como en casa.

Chasquea la lengua.

—Lo suponía.

Me suelta la mano y da unos pasos atrás, alejándose de mí. Cosa que, por el motivo que sea y en el que no pienso ahondar, me molesta bastante.

—Raimundo, por favor, podrías acercarte.

Mientras el mencionado hace lo que le piden, yo sigo con la mirada los pasos de Zoe, que se aleja hasta acercarse a sus amigas. Intercambia unas palabras con ellas, y todas asienten mirándome unos segundos de más.

Hasta yo, que no me entero de estas cosas, sé que están hablando de mí.

—Deja que Raimundo coloque su mano donde está la tuya y poco a poco rompe el contacto con el puntero.

No he escuchado nunca nada mejor.

Hago lo que me pide, obviando aposta el «poco a poco» y limitándome a apartar la mano como si de pronto me quemase entre los dedos.

Ni siquiera me molesto en despedirme, solo sigo los pasos de Zoe y me aventuro de lleno en dirección a la escalera. La escucho susurrar algo sobre los vampiros chupasangres sexis y apuestos de los que tiene que huir y por los que se siente atraída y sí, eso solo confirma mis sospechas de que está como una puñetera regadera, pero nunca jamás nadie me ha resultado tan sexi y tan extraña —para bien— como ella.

Sabiendo que lo que debería hacer es seguir presente en la actividad nocturna, y

arrepintiéndome por no ser capaz de controlarme, subo los escalones de dos en dos.

Lo que quiera que Zoe estuviese diciendo deja de salir de su boca y se hace el silencio. Yo acelero el paso y entonces escucho cómo comienza a trotar.

Veamos, ¿qué es lo que me gusta más que trabajar? Trabajar en un reto, por supuesto.

—¡No quiero morir! Quiero muchos hijos —grita mientras corre escaleras arriba—. Tenía que haber cogido el maldito ascensor, aunque me llevase directa a la residencia de Mica, joder, es que no se puede. Soy demasiado apetecible y ahora..., ahora soy apetecible y encima estoy sudada y asfixiada.

Sonrío con más amplitud.

Ya ha llegado a la planta cinco, nuestra planta, porque escucho cómo los pasos se aceleran por encima de la moqueta nueva. También cómo se para frente a su puerta.

Cuando llego yo también, freno mis pasos y comienzo a caminar con parsimonia.

Joder, o me relajo, o me la como. Lo prometo, estoy deseando besarla. Es superior a mí y lo que menos quiero es asustarla.

Zoe clava sus preciosos ojos oscuros en mí y le da vueltas a las llaves mientras busca la posición en la que entre y abra.

—¿Tienes miedo? —le pregunto.

Me late el pulso acelerado y no precisamente por el ascenso a contrarreloj.

—¿De ti? ¡Ja! —inquire.

La llave encaja. Guardo las manos en mis bolsillos.

—Deberías. —Porque en este instante soy como uno de esos hombres que han perdido la cabeza y solo quieren... Matarían por un beso.

Un trueno refulge en el pasillo justo cuando se va la luz.

Zoe ahoga un grito, y aprovecho la oportunidad para acércame con más celeridad. Necesito... Solo un beso, un maldito beso.

Un beso que me condenará de por vida.

En esta ocasión, el estruendo de un relámpago sacude el pasillo y sé que debería volver a la planta principal y poner orden, que Frank está preparado para ello y que siempre he sido yo el que se ha hecho cargo de este tipo de cosas y también soy consciente de que nunca jamás he actuado de esta manera ni he perdido la compostura.

Ja. Más.

Hasta ahora. Hasta ella.

Y, sin embargo, aquí me tenéis, acercándome a Zoe como si todo me importase un pimiento, todo, menos su boca.

La luz del trueno que sigue al relámpago ilumina el pasillo una vez más y entonces Zoe abre y se cuelga dentro de la habitación. Termino de recorrer los pasos que me separan de ella y toco con suavidad.

—No eres persona grata en esta habitación. Te retiro la invitación —suelta—. Rezo para que eso sea suficiente, joder —masculla después y tengo la sospecha de que esa última parte iba dirigida a ella.

Los retos. Los retos son mi kryptonita.

—Zoe...

—Nada de vocecillas dulces y acarameladas. Maldito chico guapo, es que así no se puede. — Otra frase que tampoco va dirigida a mí.

Sonrío. Parece que no soy el único que se siente atraído por el otro.

—Solo quiero hablar.

—¡Ja! He visto muchas películas y eso es lo que dicen todos los asesinos en serie antes de matar a sus víctimas —sentencia ella.

Tiene razón.

—Zoe... —Un beso. Un beso que me quiebre el alma y me la recomponga. Doy un paso atrás. Me miro las manos. ¿Qué coño estoy haciendo?—. Buenas noches —finalizo preocupado por mi reacción, por haber actuado de esa forma tan irracional. Cuando yo siempre he sido el tío más cabal que haya.

Zoe no responde, y yo, en vez de bajar a la primera planta a ver qué tal va todo, me meto en mi habitación y me arrepiento durante horas de lo que he hecho y de cómo he actuado.

Mañana. Le pediré perdón mañana.

CAPÍTULO 23

Casi me come viva

Zoe

He convocado una reunión urgente en mi habitación. Y el tema en cuestión ya sabemos cuál es.

La caza del vampiro.

Y no me refiero solo a mi intención de acabar con él, sino a lo patente que quedó anoche que la suya es más o menos la misma conmigo.

Escucho ruido por el pasillo y me pongo en alerta hasta que distingo la risa de Rita y los grititos de Débora metiéndose con ella. Ni siquiera me molesto en coger el candelabro, me limito a abrir la puerta, alargar el brazo y tirar de la mano de las dos primeras que pillo por delante, que resultan ser la de la risa y el grito.

—Pues sí que nos has echado de menos, ¿no? —bromea Débora.

—¿Ves mi cara? —La señalo. Ella asiente—. Pues por poco no vuelves a verla porque anoche intentó comerme y no en plan: «Oh, mmm, sí, sigue así, más abajo, ahí, justo ahí». Fue más en plan: «Joder, joder, joder, ¿por qué tendría que tirar de tantas grasas en la cena lo que hace que sea más lenta y menos ágil subiendo escaleras?».

Rita abre la boca, pero parece no encontrar qué decir. Y ya os digo que mi amiga es como una jodida ametralladora de palabras, haceos a la idea.

—¿Y tú qué haces aquí? —le pregunto a Lucy, que por lo visto ha decidido formar parte de esto.

—La otra opción era quedarme con tu abuela y con Mica. Siguen analizando lo que pasó anoche.

Yo sí que sigo analizando lo que pasó anoche.

—¿Y qué pasó anoche? —Total, dentro del desastre en el que se ha convertido mi vida y la mierda de vacaciones que estoy no-disfrutando, pues puedo permitirme unos segundos para que me pongan al día de los asuntos que acontecen por estos lares siniestros.

—Yo solo sé que esa tal Cordelia es un antepasado de Ladillas y que a tu abuela se le fue de las manos, y ahora está vagando por el hotel.

Abro la boca para, no sé, ¿gritar?

Una cosa es hacer hipótesis sobre ese tipo de cosas paranormales y otra muy distinta es tener constancia de que hay algo vagando por aquí y que perfectamente podría verme desnuda cuando me vaya a meter en la ducha.

Seré la envidia de las almas perdidas. Esto es un no parar. Al final voy a tener una fila inmensa de personas no vivas que querrán acabar conmigo y reclutarme en su ejército de muertos vivientes.

—Parece ser que Ladillas se ha reencarnado en un pavo.

No me jodas, como si no tuviese pocos frentes abiertos, ahora tenemos que hablar de la reencarnación.

Mi mente no tiene cabida para más cosas chungas, os lo advierto ya.

—¿Y tú por qué tienes tan mala cara? —me pregunta Lucy.

—Oh, vaya, esa sí que es una pregunta interesante. —Comienzo a dar vueltas por la habitación buscando la mejor forma de explicarlo. No encuentro nada que no me haga entrar en hipocondría—. Gabriel intentó matarme anoche. —Lo que hay, mejor es soltarlo sin más.

—¿Que qué? —inquiére Lucy estupefacta.

«A ver si me crees después de esto, maja».

—Intentó matarme.

—Eso lo hemos escuchado todas. —Y las señala—. Solo que... necesitamos saber dónde está la cámara secreta.

En el libro de *Harry Potter*, chatina.

—Hablo en serio. —Y tan en serio—. Cuando me marché vino detrás de mí y me persiguió por las escaleras, corriendo —agrego para que entiendan lo preocupante de la situación—. Lanzó algún embrujo extraño porque se fue la luz.

—Había truenos y relámpagos —sentencia Débora—. Abajo también se fue la luz y entonces fue cuando Cordelia se dio el piro.

—Fue cosa de Gabriel —insisto. ¿Por qué soy la única que lo ve tan claro?

—Fue cosa de la climatología, porque hoy no llueve, sin embargo, estamos en un valle perdido en medio de la nada —insiste Lucy, que parece ser que alguien la ha nombrado la voz de la conciencia.

—Un valle al que me habéis traído para morir. —Rita chasquea la lengua y se acerca para abrazarme—. ¿Ya te estás despidiendo de mí?

—Solo por si acaso —sentencia ella.

—¿Y tú por qué estás tan callada? —le pregunto.

—Por nada. —Uy, aquí huele mal.

—El caso es que me persiguió y me asusté mucho.

—Al menos no te desmayaste —insiste mi prima.

—Tú mejor deberías haberte quedado con mi abuela y mi hermana. Porque cada vez que abres la boca sube el pan.

—Lo que sube son tus niveles de majadería. —Y, oye, que se queda más ancha que pancha.

—Hablo en serio —me defiendo—. Me preguntó si tenía miedo.

—Debo admitir que esa sí que es una pregunta tonta porque tú siempre tienes miedo —ironiza Débora.

—¿Tú de qué lado estás?

—Del tuyo —agrega—, siempre del tuyo, pero nos has citado para algo hipermegaimportante cuando Frank me ha invitado a dar un paseo por los jardines, y a mí ese paseo me interesa sobremanera porque pienso recorrerlo todo.

—¿Los jardines? —inquiére Rita, que ya está planeando la boda.

Qué lindo, organizamos una boda y un funeral y chimpún.

—Su cuerpo —responde mi amiga.

—Por algo la llamamos devorahombres —sentencia Lucy, a la que razón no le falta.

Sacudo la cabeza y me centro en lo que nos atañe. O en lo que me importa a mí, vaya, que es vivir para contarlo.

—¿Podríais, por favor, hacerme caso? Soy yo la que va a morir. A la que se quiere comer y ¿quién sabe? —razono a ver si de esta manera me escuchan—. Una vez me zampe, irá a por su siguiente víctima. Y tú, Débora, no deberías salir con ese hombre a solas porque ya sabes que es su hermano, con lo cual...

—Rezo para que me muerda. —Válgame Dios.

Me llevo una mano al pecho, asustada.

—¿No lo dirás en serio?

—Depende. —Depende de la cantidad de orgasmos que eso le proporcione, lo veo en sus ojos.

Es así y la queremos igual—. Tengo que irme. Hay algunas que necesitamos salir a tomar el aire fresco o a que nos calienten.

Esto no entraba en mis planes, pero ni tan mal, oye.

—Vale. Aprovecha esa cita para sonsacarle información. Necesito encontrarlo y matarlo antes de que lo haga él primero. Tenemos que ser listas. —Lucy bufa ante esto y no entiendo por qué—. Así que... tú puedes indagar sin que se note y averiguar cuál es su habitación. Entonces yo me colaré de día. —Porque de todos es sabido que los vampiros de día duermen—. Y lo mataré.

Y voilà. Yo a eso lo llamo un plan infalible.

—Vale. Y, si los vampiros duermen de día, ¿por qué Débora va a tener una cita con Frank, hermano del chupasangre?

Chasqueo la lengua. Yo soy ingenua, no obstante, Lucy...

—¿Acaso no has visto *Crepúsculo*? Pueden salir de día, tal vez sean de esos que se chamuscan al sol. —Señalo la ventana—. Cosa que aquí no hay en absoluto porque lo único que hace es llover a todas horas y hacer un frío que pela. —No tengo más argumentos, señorita—. No soy una experta en vampiros, Lucy, ¿lo entiendes?

Ella asiente y agradezco que no añada nada más porque flipa con mi prima lo quisquillosa que es. Normal que Gabriel no se haya fijado en ella, por su cuerpo no corre sangre, sino vinagre.

—Haré lo que pueda —me indica Débora antes de marcharse por donde vino.

—Yo también tengo que irme —suelta Lucy—, tengo que ir a ver lo que sea que tenga que ir a ver.

Sí, una excusa cojonuda.

Total, que nos quedamos a solas Rita y yo. En absoluto silencio.

—Tú me crees, ¿verdad? —inquiero.

—Por supuesto —sentencia ella llena de convicción—. Yo siempre te he creído.

Tan linda mi amiga.

—Bien —asiento—. Ahora vamos a desayunar y luego, en busca de ajos y de una estaca. De hoy no pasa.

CAPÍTULO 24

La estaca flaca que ataca

Zoe

—La verdad es que estás hecha unos zorros. —Rita, mi amiga, además de habladora es bastante sincera.

—Tú tampoco estás en tu mejor momento, ¿no crees? —Se la devuelvo, claro está.

Ahora que sé lo que es estar cerca de la muerte, lo mejor que puedo hacer es vivir con intensidad cada instante porque sí, no sabes cuándo puede ser el último.

Mi amiga baja la vista y entonces se me ocurre actuar de la misma manera en la que ella lo hace, un poco porque hay que aprovechar cada ocasión y otro poco porque necesita de mi cálido abrazo.

Y eso es justo lo que hago, en la puerta del comedor, la estrecho contra mi cuerpo y hasta la acaricio con ternura. A lo que hemos llegado.

—¿Tengo que clavarle una estaca también a él? Sé que está vivo y también sé que, si no te hace feliz, se merece la muerte. Siempre podemos culpar al murciélago. —Le guiño un ojo, y Rita por fin sonríe.

—Anoche hice el ridículo de mi vida —me explica y ya era hora de que lo hiciese. Me «mataba» la curiosidad—. Me puse mi mejor picardías y... —Contengo la respiración, me alegra saber que una de las dos se lo pasó teta anoche—. Toqué en su puerta con una excusa sobre que se había ido la luz, no tenía linterna. —Rita sí que ha traído linterna—. Y necesitaba que me echase un cable con el grifo de la ducha.

Vale. Parece un plan sólido.

—¿Y bien? —formulo cuando me percató de que no piensa añadir nada más y estoy deseando que lo haga.

—Vino a mi habitación, me ayudó, me contoneé como una *sex symbol* y ni siquiera me miró las tetas, Zoe. Ni una vez, y te puedo asegurar que mis pezones estaban más tiempo fuera que dentro de la tela, porque esa prenda tapar lo que se dice tapar...

—Me hago a la idea —la corto. Ha sido suficiente.

Rita baja la vista de nuevo.

—Intenté besarlo, di un paso al frente y no sé si fue casualidad o que se percató de lo que iba a hacer que dio un paso atrás y casi me estampo contra el suelo. —Vaya, ese es mi *modus operandi*—. No me gusta ser tú. —Sonríe, solo que con poca gana—. Nunca me había sentido tan confundida y rechazada —finaliza abatida.

Me da pena, de veras, porque soy empática y porque es una de mis mejores amigas, porque pasamos mucho tiempo juntas y porque..., porque es Rita y ya.

—No te des por vencida tan rápido, tal vez estaba nervioso, ya sabes, los hombres se sienten amenazados ante una mujer que tiene las cosas claras. —Y Tony parece de los que se sienten amenazados hasta por una mosca verde, solo que eso casi que no lo verbalizo—. Puedes aprovechar otra noche.

Mi amiga abre los ojos y asiente. Le ha gustado mi propuesta. Hasta a mí me ha gustado mi propuesta.

«Zoe presidenta».

«Zoe presidenta».

No dejo de tener buenas ideas, estoy desaprovechada.

—Tienes razón. No soy de las que se rinden a la primera de cambio.

—Di que sí.

—Esta mañana, antes de subir a tu habitación, Débora me contó que vamos a hacer una actividad al aire libre aprovechando el buen tiempo. —El buen tiempo, ya, claro que sí, *guapi*—. Algo de un laberinto. En vez de buscar la salida, lo que haré será buscarlo a él.

—Y arrinconarlo —termino por ella.

Asiente satisfecha.

—Eres la mejor amiga que se puede tener. Espero que ese vampiro no te mate porque te echaría mucho de menos.

Vaya...

—Al menos podrías prometerme que vengarás mi muerte. —Tuerzo el gesto.

Rita es inmune.

—Ni de coña. Yo quiero vivir, tengo que seducir a Tony y casarme con él. Tener Tonicitos y Ritacitas. Ese es mi futuro y lo tengo planeado a conciencia.

—Y vestiros de color caqui —bromeo mientras me lleno el plato de comida grasienta.

—Quizá sea eso —suelta como si hubiese llegado a esa conclusión ella solita—. El picardías era negro. —Como el alma de Gabriel—. Eso también tiene solución. —Ahí donde la veis está haciendo una lista de las cosas de colores tierra que ha traído para ponérselas todas de sopetón.

No, Rita, esos tonos te favorecen tan poco como a mí el negro y los grises.

Terminamos de desayunar sin noticias de Débora ni sus investigaciones y tampoco me he cruzado con Gabriel en todo el día. Si no supiese que es un vampiro, apostaría a que se está escondiendo de mí por la vergüenza tan grande que siente por lo que hizo anoche.

Perseguirme... Querer comerme. ¿Se puede ser más muerto de hambre?

Os respondo yo: no.

—Bueno, voy a buscar las cocinas, necesito ajo en grandes cantidades —le explico—. Eso lo mantendrá alejado de mí y, de paso, intentaré encontrar la nevera donde esconden las bolsas de sangre porque dudo que tengan siempre gente que se ofrezca voluntariamente a que la muerdan para alimentarse. ¿Te vienes?

Una pregunta que, en realidad, es más bien una obligación.

—Claro. —Menos mal que ella a todo va.

—Nada de ascensores —añado mientras nos dirigimos hacia las escaleras, aunque cierto es que eso anoche me habría hecho ganar un par de minutos de ventaja.

Descendemos y nos guiamos por los sonidos que se distinguen por los pasillos. Las cocinas no deben de estar muy lejos, porque el bufet está en la planta alta y en el tiempo que llevamos aquí he visto a varias personas subir con bandejas, lo que me da una pista clara de hacia dónde dirigirme. Y, por si eso no fuese suficiente, los cacharros que resuenan al final son todo lo que necesitamos para reafirmar nuestra teoría de que vamos por el buen camino.

—Es en esa dirección —señalo.

Hacia el otro lado también hay habitaciones. Tal vez ahí estén los ataúdes de estos chicos. A la vuelta nos pasamos.

—Bien, ¿cómo los pedimos?

Niego.

—Nada de pedir. Vamos a robar —le explico.

Mi amiga convencida lo que se dice convencida no parece.

—No es más fácil...

Freno sus pasos. «A ver, Rita...».

—¿Crees que me van a surtir de ajos si algunos de estos empleados saben su pequeño secreto?
—Me toco los colmillos con el dedo índice para que sepa a qué clase de «secretos» me refiero—. No.

—Ellos no tienen por qué saber nada.

—O sí... —Medito—. Piénsalo. No se comen al personal... —Dudo—. Porque no mezclan los negocios con el placer —¿No fue más o menos eso lo que me explicó Gabriel? Si es que todo encaja. ¡Todo encaja!—. Lo que quiere decir que habrá gente que lo sepa y los ayude con su plan. Tal vez los vampiros tengan esclavos. No sé, algún ritual de mordidas y ponzoña. A saber —elucubro convencida con cada argumento que sale de mi boca—. Tenemos que robar el ajo.

—Ni siquiera sabemos si el ajo funciona. —Eso es cierto.

—Por sí o por no, hay que hacerlo, hasta que consiga una estaca y, pufff, me lo cargue.

Rita asiente. Si alguna de mis acompañantes fuesen Lucy o Débora, estarían dándose la vuelta y dejándome sola. He elegido bien a mi compañera de asesinatos.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Tú los distraes, y yo robo el ajo. —Es lo primero que se me ha pasado por la cabeza porque, veamos, no puedo tener bajo control todos los planes, no soy John Wayne Gacy, que tenía preparado hasta el cemento con el que cubrir a sus víctimas.

—¿Qué? ¿Por qué yo? Mejor tú los distraes, y yo los robo. Tú eres la que siempre se desmaya. No va a resultar extraño que beses el suelo una vez más —deduce. Y, joder, es un argumento cojonudo, desde luego.

—Hecho. —Hago una pausa. Aunque cierto es que, si soy yo la que hace de muerta, no podré husmear en la nevera. ¿Qué le vamos a hacer?, otro día será—. Coge todo el ajo que puedas, ¿vale? Sin contemplaciones.

Total que como dos asesinas mediocres, porque eso es justo lo que somos, nos dirigimos hacia la cocina. Varias personas salen cuando vamos a entrar.

—Ay, perdón, nos hemos equivocado. Estoy desorientada. —Finjo que da gusto—. Me encuentro un poco mareada, iba a mi habitación y no sé por qué hemos terminado aquí.

Me tambaleo, aunque debo aventurarme que parece ridículo. No sé si cuando me desmayo de veras lo hago tan mal como ahora; pero, vamos, no hay quien se crea esto.

A tomar por el culo.

Miro el suelo antes de tirarme a él. Porque, ya sabéis, las patas de las sillas y de las mesas son cosa mala.

Escucho un pequeño grito ahogado. No de Rita, claro, porque ella ya estaba avisada.

Y entonces me tocan, me dan palmadas en las mejillas —cosa que no me gusta nada porque duele cuando estás consciente— y me sacuden como si fuese un saco de harina y no un cuerpo hecho para el pecado. Y, si no, que se lo digan al vampiro.

No hemos pactado nada, sin embargo, hasta que no siento las manos de Rita y su voz pidiendo que dejen que me dé el aire, no abro los ojos.

Cuando lo hago, ella me sonríe, y eso es todo lo que necesito para ponerme en pie de un salto.

—Señorita...

—¿Está bien?

—¿Le hago una infusión?

Me giro hacia las voces y me encuentro varias caras de preocupación. Me siento un poco mal por haberlos preocupado, no obstante..., es cuestión de vida o muerte, ya lo sabéis.

—Genial. Es habitual en mí. Por cierto, el suelo está muy limpio.

Sonríen. Es un halago. Y una verdad como un templo.

—Lo pondremos en la reseña de Google —apunta Rita, que finge que no veas también.

Mi amiga me arrastra hasta la salida, y yo me dejo llevar como si de verdad todavía estuviese medio cucú.

Cuando hemos avanzado unos pasos, me giro y veo que no hay nadie en la puerta.

—¿Y bien? —pregunto.

—Tengo mucho ajo. —Se señala las tetas—. Ventaja de no tener las lolas de Débora. — Sonríe con suficiencia.

—Eres una artista, ¿te lo he dicho alguna vez?

—Pocas. —La estrecho contra mi cuerpo, y caminamos.

—Creo que nos hemos confundido, tenemos que ir por... —Escuchamos unas voces y nos pegamos a la pared.

Esto me trae malos recuerdos. Solo rezo para que en esta ocasión Ladillas no acuda con Cordelia, ahora que se han reencontrado en este plano astral.

—Son...

—Shhh. —La chisto.

Hay una puerta entreabierta cerca. Le hago una seña a Rita para que camine en dirección a la cocina, pero sin despegarse de la pared que nos protege de ser vistas y tratadas como espías.

—Esta noche la pillaré en el laberinto. —Oímos.

Me llevo la mano a la boca, y Rita me observa sin dejar de moverse. Es Gabriel, no me cabe la menor duda.

La puerta se cierra en ese instante y no me permite escuchar nada más.

—Lo siento, Zoe, eres mujer muerta —susurra mi amiga, que se apresura a salir de allí cagando leches.

Y acompaña esa frase con una mueca que no me resulta nada divertida en la que pasea el dedo índice por su cuello.

No, hoy no será el día. Desde luego que no. Y, por si te lo preguntas, sí que pienso ir a ese laberinto. Veremos quién caza a quién.

CAPÍTULO 25

Si te ríes, pierdes
Gabriel

He tenido que acudir a la última persona que esperaba. La desesperación. Es culpa de la desesperación, me repito por decimoquinta vez en el día.

—No puedes estar hablando en serio. —No es necesario que os aclare que Frank se lo está pasando en grande a mi costa, ¿verdad?

—No es que seas el más indicado para recriminarme nada, «don Reverencia del Siglo XVII».

Mi hermano suelta una sonora carcajada al recordar a qué momento es al que me refiero.

No tengo más argumentos, eso sí, si los encuentro, pienso usarlos todos en su contra.

—Esto tengo que contárselo a David —añade.

No, no me estoy riendo, y no, no me hace mucha gracia.

—Nada de llamar a David —le advierto, aunque bien sé que caerá en saco roto—, necesito saber qué es lo que me pasa, Frank, anoche la perseguí como un auténtico salido de mierda, y yo jamás de los jamases actué de esa forma.

—Cierto —me da la razón—. Siempre has sido el correcto de los tres, ya era hora de que te soltases la melena por una vez en la vida. Aunque no esperaba que fuese por culpa de una chica como ella.

—¿Como ella? —No me gusta ese tonito. No me gusta en absoluto.

—Ya sabes. —Se lleva la mano a un lado de la cabeza, se señala la sien con el dedo índice y lo mueve hacia adelante y hacia atrás. Vamos, que está loca como un cencerro—. Te hacía con una mujer de piedra, como tú. —Me señala. Gruño—. Aunque siempre he escuchado que los polos opuestos se atraen.

Vale, él se lo ha buscado.

—Por eso te he visto esta mañana paseando con su amiga.

Mi hermano rueda los ojos, nada avergonzado, claro.

—No nos pondrá una reseña negativa —sentencia.

—No es la reseña lo que me preocupa.

Eso sí que parece dejarlo perplejo, porque apoya los codos sobre las rodillas y recorta la distancia que nos separa. Yo sigo sentado sobre la mesa, de una forma para nada convencional y esas cosas.

—Entonces sí que es serio.

Me incorporo de un salto y doy vueltas alrededor de él.

—Por supuesto que es un tema importante —le aclaro—. ¿Acaso crees que estaría hablando contigo si no lo fuese? ¿No has escuchado nada de lo que te he explicado? Me he comportado como un imbécil, la he perseguido y encima la he asustado.

—Bah, eso no es nada difícil ni complicado viniendo de ella. Todo la asusta. —Se recuesta de nuevo en el pequeño sillón.

—Me gustaría escucharte decirle eso abiertamente.

Sonríe con suficiencia.

—¿Y qué haría?, ¿salir corriendo? —bromea—. ¿Lanzarse a tus brazos para que la protejas del monstruo? —A ver... Esa última parte me gusta—. ¡Te lo estás pensando! —me acusa alzando un dedo índice para señalarme.

—Por supuesto que no me lo estoy pensando. —Oh, claro que sí lo hago.

Frank, que me conoce bien, tan bien que sabe que miento, chasquea la lengua y se incorpora. Nos acercamos a la puerta y allí posa las manos sobre mi hombro, infundiéndome calma. Una calma que no siento para nada porque me he pasado veinte pueblos. Podría achacarle mi actitud a la sesión de espiritismo o alegar que Cordelia decidió visitar mi cuerpo y poseerlo durante unos segundos antes de darse el piro, sin embargo, acepto lo que he hecho y me avergüenzo de ello cada minuto.

—Esta noche tenemos la actividad en el laberinto. Participaremos todos, porque alguien que sí que se sepa el camino de salida tiene que estar dentro, y ese alguien puedes ser tú.

—Nunca participo en este tipo de actividades —declaro.

Más bien soy de los que huye de ese tipo de cosas y se refugia entre papeles y facturas.

—Pues ya va siendo hora de que lo hagas, no te viene mal un poco de marcha, ¿no crees, pequeño acosador?

Gruño una vez más, a pesar de que sé que tiene razón y que es una buena oportunidad. La otra idea era plantarme por fuera de su habitación y pedirle disculpas de rodillas. Aunque bien es cierto que podría robarle algún beso antes, total, puestos a justificarme, ya lo hago todo junto, ¿no?

—Esta noche la pillaré en el laberinto —revelo, mi hermano asiente como si fuese una idea increíble y no se le hubiese ocurrido a él.

Guardamos silencio unos segundos; yo, poniendo en orden mis ideas, y mi hermano..., él probablemente pensando en lo que hará una vez salga de aquí. Me juego lo que sea a que es llamar a mi otro hermano.

—Deberías intentar no perseguirla esta vez, podrían denunciarnos por acoso. —O quizá solo estaba pensando en una forma más adecuada para sacarme de mis casillas.

—Papá y mamá tenían que haberte dado en adopción mientras pudieron.

Mi hermano se carcajea porque ese es nuestro sentido del humor. Las bromas y la lealtad pueden ir unidas de la mano y lo sabemos porque llevamos muchos años actuando de esa forma.

—Hablando de ese tema... —Se separa y regresa sobre sus pasos hasta tomar asiento en el mismo sofá de antes—. Lo de anoche fue...

—No me lo recuerdes. —Porque empezó mal desde que ella pronunció mi nombre en voz alta. Y la cosa no mejoró ni siquiera cuando me metí en mi habitación y me meneé la polla hasta que me corrí con su nombre en mis labios.

Como un puto adolescente que no es capaz de controlarse, sí.

—¿Sabes? —Alzo la vista—. De verdad me hubiese gustado que papá y mamá... Ya sabes... —Lo deja en el aire—. Me hubiese gustado decirles que los queremos mucho y que los echamos de menos.

Trago. Fuerte. Sí, mi hermano sabe cómo meter la mano en mi pecho y estrujarme el corazón hasta que me quede sin aliento.

—A mí también —finalizo acercándome a él y colocándole las manos sobre los hombros, tal y como hacemos ambos.

Otro segundo de silencio o tal vez han sido minutos, a saber.

—En fin. —Cambiamos de tono y de ligereza—. Ahora tenemos a un antepasado de un pavo con el cuello torcido vagando por el castillo, una señora que cree que puede devolverlo a su hogar, una chica asustadiza que ha enloquecido a mi hermano y una señora que parece querer que todo en esta vida le salga gratis. Sí, hemos llegado a la cúspide del estrellato, no habrá nada mejor que esto. Las comparaciones son odiosas —ironiza—, pero cuando llegue otro grupo

siento admitir que tenderé a compararlo con este.

Y no le falta razón porque creo que yo lo haré también.

—La vida es bastante monótona como para no disfrutar de esos pequeños soplos de aire fresco.

Pienso en ella de nuevo. En Zoe. Pienso en ella más de lo que debería y lo sé.

Es como si me hubiese embrujado. O algo mucho peor.

—Mírate, te has vuelto un filósofo. Si llego a saber esto...

—Hubieses llamado a David.

Mi hermano se parte de risa y abre la puerta un poco más para salir del despacho.

—Pienso enviarle el audio que he grabado. «Oh, Zoe, quiero casarme contigo. Oh, Zoe, quiero tener cientos de hijos tuyos rondando por estos pasillos» —se burla sin piedad. Saca el teléfono y me lo enseña.

—¡Serás!

Llego tarde a lanzarle el tarro de los bolígrafos, que acaba de la misma forma que las otras veces. Lo que sí escucho es la risa de mi hermano desvanecerse poco a poco por el pasillo.

¿Por qué no me parece tan mala idea lo de los niños?

Sacudo la cabeza. Debe de haberme sentado mal el desayuno.

CAPÍTULO 26

El laberinto del minotauro

Zoe

—¿Ropa de camuflaje? Lista. ¿Bolsas de basura que esconden los ajos que llevo encima del tamaño de misiles nucleares? Preparados. ¿Terapia para que ese vampiro no me resulte sexi y embriagador? Hecho. ¿Amigas que han desaparecido? Eso también.

—Das bastante pena —susurra mi hermana, que se cuela por mi habitación sin llamar.

La observo con suficiencia y con cierto punto de recriminación, porque digamos que, si ella lo hace, Cordelia y cualquiera de sus amigos muertos también.

Mal asunto este.

—¿Sabes que podría haberte matado por entrar de esa manera? —le explico.

—¿Con qué? Con tu candelabro mágico arranca yugulares. —Ja, ja. Ni puñetera gracia.

Ella se lo toma a broma porque no sabe que me he convertido en un arma letal, un arma de destrucción masiva. Una aniquiladora nata.

—Por supuesto o también podría usar estas dos manos. —Las muevo frente a ella. Ahora no tienen el efecto deseado porque obviamente no me las he cubierto de ajo machacado.

—Huele a pan con ajo.

Sí, exacto, ese olor es el que sale del baño. El ajo, pan no hay por ningún sitio. El pan seré yo en un rato.

—Tenía hambre. —Y quiero matar el hambre de otra persona también.

Mica se pasea por la habitación como si fuese la suya y guarda silencio. Mi hermana solo guarda silencio cuando está tramando maldades, ¿vale? Lo que quiere decir que sí, tengo que preocuparme.

—¿Qué?

—¿No te parece extraño que seas tú la única que está en esta planta? ¿Por qué todos los demás nos hospedamos en las de abajo?

Veamos, en eso no había pensado y es un buen apunte por su parte, hay que reconocerlo. Tiene lógica. Aquí nadie me escuchará cuando me vacíen como a una regadera que tiene una fuga.

—Puede que sea porque yo soy mucho más especial que todos vosotros. —Y me jode que sea de esa forma en estas circunstancias porque está más que claro que Gabriel hizo *match* con mi sangre a nuestra llegada y mi primer desmayo y quedó prendado de ella, tanto es así que me ha aislado para convertirme en su cena. O en su almuerzo. ¿Cuántas veces al día come un vampiro? ¿Tres? ¿Dan pequeños sorbos saciantes? ¿Se ponen hasta el culo de sangre caliente? ¿En verano la beberán fría y con hielo?

Da igual, él esta noche va a ser mi cena. «La mía».

O la de los gusanos, que yo carne cruda ya sabéis que no ingiero.

Aunque no le hago ascos yo a ese cuerpo que tiene.

No, no, sí, claro que le hago ascos.

La desesperación es un rollo que flipas.

—Dudo que sea por eso, yo diría que tiene mucho más que ver con la forma en la que te mira.

—Claro, como a su tentempié matutino.

—Siempre he sido la más guapa de las dos —suelto.

Mi hermana no parece ofendida, a mí me sueltas ese comentario con esa mordacidad, y me meto bajo la cama, me hago un ovillo y lloro.

Ese es el nivel.

Murió de dramática, ya sabéis.

—Y la más ridícula también.

Uy, lo que ha dicho la *demonia*.

Alzo la mano y señalo la puerta.

—Fuera.

Fijaos lo fácil que ha sido para ella, yo dándole vueltas y vueltas a la forma en la que puedo meterme con ella y herir sus sentimientos —cosa que empiezo a dudar que tenga y tal—, y ella con una frasecilla de nada ya me ha hundido en la miseria.

Que mi hermana es un bicho, ¿ha quedado suficientemente claro?

—No hace falta que me echas, yo ya me iba, solo he venido a sacarte de tus casillas un rato, es mi nuevo deporte favorito. —Deporte que se le da de lujo—. Y a desearte suerte, espero que no te pierdas en ese laberinto esta noche, no quisiera tener que regresar sin ti y quedarme con tu habitación. —Sonríe altanera, presuntuosa y soberbia.

—Tú preocúpate por cubrir tus espaldas que ya yo me preocuparé por la mía —sentencio.

Y chasqueo los dedos para darle un poco más de énfasis.

Soy un arma de destrucción masiva. Soy letal. Soy una valquiria.

—Saldré antes que tú y me reiré en tu cara.

—El que ríe el último...

Mi hermana chasquea la lengua y, de nuevo, esa sonrisilla indolente regresa a su rostro. Se me eriza el vello de la nuca.

—Es porque no ha entendido el chiste —apunta.

Y satisfecha como ella sola abandona la habitación.

Iba a soltar esa frase de «en mi defensa diré...», pero, siendo del todo honesta, no tengo forma de defenderme porque he sido yo la que se lo ha puesto en bandeja. Un error por mi parte que pienso remediar. La próxima vez lo haré mejor, de los errores se aprende.

Bla. Bla. Bla.

Miro el reloj que hay sobre la chimenea antes de correr directa al baño. No tengo mucho tiempo, la actividad comienza en diez minutos y todavía tengo que untar mi cuerpo con ajo, al menos, los brazos y el cuello. La cara no, que me puede caer en un ojo y, si encima de miedica acabo tuerta, ya sería el acabose.

Llevo a cabo mi tarea y, en el proceso, me recuerdo que nunca más comeré ajo porque, ¡joder, cómo huele esto! Confío en que me rejuvenezca la piel y mantenga alejado a Frankenstein y al príncipe de los muertos.

Una vez me doy por satisfecha, abro la puerta de la habitación, saco la cabeza, miro hacia los lados y confirmo que no hay nadie en el pasillo.

Bajo las escaleras hasta la planta tres y toco en la puerta de Rita. Justo cuando ella abre, también lo hace su vecino Tony.

Me mira, abre los ojos y sí, esa es la primera muestra de que tenga algo humano en ese cuerpo que encuentro. No lleva los cascos, lo que es un plus.

Rita frunce el ceño y le tiro de la mano para que haga algo al respecto.

No está en ropa interior, pero tiene que valer.

—Hola, Tony —lo saludo.

Frunce el ceño. Otra vez vestido con ese color horripilante, ¿este chico ha venido de

vacaciones o de maniobras?

—¡Tony! —Mi amiga parece la mujer más feliz del mundo—. ¿Vas a la actividad? —Asentimiento por su parte—. Ah, genial, nos veremos allí entonces. Quizá podemos escapar juntos. —Desvió la vista y la clavó en mi amiga. Vaya, lo de las indirectas quedó en el olvido, ¿para qué andarse con rodeos si puedes decir las cosas tal y como las piensas?—. A cualquier lugar —sentencia. Solo porque no quede duda.

Di que sí, Rita, a tomar por el culo las citas y las flores, mejor lánzate al vacío y juégate todo a una partida de cartas.

Si a Tony le sorprenden sus palabras, no hace alusión alguna a ello. En fin...

—Huele raro.

Soy yo.

Vale, al menos no es mudo.

Se gira y se marcha como si nosotras fuésemosapestadas. En realidad, Rita no, no obstante, yo..., a mí sí que podéis colgarme esa etiqueta cuando os apetezca. Sin acritud.

Me giro al escuchar a mi amiga suspirar abatida.

—No me hace maldito caso —finaliza ella.

No sé si termina de gustarme para ella. Rita... Rita necesita otra clase de hombre, ¿no crees? Uno que la complemente y esas cosas, y Tony..., Tony parece más desabrido que una sopa de Ladillas.

—No te rindas, tenemos un plan. Esta noche, tú, él y un intento de asesinato —finalizo. Mi amiga abre los ojos—. Somos como Mulder y Scully, Bonnie y Clyde, Starsky y Hutch, Tango y Cash, Big Mac y Cuarto de libra...

Rita alza la mano, creo que ha sido suficiente, sí.

—No pienso cargarme a Tony. —Que ignore todas las parejas que le he mencionado me rompe el corazón. Aun así, coloco los brazos aderezados con ajo en mi cintura y aguardo con paciencia a que interiorice su frase—. Ahh, te refieres a ese asesinato —matiza ella llegando a la conclusión por sí misma.

Asiento y le doy la razón. Ella alza las cejas y por un instante dudo de si ha sido una buena elección como compañera de homicidios, porque no, no la veo muy dispuesta a cubrirme las espaldas.

En fin, ya no hay forma de dar marcha atrás, así que, a lo hecho, pecho.

Con paso acelerado, nos dirigimos hacia el exterior del «Hotel Villa Tengo los Pies Sobre un Montón de Muertos y Rezo Para que No me lo Tengan en Cuenta». Es la primera vez que salgo desde que llegamos, porque no ha dejado de llover.

Si mi plan hubiese sido empujar a Gabriel afuera, y freírlo bajo el sol del mediodía, estaría bien jodida, en Punta Cana esto no pasaría, allí los vampiros son carne de sartén fijo.

Nos acercamos al grupo. Frank ya está explicando las reglas.

No me jodas, la única regla que tiene que haber es salir de allí ileso. Me pregunto si habrá personas que han desaparecido cada vez que se ha llevado a cabo este jueguito. No he mirado las reseñas de Google, claro, tampoco las pude mirar porque, ¡me trajeron engañada! Lo siento, tenía que decirlo.

En fin...

—¿Sabes lo que tenemos que hacer, ¿verdad? —pregunto justo antes de unirnos al grupo como si no hubiese nada extraño en nosotras.

Rita asiente. Yo asiento.

Ella puede negarlo o ignorarlo, pero somos las nuevas Barbie y Ken... No me miréis así, esa

es otra pareja.

CAPÍTULO 27

Cuando la muerte llama a tu seto

Zoe

Ni siquiera sé por qué me molesto en hacer un barrido por el exterior de la zona cuando soy consciente de dónde está el chupasangre antes de verlo. Para sorpresa de nadie, lleva puesto un traje a medida que le sienta igual de bien que todos los demás que le he visto.

A veces pienso que no es la prenda, sino la percha. En realidad, lo pienso más de lo que debería. ¿Me avergüenzo de ello? No mucho.

A lo que vamos, ha tenido muchos años para perfeccionar la técnica y saber qué es lo que le sienta bien y qué no.

Apuesto a que, con ese porte que tiene, cualquier mierda que se ponga le sentaría de lujo y no hablemos..., no hablemos de ir sin nada. Tampoco hablemos de que esto también lo he pensado.

Zoe corriendo un tupido velo en tres, dos, uno... ¡Boom!

Desvío esos pensamientos cuando aparto la vista de su cuerpo hecho para matar —nunca mejor dicho— y me encuentro con su mirada turbulenta. No nos hemos visto desde el pequeño incidente en el que pensé que moriría sin siquiera despedirme. Me persiguió, ¿vale? Ese fue el intento de asesinato más chungo al que he tenido que acudir. Obviamente, porque nadie, hasta este momento, había querido, ya sabes, matarme.

Repito e insisto: hasta este momento.

Gabriel frunce el ceño, y yo desvío la vista. Rezo para que su gesto contrariado no sea por culpa del olor que desprendo. He intentado alejarme de todos, pero digamos que el ajo tiene tanta potencia como un Chanel nº 5 y eso que yo nunca he sido de marcas porque la pobreza es lo que tiene.

—¿Ha quedado todo claro? —pregunta Frank-enstein—. ¿Alguna duda?

Hace un barrido por el espacio hasta que se encuentra conmigo y sonrío.

¿Por qué demonios sonrío?

A ver si resulta que no he sido la única que ha tramado un plan mortífero y esto va a ser como una puñetera bomba nuclear. La estaca me pica en la pierna, no te digo más.

Por supuesto, no le devuelvo la sonrisa porque el hermano de mi enemigo *buenorro* es mi enemigo no tan *buenorro*.

Tendría que haber pactado con Rita una especie de grito de auxilio por si la cosa se ponía fea. Una vía de escape en un laberinto, que a saber lo que esconde, es una idea absurda, pero un grito en medio de una noche de luna llena..., pues tampoco es que sea una genialidad, eso sí, ayuda más que el silencio.

Sujeto a Rita de la mano antes de que se una al grupo que comienza a entrar. Yo ni siquiera he escuchado lo que hay que hacer, solo pienso en la muerte.

«Soy un arma de destrucción masiva. Soy letal. Soy una valquiria».

—¿Y ahora qué? ¿No te das cuenta de que se me escapa Tony? Tengo que intentar ir tras él.

—Lo sé, pero no hemos pensado en alguna forma de comunicarnos cuando la cosa se ponga fea.

Mi Bonnie gira la cabeza antes de centrarse de nuevo en mí.

—Tú grita, ¿vale? Eso se te da de lujo.

Me ofendería si no fuese cierto, claro.

—Qué chistosa —ironizo.

No, no era broma, y en el fondo yo también lo sé.

Cuando todos comienzan a desaparecer tras los altos setos, me adentro despacio y con cautela. Alzo la mano derecha y la huelo. Todo bien. La izquierda también, al cuello no llego porque no soy Ladillas y tal.

Mis padres pasan por mi lado de la mano.

—¿A qué huele? —pregunta mi padre desconcertado. Mi madre se gira y me mira.

—Es tu hija.

Alza los hombros como si no le resultase extraño que su hija oliese como si fuese un plato de gambas al ajillo. Tira de la mano de mi madre de nuevo con desesperación.

—¡No os podéis enrollar ahí dentro, ehh! Eso estaría muy feo —grito.

Las figuras de mis progenitores *salidorros* desaparecen de mi vista, sin embargo, escucho las risas de mi madre y el grito de mi padre. Apuesto lo que sea a que eso es justo lo que tienen en mente hacer.

—¿Y eso quién lo dice?

Qué asco. No voy a ganar para terapias, entre mi abuela, mi hermana, mis padres, el vampiro y los muertos, estoy bien jodida. ¿Qué será lo siguiente?, ¿el chupacabras? Mira, mejor no dar ideas, ¿vale? Se me eriza el vello solo de pensar en lo cerca que estoy del cementerio.

Los laberintos no tienen nada que ver con esos que veis en las películas. Los setos son mucho más altos que vosotras, eso ya lo sabéis, y están tan bien cortados que a veces piensas que puedes esconderte dentro de uno, a lo Homer Simpson, no obstante, ahora que lo tengo frente a mí, que estoy rodeada de ellos, os aseguro que lo que menos tengo son ganas de que me rocen siquiera.

Es más, os garantizo sin temor a equivocarme que lo que de veras tengo ganas es de mandar mi plan a la mierda, salir por patas, regresar sobre mis pasos y pedirle a Jero que me lleve al aeropuerto más cercano. Si es que Jero sigue aquí, porque me contó que se quedaría en el hotel mientras lloviese y parece ser que la cosa ha parado.

A saber por cuánto tiempo.

Un pequeño crujido bajo mis pies me pone en alerta de inmediato. Cuando bajo la vista, me percató de que es una rama y me maldigo por estar tan nerviosa y acojonada.

Escucho voces cerca, aunque no distingo de quiénes son. Algunas risillas poco comedidas y algunos gritos que hacen que mi cuerpo al completo se tense.

Bajo de nuevo la vista cuando escucho otro crujido, solo para comprobar que esta vez no he sido yo la que ha pisado en algún lugar que no debe. Me giro asustada, el corazón me late tan acelerado dentro del pecho que temo que decida coger el ascensor, salir por mi boca sin pedir permiso y largarse por donde hemos venido. Eso sí que sería un desmayo de proporciones épicas.

«Suerte, chaval, porque, si yo me diese la vuelta, no tengo la menor idea de hacia dónde debería dirigirme».

Soy idiota porque he incumplido mi propia norma de permanecer en grupo. Se supone que las desapariciones y los asesinatos siempre suceden cuando te quedas a solas, y voy yo y se lo pongo en bandeja al vampiro.

Otro crujido y me giro de nuevo. Ya ni siquiera me planteo lo de volver sobre mis pasos, lo de ser racional o pensar con la cabeza. Lo único que quiero es salir de aquí viva y no desmayarme porque, si lo hago, seré carne de chupasangre y estaré, oficialmente, muerta *matá*.

«Murió de la pena que daba», eso rezará en mi lápida cuando me entierren. Apuesto a que será Mica la que lo grabará en la piedra.

Camino deprisa y giro y giro sin pensar hacia dónde me dirijo y como todo me sale tan bien

siempre —nótese la ironía— no escucho voces ni risas ni gritos, a saber dónde coño estoy y cómo cojones puedo encontrar la salida. No estaría mal uno de esos cartelitos que pusiese: «Es por aquí, solo por si te pierdes, Zoe, pringada».

En las pelis de miedo, la protagonista siempre sale viva, ¿no? Pues, ea, que quede claro que soy la protagonista de mi vida y necesito llegar a la escena final.

Más y más ruidos extraños seguidos de pisadas. Sí, es oficial, me están persiguiendo.

«Esta noche la pillaré en el laberinto».

La frase que escuché me retumba en la cabeza con la misma potencia que mis pisadas sobre la gravilla. Pisadas, que, por cierto, resuenan tan fuerte como el latido de mi corazón.

«No te desmayes ahora. No te desmayes ahora. No lo hagas, por favor».

Sigo girando y girando sin saber siquiera a dónde me dirijo. No tenía que haberme embadurnado de ajo porque eso atrae el olor y deja una estela de mí a su paso. Como asesina de vampiros, y no vampiros, doy bastante pena, la verdad.

El ruido de unos pasos cada vez más cerca hace que mi cuerpo reaccione de forma poco estudiada. Ni siquiera sé dónde me encuentro y cómo coño voy a salir de aquí.

Estoy al borde del colapso mental cuando lo siento.

Trepa por mi mano, sube por mi brazo y lo noto en la espalda.

Me han sujetado, me han apretado contra un torso fornido y me han empujado contra uno de esos setos mortíferos que se clavan en mi espalda provocándome sensaciones nada agradables.

«Soy un arma de destrucción masiva. Soy letal. Soy una valquiria. Soy...». ¡Mierda! Soy carne de murciélago. ¿Quién? ¿Quién me mandaría a mí a venir a este lugar? ¿Por qué, señor?, ¿por qué me hiciste tan apetecible?

Un grito ahogado muere contra la palma de la mano y lo veo todo negro. ¡Negro como la tumba en la que voy a terminar!

—Shhh —me chista.

Percibo su aliento cerca, el aliento de la muerte. Y me arrepiento de haber venido. Esto lo he dicho ya, ¿a que sí? Pues te fastidias, porque la que la va a espichar soy yo, ¿me entiendes? Tengo derecho a repetirme como el ajo con el que me he cubierto el cuerpo.

Me arrepiento de haber pensado que gritar sería la solución para que cualquier persona acudiese a mi encuentro cuando existía la posibilidad de que alguien más fuerte y corpulento que yo usase sus manos y su cuerpo para inmovilizarme y acallarme.

Y, Dios, está muy mal por mi parte, porque, a pesar de todo, estoy cachonda.

«¿Desde cuándo me van este tipo de cosas?».

«Desde que estás cerca de la muerte».

—Abre los ojos, Zoe —me pide una voz sumamente varonil.

Vale, por eso..., por eso lo veía todo negro.

—No quiero morir. —¿Quién afirma que suplicar está pasado de moda?

Una risita se escapa de entre sus labios y, de veras, tengo que tener algún tornillo mal porque me estremezco de placer.

—¿Quién ha dicho nada de morir? —me pregunta condescendiente.

Vale, entonces no moriré, pero seré su esclava de sangre cada vez que le entren ganas de comer, y eso..., eso es casi peor.

—Yo... —comienzo a hablar hasta que me doy cuenta de que ni siquiera encuentro las palabras para suplicar que no lo haga, que no me muerda y que tengo un sabor pésimo y de mierda. Que Débora seguro que mola más y que pruebe con ella.

¿Soy una mala amiga? A ver quién es la maja que cuando ve la muerte pasar frente a sus ojos,

una muerte bastante atractiva, todo hay que decirlo, no usa los argumentos que sean a su favor.

—¿A qué huele?

Gabriel da unos pasos atrás y olfatea el ambiente. «Soy yo, majo».

Aprovecho ese espacio para recomponerme, serenar mis nervios, separarme del seto mortífero y sonreír abiertamente. Ya está, ahora que lo he aturdido tengo que pasar a la segunda parte del plan.

Cargármelo.

—Soy yo —reconozco envalentonada.

«A que no te esperabas eso, ¿ehh? ¿A que no? ¿A que no?».

¿Lo notáis? Es la victoria que baila a mi alrededor y se entremezcla con el *canguete* que hasta hace nada tenía encima.

Este giro de los acontecimientos me provoca cierta seguridad y me yergo. Gabriel sigue siendo alto, mucho más alto que yo, y, pese a todo, me va a dar pena cargármelo porque es guapo a rabiar. Esos ojos grises como el hierro fundido me observan y me analizan.

Dejaré que mire a su asesina una última vez y se dé cuenta de que se metió con la matona equivocada. Y yo me regodearé en ello.

—Ya no podrás hacerlo más —sentencio convencida de que esta partida la he ganado por goleada.

Me agacho para sacar la estaca que llevo guardada entre el pantalón y la zapatilla, y entonces se me viene el mundo abajo.

—¿Qué haces? —Frunce el ceño sin entender.

A ver, que yo tampoco lo entiendo, porque no consigo comprender cómo la estaca estaba hasta hace nada ahí —y con ahí quiero decir en su sitio, en mi pie— y ahora está en vete a saber dónde porque es de noche y no se ve una mierda. ¿Con qué se supone que lo voy a matar?, ¿con la ramita de un seto?, ¿con un palillo chino?, ¿con mi mirada de asesinavampiros de poca monta?, ¿con mi lengua afilada y viperina? No, esa lengua es la de Mica, encima eso.

¡Si es que nada me sale bien en esta vida!

—Me picaba la pierna —explico. ¿Qué le voy a decir si no?

—Oye, Zoe...

¡Ya está! ¡Despídete del mundo que conoces! Pasarás a formar parte de una vida mejor en la que no habrá mazmorras ni pavos con el cuello torcido ni desmayos ni las grasas engordarán.

¡Esa!, esa sí que es una buena vida.

CAPÍTULO 28

¿La muerte sabe así?

Zoe

Percibo su cuerpo de nuevo contra el mío y una rama bien distinta apretando contra mi vientre.

Oye, dentro de las mejores muertes que hay, que tengas una polla dura como un mazo reposando sobre tu abdomen debe de estar incluso en el top cinco como poco.

Sí, mejor tomárselo con humor, total, eso de ver pasar la vida frente a tus ojos sabía que no era cierto. No te da tiempo de que eso suceda, ¿cómo vas a resumir treinta años en treinta segundos? Ni que fuese esto un carrusel, no te jode.

—Zoe... —¿Por qué su voz no me resulta para nada espeluznante cuando debería estar temblando como una hoja?

Su mano se coloca con decisión bajo mi barbilla y la alza hasta que nuestras miradas conectan. La suya, oscura y enigmática; la mía, cristalina y acojonada.

A ver si resulta que Bonnie y Clyde somos él y yo.

—¿Vas a mordirme? —le pregunto titubeante.

Ya sé que he repetido por activa y por pasiva que es mejor vivir en la ignorancia y esas cosas, pero, bueno, no sabía que cuando llegase mi fin me convertiría en una persona tan valiente. Ovacionadme porque todavía no me he desmayado y eso es un paso.

Un pequeño paso para la humanidad y un gran paso para Zoe Millán.

«Gabriel, don Soy el Hombre de las Fantasías de Cualquier Humana y Vampira y lo Sabes» da un paso hacia atrás y, a pesar de ello, la distancia sigue siendo brutalmente electrizante entre los dos.

Es el famoso embrujo vampírico, ya sabes, se cuelan en tu mente y hacen contigo lo que quieren, y yo, que soy de voluntad pobre y de cuenta corriente pobre también, pues ya está, me tiene donde quiere. Nunca mejor dicho.

Distingo en la oscuridad el blanco de sus dientes, la perfección de los mismos, aunque sin llegar a atisbar por completo los colmillos. Tal vez sea algún mecanismo ancestral para esconderlos y que los humanos no se los distingamos. No sé, que esta peña tiene un arma para casi cualquier cosa, ¿cómo no la tendrían para mimetizarse con el entorno?

No es una sonrisa maliciosa, tampoco es una sonrisa de perdonavidas —esto es una putada lo mires por donde lo mires y más en mi caso—, es un gesto cargado de picardía, incluso suficiencia, hasta diría que encierra promesas y todas ellas muy traviesas. Apuesto lo que sea a que esas travesuras me dejarán seca, ya me entiendes.

Lo siento, ¿vale? Siento cómo disfruta de este momento, y lamentablemente yo también estoy expectante.

Disminuye con un paso firme y contundente esa distancia que nos separa hasta que noto cada glorioso centímetro de su duro cuerpo pegado al mío. Para ser un vampiro, está muy cachas.

No sé en qué horario irá al gimnasio; si entre el de ultratumba y el espectral o bien entre el de tengo que limarme los dientes y afilarme las uñas.

—¿De verdad quieres que responda a esa pregunta? ¿De verdad quieres saber si voy a morderte?

No, no quiero. Vivir en la ignorancia es mi nuevo lema. Uno que llevo por bandera.

—Sí, sí que quiero. —Lástima que mi boca y mi cerebro no sean capaces de ponerse de

acuerdo al emitir la respuesta.

¿Qué le vamos a hacer? Soy una chica fácil. Por eso me he convertido en su presa. Por eso y porque debo saber a gloria bendita. O, en su caso, maldita.

No se separa, ni siquiera yo intento empujarlo.

—Y yo que pensaba que me tenías miedo después de lo de...

¿Sabe que sé que es un chupasangre?, ¿está al tanto de ello? ¿Sabrá que quiero cargármelo? Porque, por muy sexi que sea, yo sigo erre que erre, que tendré un alma pobre, pero un espíritu infame.

—¿Después de qué?

Suspira y su aliento nos envuelve de la misma forma en la que lo hace el tufo a ajo que sigo desprendiendo.

—Después de perseguirte... Yo...

«Yo quiero que mueras, Zoe».

«Yo quiero chupar hasta la última gota de sangre que hay en tu cuerpo».

«Yo quiero hacerte mi esclava sanguínea. Quiero saborearte hasta robarte el último aliento».

Sí, acepto. Te entregaré a mi primer hijo como ofrenda.

¿Los vampiros tienen amantes humanas? Es para una amiga...

—Con respecto a eso...

Vuelvo a dudar, ¿qué le voy a decir? «Oh, lo siento, Gabriel, yo me lo busqué por quedarme a solas contigo» o, peor aún, por no haber cogido el ascensor porque tengo miedo de acabar en medio de vete a saber qué lleno de lava y murciélagos chupasangres que me quiten la vida a base de mordisquitos.

No, no es una buena idea, no.

—No era mi intención asustarte —apunta.

Ya, claro, apuesto a que es porque si me entra miedo se me corta la sangre y le da una indigestión, y a los vampiros la sal de frutas como que no.

—Pues no es que te esfuerces mucho. —Ni ayer ni hoy.

Mi comentario parece haber hecho el mismo efecto que si le hubiese clavado una estaca en medio del pecho, porque eso sí que lo hace retroceder.

—Zoe... —A ver si las palabras van a ser un arma de destrucción vampírica, y yo sin saberlo.

Nos miramos. Él probablemente escuchando el latido de mi corazón, acelerado y travieso como él solo, porque soy esa clase de miedicas a las que les va la marcha, ¿qué se le va a hacer? Ya podría haber sido una chica un tanto más prudente. Me van los riesgos y, por lo que parece, también los vampiros.

—Gabriel... —Casi jadeo.

Mal, ¿vale? De antemano sé que lo que tengo en mente está mal por mil y una razones que tienen mucha lógica. Esto es herencia por parte de abuela hijo.

Me lanzo a por sus labios con una fuerza que no reconozco en mí. Que nunca había existido dentro de este cuerpo con tan poco espacio para la impulsividad porque el hueco todo se lo lleva el terror.

Hasta ahora.

Esto lo cuento y nadie se lo cree.

El cuerpo de Gabriel me empuja de nuevo contra el seto y se me clavan las ramas en la espalda. Joder, ¿por qué? Si yo lo que quiero es otra clase de cosa.

Anhelo, sí, eso es, eso es lo que siento.

Sus manos frías en contraste con mi cuello caliente me alivian momentáneamente. Y hasta

agradezco que su piel esté a esa temperatura porque digamos que el calor ya lo pongo yo sola.

Se aparta unos centímetros de mí.

—Joder, Zoe.

Su boca vuelve a impactar contra la mía y no noto los colmillos. Tiene que tener una precisión maravillosa a la hora de besar porque... solo ardo, ¿vale?

Necesidad pura y dura, eso es lo que siento.

Su mano con firmeza sobre mi cuello, con toda probabilidad, percibiendo cómo la yugular late con fiereza y dónde debe clavarme los colmillos me estremecen. Que me estremezca esto tiene delito y mucho.

—Me preguntaste si iba a morderte —susurra.

He. Chi. Zo.

Eso es, no puedo estar actuando de forma racional sabiendo lo que sé de él y, aun así, siendo incapaz de apartarme.

—Gabriel, ¿vas a mordirme? —repito la pregunta que le hice antes.

Sonríe ladino. No hay rastro de sus colmillos, aquí lo único que tiene afilado es la polla y estoy más que dispuesta a dejar que me la clave.

Entera.

—Voy a morder cada centímetro de tu cuerpo —una promesa. Los vampiros siempre la cumplen porque son de esos que donde ponen el ojo ponen el colmillo—. ¿Y sabes qué? —Es una pregunta concreta. Una pregunta que quiero y debo responder. Por supuesto, solo jadeo cuando aprieta con más fuerza mi cuello y me acerca hasta sus labios. Su aliento me agita por dentro y por fuera—. Te gustará.

He muerto ya porque me siento bastante cerca del cielo.

Ni siquiera pienso en cuál es mi último deseo antes de morir ni los motivos por los que no quiero hacerlo, tampoco en que prefiero que me incineren a que me entierren o lo preciosos que serían mis hijos si un murciélago sexi y arrollador fuese mi humano favorito y mi marido de todas todas.

Lo único que siento es la desesperación latiendo con fuerza dentro de mi pecho, echándose una carrera de lo más maravillosa con mi corazón y el deseo arrollador porque esto no acabe.

—Tienes razón. —Me separo lo suficiente como para darle voz a mis pensamientos.

Puestos a morir, mejor hacerlo con el alma en paz.

—¿En qué?

—En que me gustaría.

Y me lanzo de nuevo a por sus labios. No sé si él me muerde a mí, no sé si estoy viva o en el cielo de los besos la hostia de buenos o si con esto conseguiré que Gabriel prefiera mantenerme con vida y disfrutarme siempre que pueda. Lo que sí sé, lo que os garantizo, es que no quiero parar.

Nunca.

CAPÍTULO 29

DramaZoe

Zoe

—No me puedo creer que salieses la última.

La última y la más cachonda.

—Y yo no me puedo creer que salieses la primera —le recrimino a Débora, que me mira con los ojos entornados.

—Tuve algo de ayuda —aclarar. Y no sé si quiero saber a qué clase de ayuda se refiere porque lo mismo Cordelia le susurró algo al oído y, bueno, en fin...—. ¿Qué has hecho? —me pregunta desviando la atención de su persona a mi persona. Porque todavía sigue latiéndome el corazón, acelerado, pero, oye, latiendo, al fin y al cabo.

¡Celebremos la vida!

Se incorpora sobre los codos porque la verdad es que mi cama tiene que tener alguna feromona o algún tipo de embrujo para que todas quieran tirarse en ella y quedarse ahí para siempre.

—¿Qué has hecho? —repito e insiste.

Bien. Podría fingir que soy un alma cándida que no ha roto un plato ni ahora ni nunca o ser completamente honesta con mi amiga, aguantar el chaparrón y, tras eso, pedirle ayuda porque mi Mulder, mi Bonnie, mi Starsky, mi Tango, mi Big Mac... o, lo que es lo mismo, mi Rita, no ha querido abrirme la puerta esta mañana cuando he ido a tocar. O bien le funcionó el plan anoche y le está dando mandanga de la buena en la habitación de Tony.

No lo descarto tampoco.

Que sea soso no quiere decir que no tenga necesidades carnales y esas cosas.

Opto por la segunda opción porque la primera me parece un rollo.

—Anoche me lancé a los brazos de Gabriel como una puñetera desesperada.

¿Que no tenía que haber sido tan sincera y directa? Vale, eso sí, lo que es es, y admitirlo es el primer paso.

—Ahhhh. —Sí, ese «ahhh» justamente—. Pensaba que era algo más grave, no sé, tal vez que lo habías mordido tú a él. Me quedo quieta, muy muy quieta—. ¿Lo mordiste?

Asiento. Digamos que un beso dio paso a que le metiese mano —sobre la ropa, que soy indecente, pero no tanto—. Y dejé que él hiciese lo mismo conmigo con un poco menos de ropa. Porque es caballeroso y cochino, y es malo que eso me guste.

Y, peor aún, tener ganas de hacerlo más.

Mucho más.

—¡Lo mordiste! —grita presa de la euforia—. ¿Dónde quedó todo eso de que es un vampiro y que quieres matarlo?

—No me he olvidado de eso. —Débora alza una ceja, inquisitiva—. Vale, me olvidé cuando me di cuenta de que me miraba de esa forma.

—¿De qué forma?

Es difícil de explicar.

—De esa en la que tú eres la comida y no te importa nada que repita plato.

—Ahhh. —Otra vez, sí—. Lo entiendo y no te culpo porque ese hombre, vampiro o lo que sea, está como un tren.

¿Por qué tiene que molestarme siquiera que piense eso cuando se supone que me lo quiero cargar? A ver si ahora soy una de esas mujeres posesivas o yo qué sé.

Cada día pienso que eso del embrujo que se cuenta por ahí es cierto porque, de veras, esto no puede ser normal.

—No pude cargármelo, ¿entiendes? Perdí mi estaca.

—Claro, o no te diste cuenta de lo cerca que la tenías. —Alza las cejas, y ya sabemos a qué clase de estaca se refiere ella, y no, no seré yo la que os mienta y os garantice que no lo he pensado yo también.

Varias veces.

Muchas veces.

Tantas que siento vergüenza ajena.

—Ese no era el plan.

—Ya..., ¿pretendes que me crea que, como no era ese el plan, te inventaste otro mejor?, ¿otro como comerle toda la boca?

Bueno..., visto así, funcionó, así que... ni tan mal, oye.

Espera. ¡Espera!

—¿Qué has dicho? —contratado.

—Que te inventaste un plan de comerle...

—¡Exacto! —la corto antes de que prosiga.

Estoy rodeada de buenas amigas, de las mejores del mundo, para ser más exactos.

—Ajá... —Débora, con una actitud para nada maquiavélica, comienza a dar vueltas al dedo índice a la altura de su sien. Ya sabemos todas lo que eso quiere decir.

—Atiende. —Me acerco y me dejo caer en la cama con fuerza, el colchón es tan mullido que mi amiga rebota por culpa de mi impulso. Me pregunto cómo se rebotaría si lo que hiciésemos fuese otras cosas. Mi amiga y yo no, joder, eso sería incesto, el vampiro... No, el vampiro tampoco, el vampiro si no fuese un vampiro. Da igual, que no me entiendo ni yo—. Mi plan anoche salió mal porque se me perdió la estaca. —Paso de descifrar su mirada cochina—. Y si... —Me tomo unos segundos para meditar si es buena idea o no lo es. Da igual—. ¿Y si lo seduzco? Y cuando crea que soy carne de murciélago, porque estará tan obnubilado con mi cuerpo curvilíneo, con mi increíble inteligencia y con mi personalidad arrolladora... ¡Zas! Y él: puff, puff, puff. —Muevo las manos como si se estuviese desintegrando y convirtiendo en polvo frente a nuestros ojos.

Débora abre la boca, y miedo me da lo que pueda salir de ella porque en mi cabeza es un plan cojonudo, es más, lo visualizo tan bien y saliendo a la perfección que se me eriza el vello de la nuca de lo orgullosa que estoy de mí misma por pensarlo.

—¿Sabes? Era consciente de que estabas fatal de lo tuyo, pero es que esto se lleva la palma.

Débora se incorpora, y yo quiero que se quede y me apoye, así que... ¡Ella se lo ha buscado!

—¡Por favor! —le suplico. No me importa rogar, no me parece de cobardes ni nada por el estilo, no os vayáis a pensar—. Yo lo he hecho por ti. —Otro argumento de peso—. Y volvería a hacerlo porque eres una de mis mejores amigas. —Y, ya que estamos, tiro de chantaje emocional, que eso siempre le añade un plus y es importante.

Mi amiga chasquea la lengua, mira las vigas del techo y cuando clava la vista en mí sé que he acertado.

—Te ayudaré si tú me ayudas a mí.

Me cruzo de brazos, al final no me ha salido tan bien como yo pensaba, eso me pasa por soltar las palabras «y volvería a hacerlo».

—¿Con qué exactamente?

Porque si me pide que bajemos de nuevo al sótano... Ya sabes cuál será la respuesta, ¿no? Y más sabiendo que Cordelia está por ahí suelta, vagando a sus anchas y buscando un cuerpo que poseer.

No quiero ser familia de Ladillas y acabar con el cuello como él. Tiene que ser un fastidio ir todo el día mirándote el culo.

—Tengo que encontrar la habitación de Frank.

—¿Frank? ¿El mismo Frank que es hermano de mi chupasangre? —El posesivo se me ha escapado.

A Débora no le pasa desapercibido, pero está tan concentrada en lo suyo que ni chista.

—No puede ser que tú te me hayas adelantado y encima por mi culpa.

Adelantado dice, la insensata.

—Solo ha sido un beso. —Débora alza la vista porque es consciente de que no ha sido solo eso—. Un beso de la hostia. Los seres de ultratumba tienen que ser cojonudos, piensa en la cantidad de tiempo que han tenido para perfeccionar sus técnicas amatorias. Joder, esos te ponen una mano encima y fijo que pareces una escopeta de orgasmos. Pam, pam, pam. Y tú: «Ahh», «ohh», «mmm», «sí». —Todo esto con entonación lasciva, ya me entiendes.

Mi amiga abre la boca, y está mal que lo diga, ahora bien, le temo a su comentario. A ver si en vez de querer buscar la habitación del muerto viviente, va a echarle el ojo a mi chupasangre.

Este posesivo no se me ha escapado, ha sido del todo intencionado.

—Con más razón. Yo quiero saber si esa teoría tuya es cierta. —Vale, esto sí me tranquiliza—. Y, de paso, busquemos la habitación de tu vampirín para que puedas colarte en ella de noche con una de esas prendas sumamente eróticas que se ha traído Rita y lo seduzcas. La verdad —medita—, me gustará tener una amiga vampira, podremos salir de fiesta toda la noche —bromea—. Y no me molestarás de día con tus interminables charlas sobre la loca de tu abuela, los pastelosos de tus padres y la incorregible de tu hermana.

—Lo de vampirín... —Que debería sentirme ofendida por los adjetivos que le ha dedicado a mi familia es un hecho, sin embargo, yo me quedo con la primera parte—. Lo que se apoyó en mi abdomen, querida, no tenía nada de mini. Era maxi.

—¿Vampirote? —rectifica.

—Mejor, mejor —afirmo.

Débora —hombres— se incorpora y se acerca a mí, posa las manos en mis hombros y pega su frente a la mía.

—Necesito que seduzcas a ese murciélago y que me cuentes si la tiene fría como sus manos o si, por el contrario, la fricción hace que se le caliente.

Caliente me estoy poniendo yo de pensarlo.

Asiento convencida, porque lo estoy. Lo seduzco, me lo tiro, eso que me llevo y luego, ¡pam!, estacazo que te pego.

—¿Cuándo empezamos?

Ambas manos se deslizan hacia su cintura, alza una ceja y ya sé la respuesta sin que la verbalice.

—Hecho.

CAPÍTULO 30

Lo que tengo que soportar
Gabriel

—Definitivamente, estoy loco por esa chica.

Mi hermano, sí, justo ese hermano que me saca de mis casillas tanto como me hace reír, lleva una hora —¡una maldita hora!— divagando sobre cómo va a conseguir que Débora le haga algo de caso. Y, cuando se refiere a hacerle caso, no habla de una cita romántica a la luz de las velas, tampoco de un paseo en barca en algún lago romántico lleno de cisnes, ni siquiera de una tarde de cine, seguida de una película y de acompañarla a casa cogidos de la mano. No, se refiere a algo del estilo: «Quítate la ropa antes de que sea yo el que lo haga. O, mejor aún, deja que yo lo haga. Por favor».

—Ajá —ironizo.

No se percata del estado de cansancio profundo al que me tiene sometido, porque mi hermano es un enamoradizo hasta que se acuesta con ellas y, cuando eso sucede, se le pasa el subidón y a por otra víctima. Le van las novedades. Si tuviese un lema en la vida sería: «Para qué repetir si puedo probar cosas nuevas». Decidme que soy adoptado y acabad con mi sufrimiento ya.

—¿Me estás escuchando, Gabriel?

Freno mis pasos y me giro con la intención de ser honesto con él y eso es justo lo que hago.

—He dejado de hacerlo hace un rato. Eres cansino.

¿Mi estado de mal humor? Culpa de la chica del pelo azabache que anoche, después de morderme los labios a su antojo y de pasear las manos por mi cuerpo también a su antojo, salió huyendo sin darme excusa alguna. No se molestó en despedirse, y yo... pensé en ir tras ella, pero no quería repetir la escenita de la noche anterior y convertirme en un perseguidor recurrente.

No. Estoy decidido a dejar que sea ella la que venga a mí si eso es lo que quiere y si no... Prefiero no pensar en eso, ¿vale? Mejor no pensar en eso.

—Vaya, claro, qué buen hermano eres, ¿no? Yo aquí, siendo sincero, abriéndote mi corazón, explicándote mis más profundos sentimientos y resulta que estás pensando en la miedica —suelta sin más.

Alzo una ceja. Solo os diré algo, por si no habéis llegado a la conclusión vosotras solas: no os fieis de la cara de bueno que tiene ni de su actitud de no haber roto un plato en la vida o de su tono de «soy inocente». No es ninguna de esas cosas, al contrario, es un descarado de mucho cuidado.

Suspiro y me dejo caer en la butaca que hay a su lado con actitud despreocupada. Mi forma de comportarme de cara a la galería no tiene nada que ver con el ansia que siento por volver a verla. De hecho, ni siquiera sé cómo he logrado contenerme y no tocar esta mañana en su habitación antes de bajar a trabajar. O, peor aún, cómo no me colé en su habitación en medio de la noche y acabamos lo que empezamos en el laberinto.

—No entiendo qué diferencia hay —profiero.

—¿Con qué? —pregunta mi hermano desconcertado.

—Entre Débora y el resto. A estas alturas, ya te habrías colado bajo sus bragas, Frank, no me lo niegues. Es más, conociéndote, lo habrías hecho varias veces. —Es un hecho constatado.

Es su turno de exhalar.

—Esta chica es diferente. Me... —duda unos segundos y escucharlo titubear hace que me

ponga en alerta. Me incorporo y busco su mirada entre las sombras—. Me acojona.

Me consuela no ser el único que pasa por esa fase, porque ciertamente yo tampoco tengo ni puta idea de lo que me ocurre con Zoe. Es una incógnita. Un maravilloso rompecabezas y es complicado de explicar porque es la chica más transparente que he conocido jamás y, aun así, siento que me perturba a la vez que me tranquiliza.

Lo que os digo, estoy peor de lo que pensaba.

—¿En qué sentido?

Mi hermano sacude la cabeza y niega en repetidas ocasiones, como si utilizase ese gesto tan sencillo y natural para buscar las palabras con las que responderme.

—Es... Tiene... Sabe... Me... —Pues sí que está jodido—. Bah, déjalo —finaliza.

Se levanta intentando dar por zanjada esta conversación. Hasta hace un instante no me hubiese importado hacer justo eso y centrarme de nuevo en lo que ni siquiera recuerdo estar haciendo. ¿Pensar en ella? Sí, eso. En este momento, y tras escuchar o no escuchar lo que ha dicho o no, me importa de veras.

Lo sujeto por la muñeca y tiro de él para que vuelva a ocupar su sitio a mi lado.

Saco el teléfono y lo deposito sobre la mesa del despacho.

—No pienso dejarlo. ¿Qué pasa con ella?

—Es como si hubiese encontrado la puta horma de mi zapato —sentencia.

Contengo la sonrisilla, porque sí, algún día tenía que suceder, ¿no?

—¿A qué te refieres? —insisto solo para regodearme en ver a mi hermano caer con todas las de la ley.

—Anoche, en el laberinto, cuando nos adentramos... —Otra vez ese silencio y esa concentración en él—. Fui tras ella —confiesa—. Ya sé que teníamos que mezclarnos con los huéspedes por si sucedía algo en la actividad. —Claro, por supuesto, justo lo que yo hice, mezclarme con los huéspedes. Sí, sí, eso mismo.

—¿Y bien? Joder, ¿tengo que sacarte las palabras con cuchara o qué? —Frank me hace una peineta, y se la devuelvo, solo que doble.

—La vi moverse, girando sin saber hacia dónde se dirigía. Moviéndose con soltura y gracia, como si supiese que la estaba siguiendo y se sintiese satisfecha por ello. Me acerqué hasta que me puse a su altura, cuando lo hice, solo mostró indiferencia. No se lanzó a mis brazos como pensaba que haría, porque, veamos, no es que no hayamos estado lanzándonos indirectas, ya sabes...

—¿Coqueteando? —finalizo por él.

Frank asiente.

—Pues no sucedió nada. La acompañé a la salida como un caballero tramposo que soy. —Me carcajeo, porque una cosa era adentrarse entre los participantes y otra bien distinta era ayudarlos a salir—. Me dio las gracias, me guiñó un ojo y se alejó justo cuando salió la otra chica, la prima de tu médica —puntualiza.

Le doy una colleja, y Frank se carcajea.

—Y, como buen ligón que eres, esperabas que se lanzara a tus brazos.

—Por supuesto —afirma y no le importa en absoluto que sea de esa forma.

—Tal vez no esté interesada.

—Me ha enviado señales —apunta mosqueado por mi respuesta.

Mi hermano tiene un ego que no le cabe en ese maldito traje. De hecho, no cabe en todo este hotel.

—Y tú las puedes haber interpretado mal.

Se incorpora, mosqueado de veras.

—¿Tú me has visto? —contrataca.

—Durante treinta y tres años —le recuerdo. Chasquea la lengua y guarda silencio. Clava la vista en la botella de wiski que hay en uno de los muebles de mi despacho—. Me temo que es muy pronto para eso —le menciono.

—Pienso ir a por ella.

—Frank, por favor...

—No habrá reseñas negativas. Lo prometo.

—No es a eso a lo que me refiero. Si ella no quiere nada contigo, será mejor que la dejes en paz y punto.

Mi hermano no parece nada convencido.

—Le preguntaré directamente —sentencia—. Si me manda de paseo, iré a por Zoe.

Me incorporo con los puños apretados a ambos lados de mi cuerpo.

—Ni se te ocurra —le advierto.

La comisura del labio de mi hermano se alza y recorta la distancia.

—Yo estoy pillado por esa chica, pero, hermanito... En cuestión de locura, tú sigues mis pasos.

Guardo silencio unos segundos que se hacen eternos.

—Nunca he dicho lo contrario.

—Oh. —Se aparta—. Has repetido hasta la saciedad que no te interesa, esa es una forma bastante explícita de negar tu interés por ella, ¿no crees?

Aprieto la mandíbula.

—Eso fue hasta anoche.

—¿Anoche? —Frank acompaña la pregunta con un alzamiento de cejas por su parte.

—Nos besamos. Me besó. Me besó ella a mí.

Mi hermano abre los ojos, sorprendido de veras.

—¿Ella a ti?

—Sí.

Se retira unos pasos más hasta colocarse detrás del respaldo del sillón.

—No entiendo qué puede ver en ti.

Sonríe de medio lado, con suficiencia y soberbia.

—Al menos ve algo en mí. Es a ti al que no le hacen ni puñetero caso.

—Auuuu —se queja—. Ese ha sido un golpe bajo y uno bastante doloroso —añade.

—Te la debía.

—Estamos en paz. —Me tiende la mano y se la estrecho.

Se encamina hacia la salida y sujeto el teléfono que había dejado sobre la mesa.

—¿Todo listo para esta noche? —me pregunta el a mí.

—Ha vuelto a llover, tendremos que hacer la actividad en el salón principal.

Asiente confirmando mis palabras.

Justo cuando está dispuesto a marcharse lo llamo, se gira y le sonrío, esta vez una sonrisa amplia y perturbadora.

Muevo el teléfono frente a sus ojos.

—David va a tener mucho que decir respecto a esto.

Clava su mirada en el teléfono y sabe que lo he hecho, he grabado la conversación. La suya y la mía.

—Maldito —me insulta—. Ahora sí que estamos en paz.

Niego.

—Ni de lejos estamos en paz.

Escucho sus carcajadas por el pasillo y le envío el audio a David.

No tarda mucho en sonarme el teléfono y me dedico durante un rato a lo que más nos gusta: meternos con nuestro hermano pequeño.

CAPÍTULO 31

La difícil

Zoe

—¿Y bien? ¿Vas a explicarme por qué mencionaste antes eso de que era culpa tuya que yo...?

—¿Que tú besaras al vampiro antes que yo a su hermano? —me corta sin siquiera dejarme finalizar la frase—. Pensé que no te habías enterado.

Sujeto su mano. Vale, el plan que hemos trazado es una soberana mierda, todo hay que decirlo, porque se nos da de pena eso de no hacer ruido, sobre todo, cuando lo único que hacemos es chismorrear.

Tocamos de nuevo en la puerta de Rita, porque se rumorea por ahí que tres son multitud, sin embargo, yo no pienso igual. En cuestión de asesinatos orquestados por personas que de asesinas tienen lo mismo que de veganas, un par de manos más pueden concederte la victoria. Una lo sujeta, la otra le clava la estaca y la tercera lo inmortaliza para que quede constancia de que somos mejores que los cazavampiros.

Rita no abre. No quiero pensar siquiera en que puede haberse convertido en alimento para los gusanos. Los gusanos se entretendrán mucho con ella porque si muerta habla tanto como viva... En fin.

Lucy, por el contrario, está a nuestra espalda, con los brazos cruzados y refunfuñando algo sobre que esto le parece un plan pésimo. Lucy es una aburrida que te cagas, no hay otra forma de definirlo.

—Esperad un segundo. —Nos frena la susodicha.

Bajo la vista hasta su mano, no es buena idea que nos quedemos paradas en medio de un pasillo sumido en la oscuridad. Porque puede que Cordelia haya encontrado amigos, y esos amigos se hayan fijado en nosotras y ¡no hay que ponerles las cosas tan fáciles a los espíritus!

Somos carne de chupasangre. Y, si no de vampiro, de fantasma.

—¿Qué? —pregunto tirando de ella para que continúe caminando.

—No. —Me detiene una vez más—. ¿Que has besado a quién?

Débora sonríe con suficiencia, se lo está pasando en grande. Dejaré que se la coman a ella primero.

—Ha sido un besito de nada, un tropiezo. —Que ha provocado que le meta la lengua en la boca. ¡Y qué lengua juguetona que tiene «Gabriel, don Soy Un Experto en Eso de Deslizar Mi Lengua sobre la Tuya y Saborearte a Conciencia»! Lo pienso y tiemblo. Ah, y no de miedo precisamente.

—No, no lo ha sido. —Y la que se supone que es una de mis mejores amigas le relata con pelos y señales mi plan. Todos mis planes, desde darle caza y muerte, pasando por el ajo, la pérdida de la estaca y también la pérdida de la dignidad, porque el vampiro besa que te cagas, y yo solo pienso que me gustó más de lo que debería y que no me importaría repetir.

Que saliese huyendo fue porque, si no lo hacía, era probable que lo desnudase, me abalanzase sobre él y le ofreciese mi cuello en bandeja.

Y lo siento, pero tengo un cuello exquisito y delicado como para dejar dos marcas de incisivo ahí sin venir a cuento.

No puedo llevar un pañuelo el resto de mi vida por culpa de un calentón.

¡Y menudo calentón! Si es que soy de carne débil y voluntad más débil aún.

—Debo de haber contraído una enfermedad. ¿Los murciélagos qué transmiten? —pregunto a nadie en particular.

—La rabia —sentencia Lucy. Aguardo a que se ría, cuando no lo hace, me asusto.

Me llevo la mano al pecho buscando algún sarpullido extraño o, ¡yo qué sé!, estar mutando y que me salgan alas y sea alérgica al sol, a las personas, a la vida misma. ¡Ay, Dios! «Murió de un beso vampírico», ¿hay algo más patético que eso? No hace falta que respondáis, gracias.

—Los síntomas de la rabia son similares a los de la gripe, Zoe, por favor.

—Se me olvidaba que mi prima es como un diccionario andante —sentencio dedicándole una mirada reprobatoria.

—Alguna de las cuatro tiene que estar cuerda, ¿no? Y, visto lo visto, soy la única —matiza ella con desdén.

—¡Oye! —protesto.

—¡Oye! —se queja Débora a su vez.

Ambas nos situamos la una al lado de la otra y formamos una barrera inamovible.

—¿Qué? Joder, os quiero muchísimo, de veras, pero se os está yendo la puñetera cabeza. Estamos en vete a saber dónde porque no se ve nada, buscando el ataúd de un vampiro que no existe y la habitación de un hombre que se supone que está formado por partes de otros hombres... —Lucy suspira, está al borde del colapso, y yo empatico con ella porque me siento más o menos igual cuando pienso en los labios de Gabriel. O quizá debería llamarlo Vlad...

—Yo no diría «se supone»... —contrataco.

Me gano de su parte una mirada moralmente cuestionable.

—No quiero saber nada de este tema —zanja mi prima dando un par de pasos hacia atrás—. Me marchó. —Como si no nos hubiésemos percatado de sus intenciones, ¿acaso no se ha dado cuenta de lo perspicaz que soy?, ¿que somos? ¿Cómo, si no, habría descifrado el plan maquiavélico de Gabriel y de su hermano y de este hotel que no es más que una tapadera para chupar sangre de mujeres bellas a su antojo?

Fatalín.

—Volvemos a ser dos —apunta Débora, que se engancha a mi brazo y me insta a avanzar. ¿Veis? Ella sí que tiene una actitud positiva frente a la vida. Es un ejemplo a seguir y eso.

—Sí, así que... —Me centro en lo importante—. Explícame por qué fue culpa tuya —retomo el tema.

Es muy muy interesante y, además, hace que no piense en que, si algo sale mal, podemos acabar en un hoyo disfrutando de la oscuridad y ya he dejado muy claro que los tonos negros no me favorecen en absoluto. Tampoco los tonos tierra..., ¿lo pillas?

—Me estoy haciendo la difícil.

¿Qué? O sea, ¿qué?

Me llevo el dedo a la oreja y lo acerco a su boca. No te lo tomes a cachondeo, es que esto... ¡Esto es tan *heavy* como que haya besado a un muerto!

—Repíte eso, por favor —le pido.

Débora tira de mi cuerpo y me empuja hacia una habitación cualquiera. La última vez que terminé en un sitio que no conocía, no se veía la luz del sol, había una cama con unos muelles que podrían matarte de lo oxidados que estaban y, tras eso, me desmayé porque Ladillas con ese cuello con forma de U venía a por mí sin contemplación alguna. Aunque parece que luego siguió de largo, perdonad que me lo perdiese y tal.

Débora chasquea la lengua, abre una puerta al azar, y nos metemos en ella.

Me tomo unos segundos para que mis ojos se adecuen a la oscuridad.

—Me estás cortando la circulación del brazo —me advierte mi amiga, la difícil, según he creído entender.

—Tienes otro —razono, porque es un argumento de los buenos.

A mi derecha hay una pared de piedra preciosa y una chimenea que no está encendida y que parece limpia, sin restos de ceniza. Y el resto... Librerías llenas y llenas de libros.

Jo. der.

Qué puta pasada.

Yo quiero vivir aquí.

¿Gabriel será adicto a la lectura?

Por supuesto, ha tenido miles y miles de años para leer, ¿qué va a hacer si no? ¿Correr bajo el sol y achicharrarse? No lo veo cometiendo ese tipo de actos contra su persona no viva, no.

—Me estoy haciendo la difícil —repite mi amiga.

Giro la cabeza y enfoco la mirada en ella. Débora se pasea por la estancia buscando lo que sea que esté buscando. ¿Algo de tiempo? Tiene toda la pinta, sí. Yo la sigo, porque no quiero quedarme sola. Cosas del miedo y eso.

Tropiezo con ella, la empujo y me mira mal. Me disculpo con la mirada, pero sigo caminando a su lado.

—¿Por qué estás haciendo eso?

—Busco el interruptor. ¿Por qué haces tú eso? —remarca.

Y señala lo cerca que me encuentro, tanto que casi me quedo con su aire.

Pongo los ojos en blanco, aunque de nada me sirve, por la oscuridad que nos rodea.

—No me refiero a eso.

—¡Aquí está! —casi grita.

Yo también, porque, cuando la habitación cobra vida, me enamoro. Amor a primera vista, para que digan que eso no existe, olvídate, solo tienes que observar esta habitación y querer quedarte a vivir en ella de por vida.

Acepto.

—Qué pasada —musito.

No es solo la cantidad de libros que hay, los lomos de esas maravillas que encierran historias fascinantes, la de vida que hay dentro de cada novela, es el espacio. La calidez, la paz, la tranquilidad y el sosiego que se respira aquí.

—¿Es una biblioteca?

Asiento perdiendo la voz por el camino.

—Es preciosa.

Unos enormes ventanales con unas cortinas verde bosque que van del suelo al techo llenan una de las paredes, las demás, están cubiertas de ladrillos o de libros.

Débora se coloca a mi lado y entrelaza sus dedos con los míos.

—Te has enamorado, ¿ehh?

Cabeceo afirmando.

—Hasta las trancas.

CAPÍTULO 32

El porqué de ser una puta

Zoe

Débora, paciente como ella sola, aguarda sentada en uno de los sillones orejeros del mismo tono verde que el de las enormes y pesadas cortinas que cubren los ventanales de la estancia. Sin dar tregua alguna, la lluvia golpea de forma incesante contra los cristales y esta es la primera vez en estos días que no siento nada de miedo. Y ese es un paso gigante para una persona como yo, predispuesta a desmayarse cuando le susurran al oído sin verlo venir.

Deambulo, paseando los dedos por todos los lomos, subiendo a la escalera de madera que rueda por las distintas estanterías para leer los títulos e, incluso, para extraer alguno que me llame la atención y llevármelo sin ser vista. Total, ¿quién va a echarlo de menos entre tanta novela?

—*Drácula* —lee mi amiga cuando lo coloco sobre la misma mesa en la que están sus pies apoyados de manera despreocupada—. Qué oportuno.

A mí no me engaña, puede que ella actúe de esa forma, de hecho, ambas sabemos que esa es su máscara. Finge que todo va bien y que nada le importa, y lo cierto es que todo le duele. Porque es humana, como tú y como yo. Como Gabriel no, claro.

—Puede darme información sobre... Ya sabes —dejo en el aire.

—Es una historia trágica —apunta mi amiga, que sigue sentada de esa forma tan descuidada—. Un amor que no pudo ser, un corazón roto. El amor es un rollo que te cagas, ¿no crees? —me pregunta. Sé que recuerda su propio final infeliz.

Tomo asiento en el sillón que hay frente a ella.

—No lo creo —respondo.

Débora alza una ceja, escéptica.

—Pensaba que eras de las mías, ya sabes, de esas que no se enamoran.

Me carcajeo, de ella y de mí, de ambas. De lo patéticas que somos y de lo poco que nos importa serlo.

—Ninguna de las dos somos de esas. —Que Débora no suele mantener conversaciones profundas es un hecho, ahora bien, cuando lo hace, suele romperte el corazón en dos—. Nosotras somos de las que esperamos a que llegue el de verdad. Picamos por aquí y por allá, pero cuando llega... Cuando llega luchamos por él.

Débora niega esquivando mi mirada. Sabe que tengo razón, aunque quiera darme a entender que me equivoco.

Porque ella se enamoró, le rompieron el corazón y juró que jamás volvería a entregarlo.

—No...

—Eso pasó hace tiempo —razono antes de que me suelte el mismo discurso de siempre—. Lo hemos dejado atrás. No eres la misma chica, ni siquiera, mañana serás la misma chica de hoy.

Sonríe, solo que de esa forma triste y apagada que me muestra que no es tan indiferente a la vida como quiere aparentar.

—Por supuesto, ahora soy Débora-hombres —concluye sarcástica. Qué mal le sienta esta forma de responder, no por nada en especial, mi amiga es la reina de la ironía, es solo que... no le sale natural, es forzada, y eso se percibe. Yo lo hago.

—Como broma estos años ha sido muy buena y... —Alzo la mano porque quiere intervenir,

no pienso dejar que lo haga. No es malo hablar en serio, no es malo abrirse a otra persona, ni siquiera es malo sentirse atraída por alguien. Solo que, cuando eso suceda, mejor que sea un vivo y no un muerto. Lo digo por nosotras y eso—. Siempre te apoyaré en lo que decidas, pero conmigo no tienes que fingir, Deb, soy yo, la chalada de tu amiga, esa que se desmaya y que besa vampiros. Que intenta matarlos para salvar a la humanidad y que se siente atraída por él sin entender qué coño sucede. ¿Y sabes qué?

—¿Que te quiero igual? —reformula ella.

Ladeo la cabeza y dejo escapar una risilla poco comedida.

—Por supuesto, joder, ¿cómo no vas a quererme si soy la caña?

Mi amiga se carcajea y eso es lo único que necesitaba conseguir.

—Me encanta la seguridad que tienes en ti misma.

—He llegado a ella a base de porrazos —suelto—, de la misma forma en la que tú has llegado a ser esa Débora a base de otros tantos.

Mi amiga baja las piernas de la mesilla de centro y pasa los dedos por la edición de *Drácula* que pienso birlar —y devolver en unos días. O no—. Cuando clava sus preciosos ojos en mí, sé que va a hablar de ello.

—No es agradable que te cuelguen etiquetas, mucho menos, la de la guarra del pueblo, ¿no crees?

Niego.

—Ninguna etiqueta es buena —remarco.

—Lo peor es que te la cuelga el que se supone que se comporta de esa manera, el que se acuesta con tu amiga durante meses y, para salir indemne de ese engaño, decide inventarse otro y dejarte a ti mal por el camino.

La sangre me hierve en las venas y siento que me pongo roja de furia.

—Te dije que podríamos cargárnoslo. —Débora se ríe, me gusta cuando lo hace—. Lo habría hecho en serio —insisto.

Porque se lo merecía, ¿vale? Personas como él..., rastreras y mentirosas, no merecen el perdón de nadie. No merecen la felicidad, solo... No sé qué decir para no quedar como una psicópata del quince.

—Sé que lo habrías hecho. —Se arrastra un poco más, hasta apoyar su culo en el borde del asiento. Yo lo hago también y le tiendo la mano que ella coge sin dudar—. Pero no habría valido la pena. Son felices.

Me duele en el alma que mi amiga, una de mis mejores amigas, se sienta tan vulnerable como se siente en este instante. No es justo, no se lo merece.

—No podrán ser felices sabiendo lo que te hicieron —replico.

Mi amiga alza la vista y clava sus oscuros ojos en mí.

—Yo fui la puta, ¿no? Y él, el machote. —Sí, esa es una buena forma de explicarlo. Directa y eficaz—. Él fue el que cometió el delito, y yo, la que pagué por él.

—Fue injusto y podríamos haber hecho algo al respecto.

—¿Hacer qué? ¿No te das cuenta? —me pregunta. Está herida, sigue estándolo. No sé si podrá dejar atrás ese dolor.

—¿Cuenta de qué?

Débora se toma unos segundos y mira por la ventana detenidamente. Cuando pienso que no va a responder, habla de nuevo.

—Los hombres pueden acostarse con las mujeres que les apetezca, pueden disfrutar del sexo sin compromiso, incluso pueden ser infieles y no sucede nada, al contrario, son los machos, los

hombretones, esos a los que se les da varias palmadas en la espalda por ser unos campeones. En cambio, las mujeres..., las mujeres nos convertimos en las putas, en las guarras y en las vulgares. Y esa etiqueta, ese cartel, te va a perseguir por toda la eternidad.

Parpadeo. No por los adjetivos ni por lo que ha dicho, sino por el tono o por lo fría que ha sido su comparación, al contrario, pestañeo por la verdad que encierran sus palabras.

Porque es triste que eso sea cierto, que nos juzguen de una manera tan sencilla y que no haya forma de cambiar ese hecho. ¿Por qué no nos damos cuenta del daño que hacemos?, ¿de lo que provocan determinadas palabras? O, peor aún, lo que causa la falta de ellas.

—Así que, si iba a ser la puta, pues lo sería con toda la razón —concluye.

Ahí está, esa es su máscara. La que hace que todo parezca que le resulta indiferente, y que yo, que la conozco y que la quiero, que sé lo injusta que fue su ruptura y su posterior vida, sé que no es más que una fachada. Una que no me negaría a mantener por ella si le fallasen las fuerzas, porque es mi hermana, aunque no lo sea de sangre, mi amiga, la persona que me acompaña, que me apoya con cualquier cosa que necesite por muy ridícula y absurda que sea.

—Débora...

—Débora-hombres —reitera carente de esa sonrisa maliciosa, aunque su tono pueda hacerte entender que está de broma, no lo está.

—Débora... —insisto.

Me levanto y me siento en el suelo, a sus pies. Mi amiga baja la vista y coloca una mano sobre mi cabeza. Ni siquiera sé qué añadir, lo único que quiero es que se sienta bien, que entienda que lo que digan los demás está de más, que las personas que de verdad la queremos sabemos el corazón tan grande que tiene. Y lo buena persona que es.

—Y llegamos aquí y pensé... ¡Qué más da uno más! —habla—. Pero luego, no sé por qué..., no he sido capaz de lanzarme. Me... —titubea. Alzo la vista, ¿mi amiga dudosa? —. Me pone nerviosa —aclara.

—¿Cómo que nerviosa?

—La forma en la que me mira me hace sentir extraña. Y anoche, cuando me ayudó a buscar la salida, me hizo reír. ¿Sabes? —de nuevo posa su mirada en la ventana—. Me dio la sensación de que me buscó en el laberinto, de que quería ir conmigo. —Débora niega en repetidas ocasiones —. Estoy bajo uno de esos embrujos vampíricos seguro.

Me hago a un lado para permitir que mi amiga se levante. Se encamina hacia la misma estantería por la que paseé yo antes.

—Técnicamente —razono—, Frankenstein no es un vampiro, está hecho de partes de...

—Puaggg. —Mi amiga se da la vuelta y ha regresado ese tono travieso que siempre la acompaña—. No me lo quiero imaginar de esa forma —apunta—. Además, con lo que tengo en la cabeza hacer con él, sabré si es cierto eso de las partes unidas y...

Me tapo la boca, porque no quiero saber nada de heridas ni puntos ni suturas ni esas cosas que me ponen los pelos de punta.

—Para que digan que el romanticismo ha muerto. —La señalo irónica.

—Tal vez para mí murió hace años. —Seis, para ser exactos—. Y esto sea lo que me queda.

—A mí no me parece mal, siempre y cuando eso sea lo que te hace feliz.

Un mohín de incomodidad, apenas imperceptible, recorre su semblante, aunque lo esconde con celeridad.

—Me hace feliz. —No lo creo.

—Pues hecho, ¿no? —la provoco.

Guarda silencio.

—¿Y ya está? ¿No piensas convencerme de que me deje cortejar o de que lo corteje?

—No estamos en el siglo XV. Ahora podemos hacer lo que nos dé la gana.

—Siempre y cuando nadie se entere porque te colgarán otra etiqueta de mierda.

—¿Sabes lo que de veras es una mierda?

Me acerco hasta ella.

—¿Que te ponga cerca un vampiro? —Eso también.

—No —niego—. Que te importen las etiquetas que te cuelgan y que dejes que esas etiquetas condicionen tu vida. —Me aplaudo mentalmente porque dando discursos soy mejor que matando murciélagos. Mi amiga me mira con fijeza, me evalúa y, cuando creo que va a soltar alguna de las suyas, se adelanta y me abraza—. Vaya, y yo que pensaba que la de los abrazos de osito era Rita.

—Los abrazos de osito siempre son necesarios. Y nosotras necesitamos uno después de esta charla tan intensa, es eso o buscar una botella de wiski.

—Puaggg —es mi turno de protestar.

—¿Caipiriña?

—Mejor. —Sonrío. Mi amiga se aparta y se encamina hacia la puerta—. ¿A dónde crees que vas?

Ni siquiera se gira cuando abre la puerta.

—Tengo algo que hacer. Sola.

Nos quedamos *Drácula* y yo plantados en la biblioteca, otra vez solo yo.

Nada, no hay manera de que permanezcamos en grupo. Así solo conseguiremos desaparecer, y eso..., eso es cosa mala.

CAPÍTULO 33

No estaba muerta

Zoe

No sé cuánto tiempo he pasado en la biblioteca, ni siquiera tengo idea de qué hora es cuando salgo de ella, solo arrastro los pies hacia mi habitación porque lo de ir a cenar no está contemplado y no hablemos de la actividad nocturna porque hace horas que ha acabado. Ya le pediré un resumen a mi hermana mañana o a mi abuela, a quizá a Nina, porque es la que menos miedo me da de todas.

Cuando entro en mi estancia, la chimenea está encendida y el calor envuelve el espacio. En otras circunstancias, habría achacado el asunto a Cordelia o a cualquier otro suceso paranormal, pero todavía estoy medio tocada por la conversación que mantuvimos Débora y yo, y porque no sé nada de Rita desde ayer cuando se supone que ella era mi vía de escape. Ya sabéis, mi Mulder, mi Bonnie, mi Starsky, mi... eso mismo.

—¡A la mierda!

Repaso mi atuendo poco acertado para perderme por un hotel lleno de almas en pena que vagan sin ir hacia la luz, de un chupasangre que me ha convertido en su siguiente víctima —y yo a él en la mía— y de un tío que está hecho con pedazos de otros para dirigirme a la habitación de Rita.

—Tú me servirás —apunto.

Como si mi amigo el candelabro me fuese a ayudar mucho. Apuesto lo que sea a que se da el piro si las cosas se ponen feas.

Rezo para que eso no suceda.

Abro la puerta y lo primero que saco es el candelabro, si él grita es que lo mejor es apretar el culo y cerrar la puerta. Dejándolo fuera, claro está, a él no le pueden chupar la vida, puesto que no tiene. Cuando soy consciente de que todo está en calma, y el candelabro no tiembla, decido abrir un poco más, sacar la cabeza y comprobar que no hay nada extraño. Al menos a simple vista.

Salgo de puntillas al pasillo y comienzo a acercarme a las escaleras. Bajo los dos pisos que me separan con el corazón a punto de salirse del pecho y, cuando me planto frente a la puerta de mi amiga, solo rezo para que me abra porque no sé si tendré cuerpo ni entereza suficiente como para regresar sobre mis pasos.

Os doy un consejo, porque soy buena gente y eso: cuando el miedo está de por medio, lo mejor es no preocuparse por nadie que no seas tú misma. De nada.

Lástima que no sea de esas que siguen sus propios consejos, así me va la vida...

Toco con suavidad y no se escucha ruido alguno. Empiezo a temer por su vida de veras. ¿Y si me he equivocado? ¿Y si resulta que he interpretado mal las señales, y Gabriel había puesto sus ojos en ella y ahora también sus colmillos? ¿Y si lo de anoche fue una técnica de distracción para llevarse a mi amiga? Puede que la haya secuestrado Frankenstein, y ambos se hayan buscado una coartada utilizándonos a Débora y a mí para cubrirse las espaldas. Ya sabéis: «Nosotros no podemos ser porque estábamos con ellas, pero sí que somos y os hemos despistado, pardillos».

Y en este instante mi amiga es una esclava de sangre ligada a esos dos muertos sexis y apuestos, *buenorros* y trajeados, y yo... ¿Eso que siento es una pizca de decepción? ¡Pues claro! Porque yo creía que al vampiro le gustaba yo y, mirad, me ha engañado el maldito para llevársela

a ella.

Como si nadie la fuese a echar de menos con todo lo que casca, joder.

¡La habéis cagado y me vengaré por ello! Nadie muerde a mi amiga y sale vivo para contarlo.

O, bueno, sale muerto para contarlo, porque lo de vivo... En fin, dejémoslo para otro día.

Vuelvo a tocar, con menos esperanza que antes, claro está, porque yo ya me la imagino con el cuello como un colador, la piel cetrina, con los brazos caídos a ambos lados, la mirada perdida y sin hablar. ¡Sin habla! ¡Rita! ¡Sin habla!

Y, mientras hago todas esas conjeturas y cada vez lo tengo todo más y más claro, la puerta se abre, y mi amiga —esa que no estaba muerta, sino, al parecer, de parranda— tira de mi mano y me mete de lleno en su habitación.

Mi amigo el candelabro cae al suelo y el estruendo me sobresalta.

A lo mejor ya la han convertido en *murciélaga* y resulta que ahora recluta a más chicas sexis y con sangre sabrosa, y soy la siguiente en la lista.

Bueno, teniendo en cuenta dónde estamos, a mí no me sorprende nada.

A simple vista, Rita parece la de siempre.

—¿Qué? —me pregunta.

La de siempre no, porque si fuese ella me estaría largando algún rollo sobre caminar de noche por un castillo embrujado y las posibles consecuencias de ello o de la reanimación cardiopulmonar o de lo sexi que está Tony desnudo. A saber. Lo que os garantizo es que estaría largando por esa boca y no soltando un simple y sencillo «¿Qué?».

Dejadme que pruebe mi teoría.

—¿Qué pasó cuando cumplimos catorce años? —Rita frunce el ceño. «Mi Rita» no tendría dudas de mi pregunta.

—¿A qué viene eso? —contratoca ella.

Ay, que me la han *matao*. Que le han chupado la energía vital. Que es solo un cascarón de lo que fue. Que mi amiga la parlanchina ya no tiene fuerzas para ello. ¿Qué será lo siguiente?, ¿lobotomizarla?, ¿momificarla?, ¿hacerse unos zapatos con ella y su piel nívea?

No, mi *ciela*. Por ahí sí que no paso.

—Última oportunidad, ¿qué pasó cuando cumplimos catorce años?

Mientras aguardo a que responda, si es que lo hace —porque ya no es mi amiga, es un cascarón vacío—, recojo el candelabro. Observo la habitación y encuentro un crucifijo en ella. No me jodas, ¿por qué hay un crucifijo aquí y en la mía no? ¿Los habrán quitado aposta porque les hace más daño que el sol? ¿O mi amiga lo habrá traído en su maleta del Inspector Gadget junto con la linterna? ¿Quién coño se va de viaje y se lleva una linterna? ¡Rita!

—¿Vas a hacerme hablar de ello?

—Hablar es tu segundo nombre, maja.

Mi comentario le saca una sonrisa, todavía no la han convertido del todo, por lo que veo, ahí, bajo capas y capas de sangre que le falta, sigue un atisbo de lo que mi amiga fue.

—Jugamos al juego de la botella, tuve que besarte. Me metiste la lengua en la garganta porque dijiste que tenías que experimentar. Fuiste mi primer beso, y te odiaré toda la vida por ello.

A ver, a ver, a ver, antes de que me crucifiquéis —negadme que ese chiste no ha sido bueno —, no fue así, ella ha hecho un resumen poco extenso, mi Rita lo habría alargado más y os habría explicado que yo tenía los ojos vendados y que sus labios eran mullidos y que pensaba que era Juanma, el hijo de Pilar, y en mi defensa diré que lo habíamos amañado para que me tocara él y no Rita.

Como veis, la mala suerte me ha acompañado toda la vida porque sí, mi primer beso con

lengua se lo di a Rita y no a mi Juanma.

Que también debo decir que luego se lo di al susodicho y fue mejor el de mi amiga. Si queréis, podemos hablar de eso largo y tendido en otro momento en el que no necesite más información al respecto sobre si sigue viva, medio muerta o ya ha cruzado el supuesto túnel.

Tiro de la mano de mi amiga, que abre los ojos como platos porque no se lo esperaba, y comienzo a manosear su cuerpo como si me fuese la vida en ello. En cierto modo, es así, porque, si ya no es lo que fue, me voy a echar a llorar, porque Rita será mil cosas; pero es como mi hermana, de hecho, me trata mejor que Mica, haceos a la idea.

—¿Qué coño...?

Ladeo su cabeza con decisión y comienzo a pasar los dedos por donde yo creo que está la yugular. Digamos que en *Drácula* no se habla de anatomía humana y en el instituto me salté esa clase para enrollarme con alguien, seguro. O para planear mis vacaciones idílicas, cosa que luego salió mal porque mirad dónde he acabado.

En fin, que no hay rastro de colmillos.

Los brazos tampoco. Me agacho y las piernas nada, limpias. Entonces pienso que, si yo fuese un vampiro, tal vez la mordería donde nadie pudiese verlo, así que, por su bien, meto los dedos en la cinturilla del pantalón y estoy dispuesta a verle el chumino si hace falta.

Me estremezco, porque este va a ser otro trauma que sume a mi patética vida. Voy de locura en locura y sin freno.

—¿Qué coño haces? —Noto su enfado, eso y que me frena las manos.

Lo agradezco, de veras que lo hago.

Me echo hacia atrás.

—Llevo sin verte desde anoche, no sabíamos nada de ti, no abrías la puerta y no contestabas a nuestros mensajes. Eras mi salvadora y desapareciste. ¿Te han mordido ya? ¿Te has convertido en un cascarón vacío? Y, lo más importante, ¿te ha gustado?

«Te gustará».

¿Que me brinque la pepitilla es normal? Porque, joder, estoy un pelín —solo un pelín— desesperada.

—Nadie me ha mordido. He escuchado la puerta y no he querido abrir. Tan simple como eso.

¿Qué?

—¿Por qué? —pregunto en cambio.

Mi amiga se aparta y se acerca a la ventana. El laberinto se ve desde aquí, aunque no tan nítido como anoche porque está cayendo el diluvio universal.

—Anoche las cosas no salieron como esperaba.

Repaso su atuendo y no hay ropita sexi por ningún lado, aunque su pijama de estrellas de mar me gusta cantidad; no tanto como el mío de fresas, pero se acerca.

—¿A qué te refieres?

—Tony no quiere nada conmigo —suelta—. Me lo dejó bastante claro.

Permitidme que eso lo ponga en duda porque Tony es mudo. O casi.

—Explícate.

Me dirijo a su cama, sin perder de vista el crucifijo, siento como si Jesucristo nos estuviese mirando, juzgando y cerrándonos las puertas del cielo, todo a la vez y sin pestañear siquiera.

—Lo encontré entre tanta gente, llevaba puestos los cascos, así que se sorprendió cuando lo sujeté por el brazo. Cuando me miró, simplemente no pensé en ello, ¿vale? Era todo o nada, y ya sabes que yo he venido dispuesta a jugármelo a esta partida. —Baja la vista—. Lo besé. Por unos segundos se quedó quieto y, claro, yo me hice unas ilusiones increíbles. Me veía paseando con él

de la mano, comprándonos nuestra primera casa y nuestro primer monovolumen donde meteríamos a Rocky, Kira, Mantis y Rapunzel.

—Por favor, dime que esos no van a ser los nombres de tus hijos.

Rita sonríe, aunque no con suficiente énfasis.

Esta noche está siendo una mierda, entre Débora y Rita... Vaya bajón que tengo.

—Por supuesto que no. —Se cruza de brazos—. Rocky será nuestro pastor alemán. Kira, nuestra yorkshire; Mantis, nuestra tarántula, y Rapunzel, nuestra gallina.

Ah, mirad, y luego pretendéis que yo sea normal. ¡Cómo voy a ser normal si tengo amigas que están tan mal como yo!

No, espera, ¿quién cojones quiere ser normal? Eso es aburrido.

—Entiendo. —Es todo lo que sale por mi boca.

—Lo visualicé hasta que Tony me apartó con suavidad. Me dedicó una sonrisa que pensé que quería decir: «¡Por fin te has lanzado!». Cuando en realidad era más bien un: «¡Eso ha estado fuera de lugar!».

—Si no abrió la boca... —Que, a ver, suena a rechazo lo mires por donde lo mires, sin embargo, soy su amiga, tengo que intentar agarrarme a cualquier resquicio para infundirle ánimos, esto funciona así entre nosotras.

—Zoe —me corta—. Me explicó que tenía pareja y que se llamaba Manuel.

Abro la boca.

—¿Tony es...? ¿A Tony le gusta...? ¿Le van los...? —A todas esas preguntas inacabadas, Rita solo asiente.

—He interpretado las señales muy mal. Pensaba que era tímido —razona.

—Y puede ser un gay tímido —apunto con desenfado.

—Pues es un gay tímido y colado por Manuel.

—¿Quién es Manuel? —pregunto a su vez.

Rita alza los hombros.

—Ni lo sé ni me importa —finaliza—. Lo que sí sé es que he estado de bajón y que llevo horas dándome de cabezazos por no haberme dado cuenta antes de lo que sucedía.

A ver, no había señales.

—¿Te encuentras bien?

—Estoy mejor. —Es su respuesta—. Mi dignidad y yo estamos intentando reconciliarnos después de tremenda cagada.

—Nunca has tenido dignidad. Yo tampoco. Ni siquiera Débora. Lucy, en todo caso.

Rita sonríe y asiente dándome la razón.

—Cierto. No me importa. Además, hice el ridículo con catorce años besándote con lengua, esto no es nada en mi historial de poco orgullo y mucha desvergüenza.

—En cuestión de decoro, yo me llevo la palma, porque he besado a un vampiro.

Rita abre los ojos, porque, claro, no se ha enterado de nada. Procedo a relatarle el acontecimiento y a explicarle que todo fue por culpa del famoso hechizo vampírico en el que nos hablan de esa forma que nos adormece y nos quedamos cucú.

Yo más, porque lo de no estar bien de la azotea es cosa de genética y familia, ya sabéis.

—¿Y qué vas a hacer? —Alzo la vista y miro el crucifijo por si de pronto Jesús se ha servido una birra para acompañarnos en nuestra charla tan animada e ingeniosa.

—Por lo pronto, eso me lo llevo —nunca está de más. Mujer precavida, vale por dos. Rita asiente—. Seguiré mi plan, lo seduciré, pondré en riesgo mi vida por vosotras y, si no vuelvo, matad al vampiro y que mi hermana no se quede con mi habitación porque la perseguiré en

espíritu. Me haré amiga de Cordelia, nos subiremos en el avión y le joderemos la vida — argumento.

—Hecho.

Nos sonreímos cómplices.

—Y tú, ¿qué vas a hacer tú? —se la devuelvo.

Chasquea la lengua y mira por la ventana.

—Supongo que buscar a alguien al que yo pueda gustarle. Disfrutar del sexo, ser Rita-hombres —bromea.

Asiento.

—Me parece un plan cojonudo —sentencio—. Cojonudo de veras.

CAPÍTULO 34

Zoenámbula

Zoe

Horas intempestivas, venid a mí.

Esto es lo que pasa cuando te pones al día con tu amiga, que te dan las tantas y, cuando quieres regresar a dormir, ya no sabes si caminar, gatear o acurrucarte en la puerta y dejar que te meen los perros. O, en su caso, los pavos.

De todas todas, he decidido no dejarme ver con este pijama tan ridículo a la par que sexi, porque ciertas fresitas que cubren la zona de mis pezones son un atrevimiento lo mires por donde lo mires.

Es una lástima que a «Gabriel, don Estás Que Te Sales, Majo», no le vaya la fruta, porque yo le dejaría comerme las fresas, con nata y sin ella.

Ya sabemos que subo por las escaleras, mi candelabro, mi crucifijo y yo nos hemos corrido una juerga de padre y muy señor mío. Ya podemos afirmar que somos íntimos y tal.

Cuando pongo el pie en la que es mi planta, la primera puerta se abre y ante mí aparece un Frankenstein de lo más mono si no fuese por todas las cicatrices que tiene que tener por todo el cuerpo.

¿Sabéis? Salvando eso de que esté muerto y esas miradas extrañas y burlonas que me echó en el laberinto, como si el supiese algo que yo no, me gusta para mi amiga.

Bueno, eso y que lo de confraternizar con los huéspedes está prohibido. Aunque... Gabriel, ¿en serio? ¿Me sueltas ese rollo y después dejas que te bese y amenazas con mordirme y con que me gustará? ¿En qué posición de *salidorro* te dejan tus actos? Ya te lo digo yo: en la misma que a mí, claro.

«No confraternizar», dice, y luego las vacía con sus colmillos de chupasangre... Lo que hay que escuchar. La hipocresía ya no tiene límites.

Freno mis pasos, porque tal vez, si no me escucha, no me ve, y, si no me ve, no estoy, y, si no estoy, no tendrá ganas de matarme.

Total, que no es que me salga bien —para variar— la jugada, porque, después de desperezarse durante lo que me parece una eternidad, de que se le suba la camiseta y yo aparte la mirada porque es el muerto de mi amiga y que se revuelva el pelo como si lo estuviesen atacando una manada, bandada o un rebaño de piojos, lo que sea; abre los ojos, enfoca la vista en mí y abre la boca, perplejo.

Lo sé, chato, soy sexi, pero me mola tu hermano el chupasangre.

Y no, no me puede molar en absoluto. Solo que lo hace y... ¡Debería preocuparme por ello! Hablaremos de esto en otro momento, por supuesto.

—¿Qué haces despierta a esta hora, miedica?

Lo que ha dicho el mamarracho.

—¿Miedica? ¿Me has llamado miedica?

A mi favor diré que ya sé cuál es la habitación de Frank y por eso estaba por aquí el día en que quise encender mi chimenea. No esa chimenea, no me seáis..., hablo de la de piedra que hay en mi habitación. ¡Bah! Déjalo.

En fin, seguro que Débora se va a poner muy contenta y me ayudará a matar al murciélago.

El chico en cuestión alza una ceja, inquisitivo. No es necesario que pronuncie palabra alguna porque me está cuestionando. ¡A mí! ¡Cuestionando mi miedo!

Claro, en estos temas, no hay mucho que discutir.

—Te lo perdono, porque es una verdad como un templo. —Y ya que me he envalentonado—: Tan real como que los muertos caminan entre los vivos.

Estudio su semblante, tirando de perspicacia porque voy sobrada de ella. Busco resquicios de sorpresa, de que se sienta amenazado porque he descubierto su secreto o yo qué sé, temor a que haga que crucen el puente de los vivos y se vayan al de los que la han cascado hace miles de años.

Lo único que encuentro es una sonrisa arrogante que no tiene efecto alguno en mí, ni siquiera se me mueve la raya del pelo.

El vampiro me ha quitado toda posibilidad de fijarme en otro chico. ¿Será ese otro superpoder que nadie ha descubierto?

—Eres divertida. Ya entiendo por qué a mi hermano le resultas tan fascinante.

¿Habéis oído? Ha dicho fascinante y no apetecible. No sé si tomármelo como un rechazo en toda regla o como una victoria temprana.

Total, que el chico se da la vuelta y me cierra la puerta como si nada hubiese sucedido. Ni siquiera se ha fijado en mis pezones de fresa y eso siempre llama la atención. Y, si no, que se lo digan a mi hermana, que, cada vez que me pongo este pijama, se parte de risa y me amenaza con subir una foto de mis «frezones» a Instagram para joderme la vida.

Esa es la relación que tenemos, sí.

Dejando este encuentro de lo más extraño a un lado, y la información que he obtenido de él, me dirijo hacia mi estancia. Tengo sueño.

Y sabéis lo que pasa cuando tienes sueño, cuando quieres que la vida te sorprenda y no te golpee ni vapulee, cuando tienes ojeras y tus «frezones» van dos pasos por delante porque resulta que tienes frío y no se te pasó por la cabeza coger, junto a tu amigo el candelabro, una chaqueta o algo, ¿no?

Pues pasa lo que tiene que pasar, que la puerta del fondo se abre y sale un Gabriel en pijama, más guapo que nunca, más sexi si cabe, y yo más necesitada que cualquier chica normal y corriente cuando sale una edición limitada de su libro favorito.

¿Y qué haces tú ante eso?

Te lo explico yo, es más, soy tan buena que te dejo elegir.

Respuesta A: te haces la interesante. O no, no te lo haces, porque lo eres.

Respuesta B: huyes despavorida.

Respuesta C: finges que eres sonámbula.

Respuesta D: croquetas.

Venga, ¿cuál es tu apuesta?

Sí, hija, sí, tengo tan poca dignidad que finjo que estoy dormida.

Cierro los ojos, cosa que no es muy buena idea porque no conoces el lugar, puedes tropezar, perder los piños y la poca decencia que te queda. Estiro los brazos, imaginaos qué divertido, el candelabro en una mano y el crucifijo en otra. Dos fresas en mis pezones, y camino lo que creo que es la distancia suficiente como para posarme sobre la puerta de mi habitación. Me giro, abro el ojo y bizqueo. Todavía me queda por avanzar y ya que estoy, en vez de darme la vuelta y caminar de frente otra vez, camino de lado. Si me pusiese unos elásticos en los muslos, estaría haciendo ejercicios de fuerza.

Resulta que, cuando abro los ojos de nuevo, me he pasado mi habitación y estoy al lado de Gabriel.

«Oh, Gabriel, con traje estás que te sales, pero sin él quitas el aliento».

«Murió de un calentón». Esa soy yo.

No dejéis que lo pongan en mi lápida, por favor.

—¿Has terminado ya de hacer lo que quiera que estés haciendo? —me pregunta.

Podría parpadear, solo que tengo los ojos cerrados. Podría correr, sin embargo, soy un poco lenta, estoy cansada y mis reflejos dan tanta pena como yo en este momento. Y también podría lanzarme a sus brazos, ladear la cabeza y ofrecerle mi cuello en bandeja.

Se me erizan los *frezones*.

Y eso es cosa mala.

Como si él también lo hubiese percibido, baja la vista, desliza la mirada por mi cuerpo, y yo me convierto en fuego líquido, en lava sólida o en lo que queráis.

Otra vez ese embrujo al que me somete. Soy una chica fácil, ¿qué le vamos a hacer? No tengo barreras mentales y esas cosas, nadie me ha enseñado.

Podría soltaros un discurso aterrador sobre mis gritos, sobre por qué, sin razón alguna, mi espalda acaba chocando contra la pared de ese mismo pasillo o si el temblor que siento en las piernas es culpa del miedo y no de la excitación. Lo que pasa es que he decidido ser honesta con vosotras y, total, ya me conocéis lo suficiente como para saber que... ¡A la mierda el candelabro! ¡Al carajo el crucifijo! —Señor, Jesusito, Dios Santo, no me lo tengas en cuenta, es el embrujo—. Y, además, ¿eso que noto cerca de mis partes íntimas es lo que creo que es?

Joder, pedazo estaca, ¿no?

Es que eso de que lleve tela fina y no hecha a medida tiene muchas ventajas.

—Muérdeme —le pido. Que se lo ruego, ¡ruego! ¡Yo! Está claro que este era su plan desde el principio, volverme loca para dejarme hacer de todo.

¿Dónde quedó ese plan de «ven acá que te mato»? Ah, sí, fue sustituido por el de: «¡Ven aquí que te la meto!».

No me juzguéis, ¿vale? Él tiene poderes y ya os he hablado de mis debilidades y esas cosas.

—¿Eso es lo que quieres? —Oh, vaya, sí que lo quiero. Con impaciencia—. O bien puedes morderme tú a mí —contrataca.

A ver si se va a pensar que la chupasangre soy yo.

Y no, a mí la carne y el pescado bien hechos.

Tira de mi cuerpo, y yo me envalentono. No entiendo cómo lo hago con lo medica que soy. Tampoco cuando no poseo ninguna estaca a mano.

¿El plan? A la mierda, porque seducirlo y no poder matarlo..., ¿me lo explicas? Además, se supone que yo solo iba a llevar a cabo ese ardid con el fin de librar al mundo de su maldad, no alimentar la misma.

Fijaos lo cachonda que estoy que os juro que hasta le noto las manos calientes.

Es la falta de sueño y de recato, de eso también.

Cierra la puerta de un puntapié y ya estamos en su estancia. Los muebles son robustos, las cortinas son gruesas —anda, a juego con su estaca— y la cama es tan grande y tan apetecible como la mía.

¿Y el ataúd?

Ya sé lo que sucede aquí, seguro que hay alguna palanca extraña o un botón rojo que pulsas y que le da la vuelta a la habitación para que parezca normal. Christian Grey tenía una llave preciosa para su habitación del dolor, Gabriel tiene un botón escondeataúdes, ¿cómo te quedas, multimillonario de libro?

Bueno, vamos, que en este hotel no hay nada normal. Ni siquiera yo.

Soy una marrana, voy a ir al infierno, he dejado salir la poca fe que puede haber en mí y le he

hecho hueco rápido, y sin pensar, a la maldad de un cuerpo de maromo cachas que me pone cantidad.

Y que empieza a gustarme...

—¿Ya has contemplado bien el espacio? —me pregunta con las pupilas dilatadas.

No hay rastro de sus colmillos, los estará guardando para cuando empiece la fiesta.

Esto es el aperitivo.

—Sí, eso parece, está todo en su lugar.

Y, cuando digo todo, me refiero a todo de veras.

Sonríe de medio lado. Se me calcinan los *frezones*.

—Prepárate, Zoe, porque te voy a hacer gritar.

Despedíos de mí, fue bonito mientras duró. Chao, pescao. Os quiero. Que Mica no se quede con mi habitación.

Alguna vez tenía que haber una historia que no acabase bien, ¿no? Pues, ea, eso os pasa por encariñaros conmigo.

Yo también os quiero.

CAPÍTULO 35

Hincarte el diente

Gabriel

¿Qué haces cuando el destino te recompensa por lo que sea que hayas hecho con una preciosa chica de pelo color azabache y ojos negros? Supongo que soportar a David y a Frank todos estos años tiene su compensación, y ahora mismo tiene el cuello ladeado y los ojos expectantes.

—¿Por qué no estabas en tu habitación? —le pregunto.

Necesito tranquilizarme, calmar un poco mis ansias y la necesidad que corre por mis venas. Necesidad de poseerla, de follármela hasta la extenuación y sí, de hacerla gritar como le he prometido que haría.

Y, ojo, lo haré. No levanto promesas en vano.

—¿Qué? —titubea todavía con la cabeza ladeada.

Me acerco, a pesar de mi reticencia, y paseo la nariz por su piel. Tersa, suave y con ese olor a pecado que me sacude las puñeteras entrañas.

Esta ha sido una mala decisión. Una muy mala decisión.

No, joder, es la mejor decisión que he tomado nunca. De hecho, haberla recogido del suelo el día que llegó a este hotel se ha convertido en la puta mejor decisión que he tomado en la vida.

—Solo quería saber por qué no estabas en tu habitación, ¿te encuentras bien?

Zoe abre los ojos, como si mi pregunta la pillase desprevenida y la sorprendiese.

—Fui a ver a Rita, está pasando por un momento de bajón. —Aguardo unos segundos, por si quiere seguir hablándome de ello. Es más, en este instante, quiero que me hable de todo y de nada, quiero conocerla, quiero saber más de Zoe. Lo quiero saber todo. ¿Dónde quedó eso de que me mantendría alejado? Bueno, pues, siendo honesto, no me acuerdo—. ¿Podemos seguir con lo nuestro?

Separo su cuerpo del mío y sonrío de medio lado.

—Vaya, veo que alguien está un pelín desesperada —la provoco.

Obviamente, Zoe es de las que muerde el anzuelo.

—No he sido yo el que ha perseguido a una huésped por las escaleras y por el pasillo. —*Touché*.

Se cruza de brazos y ese sencillo gesto hace que baje la vista y recorra su figura con total descaro.

¿Fresas? Abro la boca, Zoe baja la vista y sabe dónde he posado la mirada.

—¿Te gustan mis *frezones*? —ironiza ella.

Me acerco, Zoe baja los brazos y da un paso atrás, entrecierra los ojos y me evalúa. Frena sus pisadas cuando la espalda le choca contra la pared que hay al lado de la puerta, esa misma pared que da hacia su habitación, justo esa pared en la que, algunas noches, ni confirmo ni desmiento que he pegado la oreja para escuchar, para saber si estaba ahí, si oía música, si hablaba sola o si bailaba.

Lo que fuese con tal de saber más.

Cuando está donde quiero que esté, apoyo los brazos a ambos lados de su cabeza y la encierro entre ellos, de la misma forma en la que quiero que ella me encierre con sus piernas. De esa misma manera en la que sé que lo hará.

—De hecho, quiero morder esos *frezones*.

Si no fuese porque me resulta imposible en ella, juraría que se ha ruborizado.

Aparta la mirada unos segundos y observa la cama. Sigo el movimiento de sus ojos y sonrío con presunción.

Antes siquiera de que pueda hacer comentario al respecto, Zoe clava la vista en mí de nuevo y alza la barbilla, llena de determinación. Y eso me fascina.

—De hecho —repite—, me gustaría verte morderlos —sentencia.

Un estremecimiento me recorre la columna de punta a punta. Intento apartarme, tomarme unos segundos porque no hay nada que me apetezca más que morderla, saborear su cuerpo, probar su coño, deleitarme con él y... ¿Quién coño me dice que no pueda hacerlo?

Me separo, y Zoe me sujeta por la camiseta, atrayéndome de nuevo hacia ella.

—¿Dónde crees que vas? —pregunta con altanería.

No respondo de inmediato porque sus ojos me hipnotizan. Su mirada me hechiza y su cuerpo me tiene completamente embrujado. Estoy a su merced y dudo que ella sea siquiera consciente de ello.

—Zoe... —Inspiro—. Necesito... Quiero...

—¿Ahora dudas? Pensaba que eras de esos que tenían las ideas bien claras, ya sabes, un lobo. Alzo la ceja.

—¿Un lobo?

—O un vampiro... —Se limita a alzar una ceja.

Sonrío, imagino que esas similitudes tienen mucho que ver con este jueguito que nos hemos traído sobre mordernos.

—Soy mucho peor que ellos dos —decreto.

Zoe inhala y le dejo cierto espacio. Si decide marcharse, me alejaré de veras, dejaré que esta necesidad que siento por ella quede relegada a un segundo plano. En cambio, si ella desea esto tanto como yo, si me demuestra que estamos jugando en la misma liga... No podré dejarla escapar.

—Demuéstramelo —me provoca—. Demuéstrame cómo puede ser. Cómo eres, Gabriel.

No necesito nada más. Esas palabras son la mecha que prende el fuego en mi interior y mi cuerpo se convierte en un volcán a punto de erupcionar.

—Te voy a destrozar. —No es una amenaza, es una realidad.

Presiono mi polla contra su centro, y Zoe responde echando la cabeza hacia atrás y gimiendo.

Me cago en la puta.

—Eso es. —Le acaricio la mandíbula a la vez que vuelvo a presionar contra su centro—. Apuesto lo que sea a que, si te toco ahí —musito mientras poso una mano sobre su sexo, por encima de su pijama—, estarás empapada. —Me acerco más, ella gime, yo solo le hablo al oído—. Por mí —finalizo.

Sus dedos se sitúan sobre mis pectorales y los araña sobre la camiseta.

Se acabó el juego.

Deslizo las manos hacia sus muslos y comienzo a ascender por ellos, llevándome la fina tela del pantalón. Zoe tiene los ojos cerrados, aunque su respiración acelerada, el tono rosado de su tez y los gemidos que suelta por aquí y por allá me indican que ella desea esto tanto como yo.

Hemos estado jugando al gato y al ratón. No sabría decirlos quién ha atrapado a quién, porque me siento su presa, aunque parezca que soy el depredador.

Cuando llego a su ropa interior, y percibo la humedad en ella, sonrío satisfecho. Zoe abre los ojos y ladea la cabeza.

—¿Contento?

—Mucho. —No dudo en responder, por supuesto.

Continúo el ascenso y, cuando llego a esa blusita que me muero por arrancarle, me limito a tomármelo con calma y a dejar que sienta cómo la tela desaparece. Cuando sus tetas están a la vista, me agacho y me pongo de rodillas frente a ella.

—Eres muy sexi —murmura.

Casi me corro.

—Tú eres una jodida preciosidad.

La dirección de mis dedos cambia y subo hasta sus pezones, soplo su abdomen a la vez que los pinzo con mi dedo pulgar y mi índice, Zoe mueve la pelvis, llevándola hacia mi pecho.

Chasqueo la lengua y la empujo de nuevo contra la pared. Baja la vista y me clava puñales con ella. Me parece una jodida locura, ella, nosotros dos, este momento. Una puta locura.

Aprieto de nuevo sus pezones, y ella se sacude. Mi polla presiona contra el pantalón, late dentro de él y percibo la humedad en la punta.

Suelto su pecho para recolocármela, y Zoe sonrío presuntuosa al darse cuenta de lo que estoy haciendo.

—Puedo ayudarte con eso —me indica.

Ladeo la cabeza, palmeo su pecho, y ella me dedica una mirada llena de fuego.

—Y vas a ayudarme con eso —le anticipo.

Se lame los labios y no veo la hora de que esa boquita envuelva mi polla, de que se la trague por completo, de tirarle del pelo mientras lo hace.

Le vuelvo a soplar en la barriga y decido dar el siguiente paso. Con extrema calma, una que no siento en absoluto, bajo el pantalón. Lleva puestas unas braguitas de mariposas, ¿en serio? ¿Mariposas?

—Dime que no son monísimas.

—Son casi tan preciosas como tú —y lo digo de veras. Zoe es una chica increíble, es sexi, es divertida, tiene una personalidad arrolladora, es gentil y cercana, siempre dispuesta a ayudar y leal.

Y me está permitiendo que le haga de todo y más. ¿Puedo ser más feliz que en este momento?

No, os garantizo que no.

Cuando las bragas acaban en el mismo lugar que sus pantaloncitos y que su camiseta de fresas, me incorporo para admirar su cuerpo.

—Joder, Zoe, me vas a matar.

Ella sonrío con presunción.

—Y yo, que pensaba que iba a ser al revés.

Cuando estoy dispuesto a preguntar el porqué de ese comentario, Zoe abre las piernas y lleva el dedo corazón hasta su clítoris. Me. Va. A. Dar. Un. Puto. Infarto. Si. Sigue. Haciendo. Eso.

Lee mi mirada, porque veo el brillo malicioso en ella.

Lame ese mismo dedo que ha tocado su coño húmedo y sí, estoy al borde de caer de rodillas ante ella.

Y es justo lo que decido hacer. Ahora o nunca, ¿no?

Ocupo la misma posición de antes, solo que, en esta ocasión, su pierna derecha acaba sobre mi hombro, y mi lengua lame y chupa sin compasión.

—Estás empapada. —La observo unos segundos—. Muy muy mojada.

—No es por ti, no te flipes —me suelta ella a su vez.

Alzo la vista, con la boca enterrada en su coño, y la miro desde mi posición. Muerde su labio, y yo muerdo su clítoris, se sacude, jadea y comienza a contonearse contra mi boca.

—¿Eso que siento es la desesperación? —le pregunto.

Lleva su mirada hasta mí, todavía con el labio sujeto por esos dientes y de nuevo tengo ganas de morderla, de morderla como le he prometido que haría y ya no sé ni por dónde empezar.

—Calla y come —me exige.

Y eso es justo lo que hago.

Muerdo y lamo. Chupo y muerdo. Muerdo. Muerdo. Muerdo. Hasta que percibo los temblores y poso las manos en su culo para presionar con más ímpetu la boca contra su sexo.

—Joder, Gabriel —ruega.

—¿Se acabaron las exigencias? —susurro sin apenas despegar la boca de su centro.

El desafío baila en su semblante y entonces sucede. Con fuerza. Con arrojo. Me sujeta el pelo y tira de él mientras yo no le doy tregua, mientras disfruto de cada contracción, mientras chupo con avidez. Mientras se corre en mi boca y me empapa con sus fluidos.

Cuando deja de temblar, me incorporo, me acerco a ella y me limpio la boca con el antebrazo.

—Eres deliciosa.

Sonríe.

—Eso ya lo sabía —responde presuntuosa.

Me fascina la seguridad aplastante que tiene. Me vuelve loco que sepa lo que provoca en mí, lo que puede causar en cualquiera y que no se sienta incómoda por ello.

Me deshago de la camiseta y dejo que caiga en la pila de ropa que le he quitado anteriormente. Ni siquiera dudo unos instantes cuando el pantalón de pijama hace el mismo recorrido. Y entonces la llamo con el dedo índice.

Comienzo a masturbarme para ella, para su disfrute, y ese ardor que he visto en su mirada instantes antes regresa y sacude todos mis cimientos.

—Juro que, si me miras de esa forma, no seré capaz de aguantar mucho.

Juguetona, da un paso hacia adelante.

—¿De qué forma?

—Como si yo fuese tu comida —zanjo resuelto.

—Ya sabes lo que se siente —susurra tentadora.

Otro paso más hasta que su pecho y el mío casi se tocan, hasta que su mano agarra mi polla y sustituye la mía sin dudar.

—Zoe... —murmuro.

—Gabriel...

Dejo caer la cabeza hacia atrás cuando mueve la mano con la presión justa para que me fallen las putas piernas.

Cuando la miro de nuevo, sé que esto es real. Que puedo intentar huir, escaparme de ella, de lo que provoca en mí, puedo hacerlo de mil y una formas, pero va a resultar imposible. Incluso doloroso.

Zoe, sin saber cómo, por qué o cuándo, ha llegado para quedarse y no hablo del hotel, hablo de..., hablo de algo más.

—¿A qué sabe la locura, Gabriel? —Su pregunta me pilla desprevenido y enfoco la mirada una vez más en su precioso rostro de gata.

No tengo duda.

—Sabe a ti. La locura sabe a ti.

Y entonces ella se abalanza sobre mí, y yo, a su vez, me abalanzo sobre ella. Sus piernas, tal y como imaginaba, envuelven mis caderas, y mi polla, dura e inhiesta, encaja en su centro, de nuevo húmedo. Se mueve sobre ella, frotándose necesitada.

—Pensaba que te había dejado satisfecha —fanfarroneo.

Zoe me tira del pelo, me muerde el labio y, cuando está complacida por ello, responde:

—Hace falta mucho más que eso para saciarme.

A ver quién de los dos es más bravucón, si ella o yo.

La dejo caer sobre la cama y admiro su desnudez y no solo eso, sino lo cómoda que se siente con ella.

—Me vuelves loco —y lo digo en serio.

No responde, solo me llama de nuevo con el dedo índice, y yo sigo su orden, porque soy incapaz de resistirme a ella.

Me tumbo sobre su cuerpo, de nuevo con las manos a los lados de su cabeza, y la beso. Mi lengua se enreda con la suya y su sabor me sacude las entrañas. Mi cuerpo la reconoce, como si fuese uno de esos lobos de los que habla, incluso, uno de esos vampiros, mi cuerpo la reconoce de veras.

Cuando posa de nuevo las manos sobre mi polla, me retiro.

Busco un preservativo del cajón de mi mesilla de noche y me lo deslizo sobre el miembro con celeridad, sin apartar la vista de ella.

Me acerco, mi rodilla entre sus piernas y nuestras miradas unidas.

—No estás preparada para esto. —Le doy golpes con la polla en el clítoris, Zoe echa la cabeza hacia atrás y jadea—. Y yo tampoco lo estoy —murmuro.

Y no solo hablo del sexo... Hablo de todo: de ella, de mí y de nosotros. De ambos, joder.

Me limito a embestirla porque ya habrá tiempo para lo demás. Lo hago con precisión, con fuerza, de una estocada y... Joder, es como si todo hubiese encajado. Como si hubiese estado esperando esto toda la vida. Como si lo hubiese estado esperando durante décadas, incluso siglos.

Con Zoe todo encaja, y eso..., ¡eso es una puta pasada!

CAPÍTULO 36

Cuestión de reflejos

Zoe

No he sido capaz de separarme de sus brazos desde que hemos acabado como hemos acabado.

Una parte de mí, imagino que esa que sigue atemorizada por todo lo que pueda ser el Gabriel que está a mi lado, quiere salir corriendo a toda hostia. Tal vez, incluso, buscar a Jero y pedirle que me saque de «Villa Me Han Dado por Todos Lados y Me Ha Encantado» y no haga preguntas al respecto. La otra parte, una mucho más atrevida e incluso audaz, solo piensa en disfrutar de esto, de Gabriel, de sus dedos recorriendo mi espalda y de mi mano sobre su pecho jugueteando con ese fino vello que cubre su piel y que tan sexi me resulta.

Ya no sé si es el embrujo vampírico del que os he hablado o es algo muchísimo más terrenal como la atracción de dos personas que se gustan. Una viva y otra muerta, pero atraídas, al fin y al cabo.

Muevo la cabeza en su dirección y lo observo unos segundos de más. Seguimos desnudos y enredados entre las sábanas. Satisfechos y cómodos. Y debo confesar que esto, lo que quiera que sea esto, es nuevo para mí.

—Siento tu mirada —me suelta sin parpadear.

Es normal, se supone que los vampiros tienen un sexto sentido, como las gafas esas que muestran el calor de las personas, y sus cuerpos se ven en tonos naranjas y rojos, pues tal que así.

—No te estoy mirando. —Sí que lo hago.

Gabriel abre los ojos, y yo, con total descaro, cierro los míos.

Me propina un par de golpecitos en la nariz y me resulta enternecedor por su parte.

Tengo muchas preguntas en la punta de la lengua, demasiadas quizá. Intento contenerme y no dejar que esa Zoe interrogadora salga a la luz, no después de habernos corrido y eso.

«No estás preparada para esto. Y yo tampoco lo estoy».

Sonrío al rememorar ese momento. No sé lo que significaría para él, sin embargo, en mi caso, no solo se refería al calentón. Es... desconcertante. Lo que os he dicho: esto es nuevo para mí.

—Venga, suéltalo ya —me pide.

Me incorporo sobre uno de los codos, todavía sin apartar los dedos de su pecho y tampoco él aparta la mano de mi espalda.

—No sé de qué me hablas. —¿Cómo voy a preguntarle si es un murciélago? ¿O cómo puedo pedirle que me enseñe sus colmillos sin parecer una entrometida? Cosa que, por cierto, soy. ¿Y el ataúd? O que me explique por qué no le hace daño el crucifijo que está tirado en el suelo de la habitación.

Me incorporo cuando se me ocurre una idea —sí, otra idea, hija, otra más— y me acerco hasta mi nuevo amigo de juergas. Lo busco entre la ropa desperdigada, bajo la atenta mirada de Gabriel, que no tiene ni idea de lo que estoy haciendo.

—¡Aquí estás! —exclamo al dar con él.

Lo sujeto entre los dedos y hago una prueba. Llamémoslo «experimento Gabrielfijo». No se me ocurre nada más original que eso.

Se lo lanzo con toda la determinación que tengo en el cuerpo y sin pensar mucho más. A ver, digamos que también podría haberlo usado de estaca y que esta debería ser el doble de eficaz que una normal por lo que representa, ¿no? En fin, que el plan de matarlo sigue haciendo aguas

porque ahora me siento ciertamente fascinada por él y, aunque ya os he contado que no quiero pensar en ello ni darle más vueltas de las necesarias..., aquí estoy, dándole vueltas de todas formas.

Él, como buen deportista de élite que sería en otra vida, lo coge sin complicación alguna y lo agarra entre sus dedos como si Dios no le estuviese quemando las entrañas.

—¿Ahora jugamos a lanzarnos cosas? —me pregunta con el crucifijo entre los dedos.

Vale. Tengo dos teorías al respecto. La primera es que hemos vivido engañados toda la vida y los crucifijos a los vampiros no les hacen ni cosquillas, y la segunda..., la segunda es que tal vez me haya equivocado en mi juicio de valor.

—Estaba probando tus reflejos. —Sonrío, aunque por dentro tengo una sensación de lo más extraña porque..., porque puede que la haya cagado y mucho—. Por cierto, son muy buenos.

Me acerco, todavía desnuda, y observo sus pupilas. Sus ojos siguen siendo tan grises como otras veces, ni violetas ni rojos ni de un color extraño o paranormal. Ay, no sé, empiezo a tener dudas y ya no soy capaz de discurrir. Volvamos a las elecciones de antes.

Opción A: es todo un *glamour* de esos que utilizan los de su especie para poder colarse entre la nuestra sin ser identificados o marcados con una diana en la espalda.

Opción B: resulta que el embrujo vampírico conmigo le ha salido de lujo y no solo ha conseguido llevarme al lego, sino que también me sienta atraída por él y de esa forma poder disponer de mí a su antojo (que sepáis que hasta empiezo a ver esta opción como algo que elegir por mí misma).

Opción C: me he montado una película que te cagas y es un humano, como tú y como yo. Bueno, como yo no mucho porque, si este es el caso, soy una flipada que te cagas.

Opción D: hoy no hay croquetas, cambiamos a churros de pescado.

Me acerco y las preguntas siguen ahí, dando vueltas y vueltas. Y, si fuese mucho más valiente de lo que lo soy, hablaría con él, le expondría todas y cada una de mis dudas y de mis suposiciones, y me enfrentaría a esto con entereza y sin dignidad. Porque digamos que si no es un vampiro tal y como he pensado... voy a tener que disculparme por el intento de muerte fallido, por haberme embadurnado en ajo, por haberlo llamado chupasangre, murciélago y vete a saber qué cosas más, y... paradme, que puedo seguir.

—¿Mis reflejos son buenos? —Alza una ceja, escéptico.

Yo hago lo mismo con la mía como contrapunto, porque se me da de lujo eso de hacerme la inocente cuando soy del todo culpable.

Quizá incluso por levantar falsos testimonios contra su persona.

—Eso es lo que he dicho.

Tira a mi amigo el crucifijo al suelo y palmea la cama a su lado.

—Anda, ven aquí, me apetece seguir acariciándote la espalda. —Coloco ambas manos sobre mi cintura, ¿mi espalda? ¿En serio? ¿Quién soy yo para negarme ante semejante oferta?

—¿Es esa alguna forma de insinuar que quieres volver a... —musito y carraspeo. Otro carraspeo seguido de otro más— mantener relaciones sexuales conmigo?

La comisura de su labio se alza. Maldita sea, estoy lejos para verle los incisivos.

—Bueno, a ver... —se lleva uno de los dedos a la barbilla, mira al techo y finge meditar mis palabras. Y digo finge porque, veamos, su respuesta sabemos cuál es y no es necesario uno de mis cuestionarios previos—. No es una mala idea, pero creo que podríamos hablar, ¿qué te parece?, como dos personas normales que se sienten atraídas la una por la otra.

Abro la boca y, no sé, me quedo sin palabras. ¡Yo! Que soy la reina de las palabras no sé qué responder a eso.

«Acepto casarme contigo, a pesar de que seas un muerto».

Porque eres un muerto, ¿verdad?

El maldito embrujo me lleva a caminar en su dirección, apoyar el cuerpo en el mullido colchón, acurrucarme a su lado y bajar la vista, porque..., porque reconocer lo bien que me siento con alguien a quien hasta hace nada —y todavía tengo dudas al respecto— he querido matar es cosa mala.

—¿De qué te apetece hablar? —pregunto.

Se supone que lee la mente, debería saber todo de mí. A ver si va a resultar que era consciente de que me lo quería cargar y ha sabido reconducir la situación a su antojo. Y yo sin valorar esta opción como plausible.

—¿Por qué tienes tanto miedo a todo lo relacionado con el mundo paranormal?

Esa pregunta me pilla desprevenida. Me incorporo y me enfrento a su mirada. ¿Cómo puede ser tan guapo? Quizá es porque ha tenido tanto tiempo para perfeccionar su físico que ahora resulta imposible no sentirse atraído por él. O bien es otra de esas técnicas vampíricas. En *Crepúsculo* lo explican, ¿no? Los han diseñado para que caigamos rendidos a sus pies, así que...

¡Ay, yo qué sé!

Decido ser honesta, si mi sinceridad me lleva a la tumba... ¡No lo dejaré en paz por toda la eternidad! Y eso será mucho tiempo para él y otro tanto para mí.

—No lo sé... —Se le escapa una risilla, a mí desde luego que no—. Mi familia es de lo más extraña, como has podido comprobar. Mi abuela y Nina tienen una relación estrecha, se gana la vida como pitonisa, por lo que he tenido que soportar durante años que se hable de muertos, fantasmas, seres omnipresentes y todas esas cosas. Mi madre lee el tarot y, aunque es bastante más comedida que mi abuela, ambas se entienden. Mi hermana juega con mi estabilidad emocional poniéndome a prueba. Me asusta, cambia las cosas de lugar y hasta se inventa formas para que los objetos se muevan solos con la única intención de chincharme. Algún día me provocarán un infarto y será mi fin.

Gabriel me estrecha contra su cuerpo cálido, y yo me dejo hacer, reconfortada.

—Y no queremos que eso suceda. —Me besa el pelo. ¿Perdona? ¿Me ha besado el pelo?

En mi idioma eso significa mucho más que gustar. Significa que le molo cantidad, tanta que no me ha chupado la sangre mientras me daba pequeños mordisquitos placenteros.

—Por supuesto que no, porque me quiero mucho y esas cosas. —Otro beso más y esa es otra respuesta sin palabras—. ¿Sabes? —Me envalentono. ¿Quién es esta Zoe y qué has hecho con la que se desmaya?—. Puedes confesármelo si quieres, soy buena guardando secretos —apunto con fingida inocencia.

Gabriel coloca una mano bajo la nuca y se incorpora un poco. Los músculos del pecho y del abdomen se le tensan y..., sí, sigo fascinada.

—¿De qué hablas?

Sonrío presuntuosa.

—Puedes decirme que te gusto, Gabriel.

A pesar de que evita que cualquier emoción cruce por su cara, no soy estúpida —al menos no tanto— como para no darme cuenta de que mis palabras le han sorprendido.

Joder, que me he quedado patidifusa hasta yo por mi desparpajo. Que ya sabía que lo tenía y eso, pero jamás con él.

Gabriel niega en varias ocasiones mientras ríe. Ríe y con este gesto tan sencillo llego a dos conclusiones más. La primera, tiene unos colmillos de lo más normales. La segunda, tiene una risa encantadora, y la tercera, no me ha dado una negativa, con lo cual... no es un sí y tampoco

es un no.

Ah, bueno, y las conclusiones eran tres y no dos.

Sorry not sorry.

CAPÍTULO 37

Tramando maldades

Zoe

Es un hecho constatado que una chica, tras acostarse con un chico, tiene que ir a contárselo a sus amigas, sea un desastre o sea una puñetera pasada. Hoy formo parte del segundo grupo, por suerte para mí, claro.

Gabriel y yo estuvimos charlando sobre todo y sobre nada hasta que salió el sol. Cuando eso sucedió, me dio un beso en la frente, en la sien, en la boca y una palmada en el culo que hizo que mis pensamientos pasasen de ser puros y castos a pecaminosos e indecentes.

Si se dio cuenta de ello, decidió hacer caso omiso. Nos despedimos como dos bobos que se gustan —y mucho—. Y ni confirmo ni desmiento que yo lo miraba un tanto embelesada, porque, sea lo que sea que haya hecho conmigo, empiezo a entender qué es y no sé si sentirme contenta y feliz o apabullada con ello. O un poco de ambas.

Tras pasar por mi habitación para borrar todo rastro de lo sucedido la noche anterior, desciendo las escaleras en busca de Rita. No hay rastro de ella, así que me dirijo hacia la habitación de Débora.

—Tú has follado. —Me señala. No debo de haber borrado todo rastro de lo sucedido anoche, no.

—¿Por qué piensas eso?

Ladea la cabeza y me analiza. Incluso da una vuelta a mi alrededor. Cuando se planta frente a mí, solo sonrío con suficiencia.

—No lo has negado, no has puesto cara de horror y, sea cierto o un mito, tu piel hoy está brillante. A mí me brilla la piel cuando tengo orgasmos. Es más, los orgasmos son mejores que cualquier crema de doscientos euros, te lo garantizo.

La aparto y me cuelo en su habitación.

—No tengo doscientos euros para gastarme en cremas, así que no puedo comparar.

Exhala y me recorre de pies a cabeza de nuevo. Joder, me siento como un pollo en medio de la carnicería cuando va a ser elegido.

—Y has vuelto a no negarlo —sentencia. Esta chica es mucho.

—No pienso contar nada hasta que estemos todas juntas.

—Solo dime una cosa. —Hace una breve pausa, tengo tantas ganas de contarle que temo empezar a largar de un momento a otro—. ¿Te lo ha hecho bien?

La sonrisa que le regalo en un principio es tímida e incluso cohibida, todo pura fachada, claro. No puedo evitarlo, estoy más contenta que unas castañuelas, fijaos en si es así que ya no quiero matarlo con una estaca, ahora se me ocurren otro tipo de cosas mucho más placenteras y marranas. Marranas un rato largo.

Total, que Débora no es tonta, porque ella sonrío con mucha más amplitud que yo. Y me contagia.

—¡Ha sido una puñetera pasada! —Y me quedo corta.

—Sobre todo para ser la primera vez. No siempre se encaja a la primera y te lo digo yo, que, ya sabes, soy una guarra experta en acostarse con tíos a la primera de cambio.

Veo que sigue afectada por ese asunto y no me agrada en absoluto.

—Deja. —Golpe con el dedo índice sobre su pecho—. De. —Otro golpe más—. Hablar. —Y

otro—. Así de mi. —Y otro de regalo—. Amiga. —Y el último con más intensidad. He dicho.

Y entonces la abrazo. Sí, ya sé que es la técnica de Rita, el abrazo es su *modus operandi*, ¿y qué más da? Pocos abrazos se dan para lo mucho que queremos a las personas.

—Anda, anda. —Me empuja con suavidad—. No me seas pegajosa, que eso no te va. De hecho, no nos va a ninguna.

—Es el embrujo vampírico —añado en tono jocoso—, ya sabes, me ha hecho cambiar.

—Ya... —Mi amiga medita—. No me hagas soltarte uno de mis comentarios mordaces, anda, porque yo apostaría a que es el embrujo orgásmico.

Sonríoy doy un par de palmadas. No seré yo la que le lleve la contraria.

—Puede ser.

La arrastro fuera de la habitación y pasamos a por Lucy. Esta chica tampoco está, así que, decididas, bajamos al comedor, porque yo me he ganado una buena ración de churros con chocolate, tengo que recuperar fuerza a base de hidratos y azúcares.

Entramos agarradas del brazo y al fondo escuchamos los grititos. Lo de pasar desapercibidas como que no, ¿ehh?

—Ay. —La freno—. Se me olvidaba. —No es que me esté haciendo la interesante, aunque eso sea lo que parece—. Ya sé cuál es la habitación de Frank, lo confirmé anoche, antes de..., ya sabes —susurro—, me crucé con él. Está en mi planta, la primera puerta cuando llegas al rellano, la que está justo enfrente de las escaleras. —Débora asiente, aunque desvía la mirada como si no le importase un pimiento.

»¿Has cambiado de opinión? —pregunto antes de continuar y acercarnos a nuestras amigas y... a mi hermana. Vaya mañana me espera.

—No voy a hacer nada al respecto. Dejaré que sea él el que mueva ficha si eso es lo que quiere y si no... —Alza los hombros con una despreocupación que, si no la conociera, diría que siente de veras. Todo fachada, chicas, todo fachada—. Si no, me iré tan tranquila a casa.

A casa... No había siquiera pensado en lo poco que nos queda aquí. El Caribe se me antojaba de lo más apetecible, y que conste en acta que no he cambiado de idea, sin embargo... Bueno, digamos que al final esto no ha estado tan tan mal, ¿no?

—Nos iremos tranquilas a casa. —La apoyo.

Con los brazos entrelazados, nos acercamos a la mesa. Lucy tiene la boca llena de vete a saber qué. Parece uno de esos pájaros que guarda comida en los mofletes. Rita, en cambio, está metida de lleno en una conversación con Jero, que parece hablar sin parar y casi casi sin respirar. Mi hermana, en cambio, está recostada en la silla, haciendo un barrido de la estancia hasta que nos ve y entonces frunce el ceño.

Sí, *demonia* a la vista. Llamadlo sexto sentido.

—Vaya, veo que sigues viva. —Ja, ja—. No he escuchado nada sobre ningún desmayo, y la abuela me confirmó que saliste vivita y coleando de cierto laberinto, aunque anoche no te vi en la cena, pensé que habías acabado haciéndote amiga de los fantasmas que rondan por este castillo. ¿Te he contado ya que Cordelia sigue suelta porque la abuela no ha sido capaz de dar con ella? Se rumorea que vive en la última planta. Uppsss, ¿no es ahí donde duermes tú? —¿Lo notáis? Es la mala leche que se gasta la jodida.

—Mica, cielo, ¿no tienes nada mejor que hacer que meterte con tu hermana? —intercede Débora.

Mi hermana, con toda su parsimonia, se lo piensa unos segundos, el tiempo que tarda en darle un mordisco a un trozo de tostada untada con sangre de recién nacido. Nótese la ironía.

—No —sentencia para sorpresa de nadie—. Si meterse con mi hermana fuese deporte

olímpico, yo sería medallista.

—A lo mejor resulta que el avión sale y te dejamos aquí. Por error. —Le sonrío con malicia, con mucha malicia, obvio.

—A lo mejor resulta que la que se queda eres tú —contratada ella.

—No veo por qué tendría que quedarme.

Mica se levanta y coge de su plato una manzana roja. No, no va a estar envenenada como la de *Blancanieves*, no pensemos mal.

—Tal vez creas que porque tengo solo doce años no sé lo que estás haciendo. Te he visto —anuncia. Mi abuela pasa cerca y se queda parada, escuchando la frase de mi hermana, porque le encanta Nina, pero también los chismes y eso—. Te estás enrollando con el del hotel. Y te gusta.

Joder, claro que me gusta, enrollarme con él y lo que no es enrollarme con él.

—Deberías meterte en tus asuntos y dejar de vigilar a los demás, Mica. Cómprate una vida. —Como contratada que no es que sea muy bueno, no obstante, es mi hermana, ¿qué le voy a soltar?, ¿que le den por el saco? No debería quererla, pero lo hago y eso.

—Me gusta tu vida y... —Se acerca, me aterroriza. De veras—. Me gusta meterme contigo.

Tras eso, se marcha como si nada hubiese sucedido. Todos los presentes, incluida mi abuela, me observan y me siento el centro de atención. Fijaos si me siento incómoda que me estoy planteando fingir un desmayo y todo.

—¿Te estás enrollando con Frank? —pregunta mi abuela.

—¿Qué? —pregunto estupefacta.

—Tu hermana ha dicho... —Mi abuela baja la vista y saca a Nina, la acaricia con ternura. ¿Se puede acariciar con ternura a una bola de cristal? Sí, os confirmo ya que sí—. Vale, no es con Frank, es con Gabriel. Gracias, Nina, por la aclaración.

Mi abuela sigue de largo y ocupa la mesa en la que están sentados mis padres. Me señala, mi padre y mi madre me miran y cuchichean. Mirad qué bien, ahora estoy en boca de todos y hasta mis padres saben con quién me estoy liando y con quién no. Parece ser que mi vida es de dominio público y todo por culpa de mi hermana.

Me la cargo. O mejor aún...

¿Venganza? ¿Habéis pensado lo mismo que yo?

CAPÍTULO 38

Entrevista con las diablesas

Zoe

Observo estupefacta a mi madre, que se incorpora y se acerca a abrazarme.

—Las cartas no engañan, hija. —Me acaricia el lado izquierdo de la cara, desde el nacimiento de mi pelo hasta mi barbilla—. Yo sabía que tu destino estaba aquí. Lo sabía. —Y, dicho esto, se aleja y regresa a la mesa.

Mi madre estará feliz y todas esas cosas, pero el ceño fruncido y los brazos cruzados de mi padre no auguran lo mismo. Me llama con el dedo índice y se me quita el hambre al instante.

Me acerco, por supuesto, no porque sea buena hija, que también, una de las dos tiene que serlo y está claro que Mica..., pues eso, no me hagáis pronunciarlo en voz alta.

—Papá... —Me adelanto.

Él, por su parte, me chista, y yo guardo silencio.

—No sé si eso que cuenta la loca de tu abuela es cierto o no lo es. —La miro, y sonrío con petulancia, estoy casi convencida de que ha exagerado las cosas y no descarto que haya incluido la palabra «boda» y «embarazo»—. Lo que sí sé es que eres mi hija y que, si ese tío te hace daño, me lo cargo, ¿lo entiendes? Me lo cargo.

Trago con fuerza y asiento. El instinto asesino me viene por parte de padre, como podéis ver.

—No es necesario nada de eso, solo somos... —A ver cómo lo defines, maja: ¿amigos?, ¿enemigos?, ¿personas que se gustan?, ¿asesinos poco cualificados?, ¿él, asesino cualificado, y yo no? Esto es un no parar de opciones—. No puedo definir lo que somos porque por el momento creo que no somos nada. —A mi padre, por supuesto, no le pasa desapercibido el «por el momento», y a mí tampoco porque eso quiere decir que mi subconsciente está pensando en que hay posibilidades de que «nada» se convierta en «todo».

—Estaré vigilando —suelta él.

—No, no estará vigilando —replica mi madre sujetándolo de la mano—. Porque eres mayorcita y porque te hemos hecho una faena al traerte aquí engañada y dejaremos que disfrutes del viaje a tu manera. ¿Verdad? —pregunta mirando a mi padre. No responde porque no está nada convencido—. ¿Verdad? —insiste.

Le aprieta el antebrazo, y entonces se miran.

Mi madre le dedica una sonrisa de las suyas, de esas que surten efecto y que hacen que mi padre caiga rendido a sus pies.

—Vale —concede.

Cuando me mira directamente a los ojos sé que intenta que mi madre se tranquilice, pero sí, va a ser esa clase de padre protector que no me perderá de vista bajo ningún concepto y en otras circunstancias no me importaría que así fuese, sin embargo, teniendo en cuenta las cosas que Gabriel y yo hicimos anoche..., pues como que me corta un poco el rollo.

Me retiro hacia la mesa en la que me esperan todas mis amigas y Jero, que ahora parece formar parte del grupo o qué se yo.

Me dejo caer en una de las sillas, al lado de Rita y de Débora, y el apetito ha desaparecido. Esto empieza a complicarse y ha sido culpa de mi hermana.

—¿Cómo es eso de que te estás enrollando con Gabriel? ¿No era un...? —Lucy no acaba la frase, y yo se lo agradezco en el alma.

—No sé lo que es —respondo.

Todas dudan y me observan estupefactas. Lucy deja a medio morder un sándwich y se levanta.

—Tenemos que hablar —finaliza ella y no da pie a réplica.

Rita coge el bocata que estaba comiéndose y lo envuelve en una servilleta. Lucy pill a un par de piezas de fruta, y Débora se marcha hacia el bufet y arrasa con todo lo que puede a su paso.

—Hablamos más tarde, ¿vale? —se despide Rita de Jero.

—¡Claro! Ya sabes dónde encontrarme, por aquí y por allá.

Mis amigas me arrastran al exterior del castillo aprovechando que no llueve. La humedad me eriza el vello de los brazos y me arrebuja en el abrigo que me he puesto. Desde fuera, y sin desmayo de por medio, el hotel es una auténtica preciosidad. Es antiguo y tiene un aire siniestro que le va que ni pintado y también cuenta con unas líneas delicadas y unas ventanas con forma de arco. No me extraña que la gente se sienta atraída por este lugar. Te llama a gritos. Gritos silenciosos, pero gritos al fin y al cabo.

Débora, con un plato lleno de comida, toma asiento en unos bancos de madera que hay cerca del laberinto. Me estremezco solo de pensar lo que sucedió ahí dentro hace un par de noches y cómo ha cambiado todo en tan poco tiempo.

Me coloco a su lado y le robo una rebanada de pan que ha untado con tomate.

—Es mío —protesta, aunque me tiende el plato igualmente—. A ti te hace más falta que a mí —finaliza.

—¿Nos vas a explicar lo que ha pasado? —pregunta Lucy. La racional del grupo y eso.

—Lo sabrías si no estuvieses desaparecida y si participases en nuestros planes. —¿Habéis notado la inquina? ¿La habéis notado?

Chasquea la lengua.

—Ya sabes que no simpatizo con vuestras tonterías.

Y así, con total naturalidad y gracias, nos ha insultado quedándose más ancha que pancha.

Rita se cruza de brazos. Yo me meto la rebanada de pan en la boca, me incorporo y llevo las manos a mi cintura, y Débora le hace una peineta delicada. Delicada y doble.

—Pues es por eso por lo que te lo pierdes todo —razona Rita—. Aunque bien es cierto que anoche te vi y no había sucedido nada salvo lo del laberinto y ahora..., ¿en qué momento? Si es que el que no corre vuela, menos yo, claro, que a mí me han dado calabazas por un tal Manuel.

Le paso el brazo por encima del hombro a mi amiga, y ella apoya la cabeza en el mío.

—Verás cómo hay alguien ahí fuera deseando que pongas su mundo patas arriba.

Ella asiente y, a pesar de ello, no la noto del todo convencida.

—¿Qué coño pasa aquí? ¿Tony tiene novio? —Lucy sigue perpleja por todas y cada una de las revelaciones que estamos sacando a la palestra. Si ella supiese...

Débora tampoco sabía nada de este tema, así que sí, nos enfrascamos en esa conversación, y Rita relata los acontecimientos. Cuanto más cuenta, más se le apaga la voz.

—Joder, Rita, lo siento de veras, no pensaba que la cosa fuese así, no tenía ni idea.

—Ya. —Ella sigue apoyada en mi cuerpo mientras yo como y como. Parece que el canguelo por mi padre se me ha pasado—. Si yo lo hubiese sabido, no me habría expuesto a hacer el ridículo que hice, como puedes comprender.

—¿Entendéis por qué pienso que el amor es un rollo? —interviene Débora—. ¿Uno de esos cuentos chinos que se inventan para que pensemos que es lo mejor del mundo? El amor destroza. Mírala. —Y la señala, pero me observa a mí. Chasquea la lengua y cierra los ojos—. Por eso es mejor creer en la conexión de dos personas, en que encajan y en el sexo desenfrenado como arma de destrucción masiva.

Bueno, ni tan mal esa teoría, ¿no?

—No —zanja Rita. Joder, que es a ella a la que le han dado calabazas y, miradla, todavía rebate el asunto—. El amor es un sentimiento precioso lo mires por donde lo mires, solo que cuando no es correspondido, pues te hace daño y te hunde.

Lucy permanece en silencio.

—Yo pienso como ella. —Y señalo a mi amiga, esa que sigue entre mis brazos. La estrecho con más fuerza—. Es cierto que nos han educado en una sociedad donde el amor está en todos lados y que lo extraño es no vivir en pareja. A veces, incluso, te sientes fuera de lugar cuando no tienes a tu media naranja. —Todas cabecean afirmando entendiendo lo que quiero explicar, porque está claro que somos de esas que estamos en el otro lado. En el lado oscuro—. Sin embargo, no podemos catalogar, igual que no nos gusta que lo hagan con nosotras, tampoco debemos actuar de esa misma forma —insisto.

»Es respetable que alguien quiera vivir en pareja, que quiera enamorarse y sentir esas mariposas. De la misma forma en la que lo es que otra persona, sea cual sea, prefiera ser el amor de su vida.

Lucy sonríe, porque ella es de ese segundo grupo.

—Me gusta ese concepto. Soy el amor de mi vida. —Y sacude su camiseta para señalarse a sí misma—. Me encanta.

—Entiendo lo que pretendes —acota Débora, que ha dejado el plato sobre el banco de madera y sacude las manos para que las posibles migas de pan caigan al suelo—. ¿Qué sucede cuando te rechazan y te duele? —Señala a Rita una vez más y la vuelve a poner de ejemplo.

—Lo que pasa —es Rita la que interviene imposibilitándome contestar— es que aprendes.

—No veo el aprendizaje en el dolor —apunta Débora escéptica.

Me encanta cuando hablamos de locuras y de mierdas varias y también cuando somos capaces de convertirnos en cuatro mujeres serias que debaten sobre el amor y el dolor provocado por el rechazo o la ausencia del mismo.

Somos dos caras de una misma moneda.

—El dolor también enseña, te hace madurar, te hace ver la vida desde otra perspectiva, entender lo que ha sucedido o no entenderlo, porque a veces el rechazo es algo que no puedes controlar, como me ha sucedido a mí. Porque el amor es cosa de dos, tres o cuatro, lo que prefiráis.

—Una orgía amorosa, un concepto atípico —señala Lucy, que parece estar tomando nota de todo. Apuesto a que en la intimidad de su habitación levanta un acta sobre esto.

—En el amor no hay nada típico o atípico, va más allá de eso. Es un sentimiento infinito. No solo se siente amor por una pareja, también se siente amor por una familia, por un grupo de amigas, por una mascota e incluso por un mantra. No seamos de esa clase de personas que etiquetan y encasillan, nosotras no —sentencio y nos señalo una a una.

—También se puede sentir amor por un vampiro —ironiza mi prima.

La peineta se la hago yo a ella en esta ocasión, y tanto Rita como Débora se carcajean.

—Lo que quiero decir —insisto— es que el amor adoctrina. Nos enseña a conocernos en esta otra faceta, la fase romántica de nuestra vida. Si somos tiernas y cariñosas o por el contrario somos distantes y poco romanticonas.

—Yo seré una de esas el día que me enamore.

Le sonrío a Débora.

—Puede que ese día no esté tan lejos y que ese amor se encuentre rondándote —contrataco.

—Ni que fuese un puñetero mosquito. Rondándome dice...

Le regalo una sonrisilla de complicidad porque, aunque evite hablar del tema, ella y yo sabemos de lo que hablo.

—Y el desamor te prepara para superarte, no solo a vencer ese dolor provocado por una separación, sino a ser valiente para afrontarlo, para reconducir tu vida, para empezar de cero y seguir adelante, decidme que eso no es una lección de vida.

Todas guardan silencio ante mis palabras y sé que estamos dándole vueltas al asunto en cuestión.

La primera en asentir es Débora, no esperaba que fuese ella teniendo en cuenta sus reticencias sobre este asunto.

—A mí me has convencido —señala. Y sé que es sincera.

—A mí ya me tenías antes de todo. —Esa es Rita. Mi Rita, ojalá sea tan feliz como se merece.

—Bueno, yo solo sé que quiero ser por siempre jamás el amor de mi vida, es decir, no me opongo a compartir mi vida con otra persona, a dejar que aporte y sume, eso sí, siempre queriéndome más que a nada en el mundo.

Sonríó satisfecha, porque sí, es una buena filosofía de vida y respetable. El amor propio es tan importante o más que el amor al prójimo y, si no, que se lo digan a Lucy.

—Porque siempre nos queramos más que a nada. —Extiendo la mano y la coloco frente a ellas.

Débora se incorpora sin dudar y extiende la suya posándola sobre la mía.

—Porque lo que piensen los demás de mí no me importe en absoluto.

Rita da un paso al frente, soltándose de mi agarre.

—Porque encuentre a la persona que me complementa y haga de mi vida la suya y de mi amor el suyo.

Otra mano más a la pila de manos. Solo falta Lucy. Aguardamos expectantes hasta que se decide, la maldita se está haciendo la interesante, como si no la conociésemos.

—Porque dejéis de meteros en líos y tener que aguantaros de por vida. —Alzamos una ceja y le enseñamos la lengua—. Ahora en serio —agrega—, porque, elijamos lo que elijamos, siempre busquemos la felicidad. Juntas.

Y eso, eso es una promesa de vida. Una promesa de amor, fraternal, entrañable, íntimo y leal. Y sin saber lo que sucederá en unas horas, mañana o en unos años, me basta. A todas nos basta.

Y lo sellamos con un abrazo grupal.

CAPÍTULO 39

La vampiganza

Zoe

Que no siente de precedente, ¿vale? Ni por asomo os penséis que me he pasado al lado oscuro o, ¡yo qué sé!, que he decidido confraternizar con todos los seres paranormales que existen en el mundo porque de pronto empiezan a parecerme majos. No es nada de eso. Al contrario, es algo mejor y altamente justificable.

Mi hermana se lo merece.

Imaginaos mi sonrisa: tan malvada e infame como ella. Ya os lo he explicado, va en los genes, no me culpéis a mí, sino a mis abuelos y a mis padres.

Bajo las escaleras en busca del despacho de Gabriel. Sé dónde está porque el otro día escuché la conversación —y posible amenaza, que luego resultó no serlo en absoluto— y salí pitando de allí. Ahora que somos eso a lo que no le he puesto nombre, decido pedirle ayuda.

—Vamos, Zoe, tú puedes, es por tu bien y por el de tu hermana. En realidad, por el de tu hermana no lo va a ser tanto.

Me infundo ánimos y me planto frente a la puerta. Ni siquiera voy a dudar, solo llevo la mano hasta la madera, toco y aguardo a que esté ahí, porque lo mismo lo he pillado en la hora de la siesta o en la del aperitivo. Ciertamente, no sé qué es peor.

Un Frankenstein de lo más despreocupado aparece frente a mí. Tiene la misma actitud indiferente que la noche anterior, aunque no tiene pinta de acabar de salir de la cama, sino de llevar horas trabajando.

No, no era a quien esperaba encontrar, aunque..., ¡me vale!

—¿Qué sucede? ¿Te has perdido? —Bueno, miradlo por el lado positivo, al menos no se ha metido conmigo.

Eso sí, la sonrisilla que acompaña a su comentario puede ser cualquier cosa menos mansa y apacible. Sí, insisto, me gusta para mi amiga.

—Aunque pueda parecer lo contrario, no suelo perderme. Necesito ayuda con una cosilla de nada. —Que no se note la desesperación. Que no se note la desesperación.

Frank alza una ceja, expectante, ya he sembrado la semilla del mal, que lo sepáis.

—¿A qué tipo de cosa te refieres? —Me repasa de arriba abajo, vete a saber buscando qué.

Yo, por si acaso para él también estoy en la pirámide de los sabores ricos para los muertos, me adelanto.

—Ni lo sueñes, chato, no eres mi tipo.

Alza los hombros y no da la sensación de que le haya roto el corazón o le haya fastidiado el almuerzo.

—Tampoco tú el mío, miedica. —Ahí está la pulla. No me lo tomo a mal ni mucho menos, así que me centro en otras cosas.

Se hace a un lado y me permite entrar en el despacho. No hay rastro de Gabriel. Sí, o duerme o come.

El otro día no tuve la oportunidad de apreciar el espacio, por razones obvias, y con eso me refiero a las paredes que se interponían entre nosotras y el chisme en cuestión. Seguro que a Cordelia no le pasa porque para ella las paredes y la intimidad no existen.

Es una estancia de lo más normal, no sé, esperaba encontrar varios ataúdes forrados de satén

rojo, cortinas impermeables para cuando lleven a cabo sus juegos macabros y algunos utensilios de tortura, como grilletes para los tobillos, sillas de inmovilización, cinturones de electrochoque o porras con púas. En fin, lo tendrán escondido en el armario de los juegos para mayores o en la misma habitación donde duermen. Tampoco sé si quisiera ahondar en el asunto. Sí, sí que sé y no quiero.

Me giro en busca de más indicios de esos que hagan que no me sienta culpable por levantar falsos testimonios sobre dos personas que podrían ser inocentes. Y, a simple vista, es lo que parece. No hay nada que levante sospechas, hay desorden, por supuesto, como en cualquier despacho. La papelera está a rebosar, la pila de documentos es interminable y hay vasos por todos lados con una sustancia que podría ser café o sangre reseca y mustia.

En fin, que no he venido para eso.

—Necesito que me ayudéis a devolvérsela a mi hermana. —Sostengo su mirada y sondeo su estado, evaluando su reacción.

Frank solo se carcajea. Y no, esa no es la respuesta que esperaba para nada.

—Necesito más información al respecto —me pide cuando se calma.

Deambulo por la estancia, meditando sobre mi plan y cómo exponérselo. Puede pareceros una soberana tontería, pero no está de más que Mica pruebe de su propia medicina, aunque sea por una vez en la vida.

—Digamos que mi hermana tiene un humor de lo más negro, al menos, en lo que a mí se refiere. Se burla a mi costa y juega con mis miedos y con mis sentimientos. Ya sabes —digo, me doy la vuelta y lo encaro—, como soy tan cobarde... —Cierro los ojos—. Y se me da de pena enfrentarme a todo lo que me provoca terror absoluto y me paraliza, a ella le hace gracia y me lleva al límite.

—Tan al límite que confabularon para traerte aquí sin que lo supieses.

Ahí le ha dado la cicatriz andante.

—En efecto —matizo—. La cosa es que... me he cansado. —Sujeto un pisapapeles que tiene aproximadamente el mismo tamaño que Nina y sonrío—. Ya está bien de ser el centro de las risillas y de las burlas de los demás, ya me he hartado de eso, esta vez quiero ser yo la villana y reírme a su costa —puntualizo—. Y ahí es donde entráis vosotros. —Oteo el espacio como si hubiese alguien más ahí, alguien que debería estar presente y que no lo está. Alguien a quien quiero ver con desesperación.

No me mordió, pero como si lo hubiese hecho, vaya.

—Vale. —No añade nada más, sino que aguarda a que prosiga.

—Esta noche es el baile de disfraces. Es una buena oportunidad para asustarla. Además de que contamos con el factor sorpresa porque es obvio que no se lo espera. —Porque siempre he sido la pasiva y nunca la activa.

—¿Qué has pensado? —Sonrío porque ya lo tengo de mi parte.

—El cementerio, todo empezó por eso, ¿no? Pues ahí es donde tiene que acabar.

—¿Quieres que finjamos ser muertos y que la persigamos hasta la extenuación?

Oye, pues eso no me parece tan mala idea.

—Me vale.

—Con todo mi respeto... —Pongo los ojos en blanco. Que me hable de respeto después de llamarme miedica sin pudor alguno se las trae. Se lo perdono, claro, porque me va a ayudar y porque Débora se siente atraída por él—. Tu hermana no es tonta, ¿crees que se va a tragar eso de que un par de personas la persigan y la acorralen y crea que de verdad son muertos vivientes que salen de paseo? ¿No te has dado cuenta de que eres la única que cree en ese tipo de cosas?

—Si supieses lo que yo creo... —Alza una ceja, y sacudo la cabeza, no es el momento para explicarle mis planes sobre sus muertes fallidas y las conclusiones a las que he ido llegando a base de pruebas que no terminan de ser concluyentes y que yo en mi cabeza las veo claras—. No olvides el poder del miedo, de la ambientación, de la noche y de la oscuridad. Y... —Subo la apuesta, obvio—. A cambio, te contaré un secreto.

Eso sí que atrae su atención. Si llego a saber que era lo que necesitaba para que cediera, habría empezado por ahí. Esa es la verdadera semilla del mal y tiene nombre de amiga.

—Tú dirás.

—Te gusta mi amiga —no pregunto, afirmo—. Y a ella le gustas tú. —Tampoco dudo, solo lo lanzo como si no me importase en absoluto hacerlo.

No meterme en los asuntos ajenos es una buena filosofía de vida, sin embargo, necesito la ayuda de este chico que tengo frente a mí y ya tendré tiempo de lidiar con Débora cuando se entere de lo que he hecho.

Frank se cruza de brazos, me pregunto si le tirarán las cicatrices o si ya está acostumbrado. Tal vez se embadurne en rosa mosqueta o en aloe vera, a saber.

—¿Y?

—Y puedo facilitarte información privilegiada.

—¿Qué tipo de información?

—Lo que piensa y lo que espera de ti. —Chasquea la lengua, yo sigo erre que erre. Soy una cobarde, sí, y también soy perseverante—. Mira, Frank, Débora es una chica increíble, sin embargo, está cansada de que la juzguen por hacer lo que le da la gana cuando le da la gana. Y tú tienes pinta de ser de esos que usan y tiran, no sé si me explico.

—Te explicas a la perfección. —Da un par de pasos hacia el mueble-bar y me pregunto si son horas siquiera de sujetar entre los dedos un vaso de cualquier bebida blanca. Solo espero que sea agua mineral y no un copazo de *vodka* o sangre refinada, a saber—. Y quiero dejar claro que, que me guste tu amiga, no quiere decir que vaya a casarme con ella, ¿me sigues?

—Te sigo. Y tampoco creo que Débora esté buscando un matrimonio, lo que busca es alguien que la vea más allá de una noche de sexo desenfrenado.

La comisura de su labio se alza.

—Sería mucho más que una noche de sexo desenfrenado.

Levanto una mano y freno su discurso porque no quiero que me facilite ningún detalle más. Hasta ahí podríamos llegar.

Él llena su copa y se acerca de nuevo. A este hubiese sido fácil cargárselo, con un mechero lo tengo todo hecho.

—Espera a que seas tú el que dé el primer paso —sentencio. Total, ¿qué más da?—. Eso sí, como buena amiga que soy y como asesina semiprofesional a la que no le salen las cosas como debería, pero que algún día puede sorprender. —Sonrío con suficiencia porque no se entera de a lo que me refiero y eso me gusta todavía más—. Llenaré tu cuerpo con más cicatrices si te atreves a hacerle daño y, tras eso, dejaré que Ladillas te picotee todo el cuerpo, ¿me sigues?

Suspira, cierra los ojos y asiente.

—No entiendo por qué voy a aceptar esta proposición.

Me acerco y le palmeo el pecho como si te tuviese que infundir ánimo o algo.

—Porque te caigo bien y, si te portas como debes, lo mismo seremos buenos amigos y te dejaré vivir en paz.

—Eres tan críptica hablando que no te comprendo.

—Eso es bueno. —Cojonudo de hecho—. Venía predispuesta a convencer a tu hermano. —

Frank sonríe.

—A mi hermano lo tienes convencido desde hace tiempo.

¿Es malo sonrojarse? Es que pienso en que haya podido hablar de lo que sucedió anoche y bueno, en fin, que me entran unos calores de pronto...

—¿Podrías encargarte tú de hablar con él? Yo... Bueno... Tengo cosas que hacer. —En realidad no tengo nada que hacer, estoy de vacaciones, se supone que cuando eso pasa tienes todo el tiempo del mundo.

—O bien podrías buscarlo y explicárselo tú.

Ya, claro, pues también.

Bato las manos frente a sus ojos.

—¿Por favor?

Suspira, como si ya hubiese llegado al límite de su paciencia.

—Vale —concede.

Y me marcho de allí con una sonrisilla de satisfacción bailando en mis labios.

Mica tres millones. Zoe uno.

CAPÍTULO 40

¿Que qué?

Gabriel

—No te vas a creer lo que me ha pasado.

Frank, sentado en el sofá que hay justo frente a la chimenea de mi despacho, se dedica a mover un vaso vacío y a mirarme con total descaro. Y con una pizca de altanería también, quiere que pregunte y eso haré, solo que a mi manera.

—¿Has encontrado el poco cerebro que te queda? O no —rectifico—. Mejor aún, ¿has decidido dar el paso, convertirte en un hombre serio y respetable y lanzarte a por esa chica antes de que se vaya?

Ni siquiera sé por qué he mencionado eso cuando de verdad en lo que menos quiero pensar es en que se acaban las vacaciones de nuestros huéspedes y que Zoe se marchará.

Tampoco en que eso no me agrada, de hecho, me hace sentir una quemazón por dentro que no me satisface en absoluto.

—Iba a replicar con algún comentario mordaz, pero hasta yo, que se me da de pena eso de leer los sentimientos del otro, he notado tu cambio.

Suspiro y me acerco hasta donde se encuentra.

—Se acaban las vacaciones —respondo en tono bajo.

—¿Y?

Alzo la vista y observo a mi hermano, de veras, no podríamos ser más diferentes de lo que lo somos y, a pesar de ello, nos entendemos casi sin hablar.

—Si tengo que explicártelo es que algo no funciona bien aquí arriba. —Le doy un par de golpecitos en la sien, a pesar de que sé que eso le enfurece.

Me empuja y retrocedo unos pasos.

—Ya sé que estás pillado por ella y todas esas cosas.

—Oh, espera —retrocedo un poco más como si eso me hubiese afectado casi tanto como su impulso—. ¿Sabes lo que es eso?

—Que te den —suelta—. Y, para tu información, yo también sé lo que es pillarse por una chica. Más allá del sexo y todo eso.

—Espera... Esto sí que se merece una llamada. —No puedo dejarlo pasar.

Mi hermano me hace una peineta, y yo me carcajeo por ello.

Saco el teléfono y marco el número de David, no tarda nada en responder y en saludarnos. Ni siquiera hace falta que le explique que Frank está conmigo, lo da por sentado.

—Vaya, los dos *playboys* del hotel llamándome, ¿a qué se debe este honor? ¿Os vais a dejar de lanzar tarros de bolígrafos? —Eso va por mí, sí.

—Eso nunca —arguyo sonriente.

Frank se limita a poner los ojos en blanco.

—Espero que estés sentado. —Tomo la palabra una vez más—. Porque es el momento de contarte que Frank ha pasado de fase y ha madurado. Ah, y no solo eso, el milagro que tanto esperábamos ha sucedido.

—Alabado sea el Señor —me sigue la broma mi hermano.

Es lo bueno de tener un gemelo, somos compatibles hasta en las bromas.

—Que os den a los dos —nos insulta mi hermano. Se incorpora y se acerca a la mesa—. ¿Qué

hay de malo en que una chica te haga tilín?

—Fíjate —ironiza David—, si ni siquiera es capaz de pronunciar la palabra mágica —bromea.

—No nos precipitemos. —Mueve las manos negando y juraría que le ha salido un sarpullido en el cuello solo de pensarlo—. Me gusta. Solo eso. En cuestión de amor y enamoramiento, ya tenemos a Gabriel. ¿Sabías que está pillado por la miedica de la que te he hablado?

—¿Otra vez hablando a mis espaldas? —interrumpo.

David se ríe, cómplice.

—Eso es lo que hacemos nosotros también —apunta, ¿en qué posición me deja? Pues en la que es, porque tiene razón.

—No estoy enamorado. Solo me gusta.

—Y se la ha tirado —mi hermano, el que no sabe guardar silencio, es el que tiene que soltar esa perla—. Esta vez ha sido él el primero, si nos ponen una mala reseña, será culpa suya. —Y me señala, aunque David no pueda vernos—. Lo advierto antes de que suceda y me caigan hostias como panes.

—El dramático —lo acuso en el mismo tono jocoso de siempre—. Además —le amenazo—, no te metas en mi vida privada.

Frank ni siquiera se molesta en asentir porque sabe que eso no va a suceder, siempre se meterá en mis asuntos y, por mucho que me pese, yo también en los suyos. Ese es nuestro rollo. David es mi gemelo, sí, pero con Frank siempre he tenido una relación especial, mucho más desde que nos embarcamos juntos en este proyecto.

—¿Sabéis? Creo que ha llegado la hora de la visita mensual. Ana tiene unos días libres en el hospital, y yo estoy deseando ver a esas chicas que han hecho que mis hermanos se replanteen todo.

—No te pases —respondemos Frank y yo a la vez.

—Y que suelten las mismas frases —agrega David con tono despreocupado.

—¿Quién es? —Escuchamos la voz de Ana al otro lado, y sonreímos porque nuestra cuñada es única. Única en meterse con mi hermano y en buscarle las cosquillas.

—Los pesados de mis hermanos no saben vivir sin mí y me han pedido que vaya a verlos, ¿te los puedes creer? Toda la vida igual.

Frank y yo intercambiamos un par de miradas cómplices. En fin, que nuestros sentidos del humor son de lo más variopintos.

—Qué pesadilla, esos chicos me caen fatal. —Escuchamos su risilla—. ¡Lo habéis escuchado? Ay, lo siento, pensaba que estábamos muteados, chicos, ¡Sois la caña! —lo arregla.

Oímos unos pasos alejándose.

—Amo a tu mujer, no entiendo por qué te eligió a ti y no a mí —suelta Frank.

—Porque tú solo pensabas en tirarte a todo lo que se menea, y yo, en amarla el resto de mi vida.

Sonreímos una vez más, aunque sabemos que no nos puede ver, porque sí, ese es un buen resumen de sus vidas.

—El quid de la cuestión es ese: pensaba. Pretérito imperfecto. Pasado pisado —apunto de forma despreocupada, pero siendo un maldito sabelotodo y siendo consciente de lo mucho que eso les fastidia.

—No os paséis —nos advierte Frank, eso sí, la sonrisa sigue ahí—. Solo me gusta.

—Bueno... Por algo se empieza, ¿no? —pregunta David—. Yo me enamoré de Ana solo con verla. Lo supe. Ella no, claro.

—Ella no porque es la más inteligente, sabía que liarse contigo era una jodida tortura.

David se carcajea al otro lado y, por inercia, nosotros también sonreímos.

—Es cierto —acepta sin más—. Es..., es el amor de mi vida. Aunque siempre me está buscando las cosquillas y chinchándome.

—Así no os aburrís —resuelve mi hermano.

—¿Con ella? Imposible, y esperad que os ponga al día de sus últimas maldades. Ya sabéis el pánico que siento por los bichos, ¿no? —Sí, bueno, mi hermano es un poco miedica también—. Pues resulta que se le ha ocurrido que es una idea excelente eso de ir dejando bichitos de plástico por toda la casa. Debajo de la almohada, en la alfombra, dentro de mis zapatos, entre mi ropa... —enumera.

—Y nosotros perdiéndonos el espectáculo.

—Mañana me ayudaréis a devolvérsela —susurra—. El que ríe el último ríe mejor —sentencia—. Aprovecharé esto para que pague con su propia medicina.

Frank me mira, yo lo observo también y me guiña un ojo.

—Hablando de eso...

Y nos cuenta el plan de Zoe. David se parte de risa y me pregunta si puede llamarla cuñada. Yo, por el contrario..., solo sonrío, porque me gusta ella, me gusta su locura y me gusta lo excéntrica que es.

A ver si va a ser cierto eso de que el amor a primera vista existe y no es un puñetero cuento chino.

CAPÍTULO 41

Orujo, orujo

Zoe

Decido hacer una breve parada antes de ir directa a mi habitación. ¿Expectante yo? Bah, no entiendo por qué habéis llegado a esa conclusión.

Ironías aparte, necesito poner al día a mis amigas de todo lo acontecido o, mejor aún, de lo que está por venir porque... En fin, ¿a quién le viene mal la ayuda de sus amigas para que todo salga según lo planeado?

Antes incluso de tocar a la puerta de Débora, se escucha un montón de ruido en el interior y sonrío ante la perspectiva de un día lleno de sorpresas. Y para sorpresa, la que se va a llevar Mica esta noche.

Lucy es la encargada de abrir y de sonreírme con suficiencia cuando me repasa de arriba abajo.

—Primero enséñame ese cuello y luego ya veremos si te dejo entrar —lo dice tan seria que lo muevo hacia los lados y aguardo a que me dé su beneplácito.

—¡Has llegado! —grita Rita desde el interior.

Se mueve al son de una música oriental. Sí, lo mío es sacar conclusiones precipitadas y sí, no siempre acertadas, sin embargo, no hay mucho que interpretar en este caso. Está pedo.

—¡Ay, es nuestra mejor amiga! Nuestra... ¡Nuestra vampiamiga! ¡Nuestra amiga la que se ha colado por un vampiro! —Débora también está pedo, aunque imagino que lo habéis deducido vosotras mismas sin necesidad de esta aclaración por mi parte—. Seguro que a ti no te tachan de puta nunca porque eres una santa que no se acuesta con nadie. De hecho, eres una mojigata. —Me señala con la copa y se tambalea hacia un lado. El contenido se derrama sobre la alfombra.

Lo de mojigata me ha dolido, que conste.

—Te dejo pasar porque está claro que no soy capaz de manejar a estas dos sobrias yo sola, imagínate ebrias.

Mi prima, como si me hiciese el favor de mi vida, se hace a un lado y entro en la habitación. Ella, por si las moscas, observa el pasillo antes de cerrar y dejarnos a todas dentro. No sé qué era mejor, si estar sola en mi habitación o rodeada de borrachas.

—¿Por qué has dejado que beban desde las once de la mañana? —la increpo.

Lucy alza las manos en defensa propia.

—No sabía que había firmado el contrato de niñera. —Chasquea la lengua y me dedica esa mirada de «atrévete a llevarme la contraria y no será el murciélago el que te mate». Yo, por si las moscas, chitón.

—Son las once de la mañana, joder. —Tan chitón tampoco, no podéis pedirme eso.

Me acerco a mis amigas, esas que ahora están bailando la danza del vientre a la vez que vertiendo el contenido de lo que sea que lleven sus copas por todos lados. Y, cuando digo por todos lados, me refiero a que no pienso pagar ni un solo duro de la limpieza de esta habitación.

—Vosotras sí que sabéis empezar pronto una fiesta.

—Te estábamos esperando. —Rita alza la copa y brinda a mi salud. Luego se la lleva a los labios y no hay nada que tragar, eso sí, ella emite un sonidito como si el aire que acaba de meterse en la boca estuviese ciertamente delicioso—. Solo que tardabas mucho y hemos decidido arrancar la celebración sin ti. —Y brinda de nuevo con aire.

Mírala que maja, si no estuviese tan nerviosa por todo y por nada, me reiría. Es más, me serviría una copa.

—¿Qué coño están bebiendo que se les ha subido tanto? —No he tardado mucho como para que eso suceda.

—Han encontrado una botella de orujo en la cocina —aclara Lucy.

—Orujo, orujo, por el culo te la estrujo —canturrean al son de la música.

—Míralas, son todas unas poetisas —ironizo.

Como si no fuese poco, a la danza del vientre se les suma las rimas consonantes y asonantes con la palabra orujo. Sí, definitivamente estoy jodida porque están borrachas como cubas. Y, cuando tus amigas están borrachas y tú no, resulta que no te hacen tanta gracia sus tonterías. Cuestión de tener sangre corriéndote por las venas y no alcohol.

—¿Cuánto llevan así?

—Empezaron con una competición sobre cuál de las dos aguantaba sin emborracharse.

—Se les ha dado que te cagas.

—¡Orujo, orujo, por el culo te la estrujo!

—Y dale —me quejo—. Tenéis que parar.

Ahora resulta que han cambiado de baile y se han pasado al *pol dance* y también parece ser que yo soy la barra sobre la que se contonean sin piedad.

—Quítamelas de encima o no respondo de mis actos —le pido a Lucy.

—Quiero ver cómo termina esto. Yo me lo estoy pasando bien.

Empujo a Rita cuando intenta meterme mano. Mi amiga está peor de lo que yo pensaba.

—Tony tiene novio y no soy yo. ¡No soy yo! —lloriquea toqueteándome los muslos.

—A mí me gusta el hermano del vampiro... Y para una vez en la vida que decido esperar a que él dé el paso... ¡No lo hace!

Vale, ya sé de qué va esto. Es una terapia del olvido. Se supone que hay que pasar por varias fases antes de olvidar a un tío: contárselo a tus amigas, que esas amigas lo odien, emborracharte con esas amigas, hacerles alguna trastada a esos tíos e inmortalizarlo para que quede constancia.

A lo mejor esas son las fases que hemos establecido nosotras y no son universales, ¡qué más da! Lo importante..., lo de verdad importante es que a nosotras esas fases nos funcionan que te cagas de bien.

—Venga, vamos a dejar el orujo...

—¡Orujo, orujo, por el culo te la estrujo! —grita Débora. Rita se ríe y algo le sale por la nariz.

—Y también vamos a dejar de hacer esa rima —propongo de nuevo.

—No pienso limpiar los mocos de nadie. —Mi prima se da la vuelta y se larga.

—¡No huyas!

—Tengo una llamada internacional que hacer. —Sigue caminando hacia la puerta—. Nos vemos esta noche —nos promete antes de salir.

—Eso si salgo viva de aquí —lo suelto en un tono lastimoso al que sé que nadie va a responder porque..., porque estoy rodeada de borrachas de amor y porque la única ebria se acaba de dar el piro.

Todavía con las copas de mis amigas en la mano, y con sus protestas porque no las dejo beber a su antojo, escucho la puerta y me acerco.

Seguro que Lucy se ha arrepentido y compadecido de mí y regresa para ayudarme.

Cuando abro, no es Lucy la que está al otro lado, es mi abuela.

—¿Quién ha empezado una fiesta y no nos ha invitado? —Por si queda duda al respecto, saca a Nina y la coloca sobre la cama. Ese es su «nos».

Algún día veré a esa bola con una falda y un top de lentejuelas, no os digo más.

—¡Esperanza! —Débora se lanza a sus brazos como si esa palabra fuese mucho más que su nombre.

—Vale, veo que la cosa por aquí se ha ido de madres. —Buena conclusión, abuela, buena conclusión.

—Tony tiene novio —insiste Rita—. Y no soy yo, Esperanza. Toda la vida detrás de él, y él detrás de otro. —Y lloriquea sin lágrimas.

Mi abuela cruza una mirada conmigo y, a la vez, la desvía hasta donde se encuentra Nina.

—Ni se te ocurra —le advierto negando con la cabeza.

—Es por su bien —rebate ella.

—Ni de coña. Deja a Nina en paz y permite que la vida siga su ciclo.

—¡No quiero que la vida siga su ciclo! Lo que quiero es un novio. Toda la vida soltera, me van a comer los bichos. —Esa es Rita, por si queda alguna duda—. Quiero un hombre que me quiera, que me empote, que me bese con pasión, que me anhele cuando no estoy... —A todas estas, acompaña su discurso motivacional con un movimiento sensual de las manos por su cuerpo, como si tuviese que explicar a lo que se refiere—. Quiero un hombre que me haga todas las cosas cochinas que se le pasen por la cabeza y no quiero poder caminar en días.

¿Es un buen momento para explicarle que, aunque Tony fuese heterosexual, no tenía pinta de cumplir con nada de eso que ella explica? Que, a ver, se rumorea por ahí que los calladitos son los peores, sin embargo... Mmmm, no, no puedo imaginarlo en esa tesitura. Tampoco quiero.

—Y yo necesito a un hombre que me quiera tal y como soy. Y también quiero que dejen de juzgarme por vivir mi vida como me plazca o elegir con quién me acuesto... Y con quién me levanto. —Débora medita—. Con la Virgen María y el Espíritu Santo.

Y se ríe tan fuerte que Rita ceja en su lloriqueo y terminan riéndose también. Se llevan la mano a la barriga como si les doliese tanto que son incapaces de hacer otra cosa que reír.

—Esa ha sido buena —sentencia mi abuela mientras las señala.

—Creo que me voy a mear encima —grita Rita.

—No pienso limpiar meados —protesto yo, por si acaso piensen hacerlo.

—Ahhhh. —Ese «ahhh» no suena como las otras veces, no. Me da más miedo que el vampiro, fijaos lo que os digo—. Creo que necesito vomitar. —Se lleva de nuevo la mano a la barriga y la otra a la boca.

—No pienso limpiar potas —agrego y dejo constancia de antemano.

—Ciertamente, yo tampoco.

Mi abuela se acerca a Nina y la pone a salvo de cualquier líquido que contenga sustancias apestosas e indescifrables.

—Yo mejor me marchó. —Otra que piensa dejarme con el festín de vomitonas, pis y mocos. No, mi *ciela*, no.

—Ni de coña. —La sujeto de la mano y me interpongo entre ella y la puerta—. Me tienes que ayudar con eso. —Las señalo o no porque ya no están—. Y con lo de esta noche también.

Está claro que Rita y Débora no están en sus cabales para unirse al plan, al menos, hasta que echen hasta la primera papilla.

—Te ayudaré si dejas que Nina te lea el futuro. —Ese ha sido un golpe bajo.

—Hecho —concedo.

Y, entre vómito y vómito, le cuento el plan infalible al que yo he llamado: «Atrás, Satanás». Decídmelo que no es pegadizo.

CAPÍTULO 42

La noche de los muertos vivientes

Zoe

Que le haya prometido a mi abuela que dejaré que Nina me lea el futuro no quiere decir que lo vaya a hacer de forma inmediata, de hecho, tengo intención de que pase mucho tiempo hasta que eso ocurra. Es una pequeña triquiñuela. Ha sido un «sí, pero no» en toda regla, solo que mi abuela no tiene por qué saberlo.

Y yo tampoco pienso contárselo.

—¿Y tú de qué vas vestida?

Mi hermana, esa que esta noche se va a llevar la sorpresa de su vida, ataviada con una máscara roja, dos minicuernos y vestida toda de negro, no podría ir de nada que no fuese del mismísimo Lucifer. Si es lo que yo os digo, y nunca me creéis, es la genética.

«La que has liado, mamá, la que has liado».

Repasa mi atuendo, que contrasta con el suyo de una forma estrepitosa.

—De ángel —le cuento. Como si no fuese evidente.

—Se supone que tenemos que disfrazarnos, ¿y te vistes de eso?

Chasqueo la lengua.

—Pues no veo la diferencia con lo que te pones siempre —suelto con toda la mordacidad que puedo.

—Hoy he sacado a pasear a mis cuernos. —Y se los toca con descaro.

—Pues yo he sacado a pasear mi aureola. —La señalo. Además, el blanco contrasta cojonudamente con nuestra macabra idea.

O más bien con la idea de mi abuela, porque es una pitonisa malvada de cojones.

—Te veré abajo, Santa Zoe —suelta sarcástica.

—Te iba a decir que yo te veré arriba. —Y señalo al cielo—. Pero debes saber que las puertas del cielo están cerradas para las *demonias* como tú.

Mi hermana solo sonríe, como si ese fuese un gran cumplido para ella y no se lo tomase a mal. De hecho, diría que le gusta y mucho.

Me observo una última vez en el espejo y me coloco entre las dos lolas la bolsa de salsa de tomate que con tanto mimo ha preparado mi abuela y que me ha traído a la habitación hace apenas una hora.

El plan es de lo más sencillo: fingiré cerca de mi hermana que me estoy agobiando con el calor, mi abuela se ofrecerá a llevarme a dar un paseo, arrastrará a mi hermana porque yo me tambalearé como si me fuese a dar un chungo, y Frank y Gabriel se encargarán del resto. No tengo claro qué resto es, la verdad, porque decidí hacerle caso a mi abuela y que ella se encargase de los pormenores.

La idea era que fuesen Débora y Rita las que lo hiciesen, pero teniendo en cuenta las condiciones deplorables en las que se encuentran..., pues como que no confío en su capacidad de llevar a cabo ninguna tarea hoy.

De Lucy no sé nada y, aunque supiese, no me fío tampoco. Estoy casi convencida de que decidirá darse el piro cuando se aburra. Y mi prima es más maja que todas las cosas, sí, y también cuenta con una capacidad de que todo se la sude que te cagas bastante desarrollada.

Salgo al pasillo y observo la puerta que tengo al lado. No he visto a Gabriel en todo el día y

mentiría si dijese que no he tenido ganas de buscarlo. Vampiro o no, empiezo a sentirme algo más que atraída por él.

Y ya no me siento con fuerzas para achacárselo al embrujo vampírico.

Guardo la llave de mi habitación en el bolsillo del pantaloncito corto que llevo puesto bajo la falda y desciendo por las escaleras hasta la planta de mis amigas. La primera puerta a la que toco es la de Rita, que me abre vestida de momia.

—¿No tenías nada más fresquito que ponerte? —le pregunto.

—¿No tenías algo con más tela que eso? —contrataca.

—Es para mi plan infalible.

—¿Llamamos «plan infalible» a seducir al murciélago?

—Ya eso lo he conseguido —añado.

Mi amiga extiende los brazos y me apretuja contra su cuerpo.

—Gracias por sujetarme el pelo mientras vomitaba orujo.

—Orujo, orujo, por el culo te la estrujo —repito sonriente.

No quiero ni pensar en la cantidad de euros que tengo pendientes de meter en el famoso tarro de mi padre. ¿Aceptaré un cheque?, ¿y un cheque sin fondos?

—No quiero volver a escuchar esa frase en mi vida y tampoco quiero volver a beber jamás de los jamases. Recuérdamelo cuando se me olvide.

—Para eso están las amigas.

La momia y yo recorremos el pasillo de «Villa Resulta Que Empieza a Molarme hasta la Poca Luminosidad Porque Tiene Su Aquel para Hacer Marranadas» y paramos en la puerta de Lucy. Obviamente, mi prima, como alma libre que es, no abre la puerta. Una de dos, o ya está atiborrándose a canapés, o bien sabe que somos nosotras y prefiere evitarnos a toda costa por si seguimos medio piripis.

Apuesto lo que sea a que es la segunda opción.

Avanzamos hasta la puerta de Débora y cuando abre... ¡Cuando abre flipamos en colores!

—Una monja —suelta Rita sin dar crédito.

—Soy la versión sexi de Valak. —Hace una pausa, no sé, ¿estamos jugando a ver quién acierta la peli o algo?—. Ya sabéis... —Desiste al ver nuestras caras de estupefacción y desconcierto—. La Monja, la película. —Nos da como caso perdido y hace bien—. Deberíais verla, es una película la hostia de buena.

Abro la boca con la intención de protestar. A ver, recapitulemos... ¿Acaso alguna se ha olvidado del puñetero miedo que me dan los asuntos paranormales? ¿En qué cabeza cabe que yo pueda ver esa clase de películas? La terapia de choque no es que haya servido de mucho, lo siento por ellos, sigo en este castillo y he disfrutado de las vacaciones —sobre todo de ciertas cosas de las vacaciones, ejem, ejem—, pero que Cancún y las caipiriñas siguen rondando mi cabeza es un hecho constatado.

Rita, como si todo lo arreglase con abrazos, extiende sus manos y aprieta a Débora.

—Las monjas son horribles, sin embargo, tú estás buenísima.

Débora le choca el puño satisfecha por su halago.

—¿Os habéis hecho hermanas de borrachera?

—Lo que une el orujo que no lo separe el reflujo.

Pongo los ojos en blanco, ¿seguimos en el tema de las rimas? Eso parece.

—Por lo que veo estáis bastante mejor —apunto—. Yo hubiese necesitado tres días para recuperarme y habría gastado una vida de mis siete.

Mis amigas se ríen y cuando lo hacen se llevan la mano a la sien.

—Joder, sigue palpitando —se queja Débora.

—Ni el ibuprofeno quita esto.

Entrelazo los brazos con los de ellas y las arrastro escaleras abajo como si la anfitriona de esto fuese yo. Cosa que obviamente no soy.

Al llegar al salón todas frenamos nuestros pasos.

—¿En qué momento...? —No acabo la frase porque mi ingenio se ve eclipsado por un vampiro *buenorro* que está al fondo hablando con mi abuela.

Lo repaso de arriba abajo. «Gabriel, don Madre Mía el Traje de Saliva Que Yo le Hacía» está tan guapo que casi boqueo.

Débora puede que tenga resaca, pero lleva su mano hasta mi mandíbula y la cierra. Mis dientes chocan y me imagino usando esa misma boca para morder su cuerpo escultural. Cuerpo, que, por cierto, he tenido el placer de ver y disfrutar.

—Está cañón —murmuro.

—Y va de vampiro, ¿casualidad? No lo creo. —Le daría importancia a la ironía de mi amiga si pudiese centrarme en otra cosa que no sea él.

Como si se hubiese sentido observado —y acosado— se gira y me repasa a su vez. Cada partícula de mi ser se caldea cuando sus ojos pasan por encima de mi cuerpo. No puedo evitarlo. Este chico me gusta. Solo hay un pequeño problema y es que él está muerto, y yo, vivita y coleando.

—Yo diría que quiere hincarte el diente en este mismo instante —apunta Rita con desenfado.

—Me dejaría morder, garantizado —suelto sin pensar.

Todavía con sus ojos clavados en mí, y los míos en él, una figura que no logro distinguir se acerca a nosotras. Yo ladeo la cabeza, aprovechando hasta el último instante de satisfacción personal que siento por lo tremendamente sexi que está vestido de chupasangre.

¿Estará casado? En sus vete a saber cuántos años de muerte, ¿se habrá casado?

—Estoy aquí —apunta Frank, que se ha plantado frente a nosotras.

No es que no me caiga bien, pero, en este momento y privándome de las vistas, no es que sea santo de mi devoción.

Se acerca a Débora y le sujeta la mano, se la lleva a la boca y le da un beso casto y puro sobre ella. Pongo los ojos en blanco y aguardo a que mi amiga le haga algún comentario mordaz de los suyos. Mordaz y de enamoradiza y esas cosas.

Débora, por su parte, solo se ruboriza.

¿Ella?, ¿ruborizada? ¿Es que este hotel hace que todas nos convirtamos en una versión 2.0 de lo que nunca hemos sido? Ya veis, yo medio pillada por un tío que no es mi tipo para nada, y ella dejando que la cortejen.

—Valak a tu lado no tiene nada que hacer —murmura.

Rita y yo nos rompemos unas cuantas vértebras al girar la cabeza hacia ellos. ¿En serio? Si es que los dos juegan en la misma liga, están hechos el uno para el otro, y sí, a pesar de que me ha tapado las increíbles vistas de su hermano, sigue gustándome para mi amiga.

Débora, por el contrario, nos dedica una sonrisilla de suficiencia: «¿Veis? Un experto en el tema, no como vosotras».

Todavía con la mano sujeta, la acerca y le susurra algo al oído. Pongo los ojos en blanco, sí, parece que se está tomando en serio mi consejo. Cosa que me agrada porque mi amiga hasta hace nada estaba borracha como una cuba por su culpa. O por culpa de los hombres. O no, por culpa de los prejuicios de la sociedad.

Mientras esos dos tortolitos se susurran obscenidades —porque fijo que es eso lo que hacen—,

Jero se acerca a nosotras. Él va de conductor. Un conductor que parece atropellado o algo así. No se ha esmerado mucho. También le tiende una mano a mi amiga, que la sostiene sin dudar.

Esto en vez de una fiesta de muertos vivientes parece un baile victoriano.

Como se inclina, y bata sus pestañas, la que se va a hinchar a orujo voy a ser yo.

—¿Bailas conmigo? —le pregunta Jero con tono sueve. ¿Eso que percibo son nervios? No, ¿verdad? Imposible.

Mi amiga asiente, y la momia y el conductor cadáver se dirigen a bailar. Al menos no es la danza del vientre.

Me giro de nuevo en busca de mi amiga.

—Tú y yo tenemos algo que hacer —susurro mirando a Frankenstein. Porque sí, ese es su disfraz.

Al final va a ser cierto que no es casualidad y que están aprovechando la coyuntura para sacar a pasear su verdadera personalidad.

—Arranco plan —anuncio.

—¿Plan? —Escucho a mi amiga preguntar mientras me alejo en dirección hacia donde se encuentra mi abuela, que está con Gabriel y con Mica.

Eso tampoco es casualidad. Placaje a mi hermana, por ser un bicho demoníaco rompe-sentimientos de su hermana.

Conforme me acerco, me recreo una vez más en las vistas. En la anchura de su espalda, en su pelo revuelto, en la comodidad que transmite su postura, en sus brazos sueltos de una forma natural y sencilla a cada lado y en lo que esos brazos me hicieron anoche.

Un pequeño escalofrío me sacude y me recuerdo que es probable que sea por la falta de ropa y no por eso que empiezo a sentir por él y a lo que no le quiero poner nombre. Porque entonces..., entonces sí que me desmayaré.

Gira el cuerpo una pizca para permitirme el paso y vuelve a cernirse sobre mí cuando ya formo parte del grupo y de la conversación.

—¿Todo bien? —formulo la pregunta con sumo cuidado.

—Perfecto —responde mi abuela.

—Ahora mucho mejor —es lo que suelta Gabriel.

El pequeño escalofrío de antes muta hasta convertirse en una sacudida demencial.

—Esto es una absoluta maravilla —arguyo, retomando el tema y el plan en cuestión. Observo a mi abuela, que cabecea afirmando, y me limito a comportarme con la naturalidad que se espera de alguien que por dentro arde de deseo—. La decoración, las mesas, la colocación de todo, la música... —Miro a Gabriel, que parece satisfecho con mi comentario y con el escrutinio que también recibe por mi parte.

¿A quién le amarga un vampiro? A mí desde luego que no.

—Ha sido un trabajo en equipo. Mi hermano, Jero, Gloria, el personal de cocina, incluso tu madre estuvo presente un rato.

—¿Mi madre? —pregunto turbada.

—Sí —afirma con contundencia—. Llegó cuando estábamos empezando a colocar todo, se coló por la puerta.

—No sabe mantenerse quieta —bromeo.

—Como su hija —responde sin más.

Bajo la vista, ya entiendo a mi amiga cuando se sonroja ante un cumplido proveniente del chico que le gusta... En fin, olvidemos esta última parte de mi pensamiento. Por favor y gracias.

Aprovecho la coyuntura para ponerme en marcha.

—Estoy un poco... —¿Cachonda?—. Acalorada.

Mi abuela, cómo no, se toma ese comentario como el principio de todo.

—Vamos, Mica, acompañemos a tu hermana a dar un paseo fuera.

—¿Fuera? —No la veo muy convencida, aunque dudo de si es por mí y prefiere que me busque la vida yo solita o porque en el fondo ella también tiene algo de miedo a que un muerto viviente venga y se la chasque.

No la culpo, yo sigo los pasos de mi abuela, pero tenéis que saber que no estoy nada feliz con ello.

CAPÍTULO 43

Atrás, Satanás

Zoe

—¿De qué vas vestida? —pregunto cuando nos quedamos las tres a solas.

Repaso su atuendo y perdonadme que no entienda mucho de moda, sin embargo, mi abuela lleva ropa normal y a la vez no lo parece en absoluto. Se ha puesto un top con el que muestra la mayor parte de sus atributos. Y cuando digo la mayor parte me refiero a que no es que deje mucho a la imaginación. También lleva una falda de cuero y unas botas por encima de la rodilla que relucen tanto que dan ganas de quitar las motas de polvo que puedan posarse encima.

¿Y el tocado? ¿Y el maquillaje? ¿Y el bolso en el que seguro que lleva a Nina? Todo fucsia, claro, en contraste con el negro del resto de prendas.

Parece salida de una película de los ochenta. O de haberse pegado una maratón de *Punky Brewster* y ahora querer parecerse a ella. Con mi abuela, todo puede ser.

—De *putonisa* —agrega como quien no quiere la cosa.

Trastabillo, porque, claro, es mi abuela y es un juego de palabras sublime, todo hay que decirlo. Y, para rematar la faena, saca a Nina del bolso que os he contado, la coloca sobre la palma de su mano y la extiende para que podamos apreciar su vestimenta en todo su esplendor.

—La *putonisa* Esperanza, ¿a que suena bien? Estoy pensando en cambiarme el nombre comercial, este creo que vende más.

Mica se lleva un dedo a la sien y me hace un gesto universal. No hay malinterpretación alguna, mi abuela está chalada y no soy la única que lo piensa.

La cosa es que a mí me parece cojonudo que lo haga.

—Pues yo te apoyo.

Mi abuela se acerca y me entrega a Nina. La sujeto con sumo cuidado y sin desmayarme, ¡oye! Eso es como ser el pichichi de un partido de fútbol, mola cantidad.

—Creo que ya estás mejor, ¿podemos volver adentro? —pregunta mi hermana rompiendo el momento de intimidad.

Me tambaleo un poco más, intentando fingir. Mi hermana se lo traga, claro, porque está tan acostumbrada a verme hacer ese tipo de cosas y acabar en el suelo que para ella esto forma parte de su día a día.

—No se siente nada bien —intercede mi abuela tomando las riendas de la situación.

Fase número dos: arrastrarme hasta la zona en la que se encuentra el cementerio. Cuando llegamos, la bromita comenzó con eso, ¿no? Pues ahí es donde debe acabar.

Me dejo llevar, procurando dar varios traspiés, limpiarme un sudor que no existe e imaginarme al vampiro desnudo. El calor que me provoca su mera imagen es más que suficiente para que me sonroje. Es un remedio natural, como el que toma valeriana o tila para los nervios. Pues yo tomo «Gabriel, don Cómo Me Pones» para que la cosa se caldee.

—Creo que deberíamos volver —insiste mi hermana.

Mi abuela, claro está, la sujeta por la mano y sigue tirando de ella.

—Es un paseo. Los paseos son sanos, y Cordelia no está por aquí. Está con Ladillas, creo que no quiere marcharse al otro lado hasta que le dé un consejo o algo así.

—¿Y eso cómo lo sabes? —pregunta mi hermana.

Yo tiemblo, y no porque tenga frío, es porque me acaban de recordar que hay un alma por ahí

vagando y maldita gracia me hace eso.

—Me dijo: «Tengo que darle un mensaje» y lo señalaba. —Mi abuela pone voz de ultratumba para hacernos saber el tono con el que habla Cordelia. Como si me importase un pimiento, no te fastidia—. O puede ser que me haya querido decir: «Tengo que darte un masaje», cosa a la que no me interpondría en absoluto, ¿me escuchas, Cordelia?

No sé si es un añadido para infundir miedo, pero, vaya, que conmigo funciona a la perfección.

No muy lejos de allí se observan un par de vallas metálicas que han vivido mejores épocas. Cosa lógica y normal, porque este espacio es tétrico hasta con los ojos cerrados y porque a saber cuánto tiempo lleva esto construido.

—Gabriel me contó que es un atributo al cementerio original, ya que el hotel está edificado sobre el de verdad.

Eso ya lo sabía. Gracias, Mica.

Mi hermana no sonrío, y yo me siento más valiente, dentro de lo mínimamente valiente que soy. No os paséis tampoco, que esto no tiene cura.

—Creo que voy a sentarme —pido y señalo una lápida cualquiera.

Mi yo racional no haría eso por nada del mundo, sea una lápida de mentira o no lo sea. Por si las moscas y eso. Mi yo vengativa lo hace y apechuga.

Mi abuela me permite que me siente y entonces escuchamos ruidos.

Empieza la fiesta.

Mi hermana se gira buscando el foco del que provienen esas pisadas, y yo me hago la que no escucho nada. Mi abuela también finge.

—Cada vez estoy más segura de que deberíamos irnos. Se supone que no hay que molestar a los muertos —sentencia asustada.

Lo hace que te cagas de bien. Me alegro de que mis amigas estuviesen tan borrachas que tuviese que contar con la *putonisa* Esperanza para esto.

—Llevo diciendo eso unos quince minutos —arguye mi hermana.

Murió de exagerada, ¿recordáis?

—Y ahora te doy la razón —zanja mi abuela.

Intento incorporarme cuando se vuelven a escuchar sonidos, esta vez, mucho más cerca de donde nos encontramos.

Tan cerca que de veras, planeado y todo, me acojono, porque tengo de valiente lo que de arquitecta, nada de nada.

—¿Vais a algún lado?

Tras de mí, imponente, impresionante y glorioso en su papel, se alza un Gabriel que ha decidido darle un poco más de juego al asunto y se ha cubierto la boca con la capa.

Este ha estado viendo *Hotel Transilvania*, fijo.

—Eso, justo cuando empieza la verdadera fiesta —añade Frank a las palabras de su hermano.

Modula la voz para que parezca medio muerto, medio vivo, medio tartamudo.

Por un instante, me los imagino de veras haciendo eso para conseguir a su presa.

Espera, me aterrorizo de inmediato. Y si resulta que, en vez de asustar a Mica como habíamos planeado, ¿es este su plan desde un inicio? ¿Y si se lo hemos puesto en bandeja? ¿Y si nos chupan la sangre y nos entierran? Es que encima estamos cerca, no tienen ni que arrastrar nuestros cuerpos serranos, solo morder y tirar, como el que se come un muslito de pollo.

Entro en pánico y, cuando Gabriel pone las manos sobre mis hombros, yo grito.

Mi hermana abre los ojos y grita también. Se gira. La muy marrana quiere huir y dejarnos atrás a mi abuela, que es una vieja —con todo el cariño del mundo y tal—, y a mí, que no soy

vieja, pero soy tan lenta como una tortuga.

Ahí es donde de veras se ve el amor que siente por nosotras.

Su lema en la vida: «Tonto el último».

Mica se gira, choca contra el pecho de Frank, que la sujeta y la inmoviliza. Está aterrorizada y, ¿qué cojones?, yo también lo estoy.

—Mira y aprende —le susurra Frank al oído.

Gabriel me sonrío y por primera vez en la vida le veo los colmillos.

Me cago en mis muertos. ¿Por qué no me avisáis de estas cosas? ¿Por qué? ¿Por qué, joder?

En el tarro de las palabrotas no cabe ni un pelo, que lo sepáis.

Solo necesitaba un mensaje de nada, un: «Zoe, no se lo pongas en bandeja, maja, que se lo curren un poco más». Pero no, claro, dejarme morir era mejor idea. Pues que sepáis que, como me transforme, os voy a perseguir y os vais a cagar por toda la eternidad.

—Al final sí que te voy a hincar el diente —murmura Gabriel cerca de mi cuello.

Cierro los ojos y el miedo me paraliza.

Me toca el pecho y acerca a mi cuello algo. No sé el qué, porque que te toquen las tetas antes de morir, pues también está genial. Casi casi me entrego voluntariamente a él.

He dicho casi.

—¿Preparada?

Alza la vista y mira a mi hermana. Abre la boca y entonces me muerde el cuello.

Algo me empapa, algo que huele delicioso.

Y mientras me corre un líquido pringoso por el cuerpo, Gabriel me mordisqueea de una forma que me excita. No sabía que la muerte fuese tan gustosa, joder, esperaba dolor y sufrimiento. Esto tiene buena pinta, sí.

Yo ladeo la cabeza, dejándole acceso completo a mi yugular.

—Esto lo estoy disfrutando —suelta pegado a la piel de mi cuello—. Y tú también.

Tiene razón. Es un mordisco de lo más exquisito. Ya entiendo a Bella Swan en *Crepúsculo*, no me extraña que se sintiese cautivada por el muerto. No solo era guapo y misterioso —¿os suena? —, sino que, además, mordía sexi. Y ella confiaba en él.

Soy la nueva Bella Swan porque, claro, yo también me fío de Gabriel. Lo hago. Desde hace tiempo. De hecho, me he acostado con él, ¿hay algo que inspire más confianza que eso?

Desde luego que no.

La realidad me impacta de lleno y me doy cuenta de que enamorada no estoy, es imposible enamorarse de alguien en tan poco tiempo cuando apenas lo conoces, pero... ¿y esa atracción que lo sacude todo?, ¿y esas ganas de volver a verlo?, ¿de pasar tiempo con él?, ¿de saber más de él?, ¿de saberlo todo de él?

Estoy bien jodida y no solo por lo que me hace, sino por lo que provoca en mí. Causa y efecto, eso es.

Me aparto al llegar a esas conclusiones y por un instante leo el desconcierto en el semblante de Gabriel. Sus colmillos siguen ahí, saludándome o dándome la bienvenida.

Me llevo la mano al cuello y toco el líquido húmedo y pegajoso que hay en él. La observo manchada de rojo y me giro hasta encontrar a mi hermana con los ojos abiertos y una expresión de puro terror que no le había visto jamás. Se ha dado cuenta de que estoy cubierta de sangre.

Frank la sigue sujetando por los brazos y entonces sucede. Se desvanece, y es él el encargado de que no caiga a plomo sobre el suelo y coma tierra.

Mi abuela, que era una mera espectadora, sonrío al darse cuenta de que su plan ha salido a la perfección. Se acerca y me choca la mano, se la mancha, claro.

—No se le va a olvidar en la vida —susurra señalándola—. Y ahora será mejor que me la lleve dentro, porque cuando se despierte y le explique que ha sido una broma y que no te han chupado hasta la última gota de sangre se va a enfadar y mucho. Yo que tú —me aconseja— me escondería durante un rato. Tal vez durante unos meses —añade.

Gabriel se sitúa a mi espalda y coloca una mano en mi abdomen, sujetándome. Pega mi cuerpo al suyo y noto la calidez que emana.

—De eso me encargo yo —susurra.

Mi abuela sonríe.

—Nina tenía razón —finaliza sin aportar ningún dato más al respecto—. Nina tenía toda la razón.

CAPÍTULO 44

¡Zoerpresa!

Zoe

—¿Qué ha querido decir con...? —No logro acabar la frase. Gabriel, ese mismo Gabriel que me tenía envuelta entre sus brazos de una forma protectora y, a la vez, reconfortante me da la vuelta y lleva una mano a mi mejilla.

Vuelve a estar fría. O tal vez sea yo la que lo perciba de esa manera.

—¿Estás bien? —me pregunta ya a solas.

Alza la vista y observa el espacio, yo me giro, solo para comprobar cómo mi abuela y Frank se llevan a mi hermana de vuelta al hotel. Desde aquí sigue pareciéndome un peso muerto.

—Creo que ha sido una mala idea —verbalizo señalándolos—. Estaba convencida de que un pequeño escarmiento le vendría bien a Mica, porque siempre está metiéndose conmigo y con... Bueno, ya sabes.

—Con tu alta sensibilidad ante el miedo y los temas paranormales.

—Dicho así suena hasta bien. Soy un tanto asustadiza, no hay más.

Gabriel se carcajea y los colmillos siguen ahí, saludándome, en plan: «No te olvides de que puedo usarlos en cualquier momento y a mi antojo. Y que te dejarías». Me estremezco.

—Ven, vamos, tienes que cambiarte. Tienes que quitarte la ropa mojada o acabarás pillando un resfriado.

Me pregunto si esa preocupación tiene algo que ver con que su futura cena se ponga enferma y mi sangre sepa mal o con algo más... genuino y auténtico. Sacudo la cabeza y aparto esos pensamientos.

Asiento y me dejo envolver por su capa, que me reconforta de inmediato.

—Con respecto al tema de Mica...

—Vaya, ¿la tuteas? —Me sonrío con descaro y me gusta. Me gusta esta versión de Gabriel, la juguetona y la traviesa.

—Por supuesto, me lo he ganado, dado que pasaré a formar parte de la lista de personas *non gratas* para ella.

Chasqueo la lengua contra el paladar en varias ocasiones a modo de negación.

—Me temo que encabezarás dicha lista.

—Tendré que defenderme y poner alguna excusa.

—¿De qué tipo? —Me envuelvo con más fuerza en la capa. Tiene razón, hace mucho frío y la salsa de tomate embadurnando mi cuerpo no ayuda en absoluto.

—Diré que me chantajeaste y que tuve que hacerlo para que no me pusieses una reseña negativa en Google.

Le propino un golpe en el costado con la palma de la mano, a lo que él responde con una carcajada. Además de sujetar mi mano y atraerme contra su cuerpo.

Me gusta esa sensación. Me gusta demasiado esa sensación.

Continuamos caminando. Ya comienza a escucharse el alboroto del interior. Parece que la cosa está bastante animada ahí dentro.

—No me lo puedo creer. Eres lo peor. Solo te importan las reseñas de Google. —Tiro de sarcasmo y por supuesto que retomo el tema, si no lo hago, es probable que acabe lanzándome a sus brazos y no queremos eso.

Repetid conmigo: «No queremos eso».

—Bueno, no solo me importan las reseñas, también el hotel, la familia, mis amigos y la gente que forma parte de mi vida. —¿Que sienta una punzada de decepción porque no me nombre es normal? Es para una amiga—. Y tú —finaliza. Lo retiro, básicamente, porque mi estómago está haciendo una pirueta inversa con triple salto mortal.

Sí, esa es una buena forma de definirlo.

Plantados frente a la puerta de la entrada, mi cuerpo se sacude de forma involuntaria. Culpo de ello a sus dedos en mi cintura, en mi abdomen. Esas mismas manos sobre mis mejillas y sus labios aproximándose a los míos.

Y la sensación es similar y a la vez distinta de nuestro primer beso. De ese que compartimos en el laberinto. La tensión sigue presente, los nervios siguen sacudiéndome de pies a cabeza. La expectación es mayor si cabe y el anhelo empieza a convertirse en un problema y de los serios.

Me limito a entregarme a ese contacto y a lo que me produce. A vivir y sentir todas y cada una de las sensaciones, a permitir que arrolle con todo a su paso, a dejar que me convierta en un volcán a punto de estallar. Y a alzar el vuelo de esas dichosas mariposas que revolotean en mi interior.

Y, por encima de todo, a darme cuenta de que soy la misma Zoe de siempre, esa chica dicharachera, alocada y gamberra. La asustadiza, la que evita los problemas, aunque acabe metiéndose en ellos, sí. Y, a la vez, entender que soy otra versión nueva. La que siente de una forma diferente, la que es capaz de encontrarse en lo más alto sin separar los pies del suelo y la que puede tener miedo de muchas cosas sin percibir ese temor en este instante.

Cuando separa sus labios de los míos, me permito unos segundos más para saborear el momento.

—Puedes abrir los ojos —me pide.

Lo hago.

—Me has besado con colmillos —agrego.

Sí, también soy la Zoe especialista en meter la pata con comentarios que no vienen al caso.

—Perdóname, es una manía muy tonta que los incisivos formen parte de mí —ironiza.

Si es que es más mono...

—Tienes un sentido del humor bastante fino.

—¿Quiere decir eso que te resulta atractivo? —contrataca alzando las cejas con descaro.

—Tampoco te pases. —Le doy un leve empujón y entonces entramos en el hotel.

El salón está a la derecha. Mis padres danzan en el centro de la pista de baile. La música no es nada pegadiza, sin embargo, entre ellos hay tan pocos centímetros de distancia que empiezo a sentirme incómoda porque no me extrañaría nada que se lo montasen ahí mismo, delante de todos.

De mi abuela y de Mica no hay rastro.

—Seguro que han subido a su habitación —se adelanta Gabriel leyendo mis pensamientos.

Asiento y entonces me quito la capa.

—La dejaré en el armario e iré a cambiarme.

Es su turno para cabecear afirmando. Doy un par de pasos y percibo su cercanía de nuevo. Pensaba que se marcharía, que... Bueno, que ahora que no tiene que ser mi escolta y tampoco tiene que hacer ningún favor, pues eso, tomaríamos caminos separados.

Me agrada que no sea de esa manera.

Con una mano sujeto con decisión la puerta del armario de la entrada y con la otra me voy quitando la capa, dejando a la vista mi traje de ángel lleno de tomate frito.

Un par de manos se mueven sin parar alrededor del cuerpo de otra persona. El armario está oscuro, de hecho, la única luz que ilumina ese espacio es la poca que se cuela por el hueco que he creado al abrir y, a pesar de ello, no es necesario ser ninguna erudita ni tener vista de águila para darte cuenta de que son dos personas enrollándose. ¿Por qué lo sé? Bueno, porque tengo unos padres que no suelen estarse quietos.

—Esto... —«Esto es sumamente incómodo», eso es lo que pretendo verbalizar. Mucho más cuando identifico a Romualdo y a Fifi en ese pequeño espacio y si pensaba que la distancia que había entre mis padres en la pista de baile era poca, por favor, no me hagáis explicaros cómo de escasa es en esta ocasión. Y hablando de escasez...—. Si mi locura, mi miedo, mi charlatanería o mi mordacidad no me ha llevado al psicólogo, es probable que este sea un buen motivo para ello.

Gabriel tira de mi cuerpo y cierra la puerta sin que esos dos se percaten de que he tenido el «no gusto» de verlos de esa guisa.

—Me ofreció veinte euros por alojarlo al lado de esa mujer.

Un escalofrío me recorre el cuerpo.

—¿Los aceptaste? —Niega.

—Tu prima hizo lo mismo. —¿Cómo puedo ser normal si estoy rodeada de personas de lo más excéntricas y extravagantes?—. Antes de que lo preguntes de nuevo, no acepté.

Medito sobre ello y sobre mi habitación y al lado de quién se encuentra. ¿Casualidad? No lo creo.

—Yo no te ofrecí dinero por ponerme a tu lado.

Me guiña un ojo.

—No hacía falta. Eso fue cosa mía.

Lo empujo y, mientras me arrastra escaleras arriba con la capa limpiando el suelo de las escaleras, giro la cabeza y miro el pequeño armario. No podré deshacerme de esa imagen en mucho tiempo.

—Deja de pensar en ellos —me pide.

—Claro, como si fuese tan fácil. Estaban enrollándose —aclaro, solo por si él no se ha dado cuenta.

—Lo sé. —Pues sí que se ha enterado, sí—. Deja que sean felices. ¿Qué hay de malo en ello?

A ver, malo lo que se dice malo, pues nada, sin embargo...

—Son mis vecinos, es el dueño de Ladillas, esa mujer es una cotilla.

Gabriel alza los hombros como si nada de lo que he citado fuese argumento suficiente, de hecho, no lo es, la verdad.

—Me parece bien que maten el tiempo de esa forma. —Su sonrisa ladeada promete cosas perversas.

Cuando llegamos a lo alto de la escalera, Gabriel me sujeta antes de caerme rodando.

Débora —hombres— ha regresado.

Sus manos están colocadas por encima de su cabeza y un Frankenstein de lo más marrano le besa el cuello y baja con extrema lentitud hasta acercarse peligrosamente a esa zona que de monja no tiene nada.

Carraspeo.

—Tengo una pregunta muy seria. —Mi amiga sigue con los ojos cerrados y una de sus piernas se alza hasta medio enredarse en la cintura del hermano del chico que me acompaña.

Medio enredarse es el eufemismo del año. Se ha encaramado a él como una culebrilla.

—Tú dirás. —Me temo que él también está en *shock*.

—¿Los tentempiés estaban contaminados con algún tipo de hormona de la excitación o es

cosa de ellos?

Los señalo y señalo hacia el piso de abajo.

—Es la luna. Nos vuelve un poco locos cuando está llena.

Ja, ja. Me reiría si me hiciese gracia. Quiero decir si me hiciese gracia y no me diese un pelín de miedo que eso que ha pronunciado sea cierto.

—¡Sácame de aquí antes de que tenga que lavarme los ojos con lejía!

Tira de mi mano mientras bajo la cabeza y observo la alfombra. Nunca una tela me había resultado tan interesante.

—¡Y han llegado los gemidos! —grito cuando los escucho en la distancia.

Gabriel, tan caballeroso como él solo, se sitúa detrás y me tapa los oídos.

Cuando entramos en su habitación, y cierra la puerta, me levanta y mis piernas se enredan en su cintura.

A ver quién es la culebrilla ahora.

Y... ¿He dicho caballeroso? ¡Quería decir marrano!

Ay, «Gabriel, don Soy Un Hombre Recto Que Guarda Un Tesoro Dentro» cómo me gustas, joder, cómo me gustas.

CAPÍTULO 45

Ahí está la etiqueta

Gabriel

Admitir que llevo todo el día pensando en ella no me convierte en un memo, aunque Frank se empeñe en afirmar que así es, y David, en contradecirlo.

Confirmar que sentí cierto temblor en las piernas cuando la sostuve entre mis brazos mientras fingía morderla cual vampiro tampoco es ir desencaminado.

No voy a ponerle etiqueta a esto. Ni siquiera le he dado la razón a David cuando llamó de nuevo sobre las siete de la tarde para recordarnos que por la mañana llegaría junto con Ana y se empeñó en explicarme que el amor a primera vista existe y que no tenía que buscarlo muy lejos, pues eso es justo lo que le había sucedido cuando conoció a mi cuñada. Me limité a formular unos simples «ajá», «ok» y por último «lo que tú digas» para que dejase de soltarme la chapa mientras Frank se retorció de la risa, según él, por la cara de pardillo que pongo cada vez que el nombre de cierta chica sale a la palestra.

Que sentí ganas de darle un puñetazo no os sorprenderá, de hecho, salió huyendo del despacho cuando lo amenacé con ello, eso sí, tras tirarle el lapicero y que todo se esparciese por el suelo como tantas otras veces ha sucedido.

Pillado o no, tengo que mejorar mi puntería.

Y ahora... Tenerla entre mis brazos es una sensación arrolladora, es como si de veras hubiese encontrado mi lugar en el mundo.

¿Suena a memo? Bueno, tal vez lo sea y tal vez —una vez más—, no me avergüence de ello.

—Tienes que deshacerte de la ropa mojada —le propongo.

Zoe tiene los dedos enredados en mi pelo y mis manos la sostienen como si ella fuese un koala, y yo, su árbol favorito.

—Mjaaaa —pronuncia.

Dudo siquiera que me esté prestando atención. De hecho, parece haber encontrado algo la mar interesante en mi nuca.

—Yo te ayudo —me ofrezco. ¿Desinteresado? No tiene pinta, no.

Zoe desciende con delicadeza y siento cada parte de su pequeño cuerpo tocar el mío mientras lleva a cabo la acción y termina por apoyar los pies en el suelo. Se descalza en un santiamén y alza las manos para que proceda.

—Presiento que lo vas a disfrutar y mucho —aventura.

No me salen las palabras, así que asiento de forma contundente, pues tiene razón.

Le sujeto la mano y tiro de ella hasta llevarla al baño. Allí, capa a capa, le quito toda la ropa manchada de tomate frito y la dejo en el lavabo.

Me dedica una mirada de lo más maliciosa cuando me acerco a la ducha y acciono la misma. El agua cae con fuerza y, mientras aguardo a que se caliente, me acerco de nuevo a ella.

Recorro su cuerpo y me embebo de él. De cada exquisita curva, de cada lunar, peca o cicatriz que tiene. Me arrodillo y bajo sus braguitas, que acaban uniéndose al montón de ropa que le he extraído antes.

Todavía allí, postrado a sus pies, alzo la vista y me encuentro con sus ojos negros como la noche.

Recuerdo lo mucho que me llamaron la atención cuando los vi por primera vez, sin saber que

esa mirada oscura como el ónix me iba a volver extremadamente loco. Extremadamente suyo.

—Eres preciosa —murmuro. Deposito un beso en su pubis, y ella se sacude de forma involuntaria ante mi gesto—. ¿Tienes frío? —Desvío la vista y observo el vapor que comienza a acumularse en la estancia.

—Todo lo contrario —responde.

Bien sé lo que quiere decir con ese comentario porque yo siento justo lo mismo.

Me desvisto con parsimonia, una que no siento en absoluto, bajo su atenta mirada. Y cuando por fin estamos desnudos, cuando no somos más que piel, la atraigo hasta mí y beso, en esta ocasión, su sien.

Quiero hacerlo despacio. Quiero que sume. Que cuente. Que aporte. Que con esto entienda lo que quizá con palabras no sé expresar, porque lo mío nunca han sido las palabras, siempre he sido un hombre de hechos.

Regulo la temperatura y, cuando creo que está perfecta, la invito a entrar. Zoe suelta un largo suspiro cuando el agua caliente se pasea por su cuerpo caldeándolo.

Y este instante, pase lo que pase, se quedará grabado en mi retina de por vida.

Pase lo que pase y suceda lo que suceda.

—Gracias —musita con la voz tomada.

Me acerco hasta el bote de gel y dejo que caiga en mis manos. Extiendo uno de sus brazos y lo enjabono con parsimonia. Otra sacudida por su parte y un golpe en el centro del pecho por la mía.

Me tomo mi tiempo para hacerlo, en absoluto silencio, porque no siempre son necesarias las palabras para demostrar lo mucho que te importa alguien, a veces es tan sencillo como estar ahí.

Cuando he acabado con su cuerpo, le pido que dé un paso atrás y mojo su piel de nuevo. Quién fuese agua.

Zoe, en ningún momento, aparta su mirada de la mía. Yo solo lo justo para saber qué parte del cuerpo será la siguiente.

—El pelo —le indico—. Voy a enjabonarte el pelo.

Se gira. Dejo el gel y utilizo el champú.

—Solo para tu información —habla—, normalmente se enjabona primero el pelo y luego el cuerpo.

Sonrío, a pesar de que ella no pueda verme.

—¿Quién lo dice? —pregunto con socarronería—. ¿Acaso hay algún manual sobre cómo ducharse de forma correcta? Porque ese no lo he leído —bromeo.

—Pues... —duda—. Tienes razón.

Alza el hombro derecho y procedo a lavarle el cabello. Tiene restos de tomate frito también.

—Vaya desastre, ¿no?

—Hay desastres y desastres —apunta con fingida indiferencia—. Algunos de ellos son sencillamente maravillosos. Como yo. —Se carcajea.

Se me acelera un poco el corazón.

Un mucho el corazón.

—Desde luego —confirmo.

—Tú también eres de lo más raro, ¿sabes? —contrataca.

—Ah, ¿sí? ¿Y eso por qué?

—Bueno. —Ni siquiera duda—. Eres un hombre de lo más misterioso. Apuesto a que guardas miles de secretos. —Gira la cabeza y me observa de soslayo—. Quizá has profanado tumbas —enumera— o has seducido ancianas que te compraban galletas de la suerte o... tienes una

mazmorra llena de pinzas y arrancauñas eléctricos o pistolas *teaser*.

Desvía un segundo la vista y me mira por encima del hombro.

—O me gusta morder a las chicas en laberintos y cementerios —añado.

Total, ya puestos a ser partícipe de la fantasía de chico místico, perverso y oscuro... Pues sumo una.

No parece inquietarse por mi comentario, aunque tampoco añade nada.

Cuando he terminado de lavarle y enjabonarle el pelo. Procedo a hacer lo mismo con el mío, esta vez empezando por su recomendación, lo que hace que me mire y frunza el ceño.

—Eres fascinante.

Me ayuda a enjabonarme y parece deleitarse con ello tanto como hice yo antes, sin embargo, nos limitamos a recorrer nuestra piel, a disfrutar de algo tan sencillo como pasear nuestros dedos por las extremidades del otro sin nada sexual en el gesto.

Porque quiero que sea especial. Porque quiero hacerlo especial para ella. Porque quiero demostrarle que puedo ser un hombre pasional y, a la vez, romántico.

Porque con ella Gabriel tiene muchas versiones.

Cierro el agua cuando creo que hemos terminado y la envuelvo en una mullida toalla. Zoe se arrebujaba e intento envolver su corta melena para secar su pelo.

Bajo su atenta mirada, me seco yo también. Ella sonríe de vez en cuando, y yo le devuelvo el gesto. Es como si no nos hubiésemos acostado antes, como si esta fuese nuestra primera vez y haré que la recuerde. Yo, por el contrario, recordaré todas y cada una de ellas.

De la misma forma en la que lo hice en la ducha, la seco, con extrema lentitud. Me entretengo de más en su pelo. Zoe se limita a sacudir la cabeza en varias direcciones.

—¿Quién necesita un cepillo pudiendo aprovechar los giros de cabeza?

Le tiendo la mano, y ella la sujeta sin dudar.

Desnudos, la arrastro hasta mi cama y la dejo en ella mientras enciendo la chimenea. Debería haberlo hecho antes, así la habitación habría estado caliente cuando saliésemos.

—Me encanta ese cachivache. Aunque no tanto encenderla. Lo he intentado y debo admitir que soy pésima.

—Podrías haberme llamado.

—¿Todas las noches?

—Por ejemplo.

Me acerco cuando ya la he dejado prendida y empujo el cuerpo de Zoe hacia atrás. Ella se deja caer sobre el colchón y su melena húmeda se esparce por encima de las sábanas blancas. El contraste me fascina.

Sin dudar, ella abre las piernas, y yo apoyo la rodilla en la cama. El colchón cede ante el peso de mi cuerpo.

—Quiero tomármelo con calma —le advierto.

—Puedes tomártelo con calma mientras te entierras en mí.

Vaya jueguecito de palabras. Y vaya boca más sucia que tiene.

Me gusta. Todas sus facetas me gustan, hasta las más irreverentes.

Controlo el peso de mi cuerpo cuando me dejo caer sobre el suyo. Se mueve contra mi polla, y yo sigo sin ceder ante sus provocaciones.

—Eres una chica mala.

—La más malvada del mundo —sentencia ella siguiéndome la broma.

Lleva la mano hasta mi polla y la coloca en su entrada. Ni siquiera la he tocado para saber si está preparada, si está excitada, si lo está tanto como yo.

—Estoy lista —me explica.

—¿Ahora lees la mente?

Se ríe. Me parece lo más maravilloso del mundo.

—Ojalá. Aunque —duda—, si eso sucediese terminaría formando parte del imperio de la clarividencia que ha montado mi abuela.

Es mi turno para reír. Hasta que sus dedos firmes aprietan mi miembro y sustituyo la risa por un ronco gemido.

—¿Qué me haces? —pregunto.

Zoe se levanta lo suficiente como para morder mi oreja.

—Hincarte el diente —aclara.

Entonces se aprieta contra mi polla y me cielo dentro.

La sensación es de plenitud, de no necesitar nada más, de sentirte pletórico, extasiado, de querer que dure y dure y dure. Hasta que se mueve, y la fricción es embriagadora a la vez que deliciosa.

La arrastro conmigo y me coloco boca arriba sin salir de ella.

—Pensaba que eso era un mito y que no se podía hacer —añade.

Deja caer la cabeza hacia atrás cuando entro hasta el fondo, empujo sus caderas y le rozo el clítoris con mi pelvis.

—Móntame —le pido—. Móntame y córrete. Soy tuyo —susurro.

Y no estoy preparado para decirle cuánta verdad encierran esas dos palabras, así que me limito a dejar que sean nuestros cuerpos los que hablen.

Ya tendremos tiempo de que nuestras bocas le sigan el ritmo llegado el momento.

CAPÍTULO 46

Si las sábanas hablasen

Zoe

Me desperezó todavía con los ojos cerrados. Sonríó al recordar lo ocurrido anoche en esta cama y lo bien que me sentí cuando, tras proporcionarme varios orgasmos —¡Y vaya orgasmos! —, me envolvió entre sus brazos, me besó el pelo, todavía húmedo, y me deseó felices sueños.

¿Dónde está el vampiro maquiavélico y qué han hecho con él?

Extiendo la mano y palpo su lado de la cama. Está vacío, así que... esperad. Esperad un momento... ¿Y el ataúd? Es decir, yo caí en coma mientras me abrazaba, pero ¿ha dormido en la cama conmigo? ¿El motivo por el que ha desaparecido es porque tenía que salir a alimentarse teniendo en cuenta que a mí no me ha mordisqueado en ese plan? Ya sabéis el plan al que me refiero: en la pirámide de la alimentación yo soy su número uno en sangre, sí, ese plan justamente.

Y... ¿cómo de mal estaría que aprovecharse su ausencia para fisgonear su habitación, buscar el botón escondido a su guarida vampírica o, como poco, encontrar la nevera donde guarde las bolsas de sangre para esos imprevistos en los que sus víctimas le pongan la cosa chungueta de veras? ¿Hay vacas flacas en cuanto a la sangre se refiere?

Bah, Zoe, deja de flipar en colores.

Decido, en contra de eso que me grita la cabeza que haga, envolverme en una sábana y salir al pasillo para dirigirme a mi habitación. Le dedico una breve mirada de soslayo a la chimenea y observo que sigue encendida y que hay troncos recién puestos, lo que me da pistas de que no hace demasiado que se ha marchado y... se preocupa por mí. Gabriel se preocupa por mí.

Sumado a eso... lo de anoche fue una pasada. Y me refiero a que fue tierno, romántico y a que podría acostumbrarme a ese Gabriel. ¿A quién pretendo engañar? Podría acostumbrarme a cualquier Gabriel, porque todas esas facetas que conozco, que sí, que ya sé que son pocas y que en apenas seis días es imposible enamorarse de alguien porque yo tampoco creo en el *instalove* o como se llame ahora... No puedo obviar la atracción que siento por él y lo bien que me siento a su lado. Lo bien que me hace sentir a su lado.

Envuelta en una sábana que huele a nosotros, salgo al pasillo. Cierro la puerta y decidida a ir de puntillas hasta mi habitación, alzo la vista justo en el instante en el que mi amiga Débora sale de la habitación de Frank.

Arqueo una ceja. Ella hace lo mismo en la distancia y entonces corre en mi dirección, presurosa.

—Veo que la ropa de monja ha sido sustituida por una sábana —ironizo señalando su atuendo.

—Veo que el ángel que llevas dentro se ha convertido en un demonio marrano —contrataca a su vez.

Me tapo la boca para ahogar la carcajada al mismo tiempo que la puerta de Frank se abre y el susodicho, colocándose bien la corbata, carraspea al observarnos de esa guisa, niega con la cabeza y nos guiña un ojo antes de bajar por las escaleras.

—Estoy muy pillada por ese chico —sentencia mi amiga—. Y no quiero que me preguntes el motivo, porque ni yo misma lo sé.

—Hay cosas que no tienen explicación y en cuestión de sentimientos mucho menos —apostillo entendiéndolo a lo que se refiere y, para sorpresa de nadie, empatizando con ella.

Ojo, que este discursito no me lo he sacado de la manga, ni siquiera lo hago porque sienta empatía por mi amiga, que la siento, es que... me temo que estamos en el mismo punto las dos.

Es como si, en vez de sincronizar nuestros calendarios menstruales, se hubiesen sincronizado nuestros sentimientos románticos.

Abro la puerta con cuidado de que no chirríe mucho y nos colamos dentro.

—Dime que me prestas algo de ropa y que puedo usar tu ducha. Estoy pegajosa.

—Puedes hacer lo que quieras siempre y cuando no me des detalles que no te he pedido.

—Nunca doy detalles que no has pedido —me rebate.

¡Ja!

Pongo mala cara, y ella obvio que lo percibe.

—Siempre das ese tipo de detalles —esclarezco.

—Con Frank no. Porque es distinto.

Y eso, señoras y señores, consigue atraer mi atención. Claro, ¿cómo podría obviarlo?

—Explícate.

Todavía las dos enrolladas en una sábana nos preparamos para la fatídica conversación en la que ambas le ponemos la etiqueta a la cosa. No es que Débora no nos haya dado un adelanto de la misma, porque ya sabemos que lo ha hecho, pero esta conversación, después de lo que ha pasado, lo convierte en más real de lo que, con toda probabilidad, ya era.

—Pues...

La puerta de la habitación suena y no es un sonido cualquiera, es firme e inquietante.

Me acerco con cierto recelo porque podría ser cualquiera. Echo de menos a mi amigo el candelabro, no sé qué ha sido de él. Lo mismo está corriéndose la juerga padre con su amigo el crucifijo. En fin, desde Mica, que busca *vendetta* por lo sucedido, a mi abuela, que trae a Nina para llevar a cabo mi promesa antes de que me escape, o Cordelia, que resulta que ha dado el mensaje —o el masaje— y quiere despedirse de mí con un abrazo y varias palmaditas en el hombro...

Es Rita. Me quedo mucho más tranquila.

—No te lo vas a creer. De hecho, ni siquiera yo me lo creo. Resulta que anoche estaba en el baile. Baile del que, por cierto, desapareciste y no volví a verte. Tampoco es que pudiese hacerlo porque estaba completamente obnubilada y... —Se adelanta cuando me dispongo a abrir la boca para explicarle que no estamos solas—. No es lo que piensas. Aunque, claro, si piensas que lo que piensas es que era por Tony. Pues no, vas mal encaminada y si piensas que lo que piensas es que es por Jero...

—¡Jero! —grita Débora, que decide que ese instante es el indicado para que ella y su sábana hagan acto de presencia.

—Ya podrías haberme contado que no estábamos solas —me recrimina.

Encima, no te fastidia.

—Claro, podría haberte avisado, solo aclárame en qué momento. Entre «parloteo sin cesar hasta quedarme sin saliva» o «hablo tanto que me falta el aire». —Como podemos comprobar, la Rita de siempre ha regresado. No sé si ha sido la borrachera o Jero.

Hablando de ese tema...

—¿Cómo que Jero? —pregunto.

Porque sí, esto se ha convertido en una campaña sobre cómo no pillarse de un tío y acabar pillada por tres. No la misma, claro, hablo de cada una de nosotras. O no, no adelantemos acontecimientos.

—¿Qué hacéis vestidas con esas sábanas? —Extendería los brazos para mostrar sin palabras lo

obvio, pero, como no me quiero quedar desnuda delante de ellas, lo único que hago es poner los ojos en blanco.

Débora, por el contrario, sí que extiende los brazos y la sábana acaba alrededor de sus pies. Y su cuerpo queda en todo su esplendor allí frente a nosotras. Ojo, que ella sin pudor alguno.

—¿Tú qué crees?

—Bueno, ahora me queda más claro. O bien os lo habéis montado las dos, cosa que no me sorprendería en absoluto porque desaparecisteis, o bien...

—¿Montárnoslo las dos? —inquiero.

—Lo preguntas como si estuviese loca —responde Rita con un tono reprobador.

—Muy bien no estás.

—Claro, lo dice la que cree que Gabriel es un vampiro y se lo ha querido cargar en estos días. Pues también tiene razón.

—Me callo.

—Más te vale.

—Por muy buena que esté ella —Débora me señala—. Yo solo tengo ojos para Frank —agrega.

Rita extiende los brazos para abrazarla, por eso de que ha confesado sin dudar y porque Rita y los abrazos van de la mano.

Se detiene cuando se da cuenta de que está desnuda y no solo eso, sino de que su cuerpo puede tener restos no identificados.

—¿Se te ha pasado el subidón de cariño desinteresado? —me burlo de ella.

Me chista llevándose el dedo índice a la boca, y yo le hago caso.

—¿Y bien? —retoma la conversación Débora.

—Jero anoche quería tema que te quemas —sentencia.

Cruzo una mirada con mi amiga, con la desnuda, quiero decir.

—No me sorprende. —Débora es la que responde, pero, si hubiese sido yo, habría añadido lo mismo, por supuesto.

Esto se veía venir.

Rita asiente.

—No voy a preguntar sobre ello, porque estoy bien, de hecho, es la primera vez que me siento bien en días. No es que haya pasado nada... —Al menos una que no se dejó llevar por la pasión y el desenfreno—. Porque que haya venido con el plan de seducción hacia Tony trazado no quiere decir que vaya a sustituirlo en tan poco tiempo.

—Y he aquí una victoriana. —La señala Débora soltando el comentario con toda la ironía que le cabe en el cuerpo.

—Déjala —la defiende colocándome a su lado e intentando consolarla. Rita se aparta, porque yo sigo llevando la sábana y huelo a sexo desenfrenado—. No tienes que hacer nada que no quieras hacer —aconsejo.

—Hombre, claro, hasta feo estaría. No es eso... Es que... habla más que yo —concluye.

A mí se me escapa una risilla comedida, en cambio, Débora se descojona en su cara, vamos, que se dobla y todo sobre sí misma.

—No es gracioso —nos advierte.

—Le van a dar de su propia medicina —añade Débora, que sigue riéndose e hipando.

—Ha encontrado la horma de su zapato —remato yo.

—Sois lo peor, no sé por qué he pensado en venir a verte. —Me señala—. Y contároslo. —Nos señala a ambas en esta ocasión—. Tenía que haber hablado con Lucy, ella es la única cuerda

de este grupo. ¡O mejor aún! —exclama—, a Nina, ella seguro que tiene algún consejo sabio que darme.

Si no hubiese sido por mí, os aseguro que Nina y mi abuela ya habrían hecho de las suyas ayer. Borrachas o no, con vomitona o sin ella, no habrían tenido piedad.

—Cariño... —Me acerco con cautela y dulcifico el tono, porque reírnos está bien, pero si eso hace que tu amiga se sienta mal..., pues no, no es un bonito gesto ni agradable. Ellas me han apoyado siempre hasta cuando he decidido llevar a cabo la más estúpida de mis ideas, así que yo debo actuar igual. No porque se los deba, sino porque es lo que hacen las amigas, las de verdad —. Actúa como quieras, si Jero te hace sentir bien, pues disfruta de eso porque es fantástico.

—Pero Tony...

Débora se acerca también, aunque pone especial cuidado en no tocarla. Yo hago un nudo con mi sábana y coloco ambas manos sobre su hombro.

—Tony es agua pasada. —Rita frunce los labios—. Y nadie ha dicho que tengas que casarte con Jero y vivir aventuras en su autobús de la muerte, solo que disfrutes de su compañía y de su conversación —apunto.

—Sobre todo de su conversación. —Sonríe Débora.

Rita le hace una peineta, al final, tras unos segundos asiente y la comisura de sus labios se alza.

—Me ha dado su número y nos hemos estado enviando mensajes.

Nos enseña las conversaciones. Son tan monos los dos.

—Yo ahí veo coqueteo —sentencia Débora antes de girarse y recoger la sábana.

—Mientras te sientas bien...

—Me siento bien, de verdad, por eso estoy un poco fuera de juego.

—No le des más vueltas, Rita, hay cosas que no tienen explicación. —Deb y yo compartimos una mirada cómplice porque esas fueron nuestras palabras antes.

—Así es —finiquita mi amiga—. Y ahora me voy a la ducha porque mi cuerpo necesita eso y una buena dosis de café.

Se mete en el baño, y Rita y yo nos quedamos allí unos segundos de más.

—Estáis pilladas por esos hermanos. —Yo guardo silencio, ni confirmo ni desmiento. Rita tampoco formula pregunta alguna, lo da por sentado—. Vayamos a hacerle un tercer grado a esa chica. —La señala.

Se adelanta y abre la puerta. Escucho a Débora cantar la famosa canción de Alaska.

—Como cantante no se va a poder ganar la vida —se burla Rita.

Yo asiento.

Me acerco y asomo la cabeza.

—«A quién le importa lo que yo haga, a quién le importa lo que yo diga...»

—«... yo soy así y así seguiré, nunca cambiaré». —finalizo.

Sonreímos.

No sabemos qué pasará, no sabemos cantar, no entendemos de etiquetas, pero ¿sabéis lo que sí que tenemos claro? Que, pase lo que pase, estamos.

—Y ahora dime si ese chico tiene el cuerpo lleno de cicatrices y si encontraste rosa mosqueta escondida en los cajones —inquiero.

No, esto tampoco es para una amiga, es para una servidora.

CAPÍTULO 47

Pues sí que me engañaste

Zoe

Dejo a mis amigas liadas en sus habitaciones. Débora, dispuesta a comenzar a hacer su maleta, porque resulta que de pronto se ha dado cuenta de que trajo demasiadas cosas. A ver, ¿no era ella la que presumía de haberse visto todos los capítulos de Marie Kondo? Pues que apechugue con ello. Y Rita..., Rita ha quedado con Jero para dar un paseo bajo la lluvia.

Es probable que vosotras ahí veáis romanticismo, yo veo neumonía.

Desciendo por las escaleras y me dirijo en busca de una taza de café que sea del tamaño de Nina. No, mejor aún, que sea del tamaño de tres Ninas. Mientras me lo sirvo disfrutando de una tostada y del silencio del comedor, escucho unas cuantas voces afuera. Intento que la cotilla que hay en mí no se haga cargo de la situación, pero se ve que no le pongo demasiado empeño porque termino por arrastrarme por la pared como si de esa forma fuese a evitar que me viesan y acercarme hasta la puerta.

Distingo la voz de Frank y la de Gabriel. Están hablando de una mujer. Esto me interesa. Como Frank se la esté jugando a Débora, prepararé una venganza de flipar y dejaré que sea mi amiga la que la lleve a cabo.

No puedo creerme que se la vaya a jugar después de lo que ha pasado entre ellos. O, peor, que haya dejado que en ese despacho le contase que mi amiga está interesada por él y dar por sentado que él también lo estaba por ella solo para triscársela y que sea, en efecto, una muesca más en su cama. Hasta ahí podríamos haber llegado.

—Esto no ha hecho nada más que empezar —asegura Gabriel. Ese es mi chico, seguro que está llamándole la atención y advirtiéndole lo que va a suceder si no se comporta como un hombre sensato. Me asomo un poco, lo justo para observarlos ahí, frente a la puerta. Ambos con las manos en los bolsillos y la actitud recta. Parecen tensos o estreñidos. No me sorprende, Frank debería sentirse culpable si piensa hacerle daño a Débora—. Estos días no me he reído lo suficiente de ella y, si piensa que va a irse de rositas, es que no me conoce.

Espera.

Espera, espera.

¡Espera!

Ahí no hay bronca ni discusión ni advertencia hacia Frank, ahí hay un plan. Y ese plan, contra todo pronóstico, lo está proponiendo Gabriel, el que hasta hace nada estaba enterrado dentro de mí. El que me deseaba felices sueños, el que me besaba la sien y al que no le registré la habitación porque quería hacer caso a mi corazón y confiar en él. Joder, que ha estado jugando conmigo todo este tiempo, es decir, ¿cómo es posible?

¿Era consciente de que yo sabía lo que era? ¿Pensaba burlarse de mí y esperar a que fuese la hora de volver a casa para acabar conmigo? O no, sencillamente era un juego y todo eso de que no confraternizaba con los huéspedes era lo que se suponía que debía verbalizar para que confiase en él y cayese rendida a sus pies.

¿Ese ha sido su plan desde el principio?, ¿reírse a mi costa? ¿Te lo has pasado bien, cabronazo?

—¿Sabes que te va a salir el tiro por la culata? —le pregunta Frank.

Sonríó, sonríó por su respuesta, a pesar de que la rabia que siento en este instante lo eclipsa

todo.

No me pidáis que sea sensata, ¿vale? Entendedme. Empatizad con mi estado de ánimo, comprended que me ha estado utilizando y que ahora pretende dar la estocada final. Pues, ¿sabéis qué? Que la lleva clara.

—Se lo ha buscado ella.

Pero ¿qué dice el pedazo de narcisista este?, ¿que me lo he buscado yo? Claro que sí, *guapi*, por supuesto que me lo he buscado yo. A ver, imagino que ser tan divertida, guapa y sumamente apetecible es lo que tiene, ¿no? Esa es la causa de que tengas que acabar conmigo. De que lleves todos estos días riéndote de mí y haciéndome creer que todo es genial, de que él es genial y de que podríamos ser mucho más increíbles juntos.

Bajo la vista a la taza y de pronto el café no me apetece en absoluto, aunque..., ¿sabéis lo que sí me apetece? Cargármelo, solo por los viejos tiempos.

Con «viejos tiempos» me refiero a estos últimos días.

Mi madre me aseguró que mi destino estaba aquí y no iba muy desencaminada —y que esto no sirva de precedente— porque lo que de verdad quiere el destino es demostrar que soy capaz de acabar con todo.

Me marchó de allí, dejando a Gabriel y a Frank cuchicheando. Por cierto, es de primero de cotilla que nunca se puede hablar mal de las personas en un lugar público, lo mejor es esconderse en una habitación, a ser posible con la puerta cerrada, para que no haya posibles oídos que escuchen las cosas que sueltas por la boca, se ofendan y pueda que quieran devolvértela.

Como ha sido el caso.

Dejo el café sin tomar en una de las mesas y salgo por la otra puerta. Subo por las escaleras con un enfado de mil demonios y la primera persona con la que me cruzo es mi hermana. De hecho, me espera en lo alto de la escalera. No me importa en absoluto que esté enfadada porque, si ella lo está, yo lo estoy aún más.

Y no hay arma más potente en este mundo que la ira de una mujer. Y el despecho, eso también.

—Te parecerá bonito lo que has hecho —me advierte con tono reprobatorio.

Mica, Mica, Mica, ya he tenido paciencia contigo. Mucha paciencia.

—Mira, solo te voy a decir una cosa y no pienso repetirla más. —Mi hermana abre los ojos porque lo que está claro es que esperaba encontrarse con una versión arrepentida de mí misma y no ha sido de esa forma. Por una vez en la vida tengo que ser valiente con todo y enfrentarme a los problemas—. Esa broma que te gastamos anoche no es ni una mínima parte de lo que te mereces por todas tus burlas y planes maquiavélicos hacia mi persona. He callado, he aguantado, me he desmayado y he asumido cada una de esas mofas tuyas con entereza o con toda la entereza que he podido, pero ¿sabes qué? —Subo el escalón que nos separa y me planto frente a ella. Soy más alta, así que termina por alzar la cabeza—. Que ya estoy cansada y, si vuelves a jugármela, no será solo un susto lo que te lleves, ¿me he explicado o no me he explicado?

Joder, pues sí que sienta bien esto. Debería haberlo probado antes.

Mi hermana, como si mis palabras hubiesen impactado de lleno en ella, da un par de pasos atrás y baja la vista unos segundos. Me siento mal, de veras, porque es mi hermana pequeña y la quiero mucho, sin embargo, no es justo que siempre esté metiéndose conmigo, aprovechando eso que me da miedo y utilizándolo en mi contra.

Una cosa es una broma puntual y otra muy distinta es convertirlo en costumbre. Como es el caso.

—Tienes razón. —Si me pinchan, no sangro. Cosa que a Gabriel le jodería y mucho—. Estaba

dispuesta a increparte por lo que hiciste anoche, en cambio, entiendo tu enfado. Pude ponerme en tu lugar y sentir lo que sientes cuando actúo de forma irracional. —Debería haber tenido un teléfono a mano y haber guardado este audio para ponérmelo en bucle cuando no esté tan sumamente ofendida por lo que acabo de escuchar en la planta baja y cómo «Gabriel, don Te la Has Tragado Completa, Maja» me ha vapuleado a su antojo. Aunque no ha ganado la guerra. Ni por asomo ha ganado la guerra.

—Te perdono. —Es lo único que puedo ofrecerle. Lo único y lo más importante.

—Intentaré tener más cuidado. Es que... es tan divertido ver tu cara de espanto. —Sonríe y, cuando frunzo el ceño, vuelve a ponerse seria.

—A partir de hoy las cosas van a funcionar de esa manera, si me la haces, te la devuelvo —le explico.

—Es lo justo —responde alzando los hombros. Asiento mucho más tranquila—. Y te felicito, porque lo de anoche me lo creí hasta yo.

A ver, estoy muy enfadada, pero un halago no le amarga a nadie.

—Fue cosa de tu abuela, yo solo puse un poco de creatividad.

—Gabriel sí que puso creatividad al asunto —matiza mi hermana, ajena a la pelea de perros que tengo en la barriga por su culpa—. Me cae bien. Es malvado.

—Y tanto que sí... —No añado nada más, solo paso por su lado porque necesito una vez más la ayuda de mis amigas.

CAPÍTULO 48

La estacada final

Zoe

Rita, Lucy y Débora me observan como si de pronto me hubiesen salido tres cabezas.

No, majas, estoy en mi sano juicio. O no tanto, pero finjamos que es de esa manera.

—Dejad de compadeceros de mí. No hace daño quien quiere, sino quien puede —remarco. Intento autoconvencerme de ello, lo prometo, eso sí, no es tan sencillo como parece, porque Gabriel me gustaba y mucho, es más, incluso pensé que era recíproco. «Murió de ingenua», podéis poner eso en mi lápida, ahora bien, hacedlo después de grabar en la suya «Murió por desalmado», cosa que le tiene que ir al pelo teniendo en cuenta que es un vampiro, ¿no?

Todavía tecleando con toda la rapidez que mis nerviosos dedos me permiten, alzo la vista y encuentro caras compungidas.

—He dicho que ya basta.

Mi primera parte del plan ha salido a la perfección. Chúpate esa «Gabriel, don Odio las Reseñas Negativas de Google». Si no mueres por mi estocada final, lo harás porque nadie va a pisar este castillo en lo que te resta de vida y, lamentablemente para ti, es mucho tiempo. O no, si todo sale como planeo.

—Es cierto. —Débora se pone en pie y se acerca. Rita también lo hace, impulsada por lo resolutiva que se muestra nuestra amiga—. ¿En qué podemos ayudarte?

Rita extiende los brazos, y yo me dejo envolver en su cálido abrazo.

—Siento haber fastidiado tu paseo mañanero bajo la lluvia incesante de este jodido lugar. — Habla la inquina y lo sabéis porque hasta hace nada me parecía un lugar la mar de cojonudo.

¿Habéis visto la de fases por las que he pasado en estos días?

Miedo. Más miedo. Desmayos. Repulsión. Ganas de largarme. Atracción por cierto dueño. Negación ante la etiqueta. Deseo exacerbado. Necesidad de asesinar. Culpa por perder una estaca. Oh, mirad, ha vuelto el deseo. Ese deseo se transforma en cochinas. Mmmm, parece que este sitio me empieza a gustar. También parece que el dueño de este sitio me gusta. Y, por último, una rabia que lo eclipsa todo.

Ese es un buen resumen de la situación.

—Hay más días que lentejas, y Jero no es de los que se enfadan. Se lo ha tomado bien.

—¿Qué coño pinta Jero en todo este asunto? —Claro, si mi prima no hubiese estado de picos pardos por ahí, es probable que supiese de qué va todo. No me molesto en responder, de eso que se encarguen ellas.

—¿Recordáis lo que hacen las amigas ante una decepción amorosa? —Esto parece un examen.

—¿Amorosa? —se jacta Lucy.

Imagino que mi mirada de «si abres la boca, y sueltas alguna perla, primero acabo contigo y luego con el chupasangre. Y no me pongo ni roja» hace que baje la vista y no comente nada más.

—Contárselo a tus amigas, que esas amigas lo odien, emborracharte con esas amigas, hacerle alguna trastada a esos tíos e inmortalizarlo para que quede constancia —enumera Rita.

Vale, debéis saber que ella es la buena estudiante del grupo, eso ha quedado más que claro.

—Exacto. Sin embargo, en esta ocasión, nos vamos a saltar eso de emborracharnos porque dudo que Lucy se vaya a quedar para sostenernos el pelo mientras vaciamos el contenido de

nuestro estómago. Y sin acritud, Lucy, es cuestión de hechos.

—No pienso hacerlo, por mucho que os quiera, hay cosas por las que no voy a pasar.

No la juzgo, que conste.

—Visto lo visto... —La señalo, aunque a las que observo son a mis otras dos amigas, esas que se apuntan a un bombardeo pase lo que pase—. Ella será la que lo inmortalice, y vosotras dos las que me ayudéis.

El plan es muy sencillo, Rita y Débora irán en busca de Gabriel porque resulta que yo me habré desmayado en el sótano. Eso no lo va a sorprender porque, teniendo en cuenta mis antecedentes, es algo que sucede más de lo que me gustaría.

Él, como buen vampiro que valora por encima de todo su comida, acudirá raudo y veloz en mi busca. La poca luz que hay jugará a mi favor y no se dará cuenta de que guardo dos estacas. Que conste en acta que he tenido que arrancar la rama de un árbol en el jardín —lo siento Greenpeace — y que esto de afilar no es lo mío porque no se parece en nada a una estaca, sino más bien a un bastón con el Fifi le propinaría golpes en la espalda a alguien. En fin, no se puede ser buena en todo, obvio.

El caso es que esta vez llevaré dos porque de los errores se aprende, tal vez vuelva a perder una y debo tener a mano un plan B.

El plan C será el agua bendita con la que lo rociaré. Porque no hay nada escrito sobre las lesiones que eso les causa a los de su especie, pero tampoco es que haga daño alguno que lo bañe con ella, y ya veremos lo que sucede. Con un poco de suerte —cosa que nunca juega a mi favor, todo sea dicho—, hará que se derrita poco a poco o que se quede ciego momentáneamente y pueda dar la estacada final —¿a que mola el juego de palabras?—.

—Lucy, además de inmortalizarlo... —Porque si esto sale bien seré la nueva Zoe Cazavampiros y haré de esto mi profesión—. Tendrás que encontrar agua bendita, porque no puedo hacerlo todo yo.

Mi prima, para variar, refunfuña.

—¿Dónde quieres que encuentre agua bendita? ¿Ves por aquí algún párroco que pueda hacerlo sobre la marcha? ¿O un supermercado en el que la vendan? Al lado del bonito del norte y de los mejillones en lata, ahí la encontraré.

No me gusta nada su tono.

—Yo he tenido que fabricar mi propia estaca, seguro que algo se te ocurre —la animo.

No infravalores nunca el ingenio de una persona, puede sorprenderte.

Como si de pronto se le hubiese ocurrido la mejor idea del mundo, sale de la habitación. O puede que no se le haya ocurrido idea alguna, sino que prefiera salir por patas de aquí, pedirle a Jero que la lleve al aeropuerto y volver a casa un día antes de lo previsto.

Yo debería haber hecho eso desde que llegué y no permitir que esta terapia de choque se convirtiese en mucho choque y poca terapia.

Aunque, ¿quién sabe?, lo mismo sí que he encontrado mi lugar en el mundo o mi profesión a partir de este momento.

—Me apuesto lo que sea a que esa no vuelve más —concluye Débora. Pensamos igual.

—Si en media hora no ha regresado, vamos a por ella.

—¿Con estacas? —pregunta Rita.

Niego.

—No, joder, ella está de nuestra parte. Salvo que los haya ido a avisar y entonces...

—No —se adelanta Débora—. Lucy no nos haría eso.

Estoy tan paranoica que ya dudo de todo, incluso de mí misma, porque mientras afilo esta

estaca pienso que puedo estar equivocada y que todo sea fruto de mi imaginación y un malentendido de mil pares de narices, sin embargo, esa conversación no fue algo que una se pudiese imaginar. Lo escuché todo, era Gabriel el que hablaba, de eso no me cabe la menor duda.

Para sorpresa de todas, Lucy regresa —y yo respiro con tranquilidad— con una olla llena de agua.

—He rezado tres padrenuestros, dos credos, he recitado los mandamientos, al menos los que recordaba porque hace mucho que hice la Primera Comunión y mi cabeza ha olvidado ciertas cosas para dejar hueco para otras tantas, y dos avemarías. También le he puesto una pizca de sal, porque eso no le hace daño a nadie y porque se rumorea por ahí que escuece que te cagas si cae sobre alguna herida y como tú tienes pensado hacerle una muy grande en el centro del pecho...

—Alza los hombros. Se sobreentiende el resto.

Lo tiene todo pensado. ¿Veis? Somos el tándem perfecto.

—Me vale —concedo. Me vale lo que sea en este momento—. Bien, ¿todo claro?

Débora y Lucy asienten, Rita levanta la mano.

—Dime —le cedo la palabra.

—¿Qué se supone que haremos mientras tú lo mandas de vuelta a donde sea que vayan los vampiros cuando mueren?

Esa es una buena pregunta.

—Montáis guardia en las escaleras para que Frank no pueda venir a defenderlo. Que no tenga cicatrices en el cuerpo no quiere decir que no cuente con una conexión especial con él y que sienta su dolor como si fuese propio.

Débora dibuja una mueca en su cara.

—Me gustaba ese chico —nos cuenta—. Me gustaba y mucho.

Ya... Yo siento lo mismo, de ahí mis dudas.

—No tienes por qué participar en esto, puedes quedarte fuera, Lucy ocupará tu lugar. —Observo a mi prima esperando su negativa, si ella no participa, tendré que buscar a mi abuela.

—Eres mi amiga, estás antes que él. No pienso abandonarte ante la traición de ningún hombre, eso sería como romper nuestro código de amigas.

—No tenemos esa clase de códigos —rebato.

—Lo tenemos, solo que no está escrito. —Débora se acerca y se coloca a mi lado—. Quien se mete con una de nosotras se mete con todas —finaliza.

¿Os he explicado ya lo mucho que las quiero?

Me limito a asentir porque intentar cometer un asesinato llorando no es cosa buena, puedes confundir el objetivo y liarla muy gorda.

—Bien, ¿todas preparadas?

Hago un último repaso por la estancia. Las estacas están listas, los ajos colgados de mi cuello, el agua bendita en la olla, y Lucy tiene el móvil en la mano. Sí, parece que todo está listo.

—Pues allá vamos.

CAPÍTULO 49

La terapia de electrochoque
Gabriel

—Y, bien, ¿cuánto tiempo más vamos a tener que esperar para conocer a esa chica de la que Frank dice que no paras de hablar?

Ana aguarda con desesperación mi respuesta. Mis hermanos han decidido irse a dar una vuelta por el hotel, como si algo hubiese cambiado en estas últimas semanas desde que vinieron.

—Es una huésped, no creo que la mejor forma de presentártela sea subir a su habitación y molestarla.

—¿Todavía no le has contado que te gusta? —Niego. Mi cuñada chasquea la lengua y no es necesario que explique lo que va implícito en ese gesto—. Tu hermano no tuvo duda alguna cuando me conoció —añade como si la solución a todo fuese tan sencilla como pedirle que se quede y ya se verá lo que pasa.

—Mi hermano te conoció en la universidad, Ana. No puedo pedirle que se quede aquí, que deje todo y se mude sin más, mucho menos cuando no puedo prometerle amor porque lo único que sentimos es atracción. Nos gustamos, mucho, sin embargo, no estoy enamorado de ella ni ella de mí.

No es que no crea en el amor a primera vista y esas cosas, seguro que existe y no es un mito, pero en este caso... no puedo fingir que siento algo que no siento. ¿Llegará ese momento en el que pueda formular las palabras?, ¿la frase en sí? Puede ser o bien puede que no.

—No quiero hacer promesas que no son reales.

—Eso, desde luego, te honra. —Me llevo la taza de café a los labios, y Ana aprovecha para morder una magdalena—. ¿Y ella? ¿Qué siente ella?

Cabeceo negando una vez más.

—No hemos hablado de eso, nos hemos limitado a pasar tiempo juntos. Es... complicado.

Porque lo es, lo mire por donde lo mire, no es una de esas relaciones en las que tienes citas y os conocéis. Habláis de vuestra familia, de vuestros ex...

—Míralo por el lado positivo, al menos ya conocéis a vuestras familias. —Sonríe Ana pérfida—. No vas a llevarte ninguna sorpresa en ese sentido.

—Como si a ti te hubiese horrorizado la familia de David. —Sonrío burlón.

—Si llego a saber los hermanos que tiene, es probable que me hubiese mantenido alejada de él.

Le guiño un ojo con descaro, y ella me saca la lengua. La puerta del despacho se abre de par en par, y Frank entra con la respiración entrecortada.

—¿Qué sucede? —¿Se ha vuelto a desmayar Zoe?

—David... Creo que... Ay, no sé, algo no va bien, Ana.

Vale, ya sé lo que pasa aquí, es por las arañas y el resto de bichos con el que mi querida cuñada ha estado asustando a mi hermano. Esto en vez de un hotel parece una terapia de venganza.

Ana se incorpora de un salto sin olerse el asunto. Mientras finjo que yo también estoy acojonado, aunque no lo estoy en absoluto, se marchan. Ni tres segundos de tranquilidad tengo hasta que Débora y Rita aparecen.

El corazón me da un vuelco.

—Zoe se ha desmayado en el sótano —cuenta Débora—, no sé si ha sido Ladillas o Cordelia o Mica, que se la ha devuelto por lo de anoche, pero necesito que nos ayudes a subirla a su habitación.

Me apresuro a salir de allí y desciendo un piso casi corriendo. Cuando me giro, me doy cuenta de que estoy solo y que las he dejado atrás. Joder, ¿tan rápido voy?

Ya me alcanzarán. Al llegar al pasillo, veo una pequeña figura tirada en el suelo, de lado. Lo primero que distingo es su melena negra y corro en su dirección.

«Zoe, vamos a tener que poner remedio a estos desmayos tuyos».

Cuando estoy a su lado, me agacho y algo me empapa la cara, la camisa y parte de los pantalones. Y no, no son goteras. Es más, juraría que sea lo que sea que me ha empapado sabe a sal.

Abro los ojos cuando Zoe se incorpora con una agilidad que me deja patidifuso y da un par de pasos atrás.

—¡*Vade retro*! —grita.

Me enseña un crucifijo y saca una ristra de ajos. Me reiría, de veras que lo haría, pero estoy tan sumamente sorprendido y empapado que no entiendo nada.

—Te has desmayado —murmuro—. ¿Estás bien? ¿Te has golpeado la cabeza?

—Claro, míralo a él, «Gabriel, don Soy Un Vampiro Que Me Preocupo por Mi Cena». ¿Me ves? —Se señala—. ¿Ves esto? —Se lleva las manos al cuello—. Pues olvídate de comer, chato. Te escuché antes. —Observa mi ropa mojada y frunce el ceño—. Es una mierda o el agua bendita no sirve de nada o tus rezos, Lucy, son una basura que no veas.

Lucy saca la cabeza de detrás de una esquina mientras baja el teléfono.

—Perdona, señorita «Soy la más Devota de la Iglesia».

No entiendo nada.

—¿Qué pasa aquí? ¿Qué escuchaste antes?

Me acerco, pero Zoe suelta los ajos, el crucifijo y alza ambas manos mostrándome unas estacas. O lo que parecen unas estacas, porque, claro, eso no llega ni a brocheta.

El sentido del humor regresa.

—Te escuché contarle a Frank que estos días no te has podido reír lo suficiente de mí y que no me voy a ir de rositas. ¿Y sabes qué, maldito chupasangre? —Bate las estacas ante mis ojos—. No me gustan los vampiros, no pienso dejar que me comas y no pienso permitir que en el futuro haya más víctimas. De hecho, he escrito una extensa reseña en Google donde explico todo lo que sucede en este lugar y os vais a cagar. No va a venir nadie, todos preferirán la cárcel que Jero va a montar. —Abro los ojos, porque, claro, entendedme, ¿me acaba de llamar chupasangre y anteriormente me ha llamado vampiro? Frunzo el ceño y en mi cabeza las cosas empiezan a encajar.

«¿Vas a morderme?».

«Eres un hombre de lo más misterioso».

«Apuesto a que guardas miles de secretos».

«Quizá has profanado tumbas».

«O has seducido ancianas que te compraban galletas de la suerte o... tienes una mazmorra llena de pinzas y arrancañas eléctricos o pistolas *teaser*».

Es eso... Ha sido eso todo el tiempo.

—¿Crees que soy un vampiro?

¿Y no se supone que, en vez de estar divirtiéndome como hago, debería darme la vuelta, esconderme en algún lugar y esperar a que se marchen del hotel y no volver a saber de ella? Sin

contar con solucionar cierta reseña que me ha puesto. Y teniendo en cuenta cómo de intensa es Zoe, y a los hechos me remito..., la cosa tiene mala pinta.

—No —niega con las estacas todavía levantadas—. No lo creo, lo sé. Tienes las manos frías, siempre vas de traje, eres misterioso, hay muchas mañanas en las que no te veo, vives en un lugar donde llueve y me has asegurado que no te gusta el calor. Este hotel te sirve de tapadera para comerte a las turistas que llegan en busca de un plan paranormal. —Sonríe—. Y tienes los colmillos afilados, te los vi anoche.

Alzo una ceja. Sé que Lucy está cerca y que no debería pensar siquiera en soltar lo que se me pasa por la cabeza, sin embargo... ¡Bah! ¡Qué coño! Ella piensa que soy un vampiro, ¿hay algo peor que eso?

—La otra noche llevaba colmillos de plástico. Si hubiesen sido míos, es bastante probable que te hubiese mordido de veras porque soy incapaz de resistirme a ti, Zoe.

Ella parpadea ante mi afirmación, porque ni siquiera yo me la esperaba. Lucy sale de su escondite y baja las manos.

—Me temo que te has equivocado, y ese chico no es un murciélago. —Se dirige a Zoe, que la observa estupefacta—. Cosa que no me sorprende porque de todos es sabido que mi prima está cucú. —Esta frase va destinada a un servidor.

—Tu prima es la mujer más excéntrica que he tenido el placer de conocer y me gusta. Mucho. Lucy me guiña un ojo y se coloca al lado de Zoe.

—Yo paso de esto. —Un par de palmaditas en el hombro y se adelanta unos pasos.

—¡Es el embrujo vampírico! ¿No te das cuenta? Busca eso, llévate a su lado y que te olvides del plan inicial. No le hagas caso, graba mientras me lo cargo.

Lucy niega en varias ocasiones y apaga la cámara. Guarda su móvil en el bolsillo trasero del pantalón y sigue avanzando.

—Esas estacas no matarían ni a una mosca, Gabriel —me asegura—. Las ha hecho ella y tampoco es que sea demasiado buena en las artes marciales. Tú puedes —me anima.

—¡Eres una rata comequeso! —grita Zoe—. Tenía que haberme traído a mi abuela —sigue—. Eso, eso, tú vete, cuando el vampiro se escape y decida ir a por ti o cuando traiga más murciélagos vendrás corriendo a pedirme ayuda.

—Cállate, Zoe.

Lucy se marcha e imagino que irá a contarle las cosas a Rita y Débora, porque ellas son las que se han encargado de que baje hasta aquí, así que están compinchadas también.

Doy un paso hacia adelante, y ella da un paso hacia atrás. Está claro que, si hubiese querido apuñalarme con esos palos de madera, ya lo habría hecho.

—Zoe...

—¡No! No me hables. Porque ese embrujo vampírico es el que hace que esté loca por ti. Pienso en ti, quiero verte, quiero besarte y quiero ponerte una puñetera etiqueta. Y eso es malo, eso va en contra de lo que yo soy, así que... ¡Vade retro!

Sonríe con mayor amplitud, y ella se echa hacia adelante, imagino que quiere verme los famosos colmillos.

Alzo los labios y se los enseño.

—Puedes tocarlos si quieres —le propongo.

Ella duda, mira hacia la escalera y luego hacia mí de nuevo.

—No, no quiero.

—Yo quiero tocarte a ti —susurro.

—Claro, ¿cómo no vas a querer tocarme si soy deliciosa?

No se hace una idea de lo deliciosa que es.

—Eso es cierto —le doy la razón—. Anda, ven, deja eso. —Niega—. Mírame, Zoe, ¿crees que soy un vampiro? —Me acerco otro paso más, y ella no retrocede, solo observa. Cuando estoy frente a ella, coloca una estaca en mi pecho y se lo permito.

—No te acerques más —me pide.

Noto las dudas en su tono y eso me da el impulso que necesitaba.

Le quito las estacas y las lanzo a cualquier lugar. Zoe grita y se aleja hasta apoyarse en una pared. Yo sigo caminando, coloco una mano sobre su cabeza y la otra la llevo hasta la suya. La alzo.

—Tienes las manos calientes —murmura.

—Eso es muy propio de los vampiros, sin duda alguna —ironizo.

Coloco su mano sobre mi camisa, en mi pecho, y ella abre los ojos sorprendida.

—Te late... Te late el... Te late el corazón.

—Eso es porque es eléctrico, es un sistema nuevo que usamos los vampiros para...

Me empuja, y yo me carcajeo.

—No me hace gracia. Quieres comerme, joder.

—Quiero comerte —aseguro. Zoe tiembla ante mis palabras—. He querido comerte de una forma irracional desde que te recogí en la puerta del hotel, cuando todavía no habías siquiera cruzado esa puerta, yo ya quería morderte. —Levanto la mano y la muerdo de veras—. Y lo quiero seguir haciendo. —Otro mordisco, esta vez en su muñeca. Zoe gime—. Lo quiero seguir haciendo sin duda alguna porque a mí también me gustas, Zoe, loca o no, vampiro o no, murciélago o no, tú también me gustas —sentencio.

Aguardo a que asimile mis palabras y permito que sea ella la que decida qué hacer después de ello, si prefiere huir o, bueno..., si sigue pensando en matarme. Aunque, siendo honesto, rezo para que esto último no suceda.

—A la mierda, joder, a la mierda.

Se lanza a mis brazos, sus piernas se enredan en mi cintura y sus brazos, en mi nuca, sin apenas tiempo de reacción su boca cubre la mía y la abro para colarme en la suya.

Me estremezco ante su sabor, besarla es como estar en casa.

Cuando se separa, me alza los labios y comprueba mis colmillos.

—Deberías sonreír más para que los huéspedes no saquen conclusiones precipitadas —me propone. Me toca los dientes sin pudor alguno—. Tus encías están perfectas. Felicidades. —Me da una palmadita en el hombro.

—¿Te quedas más tranquila? ¿Ya está?

—Bueno... —duda—, tal vez necesite que me beses de nuevo y sentir tu corazón latir con fuerza ante un ejercicio intenso.

Me guiña un ojo con descaro.

—Y yo que pensaba que preferías matarme.

—Todavía no cantes victoria, Gabriel. Todavía no cantes victoria.

Llevo mis labios a los suyos y empujo su cuerpo contra la pared. ¿Cómo podría perderme esto? ¿Cómo podría siquiera pensar en perderme esto?

—Ejem, ejem.

Un par de carraspeos y, todavía con los cuerpos enredados, me giro y me coloco de lado para que ambos podamos observar..., observar al grupo en cuestión.

—Pues sí que lo has matado —formula Débora chasqueando la lengua con actitud reprobatoria—. Y yo pensando que Lucy te había dejado en los brazos de la muerte, casi me la

cargo. Y, mira, aquí estás, disfrutando de lo lindo.

—¿He cancelado mi cita con Jero para que te des el lote con Gabriel? Me has decepcionado, me has decepcionado y mucho.

Rita es la primera en marcharse seguida de Débora. Mi hermano me sonrío con suficiencia y se va tras ella. Ana y David todavía están a pocos metros nuestros.

—Veo que no pierdes el tiempo, cuñado.

—Espera. —Zoe se baja de mi cuerpo y pisa el suelo. Nos señala, ¿veis? Esto tampoco se lo había contado—. ¿Estoy viendo doble?

Niego. Mi hermano niega.

—Es David, mi gemelo.

Abre la boca de nuevo.

—O sea, que fue a ti al que escuché hablar sobre...

—Sobre mí —intercede mi cuñada—. Y sobre devolverme la broma porque aquí David es un cagón en potencia. —Se gira hacia él y lo mira—. Yo te quiero igual, cariño, pero a miedoso no te gana nadie.

—Anda que no —suelta Zoe—. Te gano yo seguro.

Mi hermano y Ana le sonrían, y Zoe se acerca para estrecharles la mano.

—Encantada y..., en fin, siento que nos hayamos conocido de esta forma. Por norma general no soy tan intensa. —Alzo una ceja, ella me sonrío—. Lo soy y no me escondo —agrega al final.

Me acerco y me coloco a su lado mientras ellos se presentan, y mi cuñada nos explica que lo de David era una coña y que se dio cuenta nada más verlo así que el plan de mi hermano no ha salido como esperaba.

—Lo siento —se compadece mi chica. ¡Mi chica! ¡Qué fuerte!

—No lo sientas, estoy acostumbrado a fracasar. Es imposible luchar contra ella.

Ana lo abraza, y mi hermano posa una mano sobre las de su mujer.

—Ahora que estamos en confianza y esas cosas... —Recorta la distancia y susurra—: ¿Es o no es un vampiro? —Y me señala. Ambos niegan—. Vaya, pues te debo una disculpa por todas esas veces que he intentado matarte y tal.

—Me la debes, sí.

Mi hermano y Ana nos observan hasta que se dan cuenta de que sobran y entonces, con un movimiento de manos, se marchan por donde han venido.

—Escucha, fue todo un terrible malentendido. Yo pensé que eras un chupasangre y que estabas usando tus poderes mentales para cautivar me y tenerme a tu merced —mientras ella habla yo recorto la distancia—. Y... —no la dejo terminar. La beso antes de que prosiga.

Cuando nuestras lenguas se encuentran de nuevo, ella jadea en mi boca, y yo pierdo la poca cordura que me queda.

—Esa es una buena forma de disculparte —le indico.

Me sonrío con suficiencia.

—Pues espera, porque tengo más. Muchas más.

Enreda de nuevo las piernas en mi cintura y las manos en mi pelo. Y sí, retomamos la conversación. Solo que lo hacemos mucho más tarde.

EPÍLOGO

Zoe

Un mes y medio después.

—Siéntate, Zoe, Nina no muerde.

Cierro los ojos unos segundos, por favor, ¿en qué momento se me ocurrió que cumplir la promesa que le hice a mi abuela hace cosa de un mes era una buena idea? Seguro que era cosa del embrujo vampírico de Gabriel. A ver, que no, que ya se me ha pasado todo eso y que, de veras, en este tiempo la terapia de choque ha funcionado. Ya no creo en nada. Ni en vampiros ni en los hombres lobo, las niñas de *El resplandor* son una invención para ganar pasta en el cine, el payaso demoníaco es otro cuento chino y el Ratoncito Pérez no existe. Ya sé que todo es fruto del miedo y, en serio, estoy trabajando en ello, trabajando tanto que me he venido arriba, y aquí estoy, sentada en la habitación en la que mi abuela se dedica a ser la Pitonisa Esperanza y a ganarse unos buenos fajos de billetes.

Si vosotras supieseis lo bien que le va... os subiríais al carro.

Total, que tomo asiento frente a ella y permito que haga lo que tiene que hacer.

Regresé del castillo como bien podéis imaginar. Y aquí estoy. Llevo un mes y medio sin ver a Gabriel y la realidad, la cruda realidad, es que me parece una mierda esto de las relaciones a distancia, aunque me ha servido para entender que el embrujo vampírico no existe, porque yo sigo echándolo de menos cada día y sigo queriendo verlo a todas horas.

Hablamos por teléfono varias veces al día y nos enviamos mensajes. Y, bueno..., que sí, joder, que sí, que estoy loca por él, pero no me he atrevido a contárselo porque, claro, con un ridículo estrepitoso en la vida ya es más que suficiente, ¿no crees? Pues eso.

—Abuela...

—Shhh —me chista.

—Si ni siquiera sabes lo que te iba a decir.

Mi abuela frunce el ceño y, cuando deja a Nina frente a ella colocada sobre un trozo de seda roja, le sonrío.

¿Por qué a mí no me sonrío de esa manera?

—No es necesario que hables, quieres que te diga la verdad y que no te engañe. —Joder con la pitonisa, ¿cómo lo sabe?—. ¿He acertado?

Niego.

—Pues no, te iba a explicar que me he arrepentido y que podemos dejarlo para otro día.

Me levanto abatida porque no, no quieroirme ni de coña, es la desesperación, chicas, la desesperación es algo muy chungo, que lo sepáis, porque te lleva a hacer cosas que no quieres y que has evitado toda la vida.

¿Quién me ha visto y quién me ve?

—Nina asegura que eres una mentirosa.

—Calla, trozo de cristal, o cuando limpie el polvo de la casa te lo echaré todo encima —la amenazo.

¿Veis cómo está la cosa? Hablando con un trozo de vidrio inerte, ese es el nivel.

Cuando sucedan estas cosas recordad que lo llevo en los genes.

—No la escuches, Nina, está nerviosa porque se ha enamorado y quiere saber si es recíproco.

Empiezo a sentir miedo de nuevo. De veras. Un temor de los chungos.

—No es eso, quiero saber el numero de la lotería.

—Si ganase cincuenta euros por cada vez que me han hecho esa pregunta, no estaría aquí ahora mismo, estaría en Cancún.

—Anda, mira, justo donde quería estar yo antes de que me llevaseis al castillo ese.

—Tenías que ir al castillo ese, Zoe. Y fue el destino el que te llevó hasta allí.

No es un buen momento para soltarle a mi abuela que el destino tenía apellido familiar y que no era otro que Millán, claro, porque romper la atmósfera tan bonita que acaba de crear y esas cosas, pues está tan feo como apalea a un gatito, y yo, lo siento, no soy de esas, soy de las que ama a los gatitos y odia a los vampiros que no existen.

—Tienes razón, porque lo conocí a él. —Y no le sigo el rollo, es un hecho constatado, tan constatado como lo mucho que lo echo de menos.

—Y ahora..., cuéntame —me pide.

Bajo la vista y me miro los dedos. Comienzo a golpear la mesa con ellos y a mover la pierna de forma nerviosa.

—Creo que me está sucediendo —admito—. No, no lo creo, me sucede. Y él no me lo ha dicho, y yo quiero gritarlo a los cuatro vientos. Quiero explicarle cómo me siento, lo mucho que lo echo de menos y al hotel también. —Esas mismas manos que tenía sobre la mesa me las llevo hasta la cara y cubro mi abochornado rostro con ellas—. Es un rollo estar enamorada de otra persona y no saber si es correspondido.

Mi abuela no abre la boca en lo que me parece una eternidad, porque mi abuela siempre siempre tiene algo que decir, te guste o no, siempre tiene una palabra que soltar y con la que zanjar el asunto. Cuando abro los dedos, y miro a través de ellos, me encuentro con una sonrisa bastante mona, hasta diría que empatiza conmigo.

—Entonces es eso, has decidido ceder y hablar con Nina y conmigo, que soy su intérprete, porque quieres saber si él siente lo mismo por ti.

Asiento. Estoy tan nerviosa que me tomaría un chupito de orujo, a pesar de que sé que es tan malo como beber gasolina.

—Eso es lo que quiero saber.

—Bien. —Mi abuela se levanta y apaga un par de velas. Está creando atmósfera o eso es lo que suele explicarnos y, antes de sentarse, me pide que cierre los ojos—. Nina, dime qué ves. ¿Es un amor correspondido o, por el contrario, es un amor unilateral?

Unilateral, qué mal suena eso.

¿Por qué estoy tan nerviosa? Solo es una bola. No es una bola, es una respuesta importante que te la facilita una bola.

Carraspeo.

—Extiende las manos —me pide mi abuela.

Hago lo que me pide, al menos, no siento ese pánico atenazando cada centímetro de mi cuerpo, lo que significa que es probable que sobreviva al desmayo.

Sujeto unas manos frías y firmes.

—Abuela, deberías haberlas metido en agua caliente antes, ¿no crees?

—Shhh —me chista de nuevo.

Hago lo que me pide, a ver si resulta que Nina se enfada y me echa una maldición o algo por el estilo.

—Nina, dime, ¿está Gabriel enamorado de mi nieta? Espera... —Pausa mi abuela la respuesta final—. ¿Cómo de enamorada estás?

—Joder, abuela.

—Responde, Nina necesita toda la información.

—Estoy muy enamorada. Tanto que me he planteado presentarme allí y encerrarlo en la mazmorra esa que tiene en el sótano y no dejarlo salir hasta que me diga que me quiere y, si no lo hace..., me lo cargo.

—Cuánta perversión cabe en ese cuerpo.

Abro los ojos cuando escucho su voz. La voz de Gabriel. Bajo la vista y son sus manos —frías, sí— las que sujetan las mías y es su cuerpo el que ocupa la mesa. No hay rastro de Nina, y mi abuela, que es más maja y malvada que todas las cosas, se marcha con ella en la mano mientras tararea una canción.

—Tú... Ella... Esto... —balbucear se me da mejor que matar, como podéis comprobar.

—Tu abuela ya sabía que venía a buscarte, así que..., cuando me contó tus dudas, me aseguró que esta sería una buena forma de vencer tus miedos y de escucharte confesar lo que sientes por mí.

Suelto sus manos y me cruzo de brazos.

—Eres un capullo.

—Me has llamado cosas peores.

Se me escapa una risilla porque tiene razón.

—Nada de hacerlo en este cuarto que me jodéis las vibras —grita mi abuela en la puerta, justo antes de cerrarla.

Me avergüenzo un poco, solo un poco, porque ya sabéis que eso de sentirme abochornada no es que vaya mucho conmigo.

—¿Cuándo has llegado?

—He venido con Jero y Frank hace un rato, creo que están arriba, con tus padres y con las chicas.

—O sea, que todos estabais compinchados. —Doy por sentado que sí.

—Jero le había contado a Rita que vendría a pasar unos días con ella, y Frank ha decidido que no piensa dejar escapar a tu amiga, así que... digamos que todos sabíamos a lo que veníamos.

—¿Y quién está en el hotel? —Me acerco.

Gabriel sonríe con amplitud, sus dientes siguen siendo perfectos y, dicho sea de paso, nada afilados.

—David y Ana se harán cargo hasta que regresemos. Gracias a tu reseña de una estrella, estamos llenos y hemos tenido que contratar personal. Si llego a saber que era eso lo que necesitábamos, me habría creado una cuenta falsa y la habría escrito yo mismo.

—Careces de mi ingenio para ello.

—Cierto —apunta y no parece nada ofendido—. Y, como carezco de tu chispa, me gustaría que nunca dejases de hacerme feliz con ella, Zoe Cazavampiros —ironiza.

«Gabriel, don Soy el Chico Más Mono y Achuchable del Mundo y Es Solo Mío» se incorpora y se acerca a mí, me tiende la mano, y yo la sujeto sin dudar. Una y mil veces sí.

Cuando estoy frente a él, de pie, coloca mis manos sobre sus hombros y las suyas en mi cintura.

—Debería habértelo dicho antes, pero no quería asustarte. —Me propina un golpe en la nariz que me hace cerrar los ojos—. Te quiero mucho, Zoe. Te quiero desde que te recogí desmayada por fuera del hotel...

—Para que digan que el romanticismo ha muerto —ironizo.

Me besa con suavidad.

—Déjame acabar.

—Adelante. —Que no se note que el corazón me va a explotar y, si eso sucede, la habré cascado antes de que se me declare como debe declararse. Y no, mi *ciela*.

—No soy de esos que creen que el amor a primera vista existe, ni siquiera soy de los que pensaba que el amor puede aparecer cuando menos te lo esperas y, mírame, al final me he tenido que tragar mis propias palabras. Apareciste tú, intentando matarme, pensando que era un vampiro y creando planes para acabar conmigo, y lo hiciste. —Permitidme que flipe un poco—. Acabaste conmigo, solo que de una forma maravillosa. Porque te quiero, porque soy tuyo y porque me encantaría que me eligieses a mí.

—Bueno, a ver, déjame pensar. —¡Sí! ¡Sí! ¡Y mil veces sí!—. Si insistes... ¿Quién soy yo para negártelo? A ver... ¿Y el pedrusco?

Gabriel se separa y saca del bolsillo de su chaqueta un regalo.

Oh, me encantan los regalos.

Lo desenvuelvo, aunque llego a la conclusión demasiado pronto de que esto no puede ser una cajita, salvo que sea un cajón enorme y dentro haya un diamante más grande que la cabeza de esos gatitos que tanto me gustan.

Pues no, resulta que no.

—Es... ¿Me has comprado una estaca?

¿Y mi pedrusco?

—Una estaca de veras, Zoe, por si resulta que en algún momento dudas de mi humanidad, que puedas usarla, lo que tú fabricaste dejaba mucho que desear.

Me ofendería, solo que tiene razón.

—Muy bonita la estaca. —¿Qué otra cosa puedo decirle?

La observo unos segundos y la dejo sobre la mesa, cuando regreso a su lado... Tiene un sobre en la mano.

—De hecho, hay algo más que quiero darte.

En ese sobre no creo que haya un pedrusco, sin embargo, ¿quién sabe? A lo mejor hay algo más chulo, no sé, medio millón de euros también me vale.

Me pongo nerviosa, a ver quién es la guapa que no se pondría tensa con semejante momento y semejante hombre. Vampiro o no, a mí me tiene ya.

Abro el sobre con sumo cuidado y dentro encuentro dos billetes. Dos billetes a Cancún.

—¡No me lo puedo creer! —¡Que por fin me voy a Cancún, chicas, y encima con un maromo que flipas! Esto me gusta más que el pedrusco.

—¿Y bien?

Me hago la dura, claro, solo por fastidiar y no perder la costumbre.

—¿Y bien qué?

Gabriel se acerca y coloca un mechón rebelde tras mi oreja.

—¿Te apetece ese viaje, Zoe?

—Depende. ¿Vas a tomar caipiriñas conmigo?

—A todas horas, si hace falta. —Sonrío. Si es que me lo como yo a él en vez de él a mí.

—¿Serás capaz de soportar horas y horas de sol?

—Aún me estoy mentalizando al respecto.

Bueno, se lo perdono.

—¿Enseñarás ese cuerpo hecho para pecar y dejarás que me recree en él a mi antojo?

—Solo si es recíproco.

Me pongo de puntillas, enredo los dedos en su pelo rebelde y le muerdo la oreja con picardía.

Mi abuela no tiene por qué enterarse de nada de lo que hagamos aquí, ¿no?

—Entonces iré contigo, solo porque sé que te hace mucha ilusión, Gabriel. Eso sí... —Hago una pausa en la que paseo el dedo índice por su labio inferior.

—Tú dirás. —Una sonrisa tironea de sus labios. Cómo me gusta ese gesto tan suyo.

—Necesito saber que serás capaz de soportar mis extravagancias, que no pondrás freno a mis locuras y que me harás volar.

Gabriel ni siquiera duda, no se lo piensa. Solo responde:

—Te haré volar todos y cada uno de los días. Lo prometo.

Bueno, y aquí llega el *spoiler*, chicas, porque resulta que esas promesas las cumple. Las cumple todos y cada uno de los días.

Cliente de Google.

Una estrella.

Que conste que le pongo una estrella porque el Señor Google no me deja ponerle una puntuación inferior. Porque, vamos, menos diez.

¡No vengáis! Ni se os ocurra acercaros a este lugar. Para empezar, y por si os lleváis la sorpresa como hice yo cuando llegué, está construido encima de un cementerio. A ver, si lo que tenéis en mente es cascarla, pues la mitad del trabajo ya está hecho. Ahora bien, si vuestro plan es tener una larga y próspera vida, id a Cancún. Y, de paso, bebeos una caipiriña a mi salud.

Por otra parte, y es un dato de lo más relevante, está regido por dos chicos. En apariencia, pueden resultar de lo más normales, pero yo, que llevo aquí una semana y he tenido el honor de observarlos bastante, os garantizo que de normal no hay nada. El primero es un vampiro y el segundo es Frankenstein, haceos a la idea de cómo va la cosa.

Se aprovechan de los huéspedes para alimentarse utilizando su embrujo vampírico (puedes llamarlo encanto o sexapil) para atraer a sus víctimas y luego vete a saber lo que hacen con ellas.

Y, si con todo esto no te he convencido, te aconsejo que traigas varias estacas porque se pierden y no te enteras de ello, que me lo digan a mí. El ajo no es que funcione y todavía no he probado el agua bendita. En vuestras manos lo dejo.

Eso sí, el bufet es la caña.

Respuesta del propietario.

Gracias por vuestra reseña, valoramos enormemente que se haya tomado la molestia de escribirla y de aconsejar a nuestros clientes sobre su seguridad. Apreciamos ante todo la honestidad con la que está escrita.

Zoe, cariño, te quiero (espero que leas esto antes de plantarme en tu casa y usar mi embrujo vampírico contigo).

AGRADECIMIENTOS

Como esta novela es una coña absoluta, me voy a tomar la licencia de hacer unos agradecimientos que estén a la altura.

Para mí misma. Joder, que soy la que se deja la vida en el teclado y jamás me doy las gracias por ello. Pues me va tocando. Gracias, Yanira, porque no has acabado en el manicomio y podrás seguir escribiendo las historias que te apetezca escribir, con el humor que te dé la gana y sin sentirte mal por ello.

Gracias a todas vosotras, porque mirad que os doy el coñazo siempre. Que si vídeos, que si post, que si dientes largos (esta frase le haría gracia a Zoe fijo), que si locura tras locura, y ahí seguís, apoyándome en cada paso que doy. No me pienso poner tierna en estos agradecimientos porque no pega nada, solo os diré que pienso seguir tramando maldades, porque es lo mío y ya.

Gracias a Bea, Miri y a Sheila, las que han hecho de lectoras cero en esta novela, más que nada porque me aguantan tela, porque les mando cuatro millones de audios contándoles mi vida y luego les hablo de la novela, y eso no hay cuerpo que lo resista. Ellas sí, porque son la caña y punto o porque son medio robots, a ver, podría ser (Zoe, ¡sal de mi cuerpo ya!). Y por eso las adoro.

Tamara, querida, querías leer esta novela, jajajajaja. Te juro que me estoy partiendo de risa al imaginar tu cara mientras lees (salvo que la abandones, cosa que desconozco porque todavía no tienes a mis chicos en tus manos). El día que te convertiste en mi amiga no te hacías una idea de lo que se te venía encima. Ah, lo siento, no acepto devolución ni cambio. A llorar a la llovería (nuestra frase, ¿ehh?, ¿has visto?).

A Raquel, porque me encanta que me vaya dejando frases a lo largo de la historia del tipo: «Yanira doña me Gusta más una Frase Larga que Comer, no sé dónde acaba el interrogante ese». Y claro, yo me descojono porque tiene razón, me encantan las frases largas y las historias largas y paradme que sigo...

A Mireya, porque yo le doy una idea y ella hace magia. Hija mía, esas cubiertas son un pasote bien gordo y estoy enamorada de todo lo que haces.

Y no me quiero despedir (ya sé que me he pasado hablando y queréis que pare ya) sin agradecer a las bookstagramers y los bookstagramers, tiktokers y demás personas que estáis al pie del cañón dándole visibilidad a mis novelas. Debéis saber que es un lujazo que escriban cosas bonitas sobre ti y sobre tus historias. Si, por el contrario, la reseña es mala, mejor no la publiques. Jajajajaja, es coña... O no.

Y como siempre os digo...

¡Nos leemos!

BIOGRAFÍA

Nací en La Matanza de Acentejo, un pequeño pueblo al norte de Tenerife, en septiembre de 1984 aunque actualmente resido en Santa Cruz de Tenerife con mi marido, mi hijo y mi perro.

He sido desde siempre una apasionada de la lectura, recuerdo sacar libros de la biblioteca y devorarlos cada noche antes de dormir. En el año 2016 escribí mi primera novela y desde ese momento, he sido incapaz de dejar de hacerlo.

Mis libros se caracterizan por personajes muy divertidos, socarrones, canallas, irónicos y sarcásticos, aunque entre sus páginas, además de risas, podéis encontrar algunas reflexiones sobre la vida, el amor, la amistad y la familia.

Me encanta leer, hablar —por WhatsApp o por teléfono—, comer —cosas que engordan y son poco sanas—, me gusta la ropa cómoda, la playa y muero por tirarme al sol. Ahh, y por encima de todo, debéis saber que resumir no es lo mío.

¡Nos leemos!

ENCUENTRA MIS OTRAS NOVELAS

